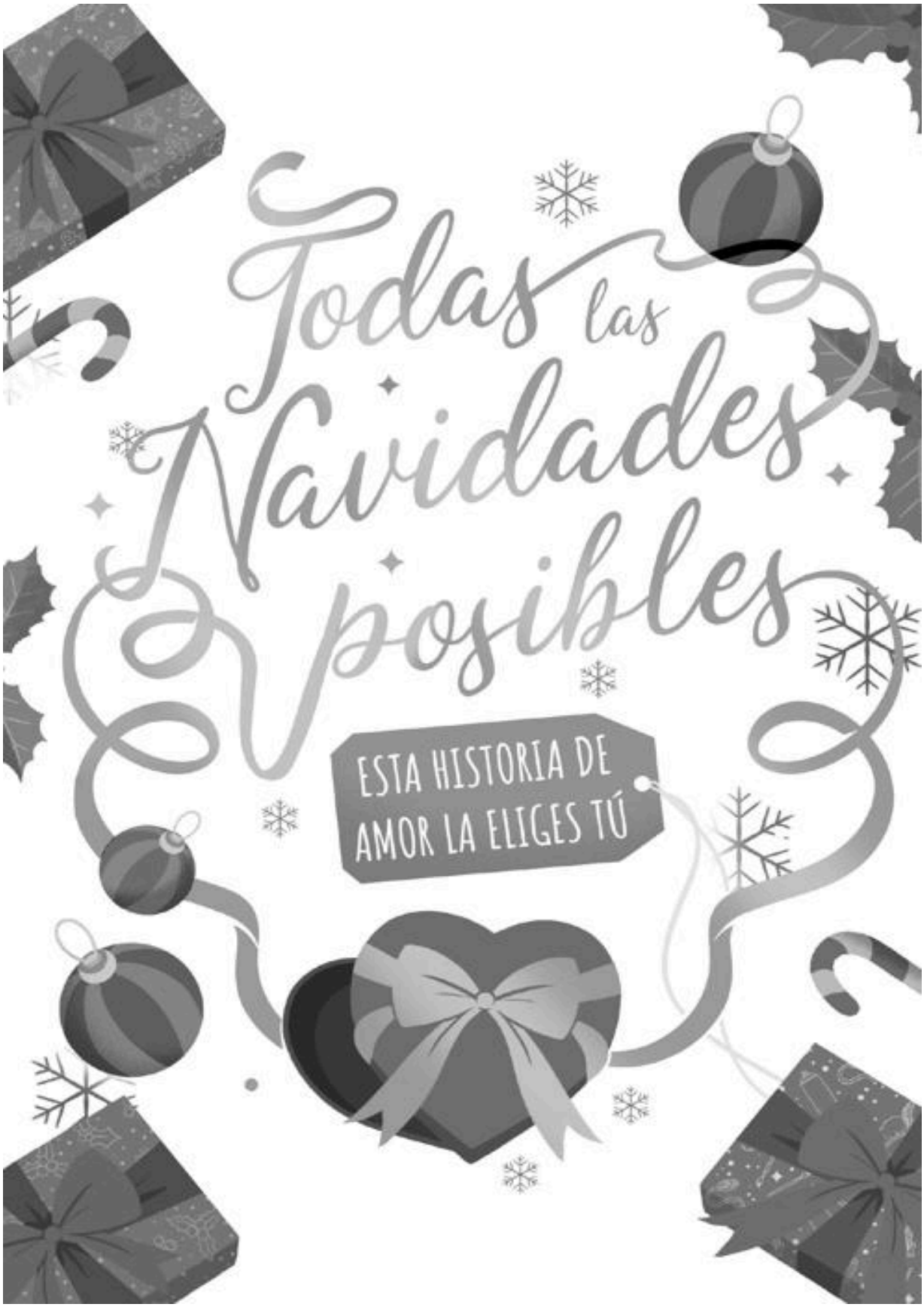
MICHELLE DURÁN

Todas las Navidades posibles

Elige tu propio romance



FANDOM BOOKS


Todas las
Navidades
posibles
ESTA HISTORIA DE
AMOR LA ELIGES TÚ

Para los tres amores de mi vida:
Mamá, Alba y Dani, sin vosotros
habría sido incapaz de terminar esta historia.

1

La estación de tren es un caos a esta hora de la mañana. Con la Navidad a la vuelta de la esquina, apenas puedo caminar sin correr el riesgo de quedar atrapada entre una marea de personas. Sorteo a la multitud como buenamente puedo, arrastrando la enorme maleta con más cabezonería que habilidad, y logro cruzar las puertas de salida. ¡Por fin! Tomo una fuerte bocanada de aire y me permito unos segundos de descanso. Estoy sudando una barbaridad… ¡y eso que hace un frío que pela! Me contorsiono para sacar el móvil del bolsillo trasero de los vaqueros y suelto un taco. Apenas me queda un uno por ciento de batería y todavía tengo que pillar el bus.

En los anuncios de turrón la vuelta a casa siempre es alegría y regocijo festivo. La gente está deseando volver a sus hogares, todos plagados de sonrisas, familias perfectas y buenos deseos. Nunca te muestran la parte chunga: las cenas incómodas, los tíos pesados o los polvorones rancios del año pasado.

No, este año no estoy especialmente navideña. Lo cual es un problema si vives en un pueblo conocido por celebrar estas fiestas a lo grande (grande en plan desfiles, concursos y todo eso). Y es un problema *enorme* si es la primera vez que regresas a casa después de pasar un trimestre estudiando fuera y cargas más secretos que ropa en la maleta.

Retomo el camino y corro rumbo a la estación de autobuses. En fin, por muy conocido que sea Zarcilla de las Alcahuetas, el pueblo sigue sin tener estación de tren y la única forma de llegar hasta él es por carretera. Por suerte, tiene una buena frecuencia de autobuses, y justo hay uno esperando en la parada. Decido tomármelo como una señal (mi móvil no aguantará mucho más) y me acerco al conductor, que está fumando un cigarrillo de manera perezosa apoyado en la carrocería.

—Hola —saludo—. Disculpe, ¿hay enchufes dentro del bus? Me queda poca batería y…

—Sí —dice el hombre, y yo sonrío aliviada hasta que continúa—, pero me temo que no funcionan, así que te van a servir de poco.

Definitivamente hoy no es mi día. Bueno, en realidad lleva sin ser mi día desde que me mudé a Madrid para estudiar Ingeniería Industrial.

Vuelvo a mirar la pantalla del móvil segundos antes de que este muera definitivamente. ¡Perfecto! Zarcilla está todavía a una hora de trayecto. Y lo cierto es que lo último que me apetece es pasarme sesenta minutos observando el paisaje como si me encontrara en un videoclip. Pero tampoco quiero hacer esperar a mis padres. Los quiero mucho, pero son de los que siempre se ponen en lo peor y seguro que piensan que me han secuestrado o algo así.

Echo un vistazo hacia la estación de autobuses. Hay una cafetería, y seguro que ahí hay enchufes funcionales. Tampoco me vendría mal un café. O una tila. O mientras trato de planificar los próximos días. Además, el siguiente bus saldrá en poco más de una hora. Tampoco es tanto tiempo, ¿no?

Si Clara se sube al autobús → Sigue en la escena 2

Si Clara se queda en la cafetería → Sigue en la escena 3

2

No, no. Es mejor no tentar a la suerte. Y seguro que hay cosas peores que pasarse una hora mirando el paisaje invernal de Castilla y León. Igual hasta me quedo dormida y llego a casa descansada (es evidente que lo necesito).

Guardo el equipaje en el maletero y subo al autobús. Aunque no es la primera vez que lo pillo, sí lo es durante estas fechas y me sorprende lo lleno que está. Tengo que caminar hacia la parte de atrás para encontrar un asiento libre. Es el que da al pasillo, porque en el de la ventanilla ya hay sentado un chico.

—¿Está libre? —pregunto, pero el chico no responde. Me observa con tanta intensidad que empiezo a pensar que tengo algo entre los dientes. A punto estoy de pasarme la lengua para asegurarme cuando el desconocido habla.

—¿Clara?

¿Cómo sabe…? Pero entonces me fijo mejor en él y lo reconozco. Me cuesta un poco, porque está muy cambiado, pero pocas personas tienen una mancha de nacimiento con forma de pera en la mejilla.

—¿Jaime? No me lo puedo creer. ¡Cuánto tiempo! ¿Diez, once años?

—Más o menos. —Él se levanta y me da dos besos. Es una maniobra complicada, porque Jaime mide como dos metros y el espacio es muy estrecho, pero él tiene que estar acostumbrado, porque lo hace parecer fácil—. El asiento es todo tuyo.

Dejo la mochila en el altillo sobre nuestras cabezas y tomo asiento. Jaime me mira, yo lo miro y… ninguno dice nada. Lo cierto es que me he emocionado tanto al ver una cara conocida (y no tener que hacer el viaje en silencio) que no me he parado a pensar en lo incómodo que es que no fluya la conversación. Lo cual es lo más

lógico del mundo, porque Jaime y yo ya no somos unos niños y no conocemos nuestras versiones más mayores.

La abuela de Jaime era nuestra vecina y él solía pasar los veranos en Zarcilla, aunque dejó de venir cuando yo tenía unos nueve o diez años. Supongo que era cuestión de tiempo, porque ya desde pequeño daba la sensación de que no disfrutaba especialmente del pueblo. Llevaba años sin verlo, y eso que su prima Berta sigue viviendo en la casa de su abuela, a pesar de que la anciana murió el mes pasado. Ostras, ¡su abuela! ¿No debería darle el pésame?

—Siento lo de tu abuela —digo de repente, y carraspeo—. Ha tenido que ser difícil.

Jaime tuerce el gesto.

—Gracias. —Hace una pausa, y luego baja la voz, como si le costara hablar del tema—. Lo ha sido. Quiero decir… Era mayor, pero tenía tanta vitalidad que… Bueno, uno nunca se hace a la idea, ¿entiendes? —sigue, y yo asiento, aunque no he pasado por lo mismo que él. Mi abuela Puri tiene más energía que yo, y el resto de mis abuelos murieron antes de que naciera—. Por eso regreso a Zarcilla. Mis padres quieren vender la casa y hay que dejarla apañada para que no parezca que se cae a pedazos.

—Menudo rollo.

Jaime sonríe.

—Un tostón —confirma—. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí? Me refiero a… en este bus en concreto, en Madrid. No te ofendas, pero tienes toda la pinta de las típicas personas que vuelven a casa por Navidad.

—¿Es por la coleta despeinada?

—Y por la sudadera con pelotillas. Ideal para viajes largos.

Esta vez soy yo la que sonríe, hasta que recuerdo qué es lo que me espera cuando llegue a casa y arrugo la nariz.

—No es… —Hago un gesto con las manos—. No es una gran historia. Es más bien típica. Saqué muy buena nota en selectividad y mis padres me propusieron que estudiara una ingeniería en Madrid. Así que… Sí, vuelvo a casa por Navidad, supongo.

Jaime parpadea, confuso.

—¿Una ingeniería?

—Industrial —aclaro.

—No te pega nada. Lo de estudiar una ingeniería tan técnica, me refiero. Que yo recuerde, siempre has sido más… ¿creativa? Sí, esa es la palabra. De pequeña siempre estabas con un lápiz en la mano, aunque bueno, qué tontería. Con diez años a nadie le pega ser ingeniero.

«Lo sé», quiero decir, pero me muerdo la lengua. Me enternece un poco que Jaime recuerde eso de mí, pero al mismo tiempo confirma mis peores miedos. Porque si hasta un (prácticamente) desconocido ha captado tan rápido que soy un fraude…, no tengo ninguna posibilidad de engañar a mis padres o a mis amigos. ¿Cómo les voy a contar que estoy suspendiendo todas las asignaturas? ¿Que desde que puse un pie en la facultad todo se me ha hecho bola? ¿Que no disfruto ni de las clases, ni de la vida tan agitada de la capital, ni de mis compañeros? ¿Que ese es el motivo por el que no he vuelto al pueblo antes, ni siquiera algún finde? Les decepcionaré. Se darán cuenta de que se equivocaron conmigo; de que no soy tan lista, ni tengo un futuro tan prometedor por delante, ni…

Por suerte el autobús arranca y me libra de responder.

Jaime está muy cambiado, pero al mismo tiempo no. Sigue teniendo los mismos ojos de color marrón oscuro a juego con su pelo, la misma piel morena que hace destacar aún más esa mancha de nacimiento. Recuerdo que de pequeño la odiaba porque había niños que se metían con él por ella. Ahora me cuesta pensar que alguien pudiera burlarse del chico que tengo frente a mí. Parece tan seguro de sí mismo que me da un poco de envidia.

—¿Y tú? —pregunto. No es que sea especialmente extrovertida, pero Jaime es de esa clase de personas con las que parece fácil hablar. Y, qué narices, ¡no quiero quedarme sola con mis pensamientos! Hablaría hasta con la conserje de mi residencia en Madrid (que creo que me odia, por cierto)—. ¿Qué es de tu vida? Recuerdo que vivías en Madrid con tus padres, ¿no?

—Y sigo viviendo con ellos, que con esta economía cualquiera se va de alquiler… —Jaime bufa—. Estudio para ser chef.

—¿Qué? ¡Guau! Es increíble. Eres la primera persona que conozco que estudia algo parecido. Si te soy sincera, ni siquiera sabía que alguien se podía formar para ello.

—Suelen ser escuelas privadas y caras, pero sí. Por suerte conseguí una beca. No es por presumir, pero hago unos pastelitos estupendos. —Me guiña un ojo, y yo suelto una risita—. En fin, supongo que con esta marca de nacimiento mi futuro estaba predestinado, ¿no crees?

Jaime y yo hablamos durante el resto del trayecto. Me cuenta sobre su vida en Madrid (amigos, estudios, exámenes, las prácticas que tendrá que hacer dentro de poco en un restaurante de estrella Michelín), pero yo intento no revelar demasiado sobre mi vida en la capital. Redirijo la conversación hacia puntos más seguros, como el pueblo, las fiestas y todos los eventos que se organizan en Zarcilla. Si Jaime lo nota, no me lo echa en cara. Y yo se lo agradezco, aunque no se lo diga, al igual que agradezco haberme encontrado con él.

Cuando llegamos al pueblo me siento más tranquila, a pesar de todo lo que me espera. No solo enfrentarme a mis padres y a mis amigos, sino también a cierta persona en concreto. He intentado no pensar en él, pero ahora que por fin estoy en Zarcilla es difícil, porque lo veo en todas partes.

«No, Clara —me digo—. Concéntrate. Tienes problemas mucho más importantes que resolver».

Cierto.

Jaime y yo somos de los últimos en apearnos del bus, así que el maletero está prácticamente vacío cuando él se hace con su bolsa de viaje y se la cuelga al hombro.

—¿Necesitas ayuda con la maleta? —me pregunta, y yo le ignoro deliberadamente y me encargo de mi propio equipaje. Silba—. ¿Quedaría como un capullo si te digo que me sorprende lo fuerte que eres, a pesar de medir como metro y medio?

Le doy un ligero empellón con el hombro y él se ríe. Yo me muerdo el labio inferior para evitar sonreír. Quiero decirle que no mido tan poco, pero él es tan alto que cualquiera parecería un gnomo a su lado. Pero entonces escucho una voz que me hiela la sangre y me devuelve a la realidad.

—¡Jaime!

—¡Berta!

La recién llegada corre a los brazos de Jaime, que parece muy emocionado por verla. Berta también lo está, hasta que se separa de él, se da cuenta de mi presencia y le cambia la cara por completo.

—Tú.

—Hola —saludo, y se hace un silencio hostil entre los tres.

Bien, vale: Berta nunca me cayó tan bien como su primo, y eso que nos ha tocado aguantarnos durante gran parte de nuestras vidas. No solo por ser vecinas: también fuimos compañeras de clase hasta que nos graduamos de bachillerato. En todos estos años, no ha habido una sola vez en la que hayamos congeniado, ni qué decir de haber sido amigas. No solo porque nuestras personalidades son opuestas (Berta nunca se calla, es crítica y tremendamente cabezota), sino porque… siempre me ha dado la sensación de que Berta hace todo lo posible para recalcar lo mal que le caigo. Una vez, en cuarto de la ESO, nos tocó hacer un trabajo de Historia y Berta fue a hablar con la profe para pedirle expresamente cambiar de compañera. No funcionó, claro, lo cual hizo todo mucho más incómodo entre nosotras. De todas formas, fue la primera vez que alguien se mostraba tan hostil conmigo. Me sentí tan ofendida que todavía hoy pienso en ese momento.

Cuando me armé de valor y le pregunté cuál era su problema, me dijo que odiaba que siempre la superara en los exámenes. Lejos de firmar una tregua, desde aquel momento ambas empezamos a competir en serio por ver quién de las dos destacaba más en los estudios. No voy a mentir: sentí una gran satisfacción cuando me nombraron la mejor alumna de mi promoción y saqué la nota más alta en la selectividad de todo el insti, aunque tengo que admitir que

sentí mucha envidia cuando ella ganó aquel concurso de arte de la comunidad. Me sentí como… como si ella hubiera llegado al punto exacto con el que yo solo me he atrevido a soñar. Por no hablar de cuando me robó mi cuaderno de bocetos, que yo les ocultaba (y les oculto) incluso a mis amigos. Creía que se lo enseñaría a todo el mundo y, aunque al final no lo hizo, seguro que solo fue porque mis diseños le parecieron tan aburridos que ni siquiera le mereció la pena burlarse de ellos.

Tendría que haberme imaginado que iría a recoger a Jaime. Así me habría evitado este momento tan incómodo.

—¿Todo bien? —pregunta Jaime, que alterna la mirada entre Berta y yo.

—¿Qué tal el viaje? —pregunta ella, ignorándome hasta tal punto que me da la espalda.

—Agotador. Por suerte Clara me ha hecho más amena la última parte.

Berta me observa con cara de haber chupado un limón.

—Pues qué suerte, ¿no?

—Mucha —digo. Supongo que tengo que estar poniendo una expresión parecida a la de ella, porque Jaime carraspea.

—¿Nos vamos? —pregunta, y Berta asiente una sola vez, seca. No deja de mirarme y, a pesar de todo, estoy segura de que piensa lo mismo que yo: no nos queda más remedio que hacer el viaje juntas, porque los tres vamos en la misma dirección.

El camino de regreso es tan tenso que casi agradezco llegar a casa.

Sigue en la escena 4

3

Creo que, si los aviso, mis padres no me tendrán en cuenta que tarde un poco más. Total, tampoco va a cambiar nada que llegue ahora o dentro de unas horas. Y, siendo sincera, no me vendría mal un café. O una tila. O cualquier cosa que me dé una excusa para no subirme a ese autobús.

«Espero que no me claven tres euros por una botella de agua», pienso. Aunque me lo merecería, por cobarde.

Arrastro la maleta hacia la cafetería de la estación. A pesar de que el espacio es grande, hay mucha gente que regresa a casa durante estas fechas. Logro encontrar una mesa junto a un enchufe, pero hasta aquí llega mi momento de suerte. Cuando me giro para ver la carta mis ojos chocan con los de uno de los baristas.

Lo reconozco al instante. Y sé que él también a mí, porque se sube las gafas sobre el puente de la nariz como si la vista le estuviera jugando una mala pasada.

—¿Clara? —pregunta.

Mi corazón se salta un latido.

—Nuño —susurro, despacio.

Hay un instante de silencio en el que ninguno sabemos bien qué decir, lo cual me resulta raro, porque entre Nuño y yo jamás han existido este tipo de silencios. Los ha habido cómodos, reflexivos, tímidos, eléctricos y extraños. Pero nunca el típico que ocurre entre dos conocidos que apenas se hablan.

Él abre la boca, como si quisiera decir algo. Pero entonces una señora mayor carraspea para llamar su atención y Nuño me lanza una mirada de disculpa. Le hago un gesto y me agacho para enchufar el cargador en un patético intento de calmarme.

Vale. Nuño. ¡Aquí! No sabía que trabajara en la estación. Claro que estos últimos meses no he sido la mejor amiga del mundo.

«Uf. Respira, Clara, respira».

Me incorporo de nuevo, dispuesta a enfrentarme a Nuño, cuando me doy cuenta de que él se me ha adelantado y está plantado junto a mi mesa.

Está igual que siempre. No sé por qué me sorprende, pero lo hace. El mismo pelo castaño claro que sigue sin saber peinarse (aunque ahora lo tenga más largo). Los mismos ojos del color del chocolate con leche. Las mismas gafas redondas que no terminan de adaptarse bien al largo y fino puente de su nariz.

Lo conozco tan bien que podría dibujarlo incluso con los ojos cerrados. Y, sin embargo, es como si fuéramos dos extraños.

—Hola —saluda.

—¡Hola! —le digo, y carraspeo—. No sabía que trabajabas aquí.

—Sip —dice él. Parece tan incómodo como yo—. Empecé en septiembre. Ya sabes, cuando tuve que dejar…

Asiento y ambos hacemos una pausa.

Nuño siempre ha soñado con estudiar Periodismo. Lo suyo es vocacional: en el insti hasta montó un periódico y nos convenció a todos para involucrarnos en él. Tras acabar el bachillerato, lo admitieron en la Complu de Madrid. Como yo también me mudaba a la capital, la idea era alquilar un piso juntos. Por desgracia, en agosto le diagnosticaron un cáncer a su madre y tuvo que posponer todos sus planes. Al final, me fui yo sola a Madrid y… Bueno, digamos que nada ha salido bien desde entonces.

—¿Cómo te va? —continúa él.

—Bien —miento de manera automática, aunque no estoy segura de engañarlo. Hace no mucho, sé que no. Nuño es de las personas que mejor me conocen en el mundo. Al fin y al cabo, llevamos siendo amigos… ya ni lo recuerdo. Toda la vida, prácticamente.

En cambio, ahora no pregunta. En su lugar, señala hacia una de las mesas.

—Todavía tengo algo de trabajo, pero salgo en media hora. Si quieres, podemos regresar juntos al pueblo.

Dudo. Es evidente que nuestra relación no pasa por nuestro mejor momento. No solo porque llevamos meses sin vernos, sino

también… por el beso que nos dimos justo antes del final de verano.

Lo más sensato sería negarme, pero…

Dios, lo echo muchísimo de menos.

—Vale —le digo.

Nuño sonríe.

—¡Guay! Pues luego hablamos —me dice, y yo asiento.

Cuando se aleja, me dejo caer en la silla y rezo para que nadie escuche los latidos acelerados de mi corazón.



Me abrocho el cinturón con manos temblorosas. Nuño coloca los espejos y se sube las gafas sobre el puente de la nariz antes de arrancar.

Al principio guardamos silencio una vez más. Pero luego Nuño enciende la radio y no puedo evitar sonreír.

—¿Ginebras? —le digo—. Creo que eres el único chico heterosexual que las escucha.

—¡Son buenísimas!

—Por supuesto que lo son. Es solo que me sorprende que, de repente, tengas tan buen gusto.

—¿Perdona?

—¡Sueles escuchar grupos que nadie conoce!

Nuño me lanza una rápida mirada.

—Hay que darle una oportunidad a todo el mundo.

—Ya hemos tenido esta discusión muchas veces. No todos se la merecen.

—Tienes razón.

—Como siempre.

Él suelta una carcajada que me contagia. Y es un poco como retroceder en el tiempo a aquellos días en los que todo era más sencillo entre los dos.

No dura mucho: enseguida el ambiente se enrarece.

Durante unos minutos, Nuño conduce en silencio. Me devano los sesos intentando encontrar algún tema de conversación que haga más llevadero este momento. Sin embargo, y como es habitual, es él quien toma la delantera.

—¿Qué tal la carrera?

Uf. Lo último que me apetece es hablar sobre lo muchísimo que odio Ingeniería Industrial y lo mal que se me está dando.

—Bien.

De nuevo, Nuño me observa. Son apenas unos segundos, pero suficientes para hacerme sudar.

—Vale —dice, porque no es de los que te presionan para hablar—. ¿Te gusta Madrid?

—Está bien —murmuro. Otra respuesta a medias—. ¿Y tú? ¿Desde cuándo tienes coche?

—Es el de mi padre. Me deja conducirlo cuando no lo usa.

—Guay —respondo. Tomo aire y cierro las manos en dos fuertes puños sobre el regazo—. ¿Y tu madre? ¿Sigue respondiendo bien al tratamiento?

—Mejor de lo esperado —dice Nuño—. Se lo pillaron a tiempo y, si todo va bien, acabará la tanda de quimio pronto y no hará falta operarla.

—Me alegro muchísimo —digo, y hablo en serio. Estos meses no han sido fáciles para la familia de Nuño. Saber que la pesadilla está cerca de acabar me llena de un alivio que casi me hace llorar. Hago una pausa—. Y tú… ¿cómo estás?

Esta vez el silencio es distinto. No es incómodo, sino el tipo de silencio que guardas cuando algo te duele demasiado.

—No lo sé —confiesa él, finalmente—. Hay veces que todavía no me lo creo, ¿sabes? Como si no nos estuviera pasando a nosotros. Pero luego toca otra sesión de quimio y veo las secuelas y la realidad me golpea con fuerza. Y es… difícil. Estoy enfadado todo el rato. No con mi madre, por supuesto, sino con el mundo. Pienso todo el rato ¿por qué? ¿Por qué ella? ¿Por qué ahora? —Hace una pausa—. A

veces me siento muy egoísta, porque… pienso tantísimo en lo que podría ser mi vida si esto no nos hubiera tocado a nosotros…

Busco una de sus manos de manera inconsciente. Él no se aparta, pero tampoco me mira.

—Supongo que es normal —murmuro—. Lo que sientes, lo que piensas, lo que deseas. No puedo ni imaginarme cómo debes de sentirte, pero… No creo que nada de lo que me cuentas te haga ser peor hijo o peor persona. Solo… un ser humano que está pasando por una situación muy difícil.

Nuño aprieta mi mano y una chispa de electricidad estática me recorre de arriba abajo y me eriza la piel.

—Te echaba de menos —confiesa.

Esta vez no dudo.

—Yo también.

Sigue en la escena 4

4

Nada más abrir la puerta, mi hermana me hace un placaje que casi me tira al suelo.

—¡Por fin! —me grita—. ¡Te he echado muchísimo de menos!

Yo también a ella, así que la envuelvo en el abrazo más fuerte que puedo.

—¿Clara ya está aquí? —pregunta mi madre, que se asoma desde la cocina. Sonríe tanto cuando me ve que una punzada de culpa me muerde la boca del estómago—. ¡Clara! ¡Bienvenida, cariño!

—Estoy en casa —digo. Tengo que hacer un gran esfuerzo para no ponerme a llorar como un bebé.

Casa. Nunca esa palabra había significado tanto para mí como ahora.

Pronto me veo sentada en el sofá, rodeada de las tres mujeres de mi vida, las tres con tazas de café a juego y migas de galleta en la comisura de la boca.

Mi abuela Puri me avasalla a preguntas sobre Madrid. Nunca le ha gustado especialmente la capital: piensa que es ruidosa, sucia y que está muy sobrevalorada, así que sonríe con suficiencia cuando le confieso que a mí tampoco me ha parecido la gran cosa. No añado que, en realidad, apenas salgo de la resi y que por eso no he tenido mucha oportunidad de conocerla bien. Mi hermana Silvia, en cambio, está deseando volar del nido. Está en segundo de bachillerato y su sueño siempre ha sido ver mundo, así que no se conforma con mis respuestas escuetas. Quiere saberlo todo sobre todo. En más de una ocasión llega a ponerme contra las cuerdas, pero mi madre acude a mi rescate y pone paz entre nosotras.

La puerta de casa se abre y la voz cantarina de mi padre nos interrumpe.

—¿Está Clara ya en casa? —pregunta, aunque no espera respuesta alguna. Mi padre entra en el salón cargado de bolsas de la

compra que suelta en cuanto me ve. Yo me levanto y corro entre sus brazos—. ¡Mi niña grande! ¿Qué tal todo? ¿Qué tal el viaje? ¡Oye! ¿Os habéis comido las galletas sin mí?

Supongo que hay cosas que nunca cambian. Para mi padre, yo siempre seré su «niña grande», y Silvia su «niña chica», no importa el tiempo que pase.

—Hay más en la cocina —le indica mi madre con cierto retintín.

Él suspira con exageración.

—Siempre igual. Soy el último mono de esta casa. ¡Nunca se me tiene en cuenta!

Silvia pone los ojos en blanco.

—Como puedes comprobar —me dice—, papá sigue tan exagerado como de costumbre.

—Lo contrario me sorprendería —bromeo, y mi padre suelta un gemido plagado de indignación.

—Muy bien, muy bien. —Se agacha para recoger las bolsas—. El último, desde luego.

Suelto una carcajada. Hago el amago de ayudarlo con la compra, pero él me chista y me indica que vuelva a sentarme en el sillón.

—Hoy eres la invitada de honor —me dice la abuela Puri—. ¡Imagínate! Tu madre hasta se ha pedido el día libre en el trabajo. ¡Y yo les he dicho a mis amigas que hoy no quedaba para jugar a las cartas!

Guau, eso sí que son palabras mayores, porque mi abuela nunca deja pasar la oportunidad de echar algún cinquillo. Y aunque me siento enternecida (y muy agradecida) por tantísimo cariño, no puedo evitar sentirme fatal. No, peor que eso. No paro de pensar en que estoy mintiendo a todo el mundo. Que si supieran realmente lo mal que me está yendo en Madrid, lo poco que me estoy esforzando, la bienvenida sería muy distinta.

Intento fingir la mejor sonrisa de mi repertorio cuando me siento una vez más junto a mi hermana.

—No te creas que he terminado contigo —me susurra, y me lanza una mirada que me pone la piel de gallina—. Tenemos que hablar.

No me cabe duda. Silvia es de las que siempre cumplen sus amenazas.



No me equivoco. En cuanto terminamos de comer, Silvia me arrastra escaleras arriba y me empuja dentro de su habitación.

—Ahora dime la verdad —me ordena.

Sé que es inútil hacerme la tonta, pero lo intento igualmente.

—Oye, ¿tienes pensado poner orden aquí dentro alguna vez o…?

Silvia me da un golpecito en el brazo.

—¡Clara!

Suspiro. Puestos a contarle la verdad a alguien, quién mejor que ella, ¿no? Al menos sé que no me juzgará.

—No me está yendo bien en Madrid —empiezo, despacio.

Y es como abrir el grifo de una manguera: las palabras salen a chorro y no puedo parar de hablar y hablar y hablar.

Se lo cuento todo: que no he hecho ni un solo amigo, que me siento la persona más desgraciada del mundo, que apenas salgo de la resi, que falto a la gran mayoría de las clases y que he suspendido todos los parciales y seguro que catearé también los finales. Mi hermana me escucha todo lo callada que sabe, lo cual quiere decir que no para de repetir «no», «¡Clara!» o «¡qué fuerte!» cada cinco segundos.

Cuando termino, me siento un poco mejor. Pero solo dura hasta que mi hermana toma aire y suelta un «Ya te lo advertí».

Sí, vale, tenía razón. A Silvia nunca le pareció buena idea que me metiera a estudiar Ingeniería Industrial. De hecho, fue la primera en echarse a reír cuando mis padres lo propusieron. Mi hermana es una de las dos únicas personas en el mundo que saben lo que siempre he querido hacer en realidad pero nunca me he atrevido. Porque soy una cobarde que siempre escoge el camino fácil, aunque este no siempre sea el mejor.

—Ojalá te hubiera hecho caso.

Silvia me lanza una larga mirada, y luego suspira.

—Entonces… ¿por eso estás ignorando a todo el mundo? —pregunta, y yo me muerdo el labio inferior y asiento. Por «todo el mundo» se refiere a nuestro grupo de amigos—. ¡Clara!

—¡Ya lo sé! —digo—. Lo sé y lo siento. Soy la peor amiga del mundo. Pero no podía soportar que os dierais cuenta de que soy una fracasada.

—¿Qué dices? ¡Nadie va a pensar eso!

Lo peor de todo es que lo sé, pero me da igual. Porque soy *yo* la que se ve así y para mí eso es suficiente. Por eso he dejado de leer y contestar el grupo de wasap, he faltado a las videollamadas grupales y no he querido regresar a casa hasta que ha sido inevitable. Me siento fatal y los he echado de menos cada segundo que he pasado en la capital. He intentado cambiar, ser sincera, pero la bola se ha hecho cada vez más y más grande y ahora no sé cómo salir del lío.

—Lo siento, ¿vale? —digo—. Es solo que… Ahora no sé cómo mirar a nadie a la cara. No sé cómo decírselo a papá, a mamá y a la abuela, con el esfuerzo tan grande que han hecho para mandarme a Madrid. No sé cómo enfrentarme a…

—¿A que has tomado una mala decisión, como todo el mundo? ¿Al hecho de que eres humana?

—Justo.

Silvia hace una pausa.

—Vale —murmura—. ¿Sabes qué vamos a hacer? Empezaremos por hacer las paces con el grupo. Te vas a venir al belén viviente de esta tarde y… No, no protestes, que te veo venir. Cuanto antes te enfrentes a la verdad, mejor. ¿No crees que es mejor empezar por nosotros? Te resultará más fácil que contarles a papá y a mamá que quieres dejar la carrera.

No he dicho eso en ningún momento, pero Silvia me conoce mejor que nadie, al fin y al cabo.

—¿Y si no quieren verme? Seguro que están cabreados conmigo por hacerles *ghosting*. Y con toda la razón. Yo lo estaría. De hecho,

Julio desde luego que lo está. Y ni qué decir de Vic, con lo que es ella. ¿Y Paula? Dios, seguro que me mata en cuanto me vea y…

—¡Claaaaara! —se queja Silvia, y a mí no me queda más remedio que rendirme. Porque lo cierto es que los echo muchísimo de menos.

—Vale. Bien. Iré. Sí —murmuro. Por mucho que esté deseando hablar con el grupo, se me ocurren planes mucho mejores que enfrentarme a mis errores. Como clavarme chinchetas en las plantas de los pies, por ejemplo.

Si vienes de la escena 2 → Sigue en la escena 5

Si vienes de la escena 3 → Sigue en la escena 6

5

Zarcilla de las Alcahuetas se toma muy en serio sus tradiciones, y el belén viviente es una de las más antiguas. La tarde del 20 de diciembre el pueblo entero se transforma: las calles retroceden siglos en el tiempo y se llenan de espectáculos, disfraces y representaciones teatrales. Ningún vecino puede librarse: hay que hacer lo que sea por no romper la magia (y por no perder el interés de los turistas).

Silvia y yo avanzamos rumbo a la plaza del pueblo. Ese suele ser el punto principal del recorrido, puesto que ahí, frente al ayuntamiento, es donde se representa el belén viviente.

—No sé si puedo hacer esto —le digo a Silvia, tal vez por quinta vez en lo que va de trayecto.

Mi hermana le quita hierro al asunto con un aspaviento.

—Tonterías. Ya casi estamos.

Voy a vomitar.

Mi hermana y yo somos las últimas en llegar a la plaza (la puntualidad no es propia de las Garrido, no). Enseguida reconozco el pelo rojizo de Vic. Como es habitual, está colgada del brazo de Paula. Julio, en cambio, trata de llamar (sin éxito) la atención de un grupo de chicas mientras Ángel lo graba y se parte de risa.

Y luego… Luego está Nuño. El chico al que no quiero ver y, al mismo tiempo, al que me muero de ganas de abrazar. Tengo que hacer un gran esfuerzo para no correr hacia él. Me clavo las uñas en las palmas de la mano cuando nuestras miradas se cruzan. Es el único que parece darse cuenta de que estoy allí. Y sé que, para Nuño, el reencuentro duele tanto como para mí.

Por lo que siempre hemos sido, aunque sea insuficiente.

Por lo que pudo ser y no fue.

Me quedo tanto tiempo embobada mirándolo que Silvia carraspea y me obliga a enfrentarme a todos los demás.

Siguen exactamente igual. Ellos, el pueblo. Es como si no hubiera pasado el tiempo; como si siguiéramos en el insti, quedándonos hasta tarde en la biblioteca mientras fingimos estudiar aunque en realidad hablamos de todo y de nada y bebemos muchas más bebidas energéticas de lo recomendable.

—¡Chicos! —saluda Silvia, y entonces los demás nos miran. Me miran, mejor dicho.

Hay un par de segundos de silencio en los que nadie parece atreverse a hacer nada. Yo contengo la respiración, sudando más de lo que es normal en pleno diciembre. Quiero llorar. Y correr para abrazarlos. Justificarme. Pedirles perdón. Contarles la verdad y, al mismo tiempo, fingir que estos meses no han existido. Que soy la misma persona, aunque no sea cierto.

—Hola —saludo, sintiéndome como una extraña. La lengua me pesa tanto como si estuviera hecha de cemento. Silvia me da un empujón que casi me hace perder el equilibrio—. Eh…

Es Paula quien, como de costumbre, toma la iniciativa.

—Vaya, vaya… —empieza, despacio—. La hija pródiga vuelve a casa.

No me gusta nada cómo suena eso.

—Sí —respondo, como una tonta. Vic bufa y yo a punto estoy de encogerme dentro del abrigo con la esperanza de hacerme diminuta y desaparecer—. Lo… Lo siento. Es que… —dudo. «Venga, Clara, dilo»—. Lo siento.

Durante unos instantes, pienso que me van a mandar a la mierda. Entonces, Vic se acerca a mí, niega con la cabeza y me pega tal puñetazo en el brazo que me hace soltar un «¡ay!» lastimero.

—Esto por tenernos tan preocupados, tonta del culo —empieza. Y luego me da un fuerte abrazo que me deja muda—. Y esto porque te hemos echado mucho de menos.

Me entran ganas de llorar. Y ahora es Paula quien se une rápidamente al abrazo y pronto me veo envuelta por todos en uno de los abrazos más cálidos que me han dado nunca. Incluso Nuño me abraza, y solo con este gesto me dice todo lo que necesito. Y

entonces ya no tengo solo ganas, sino que lloro a mares mientras les pido perdón una y otra vez y me prometo a mí misma que haré todo lo posible por solucionar las cosas con ellos. No solo porque es lo correcto o porque se merezcan todas las explicaciones del mundo, sino porque son hogar. Y he pasado demasiado tiempo lejos de ellos.

Sigue en la escena 7

6

Zarcilla de las Alcahuetas se toma muy en serio sus tradiciones, y el belén viviente es una de las más antiguas. La tarde del 20 de diciembre el pueblo entero se transforma: las calles retroceden siglos en el tiempo y se llenan de espectáculos, disfraces y representaciones teatrales. Ningún vecino puede librarse de formar parte de esto: hay que hacer lo que sea por no romper la magia (y por no perder el interés de los turistas).

Silvia y yo avanzamos rumbo a la plaza del pueblo. Ese suele ser el punto principal del recorrido, puesto que ahí, frente al ayuntamiento, es donde se erige el portal de belén propiamente dicho.

—No sé si puedo hacer esto —le digo a Silvia, tal vez por quinta vez en lo que va de trayecto.

Mi hermana le quita hierro al asunto con un aspaviento.

—Tonterías. Ya casi estamos.

Voy a vomitar.

Mi hermana y yo somos las últimas en llegar a la plaza (la puntualidad no es propia de las Garrido, no). Reconozco enseguida el pelo rojizo de Vic. Como es habitual, está colgada del brazo de Paula. Julio, en cambio, trata de llamar la atención de un grupo de chicas (sin éxito) mientras Ángel lo graba y se parte de risa. Y Nuño… Nuño es quien siempre trata de imponer algo de paz entre todos. Lo hace sin alzar la voz, con esa calma tan contagiosa que hace que todo el mundo se sienta a salvo.

Todavía me vibra la mano con el recuerdo de su tacto.

Me quedo tanto tiempo embobada mirándolo que Silvia me da un codazo. Sabe perfectamente lo que ocurrió entre nosotros (todos lo saben a estas alturas) y ha sido mi mayor apoyo desde entonces.

—¿Te pondría más nerviosa si te dijera que es evidente que os gustáis un montón?

—Sí —le digo.

—Vale, pues me callo. —Hace el gesto de cerrarse la boca con una cremallera—. ¿Lista para hablar con ellos?

No, pero da igual. Tengo que hacerlo, así que vuelvo a clavar la mirada en mis amigos.

Siguen exactamente igual. Ellos, el pueblo. Es como si no hubiera pasado el tiempo; como si siguiéramos en el insti, quedándonos hasta tarde en la biblioteca mientras fingimos estudiar aunque en realidad hablamos de todo y de nada y bebemos muchas más bebidas energéticas de lo recomendable.

—¡Chicos! —saluda Silvia, y entonces los demás nos miran. Me miran, mejor dicho.

Hay un par de segundos de silencio en los que nadie parece atreverse a hacer nada. Yo contengo la respiración, sudando más de lo normal en pleno diciembre. Quiero llorar. Y correr para abrazarlos. Justificarme. Pedirles perdón. Contarles la verdad y, al mismo tiempo, fingir que estos meses no han existido. Que soy la misma persona, aunque no sea cierto.

—Hola —saludo, sintiéndome como una extraña. La lengua me pesa tanto como si estuviera hecha de cemento. Silvia me da un empujón que casi me hace perder el equilibrio—. Eh…

Es Paula quien, como de costumbre, toma la iniciativa.

—Vaya, vaya… —empieza, despacio—. La hija pródiga vuelve a casa.

No me gusta nada cómo suena eso.

—Sí —respondo, como una tonta. Vic bufa y yo a punto estoy de encogerme dentro del abrigo con la esperanza de hacerme diminuta y desaparecer—. Lo… lo siento. Es que… —dudo. «Venga, Clara, dilo»—. Lo siento.

Durante unos instantes, pienso que me van a mandar a la mierda. El único que me mira con algo de empatía es Nuño, pero eso no me sirve de consuelo. Sabría que él me ha perdonado incluso aunque no nos hubiésemos visto antes.

Entonces, Vic se acerca a mí, niega con la cabeza y me pega tal puñetazo en el brazo que me hace soltar un «¡ay!» lastimero.

—Esto por tenernos tan preocupados, tonta del culo —empieza. Y luego me da un fuerte abrazo que me deja muda—. Y esto porque te hemos echado mucho de menos.

Me entran ganas de llorar. Y ahora es Paula quien se une rápidamente al abrazo y pronto me veo envuelta por todos en uno de los abrazos más cálidos que me han dado nunca. Incluso Nuño me abraza, y solo con este gesto me dice todo lo que necesito. Y entonces ya no tengo solo ganas, sino que lloro a mares mientras les pido perdón una y otra vez y me prometo a mí misma que haré todo lo posible por solucionar las cosas con ellos. No solo porque es lo correcto o porque se merezcan todas las explicaciones del mundo, sino porque son hogar. Y he pasado demasiado tiempo lejos de ellos.

Sigue en la escena 8

7

Damos una vuelta alrededor del pueblo, viendo el belén y alabando a los vecinos por el increíble trabajo que han hecho. La verdad es que cada año se lo curran más. Hay puestos artesanales repartidos por todo el pueblo, gente disfrazada que trabaja la madera y arrastra carretillas, un pequeño corral con ovejas y gallinas y hasta un herrero que parece que está afilando una espada real.

—¿Habéis visto el burro ese de ahí? —dice Julio—. Creo que me odia. Me ha lanzado una mirada que…

—Normal —lo interrumpe Vic—. Es listo y te ha visto venir de lejos.

—¡Eh!

Todos soltamos una carcajada. Me siento más ligera que antes, como si el abrazo del grupo hubiera quitado algo de peso de mis hombros. No todo, claro, pero sí el suficiente como para que ya no tenga tantas ganas de salir corriendo.

Nuño y yo intercambiamos una rápida mirada. Sé que tenemos una conversación pendiente. Pero me alivia ver que, al menos, podemos caminar juntos, uno al lado del otro, como si nada hubiera ocurrido entre nosotros.

Llegamos de nuevo a la plaza cuando una voz nerviosa corta el murmullo del gentío.

—¡Esto no puede ser! ¡La escena empieza en cinco minutos!

Todos miramos hacia el escenario improvisado frente al ayuntamiento. Un pequeño grupo de vecinos disfrazados discute alrededor de un chico vestido de soldado romano que intenta sujetarse la túnica con ambas manos.

—¿Qué pasa? —pregunta Nuño, siempre dispuesto a enterarse de todo.

—El traje —dice una mujer mayor, claramente al borde de un ataque de nervios—. ¡Se ha roto! —se lamenta, y no exagera. Uno

de los laterales de la túnica está completamente descosido—. Si sale así al escenario se le va a ver hasta el alma. ¿Qué pensarán los vecinos? ¡Ay, Ambrosio! ¡Te dije que tuvieras más cuidado!

—¡Abuela! —se queja Ambrosio, un chaval que iba un par de cursos por encima en el insti—. ¡Que yo no he sido! ¡Ha sido un accidente! ¡El burro…!

—Os he dicho que no era trigo limpio —murmura Julio, y Paula le da un golpecito en el brazo.

—No puedo salir así —continúa Ambrosio—. Se me va a ver el culo. ¡No puedo enseñar el culo!

—¡Desde luego que no! —dice su abuela—. Ay, ¡si mis ojos fueran lo que han sido siempre…! ¿Quién va a arreglar esto?

—¿Qué vamos a hacer? —se lamenta otro vecino—. ¡Es demasiado tarde para cancelarlo! Y Ambrosio cumple un papel principal. ¡No puede haber belén sin romanos! ¡Sería anacrónico e irreal!

—Claro, porque lo de adorar a un niño nacido por obra y gracia de una paloma es…

—¡Julio! —exclamamos todos casi a la vez.

Echo un vistazo a mi alrededor. La escena ha atraído a unos cuantos curiosos. Si no supiera lo importante que es el belén para el pueblo, hasta me habría resultado cómico que un simple descosido genere tanto pánico. Pero los vecinos tienen razón: Zarcilla de las Alcahuetas vive del turismo. No podemos permitirnos un solo error que nos dé mala prensa. Miles de familias dependen de que esto salga bien.

Reconozco dos caras entre la marabunta que nos rodea: Jaime y Berta.

Él es el primero en percatarse de mi presencia. Me hace un gesto de reconocimiento a modo de saludo que llama la atención de su prima. Berta me mira, pero no parece tan encantada como su primo de verme allí. Bueno, pues el sentimiento es mutuo. Arrugo la nariz y hago el amago de dar media vuelta, pero Berta se me adelanta: da un paso al frente y carraspea para llamar la atención del público.

—No os preocupéis —dice—. Clara puede arreglar el disfraz.

Parpadeo. ¿He oído bien o…?

Todo el mundo me mira. Mis amigos lo hacen con curiosidad y sorpresa, y Silvia con una preocupación que me hace tragar saliva.

—¿P-perdón? —pregunto, apenas un hilillo de voz.

—Puedes arreglarlo, ¿no es cierto? —pregunta Berta. No lo hace con desafío, pero tampoco parece dispuesta a aceptar un no por respuesta—. Sabes coser.

Una gotita de sudor frío me recorre la columna vertebral. ¿Es cosa mía o empiezo a ver doble? Porque creo que me voy a desmayar. No, ¡sé que me voy a desmayar! Sí, vale. Todo el mundo sabe que sé coser, ¡pero nunca lo he hecho en público! ¿De verdad pretende que lo haga delante de todo el pueblo? Berta es de las pocas personas en el mundo que sabe que, para mí, coser no es solo un *hobby,* pero por muy fría que fuera nuestra relación, jamás le había contado a nadie que sueño… ¡bueno, no lo sé! ¿Con dedicarme a la moda? ¿A algo relacionado con los vestidos, con desfiles y con la moda? ¿Que pocas cosas me gustan más en el mundo que coser, cortar telas, investigar patrones, dibujar, imaginarme vestidos llenos de colores y estampados…?

A ver, tampoco es que lo haya dicho ahora, pero…

—B-bueno… —intento decir, despacio—. Mi abuela me enseñó a coser, sí, pero… pero no creo que tenga la habilidad suficiente para…

—¿No eres la nieta de la Puri? —me pregunta entonces la abuela de Ambrosio—. La mayor. Seguro que tu abuela te ha enseñado bien, niña. ¿Puedes ayudarnos? Lo haría yo, pero mi vista no es la que era y no es una tela fácil. Si no se cose bien, seguro que mi Ambrosio enseña el culo y a ver cómo lo caso entonces.

—¡Abuela! —se queja Ambrosio. Tiene la cara tan roja como yo.

La gente sigue mirándome.

Trago saliva.

—Yo… —intento, pero la voz me sale demasiado débil, así que carraspeo—. S-supongo que podría intentarlo.

Un murmullo de alivio recorre la multitud.

—¡Bendita seas! —exclama la abuela de Ambrosio, llevándose una mano al pecho.

—Pero necesitaría aguja e hilo —añado rápidamente—. Y un sitio donde…, bueno, donde coser de forma más… privada.

«A ser posible un cuarto cerrado a miles y miles de kilómetros de distancia de aquí».

—¡Eso está hecho! —dice otro vecino—. En el puesto de la asociación hay un costurero. ¡Maruja, tráelo!

Todo empieza a moverse muy deprisa. Antes de que pueda arrepentirme, me guían hacia un banco cercano y me entregan un costurero que seguro ha visto tiempos mejores. Mis amigos se reparten a mi alrededor como si esto se tratara de la representación principal del belén y no quisieran perderse nada. Y yo agradezco su apoyo, de verdad, pero…

Ambrosio se coloca frente a mí sujetándose la túnica abierta por el lateral con cara de funeral.

—¿Seguro que sabes…?

—Sí —le digo.

—Vale, vale. Es solo que… Aunque no quiera enseñarlo, sí le tengo aprecio a mi culo.

Julio y Silvia ahogan una carcajada que intentan disimular tosiendo.

Nunca en mi vida había sentido tanta presión, ni siquiera cuando hice la selectividad.

«Es ridículo —me digo—. Has hecho esto miles de veces. Y Berta tiene razón: solo es un simple descosido. Puedo hacerlo».

Me tiemblan las manos cuando abro el costurero. Dentro hay un revoltijo de hilos de colores, botones sueltos, alfileres y una aguja bastante decente. Cojo la túnica con cuidado y examino el roto.

«¿Lo ves? Es fácil». Nada que no haya hecho mil veces. Nada que no pueda hacer incluso con los ojos cerrados. ¡Como si no llevara cosiéndoles vestidos a mis muñecas desde que tenía siete años!

Mis dedos empiezan a moverse casi solos mientras enhebro la aguja. Tomo aire y todo a mi alrededor desaparece. No de verdad,

claro. La gente sigue hablando, los niños corren, alguien hace sonar una pandereta cerca del portal del belén…, pero dejo de prestar atención. Como si Zarcilla fuera una radio y alguien le hubiera bajado el volumen al mínimo. Solo estamos la tela, la aguja, el hilo y yo.

Coso el primer punto. Luego otro, y otro y otro y otro. La tela es basta y rugosa como la de los antiguos sacos de patatas, pero consigo que la puntada entre bien, recta. Tiro del hilo con cuidado, igualo el borde y sigo cosiendo con movimientos pequeños y rápidos.

Y vuelvo a sentirme como esa Clara pequeñita que se pasaba horas y horas en su habitación con cuadernos, telas y colores. La que se quedaba observando fascinada a la abuela Puri cuando sus manos, tan hábiles, recorrían la tela a la velocidad de la luz. La que transformó un par de viejas camisetas y retales en una copia del vestido de Anneliese de *Barbie: la princesa y la costurera*.

La misma Clara que todavía no había olvidado lo divertido que era coser, la que soñaba a lo grande y coleccionaba dedales y no miedos.

Me seco el sudor de la frente y observo el zurcido.

—Ya está —anuncio.

Ambrosio se gira con cuidado para comprobar la costura. Tira un poco de la tela y… la costura aguanta perfectamente.

—¡Hala! —exclama Paula—. ¡Está perfecta!

—Jo, Clara —añade entonces Ángel—. ¡Pero si parece como nueva!

—Encima has cosido a velocidad ninja —añade Julio, y simula que lanza unos *shuriken*—. Sabía que cosías, pero es que ha sido un fiu, fiu, fiu. ¡Un visto y no visto!

—¡Esa es mi hermana! —Silvia me da un abrazo tan fuerte que casi me tira al suelo.

—Eres increíble —dice Nuño, y siento que mi cara se calienta más de lo normal.

—¡Es un milagro navideño! —exclama la abuela de Ambrosio, y todos a mi alrededor aplauden como si realmente acabara de salvar la Navidad.

Todavía me tiemblan las manos, pero me siento mucho mejor de lo que lo he estado en meses.

—Te he dicho que podías hacerlo —comenta entonces una voz. Cuando alzo la vista, me sorprende ver a Berta junto al puesto de la asociación. Está parada junto a su primo, pero por primera vez, solo tengo ojos para ella.

No sé qué decir. Nos miramos durante tanto tiempo que empieza a resultar incómodo. Berta no parece cachondearse de mí; ha pronunciado las palabras como si se trataran de una certeza irrefutable.

Soy la primera en retirar la vista.

—Guau, Clara —dice Jaime. Me mira. Lo miro. Parece tan orgulloso de mí que hace que se me acelere el corazón.

No tengo tiempo para responder, porque alguien da una fuerte palmada.

—¡Venga, venga! —anuncia—. ¡La representación está a punto de empezar! ¡Todos a sus puestos!

Ambrosio hace el típico saludo militar. Hace el amago de echar a correr, pero me mira en el último segundo.

—¡Gracias! —me dice—. Me has salvado el culo.

—Buen uso de la literalidad —apunta Vic con una sonrisa.

Los vecinos empiezan a dispersarse. Ahora sí, Ambrosio corre hacia el escenario mientras su abuela le grita que no vuelva a acercarse a ningún burro.

Y eso es todo. Pronto, solo quedamos en el puesto de la asociación mis amigos y yo. Hasta Berta y Jaime se alejan para disfrutar del espectáculo. Yo permanezco sentada, observando la multitud hasta que un carraspeo me devuelve a la realidad.

—¿Desde cuándo eres tan buena en eso? —me pregunta Ángel, y yo me encojo de hombros.

—No ha sido nada.

—¡Ni de coña! —dice Julio—. ¡Esto hay que celebrarlo! Venga, vamos a comernos unos churritos en honor a Clara, la salvadora oficial del belén.

Sigue en la escena 9

8

Damos una vuelta alrededor del pueblo, viendo el belén y alabando a los vecinos por el increíble trabajo que han hecho. La verdad es que cada año se lo curran más que el anterior. Hay puestos artesanales repartidos por todo el pueblo, gente disfrazada que trabaja la madera y arrastra carretillas, un pequeño corral con ovejas y gallinas y hasta un herrero que parece que está afilando una espada real.

—¿Habéis visto el burro ese de ahí? —dice Julio—. Creo que me odia. Me ha lanzado una mirada que…

—Normal —lo interrumpe Vic—. Es un chico listo y te ha visto venir de lejos.

—¡Eh!

Todos soltamos una carcajada. Me siento más ligera que antes, como si el abrazo del grupo hubiera quitado algo de peso de mis hombros. No todo, claro. Pero sí el suficiente como para que ya no tenga tantas ganas de salir corriendo.

Nuño y yo intercambiamos una rápida mirada. Llevamos haciéndolo todo el rato, como si nuestra charla en el coche no hubiera sido suficiente. Me sorprende que nuestros amigos no hagan bromas sobre el tema, porque Silvia tiene razón: somos demasiado evidentes.

Llegamos de nuevo a la plaza cuando una voz nerviosa corta el murmullo del gentío.

—¡Esto no puede ser! ¡La escena empieza en cinco minutos!

Todos miramos hacia el escenario improvisado frente al ayuntamiento. Un pequeño grupo de vecinos disfrazados discute alrededor de un chico vestido de soldado romano que intenta sujetarse la túnica con ambas manos.

—¿Qué pasa? —pregunta Nuño, siempre dispuesto a enterarse de todo.

—El traje —dice una mujer mayor, claramente al borde de un ataque de nervios—. ¡Se ha roto! —se lamenta, y no exagera. Uno de los laterales de la túnica está completamente descosido—. Si sale así al escenario se le va a ver hasta el alma. ¿Qué pensarán los vecinos? Ay, ¡Ambrosio! ¡Te dije que tuvieras más cuidado!

—¡Abuela! —se queja Ambrosio, un chaval que conozco de vista porque iba un par de cursos por encima en el insti—. ¡Que yo no he sido! ¡Ha sido un accidente! ¡El burro…!

—Os he dicho que no era trigo limpio —murmura Julio, y Paula le da un golpecito en el brazo.

—No puedo salir así —continúa Ambrosio—. Se me va a ver el culo. ¡No puedo enseñar el culo!

—¡Desde luego que no! —dice su abuela—. Ay, ¡si mis ojos fueran los de antes…! ¿Quién va a arreglar esto?

—¿Qué vamos a hacer? —se lamenta otro vecino—. ¡Es demasiado tarde para cancelarlo! Y Ambrosio desempeña un papel principal. ¡No puede haber belén sin romanos! ¡Sería anacrónico e irreal!

—Claro, porque lo de adorar a un niño nacido por obra y gracia de una paloma es…

—¡Julio! —exclamamos todos casi a la vez.

Echo un vistazo a mi alrededor. La escena ha atraído a unos cuantos curiosos. Si no supiera lo importante que es el belén para el pueblo, hasta me habría resultado cómico que un simple descosido genere tanto pánico. Pero los vecinos tienen razón: Zarcilla de las Alcahuetas es principalmente turístico. No podemos permitirnos un solo error que nos dé mala prensa. Miles de familias dependen de que esto salga bien.

Mi hermana se acerca a mí.

—¿No puedes hacer nada? —me susurra, y yo casi pego un brinco, asustada.

—¿Yo? ¿Estás loca?

—Sabes coser —me dice—. ¡Venga, Clara! Te necesitan.

—Pero yo no… Hace mucho que no lo hago. Sabes que desde que entré en la uni no…

—¿No dice siempre la abuela que eso es como montar en bici? Nunca se olvida.

Tuerzo el gesto. Sé que Silvia tiene buenas intenciones (siempre las tiene, por muy de dura que vaya), pero… ¡Pero tengo miedo, sí! ¿Y si por intentar ayudar la cago y…?

Ambrosio parece al borde de las lágrimas y a mí se me remueve la conciencia.

Trago saliva.

—Yo… —intento, pero la voz me sale demasiado débil, así que carraspeo—. S-supongo que podría intentarlo.

Un murmullo recorre la multitud.

—¿Tú? —pregunta la abuela de Ambrosio—. Ahora que me fijo mejor… ¿No eres la nieta de la Puri?

—Esa misma —dice Silvia, que me aprieta los hombros como muestra de apoyo—. ¡Una digna heredera de las manos de nuestra abuela!

—Hombre, creo que eso es una exageración, pero…

—Menos da una piedra —sentencia la señora, y eso parece ser suficiente para que, de repente, todo el mundo confíe en mí.

Cero presión y todo eso.

—Necesitaría aguja e hilo —añado rápidamente—. Y un sitio donde… bueno, donde coser de forma más… privada.

«A ser posible un cuarto cerrado a miles y miles de kilómetros de distancia de aquí».

—¡Eso está hecho! —dice otro vecino—. En el puesto de la asociación hay un costurero. ¡Maruja, tráelo!

Todo empieza a moverse muy deprisa. Antes de que pueda arrepentirme, me guían hacia un banco cercano y me entregan un costurero que seguro ha visto tiempos mejores. Mis amigos se reparten a mi alrededor como si esto se tratara de la representación principal del belén y no quisieran perderse nada. Y yo agradezco su apoyo, de verdad, pero…

Ambrosio se coloca frente a mí sujetándose la túnica abierta por el lateral con cara de funeral.

—¿Seguro que sabes…?

—Sí —le digo.

—Vale, vale. Es solo que… Aunque no quiera enseñarlo, sí le tengo aprecio a mi culo.

Julio y Silvia ahogan una carcajada que intentan disimular tosiendo.

Nunca en mi vida había sentido tanta presión, ni siquiera cuando hice la selectividad.

«Es ridículo —me digo—. Has hecho esto miles de veces. Y Berta tiene razón: solo es un simple descosido. Puedo hacerlo».

Me tiemblan las manos cuando abro el costurero. Dentro hay un revoltijo de carretes de colores, botones sueltos, alfileres y una aguja bastante decente. Cojo la túnica con cuidado y examino el roto.

«¿Lo ves? Es fácil». Nada que no haya hecho mil veces. Nada que no pueda hacer incluso con los ojos cerrados. ¡Como si no llevara cosiéndoles vestidos a mis muñecas desde que tenía siete años!

Mis dedos empiezan a moverse casi solos mientras enhebro la aguja. Tomo aire y todo a mi alrededor desaparece. No de verdad, claro. La gente sigue hablando, los niños corren, alguien hace sonar una pandereta cerca del portal del belén… pero dejo de prestar atención. Como si Zarcilla fuera una radio y alguien le hubiera bajado el volumen al mínimo. Solo estamos la tela, la aguja, el hilo y yo.

Coso el primer punto. Luego otro, y otro y otro y otro. La tela es basta y rugosa como la de los antiguos sacos de patatas, pero consigo que la puntada entre bien, recta. Tiro del hilo con cuidado, igualo el borde y sigo cosiendo con movimientos pequeños y rápidos.

Y vuelvo a sentirme como esa Clara pequeñita. La que se pasaba horas y horas en su habitación con cuadernos, telas y colores. La que se quedaba observando fascinada a la abuela Puri cuando sus

manos, tan hábiles, recorrían la tela a la velocidad de la luz. La que transformó un par de viejas camisetas y retales en una copia del vestido de Anneliese de *Barbie: la princesa y la costurera*.

La misma Clara que todavía no había olvidado lo divertido que era coser, la que soñaba a lo grande y coleccionaba dedales y no miedos.

Me seco el sudor de la frente y observo el zurcido.

—Ya está —anuncio.

Ambrosio se gira con cuidado para comprobar la costura. Tira un poco de la tela y… la costura aguanta perfectamente.

—¡Hala! —exclama Paula—. ¡Está perfecta!

—Jo, Clara —añade entonces Ángel—. ¡Pero si parece como nueva!

—Encima has cosido a velocidad ninja —añade Julio, y simula que lanza unos *shuriken*—. Sabía que cosías, pero es que ha sido un fiu, fiu, fiu. ¡Un visto y no visto!

—¡Esa es mi hermana! —Silvia me da un abrazo tan fuerte que casi me tira al suelo.

—Eres increíble —dice Nuño, y siento que mi cara se calienta más de lo normal.

—¡Es un milagro navideño! —exclama la abuela de Ambrosio, y todos a mi alrededor aplauden como si realmente acabara de salvar la Navidad.

Todavía me tiemblan las manos, pero me siento mucho mejor de lo que lo he estado en meses.

Alguien da una fuerte palmada.

—¡Venga, venga! —anuncia—. ¡El belén está a punto de empezar! ¡Todos a sus puestos!

Ambrosio hace el típico saludo militar. Hace el amago de echar a correr, pero me mira en el último segundo.

—¡Gracias! —me dice—. Me has salvado el culo.

—Buen uso de la literalidad —apunta Vic con una sonrisa.

Los vecinos empiezan a dispersarse. Ahora sí, Ambrosio corre hacia el escenario mientras su abuela le grita que no vuelva a

acercarse a ningún burro.

Y eso es todo. Pronto, solo quedamos en el puesto de la asociación mis amigos y yo. Debo de quedarme ensimismada, porque un carraspeo me devuelve a la realidad.

—¿Desde cuándo eres tan buena en eso? —me pregunta Ángel, y yo me encojo de hombros.

—No ha sido nada.

—¡Ni de coña! —dice Julio—. ¡Esto hay que celebrarlo! Venga, vamos a comernos unos churritos en honor a Clara, la salvadora oficial del belén.

Sigue en la escena 13

9

El belén viviente ha sido todo un éxito. Mi aportación a la causa ha debido de ser muy comentada, porque se me acercan varios vecinos a felicitarme por el trabajo. Da igual las veces que repita que solo han sido un par de puntadas: mis amigos no me dejan pecar de modestia y no paran de recalcar lo increíble que soy. Lo cual hace que me sienta todavía peor, porque nunca les he dicho que coser no es solo una afición para mí. Que, si la moda fuera una posibilidad realista, nunca hubiera escogido una ingeniería. Y sé que me apoyarían, por supuesto. Pero tal vez se sentirían mal porque no he confiado en ellos lo suficiente como para contarles lo que más anhelo en el mundo o… ¡yo qué sé! Que ya he estado muy rara estos últimos meses. No les he contado nada de Madrid. Seguramente si descubren que tampoco les he hablado nunca de lo mucho que la moda significa para mí… Se sentirían fatal.

Terminadas las representaciones del belén, la plaza del pueblo se transforma en el escenario de una fiesta que nadie quiere perderse. Por suerte, mis amigos ya no hablan sobre lo ocurrido con el disfraz, sino sobre una excursión que hicieron hace un par de findes y que yo me perdí.

Mi incomodidad tiene que ser evidente, porque Nuño no deja de mirarme, aunque no parece animarse a dar el paso y acortar la distancia que nos separa. Yo tampoco lo hago, sino que busco refugio en lo que ocurre a mi alrededor y observo a la multitud mientras le doy un mordisco a uno de los churros.

Jaime es tan alto que lo localizo enseguida. Como empieza a ser habitual, está de pie junto a Berta, pero me sonríe cuando nuestras miradas se cruzan. Y, por extraño que parezca, me entran ganas de acercarme a él. Pero dudo. Porque Berta también me mira, y creo que después de lo ocurrido con el disfraz deberíamos tener una conversación. Y no solo eso. Es la primera vez en meses que

estamos todo el grupo de amigos juntos y no me parece buena idea alejarme de ellos, aunque solo sean unos minutos. Sin embargo… uf, cada vez que mencionan un plan que me he perdido me siento fatal. Y también está Nuño, claro. Otro con el que tengo una charla pendiente. No sé cuánto tiempo más podremos jugar a las miraditas, dando vueltas uno alrededor del otro como si estuviéramos en uno de esos bailes de salón. Quizás es mejor quitarse la tirita de golpe y dejar las cosas claras, ¿no? ¡Ay, qué lío! ¿Qué debería hacer?

Hablar con Jaime → Sigue en la escena 10

Hablar con Berta → Sigue en la escena 11

Aclarar las cosas con Nuño → Sigue en la escena 12

Quedarse con sus amigos → Sigue en la escena 13

10

Decido acercarme a Jaime porque necesito tomar un poco de distancia de mis amigos y de todo lo que ha supuesto regresar a Zarcilla. No porque no los quiera, sino porque me siento un poco abrumada y él acaba de volver al pueblo por primera vez en años. Sé que no se puede comparar, pero me da la sensación de que solo Jaime puede entender cómo me siento. Ángel también se ha ido a estudiar fuera, pero a Salamanca, ciudad que está muchísimo más cerca de Zarcilla que Madrid. Sé que pasa casi todos los findes en el pueblo, así que es como si no se hubiera ido.

—¡Clara! —saluda él—. ¿Qué se siente al ser la heroína del belén?

—No ha sido para tanto. Solo… —intento, pero Berta no deja de mirarme. Todavía no sé qué le ha dado antes para lanzarme así a los leones y eso hace que me sienta incómoda delante de ella. Carraspeo—. ¿Podemos hablar?

Jaime intercambia una rápida mirada con su prima, pero asiente.

—Claro.

Nos alejamos unos pasos. Sé que Berta no nos quita ojo de encima, así que intento fingir que no me importa cuando me paro de nuevo frente a él.

—Por cierto —dice de pronto, adelantándoseme—, espero que Berta no te haya puesto en un compromiso antes. Era obvio que estabas incómoda.

—Lo estaba —asiento—. La verdad, no entiendo muy bien por qué tu prima ha hecho eso.

—Si te sirve de algo, creo que intentaba ayudar.

—¿Berta? —pregunto, confusa—. ¿Ayudarme a mí?

—A su manera —aclara él—. No es por meterme donde no me llaman, pero… ¿por qué te daba tanta angustia decir que sí? Te las has arreglado perfectamente. Se nota que controlas.

—Solo ha sido un descosido —repito.

Jaime hace un gesto a medio camino entre el asentimiento y la negación.

—No era solo eso. Era… No tenías esa cara cuando hablabas de ingeniería.

Dudo. Y al final me rindo y dejo caer los hombros.

—Es complicado —admito—. Ingeniería Industrial tiene más salidas.

—Puede, pero no pareces tan convencida de quererlas. Perdón que me meta donde no me llaman. Al fin y al cabo, apenas nos conocemos, pero es que no conozco a mucha gente de nuestra edad que sepa coser. ¿Practicas mucho? —continúa Jaime.

—Nah, es solo un *hobby*, nada más —miento—. No es como tú con la cocina.

—Bueno… —Jaime mueve la cabeza—. La cocina también empezó como un *hobby,* y mira ahora. Créeme, no son pocas las veces en las que me entran ganas de colgar el delantal. Pero ahí sigo… no sé muy bien por qué. Tal vez porque soy terco como una mula, como solía decir mi abuela. Y porque, cuando consigo hacer bien una receta, me siento el tío más poderoso del mundo. Aunque la receta en cuestión sean unos macarrones con tomatito.

Suelto una risita.

—Tendré que probarlos.

—Por supuesto. Serás mi invitada especial.

Ambos hacemos una pausa. Dura poco, pero es extraña, porque se respira cierta electricidad estática en el ambiente que me pone la piel de gallina. Jaime me mira, y yo me pierdo en esos ojos de color marrón. Me ahogo tanto en ellos que tengo que obligarme a mí misma a dar un paso atrás.

Ha sido un día demasiado largo y plagado de emociones, entre la llegada a casa y el belén. Y Jaime es un chico encantador, pero nada más. Echo un rápido vistazo a mi alrededor. Ahora no solo nos mira Berta con curiosidad, sino también mis amigos.

Carraspeo.

—Oye, ¿quieres unirte a nosotros? Berta puede venirse también, si quiere… —dudo una vez más—. No sé cuánto tiempo piensas quedarte en el pueblo, pero las navidades se pasan mejor entre amigos y los míos son muy majos; además, Zarcilla puede ser intenso en estas fiestas… Aunque bueno, puede que tú te aburras porque en comparación a una ciudad esto se te quede pequeño y… ¡Uf! Perdona, he madrugado mucho para coger el tren. Divago mucho cuando estoy cansada.

Esta vez es Jaime quien se echa a reír.

—Me parece guay. Voy a decírselo a Berta, a ver si le apetece —añade, y yo asiento.

Dudo que su prima quiera apuntarse al plan, pero no lo digo. Berta siempre ha sido una chica bastante solitaria. Y lo cierto es que tampoco termino de fiarme de sus buenas intenciones, pero…, bueno, si Jaime confía en ella por algo será.

Me despido de él y regreso junto a mis amigos, que me someten a todo un interrogatorio sobre el recién llegado. Vic se acuerda de él, así que no tengo que dar demasiadas explicaciones. Julio me toma el pelo, por supuesto, y Paula y Ángel me preguntan si está soltero antes de lanzarse a discutir entre los dos quién tiene más posibilidades de conquistarlo. Silvia me da un par de codazos que me dicen todo lo que necesito saber.

El único que no dice nada es Nuño, y yo no sé cómo tomarme su silencio. Él y yo solíamos hablar incluso sin palabras. Bastaba un solo gesto para… Pero eso era antes, claro. Antes de aquel beso que enturbió para siempre nuestra amistad. El beso que sobrevuela cada una de nuestras miradas.

Sí, definitivamente tenemos que hablar. Pero no será hoy, porque Jaime y Berta se unen a nosotros y Julio insiste en ir a por más chocolate, no vaya a ser que nos dé una bajada de azúcar. Y entonces la noche se llena de risas, anécdotas y celebración. Hasta Berta parece cómoda con nosotros (especialmente con Vic), aunque nos evitamos todo lo que podemos.

Al final, el sueño puede conmigo. Le digo a mi hermana que me marcho a casa y ella se ofrece a acompañarme, pero no es la única.

—Somos vecinos —dice Jaime, como si nada—. Y yo también estoy cansado.

Silvia alterna la mirada entre los dos. Es evidente que ella quiere quedarse un rato más, y no quiero ser una aguafiestas. Pero también que no me va a dejar a solas con Jaime si no es lo que quiero.

—Está bien —le digo—. Te mando un wasap cuando llegue a casa, ¿vale?

Mi hermana asiente y me da un fuerte abrazo, no sin antes recalcar que tengo que contarle «todo todo». Y yo pongo los ojos en blanco, porque no creo que haya nada que decir. Pero le digo que sí de todas formas. Jaime se despide también de Berta y nos alejamos juntos de la plaza.

Al principio caminamos en un silencio algo incómodo. Es la primera vez que estamos realmente a solas desde que nos encontramos en el bus, y no sé muy bien qué decir. Hablar con él ha resultado fácil por la mañana. Había luz, y la emoción por el reencuentro aplacaba un poco la vergüenza. Pero ahora me doy cuenta de que el Jaime que tengo a mi lado no es el Jaime que conocí de niña. El de ahora es un chico alto, guapo y simpático. Y de repente mi estómago hace una especie de triple salto mortal.

—Oye —dice Jaime de repente, y yo me tenso—, ¿quién hace los churros en el pueblo? Estaban exquisitos.

—¿Exquisitos?

—Requetebuenos.

Sonrío, más tranquila.

—Suele hacerlos Tomás, pero me temo que su receta es secreta y no la compartirá contigo.

Jaime chasquea la lengua.

—Pues no pienso irme de Zarcilla hasta que me diga qué les echa. ¿Dónde vive? Haré una sentada frente a su casa.

Me echo a reír.

—Te sale más rentable acompañarnos en Nochebuena. Siempre hacemos la «tardebuena» en su bar.

Jaime asiente y rebusca su móvil en los bolsillos de los vaqueros.

—Bien —sentencia—, ¿te parece bien si me guardo tu número de móvil? Igual se muestra más colaborativo si voy contigo. No quiero sonar dramático, Clara, pero necesito esa receta.

Vuelvo a reír, pero no dudo un segundo en darle mi número. Ni siquiera me siento nerviosa por ello. Me parece… natural.

—Pero luego no digas que no te lo advertí —le digo—. Si sigues por ese camino, solo encontrarás decepción.

Él hace un puchero, pero enseguida se recompone.

—No, no. ¡No me rendiré! La receta de esos churros pronto será mía.

Y así de fácil se acaba el silencio entre nosotros. El resto del camino lo hacemos entre risas y anécdotas del pasado.

Sigue en la escena 17

11

Decido acercarme a Berta porque quiero preguntarle por qué me ha propuesto a mí en el belén. No es algo que me apetezca especialmente, pero no puedo seguir retrasando esta conversación. Necesito saber por qué Berta me ha propuesto a mí, si hasta ahora nuestra relación ha sido… extraña, cuando menos. Además, necesito tomar un poco de distancia de mis amigos y de todo lo que ha supuesto regresar a Zarcilla.

—¡Clara! —saluda Jaime—. ¿Qué se siente al ser la heroína del belén?

—No ha sido para tanto. Solo… —intento, pero Berta no deja de mirarme, así que clavo los ojos en ella y le hago un gesto—. ¿Podemos hablar?

Berta intercambia una rápida mirada con su primo. Parece confundida.

—¿Tú y yo?

—Sí, tú y yo. ¿Podemos?

Finalmente, Berta asiente y ambas nos alejamos un poco de la multitud.

El silencio que nos envuelve es tenso y casi se puede palpar. Tomo aire cuando me detengo frente a ella.

—¿Por qué lo has hecho? Y no te hagas la tonta conmigo, porque sabes perfectamente a lo que me refiero.

Berta arquea una ceja. Me fijo entonces en que tiene pecas incluso ahí también, entre los pelitos. Creo que es la persona más pecosa que conozco: tiene toda una constelación pintada en el rostro.

—¿Esto es por el belén? —pregunta, y luego bufa—. ¿Crees que lo he hecho para fastidiarte?

Su tono de voz, tan burlón, me hace dudar.

—¿Sí? —pregunto, pero luego me cruzo de brazos y frunzo el ceño para intentar parecer más seria. Carraspeo—. Quiero decir, sí.

Berta pone los ojos en blanco.

—Sí, claro. ¿Por qué querría putearte?

—Porque… ¿me odias? —pregunto, y sé lo ridículo que suena nada más decirlo—. ¡No te rías!

—Perdona, es que… Ya no somos niñas. ¡No tengo nada en tu contra! —dice, y yo no puedo evitar recordar todos los momentos en los que ha actuado precisamente como si así fuera. Incluido el día que me robó el cuaderno de bocetos—. De hecho… solo quería… ayudar.

Me quedo muda. Hasta abro la boca como un pez.

—Perdona, ¿qué?

Berta enreda un mechón de pelo en el dedo índice.

—Sí, bueno… —murmura. De repente, parece tímida, lo que me sorprende aún más. Berta siempre ha sido de las que no se callan—. Me sentía mal. Me *siento* mal. Porque no es que te haya sido fácil conmigo estos últimos años, no sé. Me ha parecido la oportunidad perfecta para darte un empujoncito en la dirección correcta.

¡Increíble! ¿Berta? ¿Estamos hablando de la misma Berta que siempre siempre siempre siempre ha intentado ir un paso por delante de mí en todo? ¿Hemos entrado en el mundo al revés y no me he dado cuenta?

—Ya, pues no hacía falta —mascullo, algo molesta—. Podría haber salido muy mal.

—Pero no ha sido así, ¿verdad? —pregunta, y vuelve a mirarme con tanta intensidad que me hormiguea la piel—. Siempre me he preguntado… ¿Por qué te rendiste antes de intentarlo?

Ahora la que duda soy yo. Lo último que me esperaba cuando me he acercado a ella era tener esta conversación. Me hace sentir vulnerable, como cuando sueñas que te quedas desnuda en medio de clase.

—No sé de qué me hablas.

—Ahora la que se hace la tonta eres tú.

—¡Oye!

Pero Berta niega con la cabeza.

—No te pega nada estudiar Ingeniería.

El corazón se me acelera cuando la miro.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto, y luego caigo en la cuenta—. Ah, ya. Te lo ha dicho tu primo, ¿verdad?

Berta encoge uno de los hombros.

—Sí, eso. Me lo ha dicho él, claro —murmura. Y de nuevo se hace el silencio entre nosotras.

No sé muy bien qué pensar. Supongo que la creo: que no pretendía hacerme daño. Lo cual plantea una realidad… extraña. ¿Seguimos llevándonos mal? ¿Podemos dejar de lado años de rivalidad entre nosotras y convertirnos… tal vez no en amigas, pero sí en conocidas que se llevan mejor? ¿Le debo algo? Porque tiene razón en algo: me ha dado el empujoncito que necesitaba para intentarlo, al menos aunque solo sea una vez.

Uf, menudo lío.

—Oye —le digo, finalmente—. ¿Quieres… quieres unirte a nosotros?

Berta me mira como si me hubiese vuelto loca. Lo cual, seamos sinceras, tiene todo el sentido del mundo.

—¿Qué?

—Tu primo y tú —aclaro—. Podéis venir a comer unos churritos con nosotros. Conmigo y mis amigos, me refiero. Si tú quieres, claro. Es porque… No sé. ¿Nos lo pasaremos mejor todos juntos?

—¿Me lo preguntas o lo afirmas?

—¿Quieres unirte o no? —le espeto—. ¡Estoy intentando que hagamos las paces!

De nuevo, Berta me mira de esa forma que me hace sentir extraña, hasta tal punto que noto arder las mejillas. Genial. ¡Lo que me faltaba!

—Vale —contesta ella finalmente—. Hacemos las paces.

Entonces, me tiende la mano. Como si no fuera nada. Como si esto no marcara un antes y un después en nuestra vida.

Solo dudo unos instantes antes de aceptarla.

Por suerte o por desgracia, el momento apenas dura. Berta da un paso hacia atrás y yo escondo las manos dentro del bolsillo del abrigo.

Me despido de ella y regreso junto a mis amigos, que me someten a todo un interrogatorio sobre lo ocurrido. Y no me extraña. ¡Yo también estoy flipando! Berta y yo. ¿Amigas? Ni en mis peores pesadillas imaginé algo igual.

Pronto, Jaime y Berta se unen a nosotros y Julio insiste en ir a por más chocolate, no vaya a ser que nos dé una bajada de azúcar. Y entonces la noche se llena de risas, anécdotas y celebración. Berta y yo intercambiamos varias miradas a lo largo de la noche, aunque no volvemos a hablar. Parece cómoda con nosotros (especialmente con Vic), lo cual es guay y raro al mismo tiempo, porque Berta nunca ha sido de tener muchos amigos.

Intento no pensar en ello. De hecho, intento no pensar en nada de lo que ha ocurrido hoy. Me centro en pasármelo bien con mis amigos y en disfrutar de la noche todo lo que puedo.

Sigue en la escena 18

12

Me acerco a Nuño porque creo que no puedo seguir ignorando el elefante en la habitación durante mucho más tiempo.

—Hola —saludo, tímida. Dudo. Es evidente que nuestra relación no pasa por nuestro mejor momento. No solo porque llevamos meses sin vernos, sino también… por el beso que nos dimos al final del verano.

Está igual que siempre. No sé por qué me sorprende, pero lo hace. El mismo pelo castaño claro que sigue sin saber peinarse (aunque ahora lo tenga más largo). Los mismos ojos del color del chocolate con leche. Las mismas gafas redondas que no terminan de adaptarse bien al largo y fino puente de su nariz. Lo conozco tan bien que podría dibujarlo incluso con los ojos cerrados. Y, sin embargo, ahora mismo es como si fuéramos dos extraños.

—Hola —dice él con una sonrisa—. Ha sido increíble.

—¿Lo del belén? —pregunto, pero niego con la cabeza—. Uf, tú también no, por favor. Julio no deja de repetir que soy como el niño de los *Increíbles*.

—¿El del pelo pincho o el otro?

—El rápido. Y todo por coser un disfraz.

Nuño se echa a reír y yo sonrío, al fin. Con él siempre es así de fácil.

Permanecemos en silencio unos segundos. No es incómodo, no del todo, pero sí que es raro. Distinto a los silencios que siempre hemos compartido. Me devano los sesos intentando encontrar algún tema de conversación que haga más llevadero este momento. Sin embargo, y como es habitual, es él quien toma la delantera.

—¿Qué tal la carrera?

Uf. Lo último que me apetece es hablar sobre lo muchísimo que odio Ingeniería Industrial y lo mal que se me está dando.

—Bien.

De nuevo, Nuño me observa. Son apenas unos segundos, pero suficientes para hacerme sudar.

—Vale —dice, porque no es de los que te presionan para hablar—. ¿Te gusta Madrid?

—Está bien —murmuro. Otra respuesta a medias—. ¿Y tú? ¿Desde cuándo tienes coche?

—Es el de mi padre. Me deja conducirlo cuando no lo usa.

—Guay —respondo. Muevo el chocolate en un patético intento de no parecer tan nerviosa—. ¿Y tu madre? ¿Sigue respondiendo bien al tratamiento?

—Mejor de lo esperado —dice Nuño—. Se lo pillaron a tiempo y, si todo va bien, acabará la tanda de quimio pronto y no hará falta operarla.

—Me alegro muchísimo —digo, y hablo en serio. Estos meses no han sido fáciles para la familia de Nuño. Saber que la pesadilla está cerca de acabar me llena de un alivio que casi me hace llorar. Hago una pausa—. Y tú… ¿cómo estás?

Esta vez el silencio es distinto. No es incómodo, sino el tipo de silencio que guardas cuando algo te duele demasiado.

—No lo sé —confiesa él, finalmente—. Hay veces que todavía no me lo creo, ¿sabes? Como si no nos estuviera pasando a nosotros. Pero luego toca otra sesión de quimio y veo las secuelas y la realidad me golpea con fuerza. Y es… difícil. Estoy enfadado todo el rato. No con mi madre, por supuesto, sino con el mundo. Pienso todo el rato ¿por qué? ¿Por qué ella? ¿Por qué ahora? —Hace una pausa—. A veces me siento muy egoísta, porque… pienso tantísimo en lo que podría ser mi vida si esto no nos hubiera tocado a nosotros…

Busco una de sus manos de manera inconsciente. Él no se aparta, pero tampoco me mira.

—Supongo que es normal —murmuro—. Lo que sientes, lo que piensas, lo que deseas. No puedo ni imaginarme cómo debes de sentirte, pero… No creo que nada de lo que me cuentas te haga ser peor hijo o peor persona. Solo… un ser humano que está pasando por una situación muy difícil.

Nuño aprieta mi mano y una chispa de electricidad estática me recorre de arriba abajo y me eriza la piel.

—Te echaba de menos —confiesa.

Esta vez no dudo.

—Yo también.

De nuevo guardamos un silencio que apenas dura, porque un silbido nos alerta y nos hace separarnos.

Se trata de Ángel.

—¡Eh, parejita! —dice, y a mí me entran ganas de matarlo—. ¡Vamos a por más churros! ¿Queréis?

Observo a Nuño. Todavía tenemos que hablar sobre el beso que compartimos, sobre lo que sentimos el uno por el otro. Deberíamos. Pero… tal vez ahora no sea ni el momento ni el lugar, así que decido aceptar el salvavidas que me lanza Ángel.

—Venga, va —digo en su lugar y me alejo de Nuño—. Te acompaño.

Ángel nos mira a mí y a Nuño y se rasca una ceja.

—No hace falta. Solo quería saber si…

Pero yo me cuelgo de su brazo y le lanzo una mirada de advertencia.

—¿Qué tal te va con ese compañero de la uni con el que estabas hablando? —pregunto en su lugar.

Ángel suelta un suspiro exagerado.

—Qué mal está el mercado, Clara. Qué mal.

Ahí no me queda más remedio que darle la razón.

Mientras Ángel y yo nos alejamos, no puedo evitar echar un segundo la vista atrás. Cuando me doy cuenta de que Nuño sigue mirándome, se me acelera el corazón de manera inevitable.

Sigue en escena 24

13

El belén viviente ha sido todo un éxito. Mi aportación a la causa ha debido de ser muy comentada, porque se me acercan varios vecinos a felicitarme por el trabajo. Da igual las veces que repita que solo han sido un par de puntadas: mis amigos no me dejan pecar de modestia y no paran de recalcar lo increíble que soy. Lo cual hace que me sienta todavía peor, porque nunca les he dicho que coser no es solo una afición para mí. Que, si la moda fuera una posibilidad, nunca hubiera escogido Ingeniería. Y sé que me apoyarían, por supuesto. Pero tal vez se sentirían mal porque no he confiado en ellos lo suficiente como para contarles lo que más anhelo en el mundo o… ¡yo qué sé! Que ya he estado muy rara estos últimos meses. No les he contado nada de Madrid. Seguramente si descubren que tampoco les he hablado nunca de lo mucho que la moda significa para mí… Se sentirían fatal.

Terminadas las representaciones del belén, la plaza del pueblo se transforma en el escenario de una fiesta que nadie quiere perderse. Por suerte, mis amigos ya no hablan sobre lo ocurrido con el disfraz, sino sobre una excursión que hicieron hace un par de findes que yo me perdí.

Mi hermana me hace un gesto para que me acerque a ellos y yo dudo, sin saber muy bien dónde sentarme. Por un lado, la conversación está tan animada entre ellos que, si me siento en medio, creo que voy a interrumpir. Pero por otro… tampoco quiero sentarme en una esquina y que piensen que estoy a disgusto.

¿Qué hago?

Clara se sienta en una esquina → Sigue en la escena 14

Clara se sienta en el centro → Sigue en la escena 16

14

Espero que mis amigos no me tengan en cuenta que hoy no estoy especialmente habladora, y me siento en una esquina del bordillo algo alejada.

Le doy un trago a mi chocolate mientras los observo. Los he echado tanto de menos y, aun así, me siento rara. Como si estuviera fuera de lugar. Lo cual es una estupidez enorme, porque la mayoría de nosotros llevamos siendo amigos desde preescolar.

Me aterra la posibilidad de que estos últimos meses en Madrid lo hayan estropeado todo.

—¿Puedo sentarme? —pregunta una voz. Cuando alzo la mirada, me doy cuenta de que se trata de Nuño.

—Claro —le digo, y él se deja caer a mi lado en el bordillo.

Durante unos instantes ninguno dice nada, hasta que Nuño me da un golpecito con la rodilla.

—No sabía que se te daba tan bien —empieza, y aclara al ver mi cara de confusión—: Coser. Se te da genial.

Hago un gesto.

—Sí, bueno. No es tan difícil, en realidad. Solo tienes que tener un poco de maña. Cualquiera puede hacerlo.

—Puede —admite él—, pero no de una forma tan… profesional como tú.

Sonrío de manera irónica.

—¿Profesional?

—¡Sí! —Nuño hace un gesto con las manos—. Cualquiera puede coger hilo y aguja, es cierto. ¿Pero hacerlo todo en tiempo récord y salvar una representación?

—¿Te has dado un golpe en la cabeza? —pregunto entre risas—. Creo que me tienes en muy alta estima.

—Por supuesto que sí —afirma rotundo—. Y tú en demasiado poca.

El ambiente se enrarece de repente y ambos hacemos una pausa.

Me coloco el pelo detrás de las orejas.

—Siempre igual —susurro entonces, despacio—. Me tienes calada.

Él tuerce el gesto.

—No, no siempre. —De nuevo, hace una pausa. Cuando me mira, está serio—. Me sorprendió mucho que decidieras estudiar Ingeniería. Y también… que sintieras lo mismo por mí que yo por ti.

Suelto aire de golpe. De hecho, me pilla tan de sopetón su comentario que a punto estoy de tirar el chocolate al suelo.

Creía que ambos íbamos a correr un tupido velo sobre lo que ocurrió entre nosotros. Sospecho que él también, porque rápidamente deja caer esa máscara de falsa seguridad que lleva puesta y enrojece tanto que se le empañan hasta las gafas.

Sonrío un poco.

«Hay cosas que nunca cambian».

—Era lo lógico —respondo al final—. En ambos casos.

—¿A qué te refieres?

—A que estudiar Ingeniería Industrial era lo más sensato después de la nota tan alta que saqué en la PAU, y sobre lo otro…, lo otro no era solo lógico, sino irremediable.

Nuño asiente, despacio. Y vuelve a darme un golpecito con la rodilla.

—Siempre pensé que tirarías por una carrera de artes. Eres demasiado creativa para dedicarte profesionalmente a las mates.

Agradezco tanto que no vuelva a sacar el tema de lo que pudimos ser y no somos que casi suspiro de puro alivio.

—En Ingeniería hacemos mucho más que eso. En fin, dudo mucho que un tipo alternativo como tú que es de letras y que encima escucha a Ginebras lo entienda.

Él arruga la nariz con un desagrado tan exagerado que me hace sonreír.

—Uf, mírate. Ya hablas como una ingeniera. Uno siempre espera que la capital no cambie a tus colegas, pero el agua de Madrid debe de tener algo que os vuelve…, perdóname por mi lenguaje, raros.

La sonrisa se transforma en una carcajada contagiosa. Y vuelve a ocurrir lo mismo que en el coche: Nuño tiene esa magia que logra hacerte olvidar los problemas. Da igual que segundos antes me sintiera la persona más perdida y triste de todo Zarcilla.

—Sigo siendo la misma Clara de siempre.

Al menos, eso espero.

Nuño vuelve a mirarme. Me entran ganas de alargar la mano para subirle las gafas por el puente de la nariz. En su lugar, aprieto con más fuerza la taza de chocolate. Ya no está caliente, pero me da igual.

—Lo sé —me dice él—. Y los demás también lo saben, así que no tienes por qué esconderte.

Agacho la mirada.

—Me siento… mal. Desubicada y culpable. Porque no he estado tan presente como debería. Y es un poco como si hubiese perdido mi derecho a estar aquí.

—¿Qué tontería es esa?

—Gracias, Nuño. Siempre tan comprensivo.

Él hace un gesto con la mano.

—Puede que no hayas respondido tanto a los mensajes como deberías, vale, pero eso no quiere decir que hayas estado totalmente ausente. Preguntabas por mi madre casi todos los días. Y también estuviste pendiente cuando a Julio le dio por hacerse el *piercing* en el… bueno, ahí abajo. Y cuando se le infectó y tuvimos que acompañarlo a urgencias porque le daba vergüenza que sus padres lo descubrieran.

—¡Pero eso es lo mínimo!

—Si hubieras estado tan desconectada como crees, ni siquiera hubieras hecho eso.

—Me tienes demasiado idealizada.

—Clara —dice, serio—, sigues siendo nuestra amiga. Pase lo que pase. Y todos te hemos echado de menos. Así que… ¡alegra esa cara y ven a divertirte con nosotros!

Cualquiera le dice que no a este nuevo Nuño tan decidido.

No, en realidad, es el Nuño de siempre. El mismo que me da un empujón cuando más lo necesito. En el sentido más metafórico y literal de la palabra, porque me obliga a ponerme en pie y me empuja de vuelta con los demás. Y puede que esta mañana bromeara con que yo siempre tengo razón, pero en realidad es él quien suele ser el más sensato de los dos. En esta ocasión, ocurre igual.

Mis amigos me reciben con los brazos abiertos y enseguida es como retroceder meses en el tiempo. A las mismas anécdotas que ya contábamos en el instituto se unen unas nuevas, como la del *piercing* de Julio («¿¡Qué culpa tengo yo de que la técnica fuera tan guapa que me convenciera para perforarme la p…!?», exclama él) o cuando Ángel estuvo a punto de estrellar el coche de la autoescuela contra un semáforo («¡Os juro por mi madre que no sabía que estaba allí!»). Y yo me río, y Paula va a pedir más churros con chocolate, y la noche se alaaaarga como en los viejos tiempos.

Nuño es el primero en levantarse.

—Me marcho ya —anuncia—. Me gusta despedirme de mi madre antes de dormir.

Silvia sonríe.

—Niño de mamá.

—Mi madre está enferma.

Mi hermana pone los ojos en blanco.

—¿Y? —continúa ella.

—*Bro,* tienes que dejar de usar eso como excusa para todo —sentencia Julio, y ambos hacen chinchín con el chocolate.

Nuño suelta una risita, pero no niega las acusaciones.

Se me escapa un bostezo.

—Perdón —digo—. He madrugado un montón para pillar el tren.

—Ah, no es que te aburramos ni nada —bromea Ángel.

—No más de lo normal.

Julio me arroja un trozo de churro y yo sonrío.

—Si quieres… —empieza Nuño, despacio, mientras se coloca las gafas sobre el puente de la nariz. Está rojo como un tomate—.

Podemos volver juntos a casa.

Se hace el silencio entre nosotros. Todos me miran, y yo enrojezco de manera inevitable. Debemos permanecer así más tiempo del que cualquiera soportaría, porque mi hermana me da un puntapié que me obliga a levantarme de un salto.

¿Qué hago? Jo, me muero de ganas de seguir hablando con Nuño, pero también quiero quedarme con mis amigos ahora que la noche marcha tan bien…

Clara se va con Nuño → Sigue en la escena 15

Clara se queda → Sigue en la escena 16

15

—Voy contigo —le digo a Nuño, y algo en su mirada se ilumina.

—Bien.

De nuevo, silencio.

Y luego el carraspeo de Paula.

—¿Os vais a ir o tenemos que empujaros otra vez?

Nuño y yo enrojecemos aún más, si cabe. Mi hermana ahoga una carcajada.

—Mándame un wasap cuando llegues, ¿vale? Y tú —señala a Nuño—, más te vale que mi hermana llegue sana y salva a casa o el estado del pito de Julio después del *piercing* será una tontería en comparación a lo que te haré.

Nuño traga saliva mientras Julio suelta un quejido indignado.

—¿¡Podemos dejar de hablar ya de mi polla?! Joder, ¡después de la intervención quedó muy bien! ¡Apenas se notan los puntos!

—Hala —masculla Vic, horrorizada—, ahora esa imagen no me abandonará nunca.

Todos ahogamos una carcajada, aunque la mía muere pronto cuando vuelvo a enfrentarme a Nuño.

Él me sonríe, las manos en los bolsillos del vaquero. Y yo le sonrío a él de vuelta. Miles de mariposas me aletean en la tripa, pero obligo a mi cuerpo a reaccionar y le sigo.

Nuño y yo caminamos bien pegados, aunque al principio no hablamos mucho. Antes de regresar a Zarcilla pensaba que estar a solas con él después de todo sería raro, así que agradezco que el destino haya hecho las cosas fáciles y que nos haya reunido por casualidad. Si no nos hubiésemos visto en la cafetería, creo que ahora todo sería mucho más incómodo. Conociéndonos, habríamos tardado un montón en dar el paso y habríamos dado vueltas y más vueltas, suplicándoles a los demás que no nos dejaran solos.

—Oye —dice finalmente. Lo miro—, ¿crees que puedo usar la historia de Julio como publi para que la gente no se haga *piercings* en sitios que no cumplen la normativa sanitaria?

Suelto una carcajada.

—Sería una buenísima idea. ¿De verdad se hizo el *piercing* en el sótano de un pub de Salamanca?

Nuño asiente, serio.

—Te lo juro.

—¿Y pensaba que no se le iba a infectar?

—Ya conoces a Julio.

Sí, lo conozco. No puedo evitar torcer el gesto. Cuando ocurrió todo esto leí los mensajes del grupo por encima, pero apenas intervine, solo para asegurarme de que Julio estaba bien. Ahora me arrepiento. Bueno, me arrepiento *más*. Porque me lo he perdido todo.

Nuño debe de notarlo, porque me pasa una mano alrededor de los hombros y sonríe.

—No te preocupes —dice—. ¿Crees que una infección hará que Julio deje de hacer tonterías? Nop. Cuando decida tatuarse un escorpión en el culo, ahí estaremos todos para decirle que es una mala idea.

Sonrío, agradecida. Pese a todo, Nuño siempre sabe qué decir para hacerme sentir mejor. Incluso ahora.

El resto del camino bromeamos sobre los posibles tatuajes que nos haríamos cada uno de nosotros (él un lápiz, yo una estrella) y qué nos haría saltar las alarmas en cuestión de medidas sanitarias (¡todo!).

Si el resto de las noches en Zarcilla son así de fáciles, creo que podré sobrevivir a estas vacaciones sin problemas.

Sigue en la escena 24

16

Silvia tiene razón: si quiero que todo vuelva a funcionar entre nosotros tengo que esforzarme. Así que me siento entre Paula y Julio y me obligo a sonreír.

Nuño se marcha para estar con su madre y, sin él, me siento un poco fuera de lugar. No es que dependa de él o que me incomode estar con el resto de mis amigos. Es… un sentimiento raro, una especie de piedrecita en la garganta que me dificulta respirar. Porque al menos ya he hablado con Nuño y sé que él no está enfadado conmigo, pero ¿y los demás? Me han recibido con los brazos abiertos, sí, pero en realidad no hemos solucionado nada: las heridas siguen abiertas y nos hemos limitado a poner una tirita por encima.

Además, es la primera vez en todos nuestros años de amistad que no puedo formar parte de la conversación. Y no es porque me excluyan, al contrario: intentan que contribuya de todas las formas posibles. Pero soy incapaz, porque hablan de cosas que no sé porque apenas he prestado atención al grupo: viajes en los que no he estado presente (aunque Ángel tampoco ha estado en todos, pero al menos sabe de qué va la conversación), gente con la que han estrechado lazos estos últimos meses, retoman temas que han tratado y de los que no he formado parte. Por mucho que lo intente, soy incapaz de seguirlos y cada vez me cuesta más mantener la sonrisa.

Al final, me rindo. Me limito a asentir de vez en cuando y a darle sorbitos al chocolate caliente. Que, en realidad, ya no está tan caliente, pero me da igual.

Paula me da un toquecito con la rodilla.

—¿Y tú? —pregunta—. ¿Algún cotilleo jugoso que puedas compartir?

Titubeo, sin saber bien cómo salir airosa de la conversación.

—¿A qué te refieres?

Paula bufa.

—¡A tu vida en Madrid! —Se cuelga de mi brazo y arquea las cejas—. ¿Algún ligue? ¿Algo que puedas contarnos sobre la loca vida en la capital?

—Eh…

—¿Qué ligue va a haber? —pregunta entonces Julio—. ¡Pero si Clara está pillada por Nuño!

Uff. Tendría que haberme ido cuando tuve la oportunidad.

—Que yo sepa no tienen nada escrito en piedra —sigue diciendo Ángel, porque resulta que ahora toooodo el mundo está pendiente de esta conversación—. A ver, que yo soy nuñista a tope, pero todavía no están juntos.

—¿Todavía? —pregunto, y él me guiña un ojo.

—Tenemos fe.

Bueno, al menos sé que mis amigos nos apoyan.

—Entonces… ¿no te has liado con nadie en Madrid? —continúa Paula, algo decepcionada—. ¿Qué clase de vida universitaria estás llevando, Clara?

«Una muy desgraciada», quiero decir. En su lugar, miro a mi hermana en busca de ayuda.

—Chicos —dice Silvia—, ya sabéis cómo es Clara. Está demasiado centrada en los estudios como para divertirse.

Es como si las palabras de mi hermana abrieran la caja de Pandora.

—Madre mía —dice Vic—. A veces se me olvida que estás estudiando una ingeniería.

—Total —secunda Ángel—. ¡No te pega nada!

—¿No? —pregunto, extrañada.

—Siempre pensamos que tirarías más por algo… creativo —continúa Paula—, como Bellas Artes.

Trago saliva. No me esperaba para nada esto.

—¿En serio?

—¿Tú has visto lo que has hecho con el culo de Ambrosio? —dice Julio—. Bueno, el culo no. Lo de fuera. Lo que rodea al culo. El culo de tela.

—¿Qué llevaba tu chocolate? —bromea Silvia.

Julio hace un aspaviento con la mano.

—A lo que me refiero es… ¡Ingeniería! —Julio pone los ojos en blanco—. ¿No te resulta complicada?

«Muchísimo».

—Nah. —Paula niega con la cabeza—. Clara es muy lista.

—Eh…

—¿Qué asignaturas te gustan más? —pregunta Vic—. ¿Cómo se te está dando? ¿La disfrutas? ¿Es lo que esperabas?

—Guau —digo en un desesperado intento por ganar tiempo—. Eso son muchas preguntas.

—¡Es que no sabemos nada de tu vida en Madrid! —continúa ella—. Tenemos curiosidad. Queremos saber si estás bien o…

—Estoy bien —la interrumpo, más rápido de lo que debería. Desde luego, la mirada que me lanza es bastante elocuente. Finjo un bostezo—. Perdonad, chicos. Pero estoy muy cansada. Creo que me voy a casa.

Vic hace un puchero.

—¿Tan pronto? ¡Pero si apenas son las doce!

—He madrugado —digo, la única verdad en toda la noche. Me levanto y me sacudo el abrigo para evitar la mirada de todo el mundo—. Perdón.

—No pidas perdón, tonta —se queja Paula—. ¿Quieres que te acompañemos?

—No hace falta, si vivo aquí al lado.

—Ya, pero no vas a volver tú sola —insiste Julio.

Mi hermana se levanta.

—Ya voy yo con ella.

—Que no…

Silvia me chista.

—No me importa. Lo cierto es que yo también estoy cansada. Mamá me ha hecho madrugar a mí también.

No sé hasta qué punto es verdad (mi hermana es un animal nocturno y suele quedarse despierta hasta altas horas de la madrugada), pero decido aceptar su ayuda y no insisto.

Así que Silvia y yo nos despedimos de nuestros amigos con besos y abrazos apresurados y caminamos rumbo a casa.

Mi hermana se cuelga de mi brazo.

—Algún día tendrás que contarles la verdad.

—¡Ya lo sé! Es que…

Enmudezco, porque Silvia ya lo sabe. Todo el rollo de «no quiero decepcionarlos» y blablablá. Cuanto más lo pienso, más ridículo me parece. Y sin embargo soy incapaz de ser sincera, de decirle a todo el mundo lo muchísimo que odio la carrera, lo perdida que estoy en la vida y lo fácil que le ha resultado a Madrid comerme entera.

—Cuanto más tiempo tardes, peor —sigue mi hermana, tozuda como nadie—. Además, ya has visto lo contentos y orgullosos que están por tu trabajo con el culo de Ambrosio.

—Que yo no…

—¿Qué te da tanto miedo? ¿Qué piensen que no vales para hacer una ingeniería? Porque sabes que nadie creería eso de ti, ¿verdad?

Suspiro.

—Lo sé, lo sé. Pero piénsalo: nunca les he contado lo que de verdad quiero, ni lo que me gusta. Tampoco cómo me siento en Madrid. La Clara que ellos conocen es un espejismo. Tendrían todo el derecho a sentirse mal por eso. ¿Y si creen que no confío en ellos?

—Es que no parece que lo hagas.

—¡Silvia! —me quejo—. Sí lo hago. El problema soy yo. Mi parte racional sabe que nadie pensaría que me rindo con Ingeniería porque soy una vaga o porque soy débil, pero mi parte emocional… Me avergüenzo de mí misma.

Mi hermana suspira y tira de mi brazo.

—Ay, Clara —dice—. Entiendo que te sientas así, pero te prometo que todo lo que piensas está, bueno, sí, en tu cabeza.

«Lo sé. Sé que nadie me juzga con tanta dureza como yo misma, pero no puedo evitarlo».

—Jo, Silvia, que ya lo sé —repito—. Te prometo que hablaré con ellos, que les contaré la verdad sobre Madrid y, ¡yo qué sé, también les diré que me encanta el diseño de moda!, pero necesito tiempo. Primero quiero hablar con papá y mamá, tener más claro qué hacer en el futuro. No quiero precipitarme, porque a lo mejor al final sigo estudiando Ingeniería y montamos un pollo para nada.

Mi hermana tuerce el gesto.

—Tú sabrás lo que haces —sentencia—. Pero creo que te estás equivocando.

No respondo, pero no dejo de darle vueltas a sus palabras en toda la noche.

Sigue en la escena 24

17

Han pasado ya unos días desde el belén viviente, pero Silvia no ha dejado de insistir para que vaya a hablar con la asociación de vecinos y ayude en el desfile del 6 de enero. Se trata de otra de las tradiciones de Zarcilla de las Alcahuetas: allí donde los demás tienen la típica cabalgata de reyes, nosotros organizamos un desfile que engloba a todos los personajes clásicos navideños, desde los reyes magos y los pajes hasta Papá Noel, los renos y los elfos. Lo importante es que todos se pasean por el pueblo la mañana del día de Reyes y despiden las fiestas hasta el año que viene entre vítores, música y bailes. Es un evento tan exagerado (tan nuestro) que se ha hecho viral en redes y no son pocos los turistas que vienen solo para verlo.

Y mi hermana quiere que colabore con los disfraces. ¡Como si no tuviera ya suficientes problemas! No, no. Tengo que estudiar para los exámenes. Si quiero salvar el cuatrimestre, no me queda más remedio que hincar los codos. ¡No tengo tiempo para ayudar en ningún desfile!

—Es una locura —le digo una y otra vez—. Además, a estas alturas seguro que lo tienen todo organizado. Molestaré, más que ayudar.

—Siempre necesitan manos extra. ¡Y qué mejor lugar para aprender que ese! Y así papá y mamá verán que vas en serio con la moda y…

—¡Que no!

Pero mi hermana no es de las que se rinden fácilmente, así que sigue dándome la tabarra incluso en Nochebuena.

Como es habitual, nuestro grupo queda para celebrar la renombrada por los medios como «tardebuena»; solemos juntarnos en uno de los bares del pueblo y tomamos algo hasta que se acerca

la hora de la cena y regresamos a casa para ayudar con los preparativos.

Silvia y yo llegamos tarde (¡para variar!), así que nuestros amigos ya están apretujados en una mesa cuando abrimos la puerta del bar. Está tan lleno que tenemos que hacer malabares para acercarnos. Nos quitamos los abrigos y nos sentamos donde buenamente podemos, aunque me da la sensación de que Silvia se apresura para dejar el único hueco libre al lado de Nuño.

«No, si desde luego es una digna alcahuetense», pienso.

Nuño y yo nos sonreímos cuando me quito el abrigo y lo cuelgo en el respaldo de la silla. No es una sonrisa incómoda, pero… tampoco es una de las habituales.

Uff, ¿cuánto tiempo más podremos alargar la conversación que tenemos pendiente?

—¡Qué bien que estéis aquí! A ver si a vosotras os hace más caso… Silvia, Clara, decidle a Vic que no puede enamorarse de cada tía que le sonríe una unidad de vez —dice Paula.

—¿Lo decís por Berta? —pregunta Vic—. ¡Pero si solo hablamos unos minutos!

—¡No es solo por ella! —responde Julio—. ¿O tengo que recordarte a la repartidora de Amazon que…?

—¡Cierra el pico! —le interrumpe Vic, que se tapa la cara—. Diooos. Top diez momentos ridículos de mi vida.

—En realidad —aporta Nuño—, fue graciosísimo verte tan colada por una chica con la que solo habías hablado dos veces.

—¿No te gastaste más de cien pavos en productos para…? —continúa Ángel.

—¡Que os calléis! —le ladra Vic, y todos nos echamos a reír—. El caso es que aprendí la lección. Berta me cayó bien, sí, pero nada más. Os lo juro.

Decido creerla, porque no me gusta mucho la idea de que Vic y Berta empiecen a salir. Tendría que ver a Berta mucho más de lo que me gustaría. Después de lo ocurrido en el belén, prefiero mantener las interacciones con ella al mínimo. ¡Qué diferente es de su primo!

Allí donde Berta es tosquedad, Jaime es todo sonrisas y bromas. De hecho, si tengo que ser sincera, puede que hasta lo eche un poco de menos. Se lo pasaría tan bien con nosotros…

Podría invitarlo. Congenió bien con el grupo la noche del belén viviente y no creo que tenga otros planes. Y lo cierto es que me gustó que me acompañara a casa. Y bueno, creo que al final se lo prometí, ¿no es verdad? Me lo pasé tan bien con él que no dudé en proponerle que nos acompañara la próxima vez. No solo porque sea divertido, sino porque… Siento que me entiende. Porque no es de aquí. No forma parte de mi vida y no me siento mal por mentirle como hago con todos los demás.

Saco el móvil del bolsillo del abrigo y lo miro unos segundos. «Es solo un mensaje —me digo—. Es un plan con amigos, nada más. No puedes ser tan indecisa con esto como con todo lo demás», me recrimino y abro el chat.

> Estás por el pueblo????
> Estamos en el bar de Tomás celebrando la tardebuena!
> Hay churros y chocolate
> Los de Tomás, btw
> Puedes pasarte si quieres!! 😊
> (No prometo que puedas conseguir la receta)

Ya está.

«¿No son demasiados signos de exclamación?».

—¿A quién escribes? —pregunta entonces Vic.

Dudo unos segundos mientras observo a Nuño.

—A… a Jaime —carraspeo—. Le he dicho que puede pasarse por aquí, si le apetece… ¿Os molesta? El otro día me habló de que quería conseguir la receta de los churros de Tomás, así que…

—¡Qué va! —dice Julio—. Es un tío de puta madre.

—Y muy guapo —añade Paula.

—Mogollón —afirma Ángel.

Vic me guiña un ojo.

—Peeeero me parece que está poco disponible, ¿no es cierto?

Enrojezco.

—No, no. Jaime y yo solo somos amigos…

No puedo dejar de mirar a Nuño, demasiado preocupada por lo que pensará. Y él debe de notarlo, porque le da un largo trago al chocolate y me sonríe.

—La verdad es que no nos viene mal tener un chef en el grupo.

Suelto aire y busco la mano de Nuño debajo de la mesa. Él me aprieta con fuerza, y entonces nos soltamos. Y es un poco como si nos soltásemos *de verdad*.

El pitido de mi móvil me hace dar un brinco.

Jaime
Hola clara!
Genial! gracias por invitarme
Conseguiré la receta, ya verás
Oye
Sé que es un poco lío pero…
Te molesta si viene berta????
no quiero dejarla sola 🙏

Me muerdo el labio inferior.

—Oh, oh… —murmura Ángel—. ¿Malas noticias? ¿Tenemos que pegarle por haberte dado calabazas?

—¡Ángel, no me seas idiota! —le grita Silvia, pero yo no presto demasiada atención.

No sé qué contestarle. Por un lado, Vic y ella parecen llevarse bien, así que no creo que haya mucho problema. Pero por otro… Jo, es que no termino de fiarme de ella. Pero tampoco quiero poner a Jaime entre la espada y la pared.

Si Clara invita a Berta → Sigue en la escena 20

Si Clara no invita a Berta → Sigue en la escena 23

18

Han pasado ya unos días desde el belén viviente, pero Silvia no ha dejado de insistir para que vaya a hablar con la asociación de vecinos y ayude en el desfile del 6 de enero. Se trata de otra de las tradiciones de Zarcilla de las Alcahuetas: allí donde los demás tienen la típica cabalgata de reyes, nosotros organizamos un desfile que engloba a todos los personajes clásicos navideños, desde los reyes magos y los pajes hasta Papá Noel, los renos y los elfos. Lo importante es que todos se pasean por el pueblo la mañana del día de Reyes y despiden las fiestas hasta el año que viene entre vítores, música y bailes. Es un evento tan exagerado (tan nuestro) que se ha hecho viral en redes y no son pocos los turistas que vienen solo para verlo.

Y mi hermana quiere que colabore con los disfraces. ¡Como si no tuviera ya suficientes problemas! No, no. Tengo que estudiar para los exámenes. Si quiero salvar el cuatrimestre, no me queda más remedio que hincar los codos. ¡No tengo tiempo para ayudar en ningún desfile!

—Es una locura —le digo una y otra vez—. Además, a estas alturas seguro que lo tienen todo organizado. Molestaré, más que ayudar.

—Siempre necesitan manos extra. ¡Y qué mejor lugar para aprender que ese! Y así papá y mamá verán que vas en serio con la moda y…

—¡Que no!

Pero mi hermana no es de las que se rinden fácilmente, así que sigue dándome la tabarra incluso en Nochebuena.

Como es habitual, el grupo queda para celebrar la renombrada por los medios como «tardebuena»; solemos juntarnos en uno de los bares del pueblo y tomamos algo hasta que se acerca la hora de la cena y regresamos a casa para ayudar con los preparativos.

Silvia y yo llegamos tarde (¡para variar!), así que nuestros amigos ya están apretujados en una mesa cuando abrimos la puerta del bar. Está tan lleno que tenemos que hacer malabares para acercarnos. Nos quitamos los abrigos y nos sentamos donde buenamente podemos, aunque me da la sensación de que Silvia se apresura para dejar el único hueco libre al lado de Nuño.

«No, si desde luego es una digna alcahuetense», pienso.

Nuño y yo nos sonreímos cuando me quito el abrigo y lo cuelgo en el respaldo de la silla. No es una sonrisa incómoda, pero… tampoco es una de las habituales.

Uff, ¿cuánto tiempo más podremos alargar la conversación que tenemos pendiente?

—¡Qué bien que estéis aquí! A ver si a vosotras os hace más caso… Silvia, Clara, decidle a Vic que no puede enamorarse de cada tía que le sonríe una unidad de vez —dice Paula.

—¿Lo decís por Berta? —pregunta Vic—. ¡Pero si solo hablamos unos minutos!

—¡No es solo por ella! —responde Julio—. ¿O tengo que recordarte a la repartidora de Amazon que…?

—¡Cierra el pico! —le interrumpe Vic, que se tapa la cara con mortificación—. Diooos. Top diez momentos ridículos de mi vida.

—En realidad —aporta Nuño—, fue graciosísimo verte tan colada por una chica con la que solo habías hablado dos veces.

—¿No te gastaste más de cien pavos en productos para…? —continúa Ángel.

—¡Que os calléis! —le ladra Vic, y todos nos echamos a reír—. El caso es que aprendí la lección. Berta me cayó bien, sí, pero nada más. Os lo juro.

Lo admito: no me siento especialmente cómoda con este tema de conversación. No me gusta mucho la idea de que Vic y Berta empiecen a salir. Bueno, la idea de Berta con alguien, en general. ¡Nunca me ha dado la sensación de que le guste nadie!

«De todas formas, ¿qué haces pensando tanto en ella?», me recrimina una vocecita. Y tiene razón. ¿A mí qué más me da con

quién salga o no Berta?

—Deberías invitarla —dice entonces Julio. Y a mí me da un mal.

—¿Tienes su teléfono? —le pregunto a Vic.

—¡Claro! Me lo dio el otro día. ¡No por nada en especial! —recalca Vic, y luego bufa—. ¿Sabéis qué? Voy a invitarla, qué narices.

—Invita también a su primo —pide Ángel.

—No te lo vas a ligar —bromea Paula.

Ángel le saca el dedo corazón. Y yo le doy un largo trago a mi taza de chocolate. Por supuesto, me quemo la garganta. Y por supuesto, Berta y Jaime acceden a venir.

Repito: no tengo *nada* en contra de Berta. Hemos hecho las paces. Somos amigas. Pero ¡es que sigue siendo raro y punto!

Por desgracia, apenas tengo tiempo de prepararme antes de que los primos hagan acto de presencia. Jaime entra primero; le sostiene la puerta a su prima con una mueca caballeresca que Berta desdeña al poner los ojos en blanco. Ambos sonríen, y yo siento algo muy extraño en la boca del estómago. Nadie puede discutir lo bien que se llevan y lo mucho que se quieren. Y me sabe mal no ser capaz de dejar del todo atrás esa animosidad que llevo sintiendo por Berta toda la vida. Es evidente que es maja y que me he confundido con ella. Así que ¿qué me pasa?

Julio silba tan fuerte que hace que todos en la mesa peguemos un respingo.

—¡Por aquí!

Jaime se acerca a nuestra mesa con una sonrisa.

—¡Hola! —saluda—. Madre mía, ¡esto está petado!

—Los churros de Tomás son mitiquísimos —anuncia Ángel, que se apelotona contra Paula para dejar hueco en el banco—. Venga, aquí hay sitio. Y esperad, que creo que los de la mesa de al lado tienen una silla.

Jaime asiente y les pide el asiento a los de al lado. Deja que su prima se siente y él se deja caer en el banco junto a Ángel y… frente a mí.

—¡Tomás! —pide entonces Nuño—. ¡Dos chocolates y otra ración de churros!

—¡Oído cocina! —dice el dueño del bar.

Vic se inclina hacia Berta. No lo hace con coquetería, sino con familiaridad. Lo que hace que me fije mejor en la expresión de la recién llegada.

Berta parece… asustada, como si se encontrara fuera de lugar.

—¿Qué tal? —le pregunta Vic con una sonrisa.

—Bien —responde Berta. Y nada más.

Ángel empieza a contar una historia absurda sobre la vez que Julio intentó ligar con una turista francesa usando ChatGPT, y Jaime se ríe tanto que casi tira su taza. Paula mete baza y añade que lo peor de todo es que lo volvió a intentar una vez más, y las carcajadas se extienden por la mesa.

Pero cuando miro hacia Berta, me doy cuenta de que ella no se está riendo. No parece estar pasándolo mal, pero parece más concentrada en analizarnos que en pasárselo bien. No sé si le preocupa que Jaime no encaje con nosotros o qué. No la entiendo. Pero me da igual.

Alargo la mano para hacerme con mi taza, con tan mala pata que a punto estoy de volcar el plato con los churros.

Berta lo sujeta antes de que caiga.

—Cuidado —me dice. Nuestros dedos se rozan un segundo cuando lo recoloca en la mesa. Su piel está sorprendentemente caliente y a mí se me eriza cada vello del cuerpo.

Trago saliva.

—Gracias.

Ella se encoge de hombros y vuelve a centrar la atención en Vic, que le pregunta si los elfos cuentan como criaturas mágicas o como trabajadores explotados. La observo pensar, como si la respuesta fuera cuestión de vida o muerte.

—Evidentemente, son trabajadores explotados —confirma, y yo tengo que darle un mordisco a un churro para evitar sonreír—.

¡Piénsalo! ¿Tienen derechos? No. Su vida es obedecer a un viejo gordo que seguro que ni les ha inscrito en la seguridad social.

—¡Yo pienso lo mismo! —dice Vic con una risita.

—¡Habría que denunciar! —continúa Berta—. ¿Crees que en Laponia hay inspectores de trabajo?

—Voy a buscarlo en Google.

Esta vez es Berta quien se echa a reír. Y yo no puedo evitar agachar la vista. Me termino el chocolate y me levanto para llevar la taza a la barra.

A estas horas, el bar está lleno y no quiero darle más trabajo del necesario a Tomás. El pobre hombre tiene una edad indeterminada, pero sospecho que roza la jubilación, así que si le puedo facilitar el trabajo…

—¿Y tú? —pregunta entonces una voz. Casi se me cae la taza al suelo cuando me doy cuenta de que se trata de Berta, que me ha seguido hasta la barra—. ¿Crees que deberíamos mandar una inspección de trabajo a Laponia?

—Supongo —digo, pero Berta me observa, como si esperara que siguiera con la conversación—. Yo, eh… igual debería volver a la mesa.

Berta parece decepcionada, lo que me deja muda. ¿Le molesta que no quiera hablar con ella?

—Sí, claro.

Observo a mis amigos y luego vuelvo a centrar la atención en Berta. Ay, ahora no sé qué hacer. ¿Debería quedarme o volver a la seguridad de la mesa?

Quedarse y seguir hablando con Berta → Sigue en la escena 19

Volver a la mesa con sus amigos → Sigue en la escena 21

19

Apoyo un codo en la barra.

—Te pega mucho, ¿sabes? —le digo—. Eso de luchar por los derechos de la gente. Incluso por los de los elfos imaginarios. Si no te hubieras dedicado al arte, deberías haber estudiado Derecho.

Berta sonríe. Parece… aliviada de que le haya respondido. Lo cual es una tontería. Seguro que veo cosas donde no las hay.

—Ahora me toca a mí preguntarte por qué sabes que estudio Bellas Artes.

Mierda. ¡Esto me pasa por intentar hacerme la guay!

—Es porque… ¡No te rías! —le digo, pero eso solo hace que Berta se ría con tanta fuerza que acabo sonriendo—. No hace tanto desde que nos graduamos del insti. Y no tengo taaan mala memoria como para haber olvidado lo muchísimo que te gustaba hacer grafitis, aunque fuera en un cuaderno.

La mirada de Berta se ilumina.

—Guau. Y yo que siempre he pensado que me ignorabas todo lo que podías.

—Y así era —confieso—. Aunque supongo que… me sentía un poco como tú conmigo, ¿no es cierto? No había muchos otros con inclinaciones artísticas, así que era inevitable que me fijara tanto en ti.

De nuevo Berta vuelve a sonreír. Se apoya también en la barra.

—¿Te fijabas en mí?

Pongo los ojos en blanco.

—No cambies de tema —murmuro, aunque me arden las mejillas—. ¿No es por eso por lo que me robaste el cuaderno de bocetos?

—No te lo robé —recalca ella—. Te lo dejaste en el pupitre y me lo llevé para devolvértelo. Supuse que era importante para ti, porque

siempre lo llevabas contigo a todas partes y no dejabas que nadie lo viera.

—Efectivamente. Y por eso no resististe la tentación y te lo guardaste durante varios días.

—Admito que no estuvo bien ser tan cotilla… ni tardar tanto en devolvértelo. Pero en mi defensa he de decir que, una vez en mi poder, soltarlo fue difícil.

Ahora soy yo quien se turba. Hay tanta gente a nuestro alrededor que no nos queda más remedio que hablar pegadas.

—¿Sí?

Ella asiente, repentinamente seria.

—Tus diseños son muy buenos, Clara —continúa—. No entiendo por qué…

—La moda es difícil.

—Como los grafitis, y aquí estoy, intentándolo. Merece la pena, ¿sabes?

Hago un gesto con la cabeza.

—Eso es lo que siempre me ha dado tanta rabia de ti. Lo ves todo… demasiado fácil.

—¿Eso crees? Pff, debo de ser mejor actriz de lo que creía.

Parpadeo, confusa.

—¿A qué te refieres?

—A que no estoy segura de absolutamente nada —recalca—. Lo he arriesgado todo por el arte, pero ni siquiera sé si saldrá bien. Mis padres lo detestan, ¿sabes? Que sea artista y que no siga con el negocio familiar. Tienen montada su propia empresa de productos artesanales. Ya sabes: velas, cuadernos, cojines, todo muy bucólico y tradicional. Y, bueno, no tengo hermanos, así que… La única que me apoyaba era mi abuela, y ella ya no está. Aunque lo consiga, nunca podrá verlo. Y eso es…

Se le llenan los ojos de lágrimas y yo le doy un par de toquecitos en la mano en un patético intento por hacerla sentir mejor.

No parece molestarle.

—Es una mierda.

Berta asiente. Se limpia las lágrimas de las mejillas y mira hacia el techo mientras niega con la cabeza.

—Lo que quiero decir es que no es fácil. Este camino nunca lo es. Pero a veces merece la pena intentarlo, aunque sea con ayuda. Por eso… por eso insistí tanto con el belén. Porque creo que todo el mundo debería darse una oportunidad.

Ahora soy yo quien le retiro la mirada.

—Mi hermana también lo piensa —confieso—. Lleva días intentando que vaya a la asociación para que ayude con el desfile del 6 de enero.

—¿Cuál es el problema?

—Que me da pánico hacer el ridículo. O que me rechacen. O que se den cuenta de que soy un fraude incluso antes de empezar. —Me encojo de hombros, como si no fuera nada, a pesar de que sí lo es—. No sé.

Berta guarda silencio. No lo hace como quien juzga, sino… como quien entiende.

—¿Y si vamos juntas? —pregunta, y yo parpadeo, sorprendida—. A la asociación, me refiero. Yo ya colaboro con las carrozas, así que tampoco me supondría un gran esfuerzo.

Me lo pienso. Porque, aunque Berta me haya ayudado, no se puede decir que seamos precisamente amigas. Pero… también es verdad que, si alguien puede entender cómo me siento, esa es ella.

—Vale —digo, finalmente.

Berta me mira como si fuera la primera vez.

—¿Vale?

—Sí —me río—. ¿Por qué te parece tan raro? Es una buena idea. Mejor que eso: es práctica. A ti ya te conocen.

—Práctica, sí. —Berta asiente y da un pequeño paso hacia atrás. No sé bien por qué, pero me da la sensación de que la he fastidiado—. Entonces… ¿quedamos el veintiséis?

—Vale —le digo. Y eso es todo.

El ambiente se enrarece entre las dos. Me doy cuenta de que llevamos demasiado tiempo alejadas de los demás y que seguro que

no nos quitan ojo de encima. No quiero que se piensen nada raro, así que cojo un puñado de servilletas de la barra (como si eso fuera lo que quería hacer desde el principio) y sonrío a Berta una última vez antes de volver a la mesa.

Nuño me hace un gesto y yo niego con la cabeza. Es increíble como, pese a todo, todavía sabe cómo me siento sin necesidad de palabras. Suena a cliché, pero ese es el tipo de relación que tenemos él y yo y que me encantaría atesorar cueste lo que cueste. Así que busco su mano bajo la mesa. Él me aprieta con fuerza, y entonces nos soltamos. Y es un poco como si nos soltásemos *de verdad*.

Berta tarda un poco más en regresar y, cuando lo hace, me da la sensación de que jugamos un poco al gato y al ratón: nos buscamos con la mirada, pero siempre que nuestros ojos chocan, agachamos el rostro como si no quisiéramos que la otra se diera cuenta.

Sigue en la escena 32

20

Le digo a Jaime que traiga a Berta. Total, nadie me obliga a hablar con ella y tampoco quiero ser la causa de ningún problema.

No tenemos que esperarlos mucho. Una campana tintinea cuando la puerta se abre. Varias personas se giran hacia la entrada cuando la llegada de Jaime y Berta trae consigo el frío exterior.

Jaime entra primero; le sostiene la puerta a su prima con un ademán caballeroso que Berta desdeña al poner los ojos en blanco. Ambos sonríen, y yo siento algo muy extraño en la boca del estómago. Porque es evidente lo bien que se llevan y lo mucho que se quieren. Y me sabe mal no ser capaz de dejar del todo atrás esa animosidad que llevo sintiendo por Berta toda la vida.

Julio silba tan fuerte que hace que todos en la mesa peguemos un respingo.

—¡Por aquí!

Jaime se acerca a nuestra mesa con una sonrisa.

—¡Hola! —saluda—. Madre mía, ¡esto está petado!

—Normal. Creo que Clara ya te ha dicho que los churros de Tomás son mitiquísimos —dice Ángel, que se apelotona contra Paula para dejar hueco en el banco—. Venga, aquí hay sitio. Y esperad, que creo que los de la mesa de al lado tienen una silla.

Jaime asiente y les pide el asiento a los de al lado. Deja que su prima se siente y él se deja caer en el banco junto a Ángel y… frente a mí.

—¡Tomás! —pide entonces Nuño—. ¡Dos chocolates y otra ración de churros!

—¡Oído cocina! —dice el dueño del bar.

Jaime observa la barra con intensidad.

—¿Creéis que si insisto me dará la receta o…?

—Buena suerte, *bro* —le dice Julio—. Tomás dice que quiere que lo entierren con ella.

Jaime chasquea la lengua y todos nos echamos a reír.

Vic se inclina hacia Berta. No lo hace con coquetería, sino con familiaridad. Lo que hace que me fije mejor en la expresión de la recién llegada: parece… asustada, como si se encontrara fuera de lugar.

—¿Qué tal? —le pregunta Vic con una sonrisa.

—Bien —responde Berta. Y nada más.

Hay un segundo de silencio. Dos. Tres. No son incómodos exactamente, pero sí… raros. Porque mientras Jaime ya está riéndose con Ángel y Julio como si llevaran años siendo amigos, Berta permanece sentada muy recta, con las manos alrededor de la taza de chocolate que Tomás acaba de dejar delante de ella.

Tiene pinta de querer estar en cualquier lugar salvo aquí. Y caigo entonces en que Berta siempre ha parecido un poco fuera de lugar en todas partes. Mucho más interesada en el arte que en hacer amigos, no recuerdo que tuviera demasiados amigos en el instituto. No es exactamente callada; al contrario. Es de las que siempre alzan su voz y pelean por lo que quieren y creen que es justo. Vamos, que era la pesadilla de los profesores chapados a la antigua y de los chulitos de clase. La verdad, siempre me ha dado mucha envidia. Que sea tan segura y que nunca parezca perder la calma.

Vic intenta sacar conversación.

—¿Vienes mucho por aquí? Quiero decir… al bar de Tomás.

—No.

—Ah.

Otro pequeño silencio.

—Pero el chocolate está bueno —añade Berta al cabo de un momento.

—¡Sí! —responde Vic con entusiasmo. Parece mucho más tranquila—. Es lo mejor del pueblo.

Ángel empieza a contar una historia absurda sobre la vez que Julio intentó ligar con una turista francesa usando ChatGPT, y Jaime se ríe tanto que casi se tira su taza encima de la risa. Paula mete

baza y añade que lo peor de todo es que lo volvió a intentar una vez más, y las carcajadas se extienden por la mesa.

Pero cuando miro hacia Berta, me doy cuenta de que ella no se está riendo. No parece estar pasándolo mal, pero parece más concentrada en analizarnos que en pasárselo bien. No sé si le preocupa que Jaime no encaje con nosotros o qué. No la entiendo. Pero me da igual.

Alargo la mano para hacerme con mi taza, con tan mala pata que a punto estoy de volcar el plato con los churros.

Berta lo sujeta antes de que caiga.

—Cuidado —me dice. Nuestros dedos se rozan un segundo cuando lo recoloca en la mesa. Su piel está sorprendentemente caliente y a mí se me eriza cada vello del cuerpo.

Trago saliva.

—Gracias.

Ella se encoge de hombros y vuelve a centrar la atención en Vic, que le pregunta si los elfos cuentan como criaturas mágicas o como trabajadores explotados. Aprovecho el caos para inclinarme hacia Jaime, que no nos ha quitado ojo durante los segundos que ha durado nuestra pequeña interacción.

—Oye —murmuro.

—¿Sí?

—¿Le pasa algo a tu prima?

Jaime sigue la dirección de mi mirada. Berta se ha lanzado a soltar un monólogo sobre lo inherente que es la Navidad al capitalismo y lo poco que tienen que conocer los elfos el estatuto de los trabajadores, pero sigue sin parecer del todo cómoda.

Jaime suspira.

—No exactamente. Es solo que… las cosas han sido un poco complicadas para ella últimamente.

—¿Por lo de… vuestra abuela?

Asiente.

—Sí. Quiero decir… Al final ellas dos vivían juntas —duda unos segundos antes de continuar—. Berta nunca se ha llevado bien con

sus padres, así que se mudó a casa de la yaya cuando tenía doce años. Para ella ha sido mucho más duro que para todos los demás. Al final es la que se ha comido toda la enfermedad de nuestra abuela. Ver cómo perdía la cabeza y se deterioraba poco a poco… Ha tenido que ser una pesadilla.

Vuelvo a clavar la mirada en Berta. Siento una pena difícil de explicar.

—¿Y ahora qué va a hacer? —pregunto—. ¿No se puede quedar ella la casa de vuestra abuela?

—Ojalá, pero no es viable a nivel económico. —Jaime tuerce el gesto—. Le hemos insistido una y otra vez en que se mude con nosotros, pero ella no quiere. A ver, por un lado lo entiendo, porque estudia en Salamanca y el pueblo le pilla cerca de la uni, y si se viene a Madrid tendría que cambiarse de universidad o mudarse. Pero no sé. Me preocupa. Ahora está buscando un estudio de alquiler, pero tal y como están las cosas…

Asiento. Me parece una situación muy complicada. No solo para la propia Berta, sino también para Jaime y sus padres.

—Pobrecita —murmuro sin poder evitarlo—. ¿No sería más fácil…?

Jaime sonríe con resignación.

—Ya. Berta no es muy de elegir lo fácil —dice, y luego baja la voz. No me he dado cuenta de lo mucho que nos hemos acercado el uno al otro hasta que me percato de que nuestras rodillas chocan constantemente—. Gracias por invitarnos, Clara. Por invitarla a ella. Sé que Berta puede ser difícil a veces, y también que no tiene muchos amigos. Me daba muchísimo palo irme y dejarla aquí sola, pero ahora creo que estará en buenas manos.

Observo a Berta una vez más. Ahora sí que se ríe abiertamente ante la patética imitación del acento francés de Ángel. Y me sorprende un poco darme cuenta de que yo también me alegro de que esté aquí.

—Oye, basta ya de hablar de cosas tristes —continúa Jaime—. ¿Cómo llevas eso de ser la salvadora del belén?

Juego con la cucharita de la taza. Podría seguir hablando con él. Explicarle lo de Silvia y el desfile, lo de la asociación de vecinos y lo mucho que mi hermana me insiste para que vaya.

Pero cuando vuelvo a mirar hacia el otro lado de la mesa, me encuentro con Berta observándome. Solo dura un segundo; en cuanto se da cuenta de que la he pillado, vuelve a centrar la atención en Vic. Le dice algo que no puedo oír y se levanta para ir hacia la barra. Y no sé por qué, pero me da la sensación de que tal vez quería decirme algo. ¿Debería insistir? Después de lo que me ha contado Jaime… Creo que la he juzgado mal y que se merece una disculpa.

Tal vez debería decirle algo. Preguntarle directamente cómo está. Decirle que puede seguir quedando con nosotros si quiere. O tal vez debería dejar de darle tantas vueltas y seguir hablando con Jaime.

Si Clara se aleja a hablar con Berta → Sigue en la escena 19

Si Clara se queda en la mesa → Sigue en la escena 22

21

Regreso a la mesa, intentando centrarme en lo que me espera ahí. Mis amigos, claro… y Jaime, que es el primero que me ve llegar.

—¿Todo bien? —pregunta, y yo asiento.

—Perfectamente. ¿De qué estabais hablando?

—Yo me preguntaba qué se siente al ser la salvadora del belén.

Ay, ahora me acuerdo.

—Uf, igual es mejor idea volver con tu prima…

Jaime sonríe y arquea una ceja.

—¿A qué te refieres?

Juego con la cucharita de la taza.

—A que la gente lo está exagerando todo mogollón. ¡Imagínate! Ahora mi hermana se ha empeñado en que me meta también a ayudar con el desfile del día de Reyes.

—¿Y eso es malo por…?

—Porque es tremendamente turístico, está masificado, todo el mundo se lo toma muy en serio y… Porque sí. Me parece una mala idea. —Hago un gesto con la cucharilla y suspiro—. Además, seguro que ya lo tienen todo organizado. ¿Para qué me querrían a mí? No soy tan buena cosiendo como cree mi hermana, como ahora parece creer todo el mundo. Ni siquiera… Me gusta la moda, sí —confieso como si hubiera cometido un crimen atroz—. Y me encantan los diseños. Y sería guay aprender de… Pero no puedo. Es mala idea. Molestaré. En plan, mogollón.

Jaime me observa con tanta atención que me arden las mejillas.

—Lo dudo. ¿Sabes? Si todavía aceptan manos es porque quizás no lo tienen todo tan organizado como dicen.

—Eso es *exactamente* lo que dice Silvia.

—Tu hermana es muy lista.

—No se lo digas o se le subirá a la cabeza.

Él suelta una risita, pero pronto se pone serio otra vez.

—Te gusta mucho el diseño, ¿verdad? —me pregunta, con tanta dulzura que no me sale negarme. Observo a mi alrededor solo para cerciorarme de que mis amigos no nos prestan atención y asiento. Es apenas un gesto diminuto, pero se me forma un nudo en la garganta—. Cuando algo nos gusta tanto, es normal que sintamos vértigo.

—¿Tú te sientes igual? Con la cocina, me refiero. Tampoco es que sea una carrera convencional.

—No lo es. Y sí, a todas horas —asiente él. Y no sé por qué, pero me quedo mucho más tranquila—. Oye, ¿qué te parece si vamos juntos a la asociación? Yo también tenía que pasarme, que Berta me ha dicho que todos los años Zarcilla organiza un concurso de roscones y me quiero apuntar.

Arqueo las cejas.

—¿Hablas en serio? Qué valor.

Jaime sonríe, divertido por la amenaza velada en el tono de mi voz.

—¿Por qué?

—Porque es la guerra. ¿Sabes la cantidad de viejecitas que llevan años presentándose? Tienes complicadísimo ganar.

La sonrisa de Jaime se transforma en una carcajada que me contagia.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo, que además tengo que ganarme a los vecinos —asiente. Nuestras rodillas vuelven a chocar—. ¿Qué me dices? ¿Vamos juntos a la asociación?

Me lo pienso. Me lo pienso muuucho. Me lo pienso de verdad. La idea sigue dándome un poco de miedo. Pero también recuerdo lo bien que me sentí al arreglar aquel disfraz en el belén y lo contento que parecía Ambrosio; lo contento que parecía *todo el mundo* por algo que había cosido *yo,* aunque no lo hubiera diseñado.

Y, bueno… Supongo que ir sola no es lo mismo que ir acompañada.

—Vale —murmuro al final.

Jaime levanta las cejas.

—¿Vale?

—Vale. Me acercaré contigo —repito, aunque luego añado enseguida—: Pero no prometo nada.

Jaime no dice nada, pero me da la sensación de que no lo necesita. Creo que ambos sabemos que acabaré cediendo, por mucho miedo que me dé.

En ese momento Julio golpea la mesa con dramatismo.

—¡Tomás! ¡Ponme otro chocolate para que pueda tirárselo al gilipollas de Ángel por encima, porfa!

Las risas vuelven a estallar alrededor de la mesa.

Y mientras Vic discute con Berta sobre si los elfos deberían tener convenio laboral y Silvia se une a las burlas sobre la pésima forma que tiene Julio de ligar, me sorprendo pensando que quizá…, solo quizá, acercarme a la asociación de vecinos no sea tan mala idea después de todo.

Sigue en la escena 29

22

No, Berta y yo tampoco nos llevamos tan bien como para seguirla. Además, después de lo del belén, prefiero mantenerme alejada de ella todo lo posible.

Observo a Jaime y juego con la cucharita de la taza.

—La gente lo está exagerando todo mogollón. ¡Imagínate! Ahora mi hermana se ha empeñado en que me meta también a ayudar con el desfile del día de Reyes.

—¿Y eso es malo por…?

—Porque es tremendamente turístico, está masificado, todo el mundo se lo toma muy en serio y… Porque sí. Me parece una mala idea. —Hago un gesto con la cucharilla y suspiro—. Además, seguro que ya lo tienen todo organizado. ¿Para qué me querrían a mí? No soy tan buena cosiendo como cree mi hermana, como ahora parece creer todo el mundo. Ni siquiera… Me gusta la moda, sí —confieso como si hubiera cometido un crimen atroz—. Y me encanta el patronaje. Y sería guay aprender de… Pero no puedo. Es mala idea. Molestaré. En plan, mogollón.

Jaime me observa con tanta atención que me arden las mejillas.

—Lo dudo. ¿Sabes? Si todavía aceptan manos es porque quizás no lo tienen todo tan organizado como dicen.

—Eso es *exactamente* lo que dice Silvia.

—Tu hermana es muy lista.

—No se lo digas o se le subirá a la cabeza.

Él suelta una risita, pero pronto se pone serio otra vez.

—Te gusta mucho la moda, ¿verdad? De no ser así, no creo que te diera tanto miedo intentarlo —me dice, con tanta dulzura que no me sale negarme. Observo a mi alrededor solo para cerciorarme de que mis amigos no nos prestan atención y asiento. Es apenas un gesto diminuto, pero se me forma un nudo en la garganta—. Cuando algo nos gusta tanto, es normal que sintamos vértigo.

—¿Tú te sientes igual? Con la cocina, me refiero. Tampoco es que sea una elección convencional.

—No lo es. Y sí, a todas horas —asiente él. Y no sé por qué, pero me quedo mucho más tranquila—. Oye, ¿qué te parece si vamos juntos a la asociación? Yo también tenía que pasarme, que Berta me ha dicho que todos los años Zarcilla organiza un concurso de roscones y me quiero apuntar.

Arqueo las cejas.

—¿Hablas en serio? Qué valor.

Jaime sonríe, divertido por la amenaza velada en el tono de mi voz.

—¿Por qué?

—Porque es la guerra. ¿Sabes la cantidad de viejecitas que llevan años presentándose? Tienes complicadísimo ganar.

La sonrisa de Jaime se transforma en una carcajada que me contagia.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo, que además tengo que ganarme a los vecinos —asiente. Nuestras rodillas vuelven a chocar—. ¿Qué me dices? ¿Vamos juntos a la asociación?

Me lo pienso. Me lo pienso muuucho. Me lo pienso de verdad. La idea sigue dándome un poco de miedo. Pero también recuerdo lo bien que me sentí al arreglar aquel disfraz en el belén y lo contento que parecía Ambrosio; lo contento que parecía *todo el mundo* por algo que había cosido *yo*, aunque no lo hubiera diseñado.

Y, bueno… Supongo que ir sola no es lo mismo que ir acompañada.

—Vale —murmuro al final.

Jaime levanta las cejas.

—¿Vale?

—Vale. Me acercaré contigo —repito, aunque luego añado enseguida—. Pero no prometo nada.

Jaime no dice nada, pero me da la sensación de que no lo necesita. Creo que ambos sabemos que acabaré cediendo, por mucho miedo que me dé.

En ese momento Julio golpea la mesa con dramatismo.

—¡Tomás! ¡Ponme otro chocolate para que pueda tirárselo al gilipollas de Ángel por encima, porfa!

Las risas vuelven a estallar alrededor de la mesa.

Y mientras Vic discute con Berta sobre si los elfos deberían tener convenio laboral y Silvia se une a las burlas sobre la pésima forma que tiene Julio de ligar, me sorprendo pensando que quizá… solo quizá, acercarme a la asociación de vecinos no sea tan mala idea después de todo.

Sigue en la escena 29

23

Sé que no está bien, pero ahora mismo no me veo con fuerzas para enfrentarme a Berta. Me invento la excusa de que apenas quedan huecos y bloqueo el móvil para no sentirme la peor persona del mundo.

No tenemos que esperarlo mucho. Una campana tintinea cuando la puerta se abre. Varias personas se giran hacia la entrada cuando la llegada de Jaime trae consigo el frío exterior.

Julio silba tan fuerte que hace que todos en la mesa peguemos un respingo.

—¡Por aquí!

Jaime se acerca a nuestra mesa con una sonrisa.

—¡Hola! —saluda—. Madre mía, ¡esto está petado!

—Normal. Creo que Clara ya te ha dicho que los churros de Tomás son mitiquísimos —dice Ángel, que se apelotona contra Paula para dejar hueco en el banco—. Venga, aquí hay sitio.

Jaime se sienta frente a mí.

—¡Tomás! —pide entonces Nuño—. ¡Un chocolate y otra ración de churros!

—¡Oído cocina! —dice el dueño del bar.

Jaime observa la barra con intensidad.

—¿Creéis que si insisto me dará la receta o…?

—Buena suerte, *bro* —le dice Julio—. Tomás dice que quiere que lo entierren con ella.

Jaime chasquea la lengua y todos nos echamos a reír.

Hay un segundo de silencio. Dos. Tres, como si nadie supiera exactamente qué decir. Hasta que Julio suelta una de las suyas y Jaime se troncha y pronto está hablando con los demás como si llevaran años siendo amigos.

Ángel empieza a contar una historia absurda sobre la vez en que Julio intentó ligar con una turista francesa usando ChatGPT, y Jaime

se ríe tanto que casi tira su taza. Paula mete baza y añade que lo peor de todo es que lo volvió a intentar una vez más, y las carcajadas se extienden por la mesa.

Pero pronto me doy cuenta de que, por muy alegre que parezca estar Jaime, hay algo raro en él. Como si se estuviera forzando a estar de buen humor.

Al final, la curiosidad (y la preocupación) me pueden y me inclino hacia él.

—Oye —murmuro.

—¿Sí?

—¿Te pasa algo?

Jaime duda, y luego suspira.

—No exactamente. Es solo que… Me siento mal por estar aquí pasándolo tan bien sin Berta.

Oh.

Ahora la que se siente aún peor por no haberla invitado soy yo.

—Lo… lo siento. Es que no había…

—Lo sé, lo sé —se apresura a decir él. Y sé que habla en serio y que no me echa nada en cara—. Es solo que las cosas han sido un poco complicadas para ella últimamente.

—¿Por lo de… vuestra abuela?

Asiente.

—Sí. Quiero decir… Al final ellas dos vivían juntas —duda unos segundos antes de continuar—. Berta nunca se ha llevado bien con sus padres, así que se mudó a casa de la yaya cuando tenía doce años. Para ella ha sido mucho más duro que para todos los demás. Al final es la que se ha comido toda la enfermedad de nuestra abuela. Ver cómo perdía la cabeza y se deterioraba poco a poco… Ha tenido que ser una pesadilla.

Ahora siento una pena por Berta difícil de explicar. Me arrepiento tanto de no haberla invitado a ella también…

—¿Y ahora qué va a hacer? —pregunto—. ¿No se puede quedar ella la casa de vuestra abuela?

—Ojalá, pero no es viable a nivel económico. —Jaime tuerce el gesto—. Le hemos insistido una y otra vez en que se mude con nosotros, pero ella no quiere. A ver, por un lado lo entiendo, porque estudia Bellas Artes en Salamanca y el pueblo le pilla cerca de la uni, y si se viene a Madrid tendría que cambiarse de universidad. Pero no sé. Me preocupa. Ahora está buscando un estudio de alquiler, pero tal y como están las cosas…

Asiento. Me parece una situación muy complicada. No solo para la propia Berta, sino también para Jaime y sus padres.

—Pobrecita —murmuro sin poder evitarlo—. ¿No sería más fácil…?

Jaime sonríe con resignación.

—Ya. Berta no es muy de elegir lo fácil —dice, y luego baja la voz. No me he dado cuenta de lo mucho que nos hemos acercado el uno al otro hasta que me percato de que nuestras rodillas chocan constantemente—. Y si sigue empeñada en quedarse aquí creo que necesitará… amigos.

Asiento incluso antes de que termine de hablar.

—Haré lo que pueda —le aseguro—. Creo que además tu prima hizo buenas migas con Vic. Le puedo decir que le escriba, porque a lo mejor si lo hago yo no quiere hacernos caso, pero…

La sonrisa de Jaime podría iluminar el mundo entero.

—Gracias, Clara. Significa mucho para mí —me dice. Y eso es todo. Nos miramos durante más segundos de la cuenta, hasta que no puedo evitar enrojecer y bajo la vista hacia la taza.

Entonces, Jaime carraspea.

—Oye, basta ya de hablar de cosas tristes —continúa él—. ¿Cómo llevas eso de ser la salvadora del belén?

Pongo los ojos en blanco.

—Tú también no, por favor.

Jaime arquea una ceja.

—¿A qué te refieres?

Juego con la cucharita de la taza.

—A que la gente lo está exagerando todo mogollón. ¡Imagínate! Ahora mi hermana se ha empeñado en que me meta también a ayudar con el desfile del día de Reyes.

—¿Y eso es malo por…?

—Porque es tremendamente turístico, está masificado, todo el mundo se lo toma muy en serio y… Porque sí. Me parece una mala idea. —Hago un gesto con la cucharilla y suspiro—. Además, seguro que ya lo tienen todo organizado. ¿Para qué me querrían a mí? No soy tan buena cosiendo como cree mi hermana, como ahora parece creer todo el mundo. Ni siquiera… Me gusta la moda, sí —confieso como si hubiera cometido un crimen atroz—. Y me encantan los diseños. Y sería guay aprender de… Pero no puedo. Es mala idea. Molestaré. En plan, mogollón.

Jaime me observa con tanta atención que me arden las mejillas.

—Lo dudo. ¿Sabes? Si todavía aceptan manos es porque quizás no lo tienen todo tan organizado como dicen.

—Eso es *exactamente* lo que dice Silvia.

—Tu hermana es muy lista.

—No se lo digas o se le subirá a la cabeza.

Él suelta una risita, pero pronto se pone serio otra vez.

—Te gusta mucho el diseño, ¿verdad? —me pregunta, con tanta dulzura que no me sale negarme. Observo a mi alrededor solo para cerciorarme de que mis amigos no nos prestan atención y asiento. Es apenas un gesto diminuto, pero se me forma un nudo en la garganta—. Cuando algo nos gusta tanto, es normal que sintamos vértigo.

—¿Tú te sientes igual? Con la cocina, me refiero. Tampoco es que sea una carrera convencional.

—No lo es. Y sí, a todas horas —asiente él. Y no sé por qué, pero me quedo mucho más tranquila—. Oye, ¿qué te parece si vamos juntos a la asociación? Yo también tenía que pasarme, que Berta me ha dicho que todos los años Zarcilla organiza un concurso de roscones y me quiero apuntar.

Arqueo las cejas.

—¿Hablas en serio? Qué valor.

Jaime sonríe, divertido por la amenaza velada en el tono de mi voz.

—¿Por qué?

—Porque es la guerra. ¿Sabes la cantidad de viejecitas que llevan años presentándose? Tienes complicadísimo ganar.

La sonrisa de Jaime se transforma en una carcajada que me contagia.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo, que además tengo que ganarme a los vecinos —asiente. Nuestras rodillas vuelven a chocar—. ¿Qué me dices? ¿Vamos juntos a la asociación?

Me lo pienso. Me lo pienso muuucho. Me lo pienso de verdad. La idea sigue dándome un poco de miedo. Pero también recuerdo lo bien que me sentí al arreglar aquel disfraz en el belén y lo contento que parecía Ambrosio; lo contento que parecía *todo el mundo* por algo que había cosido *yo,* aunque no lo hubiera diseñado.

Y, bueno… Supongo que ir sola no es lo mismo que ir acompañada.

—Vale —murmuro al final.

Jaime levanta las cejas.

—¿Vale?

—Vale. Me acercaré contigo —repito, aunque luego añado enseguida—. Pero no prometo nada.

Jaime no dice nada, pero me da la sensación de que no lo necesita. Creo que ambos sabemos que acabaré cediendo, por mucho miedo que me dé.

En ese momento Julio golpea la mesa con dramatismo.

—¡Tomás! ¡Ponme otro chocolate para que pueda tirárselo al gilipollas de Ángel por encima, porfa!

Las risas vuelven a estallar alrededor de la mesa.

Y mientras Silvia se une a las burlas sobre la pésima forma que tiene Julio de ligar, me sorprendo pensando que quizá…, solo quizá, acercarme a la asociación de vecinos no sea tan mala idea después de todo.

Sigue en la escena 29

24

Han pasado ya unos días desde el belén viviente, pero Silvia no ha dejado de insistir para que vaya a hablar con la asociación de vecinos y ayude en el desfile del 6 de enero. Se trata de otra de las tradiciones de Zarcilla de las Alcahuetas: allí donde los demás tienen la típica cabalgata de reyes, nosotros organizamos un desfile que engloba a todos los personajes clásicos navideños, desde los reyes magos y los pajes hasta Papá Noel, los renos y los elfos. Lo importante es que todos se pasean por el pueblo la mañana del día de Reyes y despiden las fiestas hasta el año que viene entre vítores, música y bailes. Es un evento tan exagerado (tan nuestro) que se ha hecho viral en redes, y no son pocos los turistas que vienen solo para verlo.

Y mi hermana quiere que colabore con los disfraces. ¡Como si no tuviera ya suficientes problemas! No, no. Tengo que estudiar para los exámenes. Si quiero salvar el cuatrimestre no me queda más remedio que hincar los codos. ¡No tengo tiempo para ayudar en ningún desfile!

—Es una locura —le digo una y otra vez—. Además, a estas alturas seguro que lo tienen todo organizado. Molestaré, más que ayudar.

—Siempre necesitan manos extra. ¡Y qué mejor lugar para aprender que ese! Y así papá y mamá verán que vas en serio con la moda y…

—¡Que no!

Pero mi hermana no es de las que se rinden fácilmente, así que sigue dándome la tabarra incluso en Nochebuena.

Como es habitual, el grupo queda para celebrar la renombrada por los medios como «tardebuena»; solemos juntarnos en uno de los bares del pueblo y tomamos algo hasta que se acerca la hora de la cena y regresamos a casa para ayudar con los preparativos.

Silvia y yo llegamos tarde (¡para variar!), así que nuestros amigos ya están apretujados en una mesa cuando abrimos la puerta del bar. Está tan lleno que tenemos que hacer malabares para acercarnos. Nos quitamos los abrigos y nos sentamos donde buenamente podemos, aunque me da la sensación de que Silvia se apresura para dejar el único hueco libre al lado de Nuño.

«No, si desde luego es una digna alcahuetense», pienso.

—Oye —dice Paula como quien no quiere la cosa—, que no quedan churros.

—Ángel se los ha zampado todos —continúa Julio.

—Uf, es que tenía un hambre… —exagera el aludido mientras se da un par de golpecitos en la tripa—. ¿Quién quiere hacernos el tremendo favor de traer otra remesa?

—¿Por qué no se lo pedimos a Tomás? —pregunto.

—No, hombre, no —dice Julio—. ¿No ves cómo está el bar de petado? El pobre anda muy ocupado. Nuño, te toca.

Nuño parpadea, confuso.

—¿Yo?

—Tienes razón —dice mi hermana—, tú solo no puedes con todo. Clara, ¿te importaría acompañarlo a la barra?

Entrecierro los ojos.

—Yo. Qué casualidad —murmuro.

—Antes hemos ido Julio y yo —dice Vic.

—Y antes de eso, Ángel y yo —continúa Paula—. Así que le toca a Nuño.

—¿Y por qué no vamos Silvia y yo? —pregunto—. Acabamos de llegar, y tarde como siempre. Es lo justo, ¿no?

Mi hermana se lleva la mano a la frente en un gesto teatrero.

—¡Ay! Es que me he mareado, así de repente.

Julio la empieza a abanicar con una servilleta.

—¡No te mueras, Sil!

—¡Me mareeeeeoooo! —sigue diciendo mi hermana, con tanta exageración que varios se giran con curiosidad hacia nuestra mesa.

Qué vergüenza.

—¡Vale! —digo rápidamente—. Vamos a la barra.

Nuño obedece sin rechistar. Siempre ha tenido más paciencia (y talante) que yo, porque apenas masculla un «será posible» durante lo que dura el trayecto.

Llamamos la atención de Tomás y nos apoyamos en la barra a esperar. Nuestros amigos tienen razón: el pobre tiene tanto trabajo que tarda varios minutos en acercarse.

—Dos de churros y porras y un tanque de chocolate, ¿verdad? —dice con una sonrisa. Llevamos viniendo aquí desde… toda la vida, así que Tomás nos conoce mejor que nadie. Además, mis amigos y yo somos animales de costumbres—. Enseguida lo traigo todo, parejita —añade, lo que nos hace enrojecer y tartamudear a ambos. La vergüenza se intensifica cuando Tomás nos guiña un ojo y hace una señal hacia el techo.

Hay un muérdago sobre nosotros.

—Ahora lo entiendo todo —murmuro.

—La verdad, no sé cómo sentirme —confiesa Nuño. Se sube las gafas y me observa—. ¿Debería sentir alivio porque nuestros amigos son nuestros mayores *shippers*, preocupación porque no saben disimular o enfado porque juegan con nosotros?

—Las tres opciones son correctas.

Nuño sonríe un poco, pero ninguno de los dos se anima a moverse demasiado. De repente, el ambiente se enrarece. Nos miramos, pero agachamos el rostro casi al mismo tiempo.

¿Cuánto tiempo más podemos retrasar esta conversación? Si no es ahora… creo que no lo abordaremos. Seguiremos fingiendo que esa noche de agosto no sucedió. Pero tampoco estoy muy segura de que sea el momento y el lugar. Quizás tendría que enfrentarme primero a mis amigos, decirles que dejen de intentar forzarnos cuando ni siquiera nosotros sabemos realmente lo que queremos.

Uf. ¿Por qué de repente la Nochebuena se presenta tan complicada?

Clara habla con Nuño → Sigue en la escena 25

Clara vuelve con sus amigos → Sigue en la escena 28

25

Vuelvo a mirar a Nuño mientras le doy un toquecito en el brazo.

—Oye —empiezo. La barra está tan llena que nos obliga a hablar mucho más pegados de lo que sería recomendable para los latidos acelerados de mi corazón—, sobre lo que ocurrió en agosto…

Nuño se tensa, pero no hace el amago de alejarse y volver a la mesa.

—Deberíamos haber hablado antes sobre el tema, ¿verdad? —pregunta—. Como si no pensara en ese beso todos los días de mi vida. Vale, olvida que he dicho eso. Dios, ¿por qué no puedo mantener la boca cerrada?

Sonrío de manera inevitable.

—Yo también pienso mucho en lo que ocurrió.

—¿Sí?

—Te lo prometo. Casi cada día. —Tomo aire y bajo la vista—. Pensar en esa noche es de las pocas cosas que ha hecho que estos meses sean más… llevaderos.

—Clara, sabes que odio presionar, pero… ¿de verdad que estás contenta en Madrid?

La preocupación en su voz me desarma. Los ojos se me llenan de lágrimas y tengo que tragar saliva para no romper a llorar como un bebé.

—No —confieso, al fin. Y es como si esa simple palabra desatascara una tubería, porque el chorro fluye con fuerza y ya no puedo callarme más—. Mi vida es un desastre, Nuño. Odio la carrera. No he aprobado ningún parcial, así que ni qué decir de los finales. Apenas voy a clase, y no he conseguido hacer ningún amigo. Me paso los días sola, encerrada en mi habitación de la residencia, mintiéndole a todo el mundo y fingiendo que estoy bien cuando, en realidad, jamás he sido tan desgraciada. ¡Encima mi hermana quiere

que ayude con el desfile del día de Reyes! ¡Como si no tuviera ya suficientes problemas!

No quiero que nuestros amigos me vean llorar y creo que Nuño se da cuenta, porque me pasa un brazo alrededor de los hombros y me atrae hacia él con fuerza. No parece importarle que le llene la camisa de mocos y lágrimas. No me suelta, ni me juzga; me sostiene hasta que la ola pasa y respirar se vuelve un poquito más fácil.

—Shhh —me dice mientras me acaricia la espalda—. No pasa nada, Clara. Todo va a salir bien.

—¡No lo sabes! —le digo—. No sabes si…

—Lo sé —me asegura él, tan serio que tengo que creerlo—. Porque eres tú. Puede que las cosas se pongan difíciles como ocurrió en el belén viviente, pero siempre encuentras la forma de hacer que funcionen.

Sorbo por la nariz.

—No es cierto —murmuro. Me alejo de él y niego con la cabeza—. No siempre. No conseguí que lo nuestro saliera bien, por ejemplo.

Nuño toma aire y mira al techo durante unos segundos.

—Primero: eso no fue culpa tuya, porque yo tampoco puse de mi parte. Y segundo: ni siquiera lo intentamos. Solo nos besamos y hemos estado fingiendo que no ocurrió desde entonces.

Me muerdo el labio inferior.

—Me arrepiento de tantas cosas, Nuño… De haber huido, de seguir haciéndolo. De haberos ignorado tanto. Me siento la peor persona del mundo.

—Sí, claro —ironiza él con una sonrisa—. Estás al lado de Hitler y de algún que otro presidente algo megalómano.

Suelto una carcajada.

—Jo, ¡hablo en serio! No he sido la mejor Clara del mundo últimamente.

—¡Pero no tienes que serlo! Clara, eres un ser humano con sus dudas, sus pellas y sus malas decisiones. ¿Por qué te añades más presión de la que tienes? ¿Por qué te machacas tanto? Ahora estás intentando hacer lo correcto, ¿no es cierto?

Guardo silencio. Volvemos a estar tan pegados que buscar su contacto es inevitable. Mi dedo meñique se mueve sobre la barra y se entrelaza con el suyo.

—¿Desde cuándo eres tan sabio?

—Siempre lo he sido —dice él.

Sí, tiene razón.

De nuevo, ambos guardamos silencio. Aunque en esta ocasión no se trata de uno incómodo. Es de esos de los de antes: de los cargados de electricidad estática y miradas que gritan lo que nuestras bocas callan.

—Entonces… —Nuño duda—, ¿qué vas a hacer al final? Me refiero al desfile.

—Nada —digo rápidamente—. ¿Qué quieres que haga? Sobraría.

—El otro día no lo hiciste.

—Eso fue distinto. No había nadie más. En el desfile trabaja muchísima gente. ¿Qué puedo aportar yo?

—¿Por qué siempre tienes que aportar algo? ¿No puedes…, no sé, solo estar y ya? —Nuño hace una pausa en la que aprovecha para volver a subirse las gafas—. En el belén viviente me dio la sensación de que… estabas feliz. De que realmente te gustaba lo que hacías. Y si quieres, si realmente quieres y lo único que te frena es el miedo, puedo acompañarte a hablar con la gente de la asociación.

La idea me parece tentadora, pero no sé si debería cargar a Nuño con mis problemas.

Clara le dice que sí a Nuño → Sigue en la escena 26

Clara le dice que no a Nuño → Sigue en la escena 27

26

Nuño me observa. Cuando lo hace así, con esos ojitos, con esa expresión de preocupación, me desarma.

No falla.

Y tampoco sé a quién pretendo engañar. Nuño tiene razón: lo único que me frena es el miedo.

—Vale —murmuro—. La verdad es que me quedaría más tranquila si me acompañaras… A ver, ¡no quiere decir que me apunte al desfile! Solo… voy a preguntar.

Nuño sonríe.

—Guay —dice—. Lo harás genial.

—Que todavía no sé si me apunto o no…

—Bueno, *si* te apuntas lo harás genial —sentencia él. Después, saca la cartera y llama a Tomás—. Pago yo, pero diles a los demás que vayan preparando el bízum que me los conozco.

Suelto una carcajada.

—Hablas como si no fueras la persona más tranquila del mundo y alguna vez hubieras ido detrás de los demás para exigirnos algo.

Él hace un puchero.

—¡Jo, Clara! Por eso es mejor que se lo digas tú, que a ti te hacen más caso.

Le guiño un ojo.

—Cuenta con ello.

Cuando me alejo de nuevo hacia la mesa no se me pasa por alto la rojez de sus mejillas. Va un poquito acorde a las mariposas que me aletean en la tripa.

Dejo las cosas en la mesa y tomo asiento.

—Ya os vale —les digo a mis amigos—. Desde luego, ¡sois unas alcahuetas de mucho cuidado!

Silvia se cuelga de mi brazo y me guiña el ojo.

—Pero ha funcionado, ¿no? Os he visto muy acaramelados.

Niego con la cabeza, pero no puedo ocultar una sonrisa.

Julio da una palmada en la mesa.

—¡Ajá! El plan está saliendo a pedir de boca.

—Cortad ya el plan —les digo—. ¡No está bien! Dejad que Nuño y yo hagamos las cosas a nuestro ritmo.

Paula resopla.

—Es que vuestro ritmo es muy lento.

—¡Pero es el nuestro! —me quejo—. ¿Lo vais a dejar o no?

Mis amigos intercambian miradas entre ellos. Para cuando Nuño regresa con el resto de los churros, creo que por fin les he hecho entrar en razón.

Al menos, eso espero.

Sigue en la escena 35

27

Tomo aire, despacio.

—Nuño, yo… te agradezco la propuesta, pero ahora mismo no… —titubeo—. Estoy segura de que no es buena idea. No que me acompañes, sino apuntarme al desfile. Mi vida es un caos ahora mismo y no necesito añadir más presión.

Él asiente, comprensivo.

—Vale —dice—, pero si cambias de opinión…

Le doy un par de toquecitos en el brazo y fuerzo una sonrisa.

—Gracias.

—No te preocupes.

Pero sí tengo que sentirme agradecida con él porque, a pesar de todo, sigue aquí, a mi lado, apoyándome, incluso cuando sabe que tal vez no estoy tomando la decisión correcta. Incluso cuando sabe que he dejado que el miedo me frene una vez más. Porque él es así: no te juzga, ni te fuerza. Nuño siempre está.

Por eso agradezco tanto nuestra amistad. Por eso me da tanto miedo romperla tratando de convertirla en algo más.

—Voy llevando esto a la mesa —le digo, y él asiente.

Le sonrío una última vez. Ambos sabemos que no es la sonrisa más sincera del mundo, pero, una vez más, el miedo vence y ninguno dice nada.

Regreso a la mesa tratando de no echar la vista atrás. Si lo hago, sé que romperé a llorar.

Sigue en la escena 28

28

Tomás nos sirve los churros y yo regreso a la mesa mientras Nuño paga. Me he dejado la cartera en casa y soy de las que se resiste a conectar la tarjeta de crédito al móvil (así me ahorro gastar más de la cuenta). Además, quiero aprovechar la ocasión para hablar con los demás.

Dejo las cosas en la mesa y tomo asiento.

—Ya os vale. Desde luego, ¡sois unas alcahuetas de mucho cuidado!

Silvia hace un puchero.

—¡Perdón! —me dice—. Es que pensábamos que necesitábais un empujoncito.

Niego con la cabeza y suspiro.

—Os agradezco el esfuerzo, en serio. Y también me alegra saber que nos apoyáis tanto, pero Nuño y yo no estamos listos. No lo estábamos en verano, mucho menos ahora, después de tanto tiempo. Así que, por favor, dejad de intentar lo que sea que estáis intentando.

Esta vez es Ángel quien parece muy arrepentido.

—Lo sentimos, Clara —empieza—. Es que… ¡queremos que sepáis que no tenemos ningún problema si empezáis a salir!

—Queda claro, y os lo agradecemos, pero…

Paula asiente.

—Entendido. Dejaremos de ser alcahuetas y esperaremos a que todo siga su ritmo.

Creo que esta vez van en serio, así que decido creerlos.

Julio se rasca una ceja.

—A ver, que yo me entere… Entonces, que no saliera bien entre vosotros no tiene nada que ver con el miedo que tuvierais de que nos lo tomáramos a mal, ¿verdad? Joder, menudo lío. ¡Parece un trabalenguas de esos!

—No —lo tranquilizo—. Es… es algo nuestro.

Más mío que de Nuño, sospecho. Al miedo tan paralizante que me da cagarla y que todo se estropee entre los dos.

Mis amigos intercambian miradas entre ellos. Para cuando Nuño regresa con el resto de los churros, creo que por fin les he hecho entrar en razón.

Al menos, eso espero.

Al contrario que en la celebración del belén viviente, en esta ocasión me siento mucho más cómoda con mis amigos. Tal vez porque ya hace varios días que llegué y, desde que puse un pie en Zarcilla, todo ha vuelto a ser como antes. Hemos quedado casi cada tarde y hablamos un montón por mensajes, así que las conversaciones ya no me resultan tan ajenas.

Lo cual hace que me sienta aún peor.

Noto la mirada de mi hermana clavada como si fuera una astilla. Sé que ahora es el momento perfecto para contarles la verdad. Para decirles que me va fatal en Madrid, que puede que coser sea más que un *hobby* y que siento no haber confiado antes en ellos, pero no me sale.

Por eso, por lo que tengo que resolver y evito, por la cercanía de Nuño (¿por qué tiene ojitos de cervatillo? ¡No es justo!), por todo el gentío y el ruido, empiezo a agobiarme. Me pica la piel y tengo ganas de volver a casa para esconderme debajo de las mantas. Pero si lo hago estaré huyendo una vez más. ¿Y no se supone que estas vacaciones voy a enfrentarme a todo?

—… ¿No creéis? —oigo que pregunta Vic entonces, y me doy cuenta de que todos los ojos están puestos sobre mí.

—¿Eh?

—¡El desfile! —dice Paula—. Deberías participar.

Genial, lo que me faltaba.

—Eh…

—Ni lo intentéis —dice mi hermana—. Llevo días insistiendo y se niega.

Julio abre la boca.

—¡Noooo! Clara, ¡tienes que hacerlo! Tienes manos de ninja versión costura.

—¿Qué significa eso?

—Estoy de acuerdo. —Ángel se inclina hacia mí—. Tienes unas manos prodigiosas para la costura.

Busco a Nuño con la mirada en una petición desesperada de ayuda, pero él me sonríe a modo de disculpa.

—Si es porque te intimidan las ancianitas de la asociación, podemos acompañarte a hablar con ellas —invita Vic.

—Además, se nota que te gustó mucho tocarle el culo a Ambrosio —añade Paula—. Tía, fue la primera vez que te vimos contenta en mucho tiempo.

—Por última vez —intento—, no le toqué el culo a…

Pero no puedo continuar, porque mis amigos me miran con una sonrisa y yo noto las mejillas enrojecer. Me suda todo el cuerpo y las ganas de salir por patas crecen hasta la estratosfera.

Ay, ay. ¡Qué desastre! Si ya sabía yo que tendría que haberme quedado en casa… Es muy difícil negarse una y otra vez, y más cuando tengo tantos pares de ojos puestos sobre mí.

Al final, suspiro y dejo caer los hombros.

—Vale —acepto—. Iré a la asociación, ¡pero no os prometo nada!

Mi hermana da una palmada.

—¡Menos mal! —dice con una sonrisa.

—Que no prometo nada —repito, pero a mis amigos les da igual. Todos parecen convencidos de que, al final, aceptaré trabajar en el desfile.

Lo que más me asusta es que puede que tengan razón.

Sigue en la escena 38

29

El veintiséis de diciembre, Jaime y yo vamos a hablar con la asociación de vecinos y me apunto para ayudar en el desfile. Al principio me cuesta decidirme, pero una de las organizadoras es la abuela de Ambrosio (una mujer de armas tomar) y no me deja salir del ayuntamiento hasta que cedo.

A nadie parece resultarle extraño mi repentina decisión. Cuando se lo cuento a mis padres, me dicen que siempre me ha encantado coser. La abuela Puri no deja de repetir que le saco mil puntadas (ja, ja) a todos los de la asociación, y Silvia está muy orgullosa porque dice que por fin voy dando pasitos en la dirección correcta. Hasta mis amigos me apoyan, pero me siento como si siguiera mintiendo a todo el mundo. Porque cuanto más tiempo paso aquí, más clarotengo que quiero que estos días se conviertan en el resto de mi vida. Pero para eso primero tengo que ser sincera con lo que realmente quiero… y me parece que la única opción es dejar la carrera. Por mucho que estudie, soy incapaz de memorizar el temario. Me desmotiva, me agobia. No entiendo nada y sé que no aprobaré ningún examen. ¿Para qué seguir insistiendo con Ingeniería, entonces? ¿No sería mejor rendirme definitivamente? Y después… ¿qué? ¿Intentarlo en serio con la moda? Es una decisión demasiado importante.

Por eso me siento tan bien con Jaime. Porque, aunque tampoco le haya confesado que me encantaría estudiar moda, nos entendemos tan bien que no creo que haga falta. Jaime no conoce a la Clara que he sido durante toda mi vida; a la que es tan tímida que sus padres la convencieron de que lo mejor era salir de su zona de confort y estudiar en Madrid. A la que se conforma. A la indecisa. La Clara que soy con él es distinta: es la que está tan apasionada con los disfraces del desfile que desde que fuimos a la asociación no habla de otra cosa. La que sueña a lo grande y sabe cuál es su lugar. Con

él es sencillo olvidar mi vida en Madrid, las expectativas que siempre ha puesto sobre mí todo el mundo.

Olvidarme de mis miedos.

Tal vez por eso últimamente pasamos tanto tiempo juntos. No solo nos escribimos mensajes, sino que, como él se ha apuntado al concurso de roscones, hemos quedado varias veces para comprar material en el mercadillo navideño. Jaime busca ingredientes de cocina; yo, telas, a pesar de que en la asociación tienen todas las que necesito. En realidad, no son para los disfraces del desfile (a estas alturas, ya están todos casi terminados), sino para un proyecto personal. Es la primera vez en meses que se me ocurren ideas para nuevos diseños, y quiero aprovecharlo.

Una de esas tardes en el mercadillo empieza a llover de repente, y acabamos refugiándonos bajo el toldo de uno de los puestos. Quiere el destino que sea el de uno de los vecinos que siempre queda en el top tres del concurso de roscones, así que el aire huele a naranja confitada y canela. Jaime se queda observando la bandeja de los dulces con tanta intensidad que se pone bizco.

—No los mires así —bromeo con una sonrisa—. Vas a asustarlos.

—Estoy intentando averiguar qué lleva la masa.

—Harina, azúcar, huevos… Lo normal, supongo.

—Hay algo más.

—Es el secreto de la casa —dice el tendero con una carcajada orgullosa—. Acércate más, pero no creo que lo descubras.

Jaime tuerce el gesto y se inclina un poco hacia delante para observar mejor. Yo también lo hago, con tan mala pata que acabamos chocando nuestras cabezas.

Durante un segundo nos quedamos así, demasiado cerca, pero no lo suficiente. Su hombro roza el mío y me hace desear no llevar puesto un abrigo tan grueso. Cuando levanto la cabeza, Jaime ya no está mirando los roscones.

Me mira a mí.

—¿Qué? —pregunto, con voz ahogada.

Él parpadea como si acabara de acordarse de dónde está.

—Nada —dice, pero no se aparta.

Me late el corazón muy rápido, pero yo tampoco lo hago.



Paso muchas horas en el ayuntamiento, rodeada de telas, agujas y maniquíes que han visto tiempos mejores. Hay momentos en los que me abstraigo tanto con un dobladillo imposible que apenas hablo con nadie; otros, en cambio, el ajetreo a mi alrededor es imposible de ignorar. No en el mal sentido, claro. La abuela de Ambrosio es toda una generala que supervisa cada puntada como si estuviéramos preparando un desfile en París en lugar de una cabalgata navideña. La mayoría de las vecinas (amigas de mi abuela) me hablan como si fuera su propia nieta y me llenan los bolsillos de chocolatinas y caramelos de miel. Hasta Silvia y los demás se pasan algunas tardes para ver cómo voy y acaban ayudando a cortar telas mientras me cuentan cotilleos del pueblo y hacen reír a todo el mundo.

Entre ellos, se encuentra Jaime, por supuesto, que me acompaña casi todos los días. A veces llega con las manos manchadas de harina porque ha estado probando masas nuevas para el roscón. Otras, trae café para todos y se queda apoyado en la mesa, observando cómo trabajo, con tanta atención que me hace enrojecer.

—No entiendo nada de costura —dice una mañana—, pero tiene pinta de ser complicado.

—Lo es.

—Pero también parece divertido.

Sonrío sin poder evitarlo.

—También.

La abuela de Ambrosio, como experta en roscones que es, a veces se sienta a su lado para darle consejos sobre cómo crear la masa perfecta. Jaime la escucha y escribe sus sugerencias en un cuaderno que lleva siempre a todas partes. Y es ahí cuando se

intercambian nuestros roles, porque soy yo la que me quedo observándolo como si no existiera nada más en el universo.

Y así pasan los días: entre puntadas, telas, harina y paseos por el mercadillo.

Entonces, llega Nochevieja. Después de la típica cena y las uvas, el pueblo entero acaba, como siempre, de celebración en la plaza.

Cuando llego con Silvia, el resto del grupo ya está allí. Julio lleva un gorro ridículo de Año Nuevo que tiene el año que no es y Silvia pronto corre a meterse con él; Paula y Ángel arrastran a todo el mundo a una pista de baile improvisada; Nuño se detiene a hablar con cada vecino, y Vic discute con el DJ porque este se niega a poner los temazos que ella quiere.

Al fondo, de pie junto a la barra, Jaime se ríe a carcajadas con su prima. Parecen estar en medio de una discusión muy animada que muere cuando él me ve y me sonríe. Dudo si acercarme a ellos. No por Berta (ahora nos llevamos mucho mejor, porque ella también colabora con la asociación en las carrozas del desfile), sino porque no quiero interrumpir. Pero Silvia me da un codazo y me guiña el ojo, y al final me animo.

—¡Feliz año! —les digo.

—¡Feliz año! —responde Jaime con el mismo entusiasmo.

—Feliz año —dice Berta. Alterna la mirada entre su primo y yo y hace un gesto—. Yo me voy a… Bueno, da igual. Os dejo solos.

Enrojezco, y hasta Jaime titubea un poco cuando su prima le sonríe y se aleja de la barra. No me puedo creer que seamos tan obvios.

Él vuelve a sonreír.

—¿Sabes? Creo que empiezo a entender a mi prima. Últimamente yo tampoco quiero irme de Zarcilla.

Y sé que no se refiere solo al encanto del pueblo.

Vuelve a mirarme como lo hizo en el mercadillo navideño.

—¿Quieres beber algo? —pregunto, porque no sé qué responder.

Pido un par de copas de champán y Jaime propone un brindis por los nuevos comienzos. Hacemos chocar nuestras copas y yo bebo el

contenido en apenas un par de tragos. Entonces, la música cambia y empieza a sonar una canción de Pignoise (uno de esos grupos antiguos que le gustan), porque Vic es testaruda y nunca se rinde. No puedo evitar soltar una risita cuando Jaime hace una ridícula reverencia y me ofrece bailar.

Y, como no hay nada que me apetezca más, acepto. Nos acercamos al centro de la plaza y bailamos con todos los demás. Cantamos, saltamos y alzamos los brazos por encima de la cabeza. Nadie parece sentir el frío o el cansancio. Las horas aparecen como una página en blanco llena de posibilidades. El amanecer se antoja lejano. Y me doy cuenta de que no quiero estar en ningún otro lugar, salvo ahí. Así que vuelvo a pedir otra copa de champán y mi hermana y yo nos dejamos la garganta con una canción de One Direction. Hasta Berta baila y se ríe como si estuviera pasando la noche de su vida.

Creo que voy un poco borracha, porque esta noche todo resulta fácil. Me siento como si caminara sobre nubes de algodón. Y sí que debe de saltar a la vista, porque Jaime se vuelve a acercar a mí en algún punto de la noche y me lleva a uno de los laterales de la plaza, algo alejados de los demás.

—¿Estás bien? —me pregunta, y yo asiento.

—Mejor de lo que he estado en todos estos meses —le digo. Y hablo en serio. Porque solo he necesitado regresar al pueblo para sentirme… bueno, en casa.

Porque últimamente me siento más en mi propia piel que nunca.

Porque estoy contenta y sí, algo piripi.

Y porque Jaime es muy guapo y me mira con una preocupación sincera que me derrite el corazón.

Me resulta imposible apartar los ojos de sus labios. Siento un cosquilleo en la boca del estómago. Me hormiguea todo el cuerpo, desde las pestañas a los dedos de los pies.

Quiero besarlo. No porque haya bebido un poco, porque todavía soy consciente de mis actos. Sino porque… simplemente quiero hacerlo. Quiero desde hace un montón de tiempo.

Así que doy un paso más hacia él y, por un segundo, me pregunto si él también lo está pensando. Si tiene tantas ganas de besarme como yo. Si debo hacerlo. Si me *atreveré* a hacerlo. Si me arrepentiré si lo hago, pero también si no.

Clara besa a Jaime → Sigue en la escena 30

Clara no besa a Jaime → Sigue en la escena 31

30

Lo hago: acorto la distancia que nos separa y lo beso. Las cosquillas en la tripa se convierten en todo un maremoto cuando Jaime me corresponde y tira aún más de mí. Me acaricia las mejillas con los pulgares y me besa con tantas ganas como yo, como si él también llevara tiempo deseándolo.

Como si no pudiera creerse que hayamos tardado tanto en decidirnos.

Entonces recuerdo lo que ha dicho antes. Recuerdo cómo me ha mirado segundos antes de besarlo (cómo me mira siempre), con tantísimo cariño, como si fuera realmente maravillosa. Recuerdo, también, que la Clara que él conoce no es la Clara real. Pienso que, si la conociera, si supiera todo lo que callo, tal vez no me correspondería como lo hace. Y todo empieza a darme vueltas y más vueltas.

Niego con la cabeza y me alejo.

—Lo siento —le digo—. N-no puedo…

—¿Estás bien? —repite—. ¿Necesitas sentarte? ¿Quieres que llame a alguien o…?

—Sí, sí, perdona —repito—. Es solo que no puedo… No puedo hacer esto. Nosotros. Estar juntos. Ahora mismo no… No puedo hacerlo.

Jaime me mira. No parece nada más que preocupado y eso me hace sentir aún peor, por muy tonto que suene.

—No pasa nada, Clara —me dice—. No tienes que darme explicaciones.

—No, sí que tengo porque… Te aprecio muchísimo, pero…

—En serio —repite, con calma—, está bien. Somos amigos, ¿vale? Somos amigos, pase lo que pase.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Yo… Creo que lo mejor es que vuelva a casa —murmuro.

—¿Quieres que avise a alguien para que te acompañe?

—No, no. No quiero fastidiarle la noche a nadie más.

—Clara…

Pero yo niego con la cabeza.

—Hablamos mañana, ¿vale? —le digo, y me alejo de él antes de darle tiempo a hablar.

Sigue en la escena 56

31

No, no puedo hacerlo. Porque no puedo evitar recordar lo que me ha dicho antes. Cómo me mira siempre, con tantísimo cariño, como si fuera realmente maravillosa. Recuerdo, también, que la Clara que él conoce no es la Clara real. Pienso que, si la conociera, si supiera todo lo que callo, tal vez no me vería como lo hace. Tengo mucho lío encima, con todo lo del desfile, la universidad, mi futuro. No puedo permitirme otra distracción más, aunque esta me guste tanto como Jaime.

Así que niego con la cabeza y me alejo.

—Lo siento —le digo—. N-no puedo…

—¿Estás bien? —repite—. ¿Necesitas sentarte? ¿Quieres que llame a alguien o…?

—Sí, sí, perdona —repito—. Es solo que no puedo… No puedo hacer esto. Nosotros. Estar juntos. Ahora mismo no… No puedo hacerlo.

Jaime me mira. No parece nada más que preocupado y eso me hace sentir aún peor, por muy tonto que suene.

—No pasa nada, Clara —me dice—. No tienes que darme explicaciones.

—No, sí que tengo porque… Te aprecio muchísimo, pero…

—En serio —repite, con una calma contagiosa—, está bien. Somos amigos, ¿vale? Somos amigos, pase lo que pase.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

«¿Por qué siempre lo estropeo todo?», pienso con amargura.

—Yo… Creo que lo mejor es que vuelva a casa —murmuro.

—¿Quieres que avise a alguien para que te acompañe?

—No, no. No quiero fastidiarle la noche a nadie más.

—Clara…

Pero yo niego con la cabeza.

—Hablamos mañana, ¿vale? —le digo, y me alejo de él antes de darle tiempo a hablar.

Sigue en la escena 56

32

El veintiséis de diciembre, Berta y yo vamos a hablar con la asociación de vecinos y me apunto para ayudar en el desfile. Al principio me cuesta decidirme, pero una de las organizadoras es la abuela de Ambrosio (una mujer de armas tomar) y no me deja salir del ayuntamiento hasta que cedo.

A nadie parece extrañarle mi «repentina» decisión. Cuando se lo cuento a mis padres, me dicen que siempre me ha encantado coser. La abuela Puri no deja de repetir que le saco mil puntadas (ja, ja) a todos los de la asociación, y Silvia está muy orgullosa porque dice que por fin voy dando pasitos en la dirección correcta. Hasta mis amigos me apoyan, pero me siento como si siguiera mintiendo a todo el mundo. Porque cuanto más tiempo paso aquí, más claro tengo que quiero que estos días se conviertan en el resto de mi vida. Pero para eso primero tengo que ser sincera con lo que realmente quiero… y me parece que la única opción es dejar la carrera. Por mucho que estudie, soy incapaz de memorizar el temario. Me desmotiva, me agobia. No entiendo nada y sé que no aprobaré ningún examen. ¿Para qué seguir insistiendo con Ingeniería, entonces? ¿No sería mejor rendirme definitivamente? Y después… ¿qué? ¿Intentarlo en serio con la moda? Es una decisión demasiado importante.

Berta y yo pasamos cada vez más tiempo juntas. No solo porque coincidamos en el ayuntamiento, sino porque… Porque descubro que la admiro. Que tiene un talento increíble, que se nota que ama lo que hace, que trabaja con seriedad, con mucho cuidado, y se las apaña para dejar su impronta en cada una de las carrozas. Pronto me doy cuenta de que me inspiro más en ella de lo que esperaba. En su forma de enfrentarse al arte y también a la hora de diseñar. Porque he retomado esa parte de mí que llevaba tantísimo tiempo dormida.

Una mañana, Berta me espera fuera de casa. Está sentada en la que supongo que es su moto (sabría que era suya incluso aunque nadie me lo dijera, por cómo la tiene de personalizada), y me observa con la visera del casco levantada mientras me tiende otro.

—¿Te llevo?

Titubeo. Al contrario que a Silvia, a mí nunca me han llamado la atención las motos (ni los motoristas, ya de paso, también al contrario que a mi hermana), pero por alguna extraña razón no puedo apartar los ojos de Berta.

—Eh, pues, no…, tal vez…, no sé…

Ella sonríe.

—Soy buena conductora. Muy prudente, diría yo.

Decido creerla.

—Vale —digo, la voz apenas un susurro. Acorto la distancia que nos separa y acepto el casco que me da. Me siento detrás de ella (intento dejar una distancia prudencial entre nosotras, por muy difícil que sea), aunque no termino de saber cuál es la parte delantera del casco y no dejo de darle vueltas—. ¿Cómo se pone…?

—Trae aquí —me dice. Me aparta el pelo de la cara y me coloca el casco con un cuidado que me hace enrojecer las mejillas.

¿Es sensación mía o sus manos me rozan la piel más tiempo del necesario? Lo que no me imagino es lo rápido que me late el corazón, eso seguro.

Berta termina de atarme las correas y me guiña un ojo. Y yo suelto aire de manera temblorosa.

Tengo la garganta seca.

—¿Lista? —me pregunta—. Agárrate fuerte.

—¿No has dicho que eres una buena…? —Pero no puedo terminar la pregunta. Berta arranca y a mí no me queda más remedio que aferrarme a su cintura.

Paso muchas horas en el ayuntamiento, rodeada de telas, agujas y maniquíes que han visto tiempos mejores. Hay momentos en los que me abstraigo tanto con un dobladillo imposible que apenas hablo con nadie; en otros, en cambio, el ajetreo a mi alrededor es imposible de ignorar. No en el mal sentido, claro. La abuela de Ambrosio es toda una generala que supervisa cada puntada como si estuviéramos preparando un desfile en París en lugar de una cabalgata navideña. La mayoría de las vecinas (amigas de mi abuela) me hablan como si fuera su propia nieta y me llenan los bolsillos de chocolatinas y caramelos de miel. Hasta Silvia y los demás se pasan algunas tardes para ver cómo voy y acaban ayudando a cortar telas mientras me cuentan cotilleos del pueblo y hacen reír a todo el mundo.

Entre ellos se encuentra Berta, por supuesto, que a veces aprovecha los descansos para sentarse a mi lado y observarme trabajar.

Me pone más nerviosa de lo que estoy dispuesta a admitir.

—¿Cómo lo haces? —pregunta un día—. Saber exactamente qué puntada funciona mejor.

—No lo sé —dudo—. Supongo que como todo en el arte: una mezcla entre intuición y conocimiento de la técnica. ¿Cómo sabes tú qué color le queda mejor a una carroza?

—Porque es evidente —sentencia—. Melchor va de azul, Baltasar de rojo y Gaspar de verde.

No puedo evitar soltar una carcajada.

—Te lo acabas de inventar.

—¿Qué? Flipas, Clara. ¡Pero si es cultura general! Como saber que el cuaderno de mates es rojo y el de lengua azul.

—Hoy en día cualquiera puede ser artista. ¡Incluso las que no tienen ni idea de colores!

Ella me da un ligero puntapié con la bota, pero se echa a reír también.

Otras veces soy yo quien aprovecha las pausas para ir a verla. Es entonces cuando se intercambian nuestros roles, porque la observo

embobada. La veo bocetar, escoger colores, combinar texturas, mezclar formas hasta crear lo que parece un cascanueces. Pocas veces duda y, si lo hace, se detiene, con la cabeza inclinada y una sola ceja arqueada, como si retara a todo el mundo.

Cuando se da cuenta de que la miro, me sonríe con algo de burla. Sé que lo hace a pesar de la mascarilla que lleva para protegerse del humo de los aerosoles. Y a mí se me acelera tanto el corazón que tengo que dar media vuelta para que nadie se dé cuenta.

Y así pasan los días: entre puntadas, telas, grafitis y carrozas.

Entonces, llega Nochevieja. Después de la típica cena navideña y las uvas, el pueblo entero acaba, como siempre, de celebración en la plaza.

Cuando llego con Silvia, el resto del grupo ya está allí. Julio lleva un gorro ridículo de Año Nuevo que tiene el año mal escrito y Silvia pronto corre a meterse con él; Paula y Ángel arrastran a todo el mundo a una pista de baile improvisada, Nuño se detiene a hablar con cada vecino, y Vic discute con el DJ porque este se niega a poner los temazos que ella quiere.

Al fondo, de pie junto a la barra, Jaime se ríe a carcajadas con su prima. Parecen estar en medio de una discusión muy animada que muere cuando me ven y ambos me sonríen. Dudo si acercarme a ellos. No por Jaime (me cae genial y dudo que le moleste que me acople), sino porque no quiero interrumpir. Pero Silvia me da un codazo y me guiña el ojo, y al final me animo.

—¡Feliz año! —les digo.

—¡Feliz año! —responde Jaime.

Berta alza una copa hacia mí y sonríe.

—Feliz año.

Me resulta imposible apartar la mirada de ella mientras bebe. Y creo que ambos primos se dan cuenta, porque la sonrisa de Berta se ensancha y su primo carraspea y señala hacia ninguna parte.

—Vaaaaale —dice—, creo que debería irme. A veces, tres son multitud.

Alzo una ceja, confusa, pero Jaime no da lugar a ninguna réplica. Le dice algo a su prima que no puedo oír y nos deja solas.

Hay un par de instantes de silencio en los que Berta y yo nos miramos, hasta que es ella quien carraspea.

—¿Quieres beber algo?

—Sí —digo, porque lo cierto es que tengo la garganta seca. Algo que me pasa muy a menudo cuando estoy con ella. Me inclino sobre la barra y llamo la atención del camarero—. Una copa de vino blanco. El más dulce, a ser posible. ¡No te rías! —le digo a Berta—. No me gustan las bebidas fuertes.

—Te pega. El vino más dulce para la chica más dulce.

Ay, Dios.

Estoy a punto de sufrir un paro cardíaco.

«Cálmate, Clara», me ordeno. Berta es solo una amiga. Una amiga a la que admiro, que tiene una moto chulísima y que resulta que también es guapísima. Una amiga. ¡Sí, por supuesto!

Cuando el camarero me acerca la copa, no dudo en bebérmela de un solo trago.

Entonces, la música cambia y empieza a sonar una canción de Pignoise (uno de esos grupos antiguos que le gustan), porque Vic es testaruda y nunca se rinde. No puedo evitar soltar una risita. Dejo la copa (ahora vacía) sobre la barra y arrastro a Berta a la pista de baile. Nos acercamos al centro de la plaza y bailamos con todos los demás. Cantamos, saltamos y alzamos los brazos por encima de la cabeza. Nadie parece sentir el frío o el cansancio. Las horas aparecen como una página en blanco llena de posibilidades. El amanecer se antoja lejano. Y me doy cuenta de que no quiero estar en ningún otro lugar, salvo aquí. Así que vuelvo a pedir otra copa de vino blanco y mi hermana y yo nos dejamos la garganta con una canción de One Direction.

Berta me observa cantar. No es de las que bailan, pero sigue ahí, en la pista de baile, mirándome. Y tal vez se deba a que voy un poco piripi, pero le guiño un ojo.

Es la primera vez que dejo a Berta sin palabras.

Me gusta esa sensación.

«Creo… creo que me gusta Berta», pienso. La revelación me afecta tanto que tengo que alejarme de la multitud para tomar algo de aire.

No puede ser. ¡No puede gustarme! Ha sido un pensamiento fugaz, ¡repentino y sin sentido! Estoy borracha, es eso. Y la gente borracha se confunde y piensa cosas que no son. Es el alcohol, seguro.

—¿Estás bien? —pregunta una voz. No necesito alzar la vista para saber que se trata de Berta—. Espera, voy a por agua.

Quiero negarme, pero la mirada que me lanza me detiene. Me dejo caer en un bordillo y espero hasta que vuelve y se agacha frente a mí. Cuando me tiende una botella, no la rechazo.

Le doy un largo trago.

—Gracias —le digo, finalmente.

Ella hace un gesto.

—Este vino sube que no veas.

Sonrío un poco de manera inevitable. Es lo que siempre me pasa con Berta y lo que nunca imaginé que me hiciera sentir tan bien.

—No suelo beber —le confieso, y me sale un hipido que me hace reír—. Ups. Creo que voy algo piripi.

Esta vez es ella quien sonríe.

—Lo he notado.

—¿Ah, sí?

Ella asiente.

—Sip. Cuando me has guiñado el ojo. La Clara sobria nunca lo haría.

—No es tan valiente —confieso, y Berta calla.

Tiene tantas pecas… Centenares y centenares de puntitos que crean dibujos en su rostro. Intento contarlas todas, pero me pierdo cuando Berta lleva una de sus manos hacia mi mejilla.

Aprieto con fuerza la botella y bajo la mirada hacia sus labios. De repente, están muy muy cerca. Pero no lo suficiente. No tanto como me gustaría. No tanto como necesito.

Berta titubea. Se inclina un poco más y…

Si Clara acepta el beso de Berta → Sigue en la escena 33

Si Clara no acepta el beso de Berta → Sigue en la escena 34

33

Berta me besa. Lo hace con una suavidad que me sorprende, con una dulzura que jamás pensé que pudiera asociar a ella.

La cabeza me da vueltas y vueltas, pero ya no estoy tan segura de que se deba al alcohol. En realidad, creo que tiene mucho más que ver con la chica que tengo frente a mí. Con la de las pecas, con la que me genera retortijones en la tripa que se parecen a las mariposas.

No puedo pensar en nada. En nada que no sea más, más y más.

Pero entonces una chispa de razón se cuela entre tanto deseo. Niego con la cabeza y me separo.

—Berta —susurro, despacio—. No puedo…

Ella se aleja.

—Lo siento —me dice, arrepentida—. No quería… Joder, siento si…

—¡No! —le digo. Ay, ¿por qué tengo que estar borracha? Si ya se me da mal hablar de normal, ahora apaga y vámonos—. Quiero decir, yo también quería, pero ahora mismo no… —Me paso una mano por el pelo—. No puedo hacerlo. Tengo muchos problemas. Mogollón. Con la carrera, el desfile. No puedo…

—¿Meterte en otro problema? —pregunta con cierta amargura.

—¡No quería decir eso! —le digo—. Berta, perdona. Estoy borracha y ahora mismo no creo que pueda mantener esta conversación.

Berta asiente. Se levanta y algo en mí se muere cuando me tiende una mano.

—Venga, te ayudo.

Dudo antes de aceptar la ayuda que me ofrece. Intento decir algo más, pedirle perdón otra vez, pero no me salen las palabras. Todo me suena a excusa y Berta es demasiado lista.

—Te aprecio mucho —repito, al final.

«No quiero perderte».

«Yo también quería besarte».

«Pero…».

¡Pero!

Berta solo me mira una última vez.

—¿Crees que puedes apañarte para volver con tus amigos o necesitas que…?

—Sí —murmuro, torpe—. Quiero decir, no. Estoy bien. Puedo volver sola, gracias.

Y eso es todo.

Berta asiente y se aleja. Y yo no puedo hacer más que observarla hasta que se pierde entre la multitud.

Sigue en la escena 56

34

Niego con la cabeza.

—Berta —susurro, despacio—. No puedo…

Ella se aleja.

—Lo siento —me dice, arrepentida—. No quería… Joder, siento si… Igual he malinterpretado…

—¡No! —le digo. Ay, ¿por qué tengo que estar borracha? Si ya se me da mal hablar de normal, ahora apaga y vámonos—. Es que ahora mismo no… —Me paso una mano por el pelo—. No puedo hacerlo. No estoy lista para algo así, ¿sabes? Tengo tantos problemas. Mogollón. Con la carrera, el desfile. No puedo…

—¿Meterte en otro problema? —pregunta con cierta amargura.

—¡No quería decir eso! —le digo—. Berta, perdona. Estoy borracha y ahora mismo no creo que pueda mantener esta conversación.

Berta asiente. Se levanta y algo en mí se muere cuando me tiende una mano.

—Venga, te ayudo.

Dudo antes de aceptar la ayuda que me ofrece. Intento decir algo más, pedirle perdón otra vez, pero no me salen las palabras. Todo me suena a excusa y Berta es demasiado lista.

—Te aprecio mucho —repito, al final.

«No quiero perderte».

«Yo también quería besarte».

«Pero…».

¡Pero!

Berta solo me mira una última vez.

—¿Crees que puedes apañarte para volver con tus amigos o necesitas que…?

—Sí —murmuro, torpe—. Quiero decir, no. Estoy bien. Puedo volver sola, gracias.

Y eso es todo.

Berta asiente y se aleja. Y yo no puedo hacer más que observarla hasta que se pierde entre la multitud.

Sigue en la escena 56

35

El veintiséis de diciembre, Nuño y yo vamos a hablar con la asociación de vecinos y me apunto para ayudar en el desfile. Al principio me cuesta decidirme, pero una de las organizadoras es la abuela de Ambrosio (una mujer de armas tomar) y no me deja salir del ayuntamiento hasta que cedo.

A nadie parece resultarle extraño mi repentina decisión. Cuando se lo cuento a mis padres, me dicen que siempre me ha encantado coser. Mi abuela Puri no deja de repetir que le saco mil puntadas (ja, ja) a todos los de la asociación, y mi hermana Silvia está muy orgullosa porque dice que por fin voy dando pasitos en la dirección correcta. Hasta mis amigos me apoyan, pero me siento como si siguiera mintiendo a todo el mundo. Porque cuanto más tiempo paso aquí, más claro tengo que quiero que estos días se conviertan en el resto de mi vida. Pero para eso primero tengo que ser sincera con lo que realmente quiero… y me parece que la única opción es dejar la carrera. Por mucho que estudie, soy incapaz de memorizar el temario. Me desmotiva, me agobia. No entiendo nada y sé que no aprobaré ningún examen. ¿Para qué seguir insistiendo con Ingeniería, entonces? ¿No sería mejor rendirme definitivamente? Y después… ¿qué? ¿Intentarlo en serio con la moda? Es una decisión demasiado importante.

Lo mejor de ayudar con el desfile no es solo que estoy aprendiendo un montón o que, gracias a estar rodeada de disfraces y telas, me están entrando ganas de volver a diseñar; es que Nuño y yo volvemos a estar tan unidos como antes de mi mudanza a Madrid.

Nuño colabora con el ayuntamiento de Zarcilla en las redes sociales. Fue idea de su madre, que antes de la enfermedad trabajaba de funcionaria en administración. Ella fue la encargada de hablar con sus anteriores compañeros para que le dieran una

oportunidad. Supongo que siempre se ha sentido algo culpable de que su hijo pusiera en pausa su vida para estar con ella, aunque este lo hiciera de mil amores y jamás se lo haya echado en cara.

Sé que lo suyo es vocacional; tiene buen olfato para las noticias y siempre está dispuesto a aprender de los veteranos, incluso aunque estos no siempre lo tomen en serio por su edad o porque suele proponer ideas demasiado innovadoras para su gusto.

—Solo digo que podríamos intentar promocionar Zarcilla de manera más organizada —me dice un día de vuelta a casa. Es una de nuestras nuevas rutinas: él espera a que yo termine o viceversa, y regresamos juntos—. No centrarnos tanto en la página web, sino en redes sociales. Modernizarnos.

—¿Te imaginas a la abuela de Ambrosio haciendo un *tiktok?*

Él suelta una carcajada.

—No, pero sí haciendo unos vídeos en los que hable sobre cómo meter un bajo, por ejemplo. Ofrecerle algo a la audiencia, no solo publicidad o un blog sobre la riqueza de nuestra agua del grifo. ¿No sería mejor hacer partícipe al mundo entero de la riqueza de nuestras fiestas?

—Tienes razón.

Nuño suspira.

—No creo que me tomen en serio hasta que tenga un diploma.

Me detengo y le obligo a parar a él también.

—No seré yo quien fomente el intrusismo laboral, pero… Lo tuyo es cuestión de tiempo. En unos años tendrás tu flamante diploma de Periodismo bajo el brazo. Lo suyo ya es para siempre.

Nuño vuelve a sonreír.

—Podrías ser la primera —me ofrece, pero yo niego con la cabeza y retomo el camino—. Coses casi tan bien como la abuela de Ambrosio.

—Porque se está quedando ciega.

—Clara… —Me agarra de la mano y esta vez es él quien me obliga a detenerme—. Lo siento. Siento que últimamente te presiono e insisto todo el rato, y no es mi intención. Pero es que… ¡eres buena!

Muy muy buena. No, es más que eso. Es… Parece que ayudar en el desfile te hace feliz.

—Y así es.

—Sabes lo que quiero decir.

Yo hago un gesto con la cabeza. Claro que lo sé, y por eso no quiero seguir con esta conversación. Porque, si insiste, se dará cuenta de lo muchísimo que amo diseñar. Y entonces descubrirá que llevo años mintiéndole a todo el mundo. Y seguro que se decepcionará y puede que deje de mirarme como precisamente me mira ahora.

Me doy cuenta entonces de que nuestros dedos se han entrelazado. De que mi pulgar lo acaricia, y de que su pulgar dibuja círculos en mi piel. Y de lo mucho que me cuesta soltarlo y dar un paso atrás.

Nuño finge que no se da cuenta. Al igual que finge que no estoy huyendo otra vez de todo lo que tiene que ver con mi futuro.

Por supuesto, aunque la conversación acabe aquí, Nuño se asegura de que sepa que me apoya. Puede que no siempre lo haga con palabras para no agobiarme, pero sí con hechos. A veces me observa coser hasta que termino un dobladillo, aunque no hablemos durante un cuarto de hora. Otras, se sienta a mi lado y me pide que le enseñe diferentes tipos de puntadas. Muchas veces se unen a nosotros nuestros amigos, y una tarde me veo a mí misma enseñándoles a todos a coser una pequeña margarita en el bolsillo de un vaquero.

A cada día que pasa me resulta más y más difícil la idea de regresar a mi vida en Madrid. De solo pensar en volver a meterme en las clases de Ingeniería me entran ganas de llorar.

Y así pasan los días: entre puntadas, telas, reportajes y enseñanzas.

Entonces, llega Nochevieja. Después de la típica cena navideña y las uvas, el pueblo entero acaba, como siempre, de celebración en la plaza.

Cuando llego con Silvia, el resto del grupo ya está allí. Julio lleva un gorro ridículo de Año Nuevo que tiene el año mal escrito y Silvia pronto corre a meterse con él; Paula y Ángel arrastran a todo el mundo a una pista de baile improvisada; Nuño se detiene a hablar con cada vecino, y Vic discute con el DJ porque este se niega a poner los temazos que ella quiere.

Mi hermana vuela hasta la barra y regresa poco después con un par de copas de vino dulce. Y, aunque no suelo beber, le doy un trago a la copa de muy buena gana. Quedan pocos días para que se acaben las vacaciones de Navidad y quiero pasármelo en grande. En fin, que no necesito el alcohol para ello, pero bebo porque me apetece. Porque me gusta el sabor dulzón del vino y porque quiero actuar sin pensar. Bailar y saltar y cantar y disfrutar del momento con mis amigos.

Así que eso hago. Me dejo llevar y simplemente… *soy*.

No la Clara de Madrid, la que guarda secretos, la que está perdida o la que se siente al borde del colapso. Con ellos, aquí en Zarcilla, es fácil olvidarse de todo. Las horas aparecen como una página en blanco llena de posibilidades. El amanecer se antoja lejano. Y me doy cuenta de que no quiero estar en ningún otro lugar, salvo ahí. Así que vuelvo a pedir otra copa de vino y mi hermana y yo nos dejamos la garganta con una canción de One Direction.

En algún punto de la noche, Nuño se acerca a mí. Lo hace con una sonrisa que le hace parecer el chico más guapo que he visto en mi vida.

—Hola —me dice, y ahora soy yo la que está sonriendo como una tonta.

—Hola —respondo, y suelto un hipido que me hace reír—. Uy, creo que voy algo piripi.

—Eso creo. Silvia me ha pedido que te acompañe a casa.

Abro la boca con indignación.

—Nooooo. ¿Por qué? Me lo estoy pasando bien.

—Es para que mañana sigas pasándotelo bien y no tengas resaca. Pero si quieres, nos quedamos.

Dudo. Lo cierto es que sus palabras tienen mucho sentido, pero tampoco sé si quiero irme. No con él. No cuando hoy le veo más guapo que nunca y corro el riesgo de volver a cometer una locura.

Clara prefiere quedarse → Sigue en la escena 36

Clara acepta que Nuño la acompañe → Sigue en la escena 37

36

Niego con la cabeza.

—Voy a esperar a Silvia —le digo—. Prometo que no vuelvo a beber.

Nuño asiente. Me tiende un brazo y yo lo acepto de muy buena gana.

—Venga, vamos a sentarnos. Cuidado con el escalón.

—Gracias —le digo, y le sonrío cuando me deja sana y salva en uno de los bancos de la plaza.

—¿Quieres agua?

Me doy cuenta entonces de lo seca que tengo la boca.

—Un poco, tal vez.

—Vale, espérame aquí.

Nuño hace un ridículo saludo militar y se aleja. Y yo lo observo hasta que lo pierdo de vista entre la multitud.

Si no fuera tan buena persona todo sería mucho más fácil entre los dos. Desde luego, no me haría sentir al borde del infarto cada vez que me sonríe. Pero… somos amigos. Por fin siento que hemos recuperado el vínculo que antes nos unía, como si estos últimos meses no hubieran ocurrido.

No puedo echarlo a perder. No podemos.

Así que cuando Nuño vuelve le pido por favor que vaya a buscar a mi hermana.

—Vale —dice él, aunque no se me pasa por alto la decepción en el tono de su voz.

—Gracias —repito. Y esta vez agacho la mirada para no tener que verle desaparecer.

Me siento fatal cuando es Silvia la que se acerca de nuevo a mí.

—¿Estás bien? —me pregunta, preocupada.

—No —murmuro. Sorbo por la nariz y me apoyo en el hombro de mi hermana—. Creo que estoy enamorada de Nuño.

Silvia suspira. No me echa en cara haberle fastidiado la fiesta, sino que busca mi mano y la aprieta con fuerza.

—Ay, Clara —dice, y eso es todo. Ambas permanecemos en silencio hasta que dejo de llorar. Después, volvemos a casa.

A pesar de la borrachera, no soy capaz de pegar ojo durante lo que queda de noche.

Sigue en la escena 45

37

—Vale —acepto—. Creo que mi hermana tiene razón.

—Es una chica lista.

—Nop. Es porque tiene mucha experiencia en botellones.

Nuño se echa a reír. Me tiende el brazo como si se tratara de un caballero y yo no dudo a la hora de colgarme de él.

Regresamos dando un agradable paseo. Mi casa no está lejos de la plaza, apenas a un par de calles. Al ser la noche que es, las calles están abarrotadas. Observo a Nuño, el vaho de su aliento que a veces le empaña las gafas. A pesar del frío de la noche, siento calor en las mejillas.

—No quiero que esta noche se acabe —le confieso, la voz apenas un susurro que le obliga a inclinarse hacia mí—. Quiero correr muy muy rápido para que el año nuevo no me atrape nunca.

Nuño hace un gesto, como si se tomara bien en serio las palabras de una chica algo borracha.

—Lo entiendo. A mí también me dan vértigo los nuevos comienzos.

Es justo eso.

—No me gusta la página en blanco —confieso, y lo miro—. Demasiadas posibilidades que pueden salir mal.

—O bien.

Niego con la cabeza.

—¿Por qué siempre te fijas en el lado bueno de todo?

Él sonríe.

—Supongo que no me queda más remedio. Alguien tiene que hacerlo por los dos.

Siempre me ha gustado eso de Nuño. Que, a pesar de todo (la enfermedad de su madre, haber tenido que poner en pausa su vida, posponer los estudios), nada le apaga la sonrisa.

A veces me gustaría parecerme más a él. Aunque, ahora que lo pienso, tiene que ser agotador mantener siempre esa careta: ser el que anima a los demás, el que no se permite hablar de lo que tanto le aterra para no molestar a nadie.

—¿Qué harías? —le pregunto—. ¿Qué harías si no tuvieras miedo?

Nuño lo piensa durante unos segundos.

—Me matricularía de nuevo en Periodismo. Me mudaría a Madrid. Me enfrentaría a los ancianos de la asociación.

—¿Y no puedes intentarlo? —le pregunto—. Este año, aprovechando que tu madre responde bien al tratamiento. Puede que haya llegado el momento de volver a intentarlo.

—No lo sé, Clara —admite, mucho más cansado de lo que lo he visto nunca—. Me da miedo. Me da pánico mudarme y que mi madre empeore o… No lo sé.

—Creo que ella se sentiría mucho mejor si tú siguieras adelante con tu vida.

Él hace una pausa. Vuelve a observarme con esa intensidad que me desarma.

—¿Y tú? ¿Qué harías si no tuvieras miedo?

Trago saliva. Sabía que la pregunta acabaría en mi contra.

—No volvería —confieso, despacio—. A Madrid. No volvería el próximo cuatrimestre. Dejaría la carrera y… —Lo observo. No a él, sino sus labios entreabiertos—. Y…

Se hace el silencio entre los dos.

Él baja también la vista y consigue que esté a punto de darme un ataque al corazón.

No sé en qué momento nos hemos pegado tanto el uno al otro; en qué momento nuestras manos se han entrelazado.

«Si no tuviera tanto miedo —quiero decirle—, te besaría. Aquí y ahora. Ahora y siempre. En cualquier lugar».

No lo digo. En su lugar, tomo una fuerte bocanada de aire.

Puede que este sea el momento. El momento de empezar a llenar esa página en blanco sin pensar en nada más. Entonces dejo de planteármelo, porque me pongo de puntillas y lo beso. Nuño me

atrae más hacia él y me devuelve el beso como si llevara años esperándolo.

Y, por primera vez, se me ocurre que el amanecer tal vez no da tanto miedo si me encuentra junto a él.

Sigue en la escena 45

38

El veintiséis de diciembre, mis amigos me acompañan a hablar con la asociación de vecinos y me obligan a apuntarme para ayudar en el desfile. Al principio doy largas, pero una de las organizadoras es la abuela de Ambrosio (una mujer de armas tomar) y no me deja salir del ayuntamiento hasta que cedo.

A nadie parece extrañarle mi «repentina» decisión. Cuando se lo cuento a mis padres, me dicen que siempre me ha encantado coser. La abuela Puri no deja de repetir que le saco mil puntadas (ja, ja) a todos los de la asociación, y Silvia está muy orgullosa porque dice que por fin voy dando pasitos en la dirección correcta. Hasta mis amigos me apoyan, pero me siento como si siguiera mintiendo a todo el mundo. Porque cuanto más tiempo paso aquí, más claro tengo que quiero que estos días se conviertan en el resto de mi vida. Pero para eso primero tengo que ser sincera con lo que realmente quiero…, y me parece que la única opción es dejar la carrera. Por mucho que estudie, soy incapaz de memorizar el temario. Me desmotiva, me agobia. No entiendo nada y sé que no aprobaré ningún examen. ¿Para qué seguir insistiendo con Ingeniería, entonces? ¿No sería mejor rendirme definitivamente? Y después… ¿qué? ¿Intentarlo en serio con la moda? Es una decisión demasiado importante.

Intento no pensar en ello: concentro toda mi energía en el desfile. Lo mejor de ayudar no es solo que estoy aprendiendo un montón o que, gracias a estar rodeada de disfraces y telas, me están entrando ganas de volver a diseñar, sino que me siento un poco como la Clara adolescente: la que tenía grandes sueños y pasaba tanto tiempo con sus amigos. Porque, si hay algo que me ha quedado claro últimamente, es que mis amigos parecen haberse tomado como algo personal lo de apoyarme. Cuando no me mandan *tiktoks* de patronaje se aseguran de no dejarme sola ni un solo

segundo. Se pasan los días en el ayuntamiento: me ayudan a cortar telas o me preguntan sobre distintos tipos de punto. Una tarde, Julio hasta insiste en ordenar todos los carretes de hilo por tamaño.

—Déjalo —me dice mi hermana—. Así lo tenemos entretenido.

—No falla —continúa Paula—: Es como un niño pequeño.

Pero mis amigos no solo vienen a apoyarme a mí. Nuño colabora con el ayuntamiento de Zarcilla en las redes sociales. Fue idea de su madre, que antes de la enfermedad trabajaba de funcionaria en la administración. Ella fue la encargada de hablar con sus anteriores compañeros para que le dieran una oportunidad. Supongo que siempre se ha sentido algo culpable de que su hijo pusiera en pausa su vida para estar con ella, aunque este lo hiciera de mil amores y jamás se lo haya echado en cara.

Un día, Ángel aparece con un montón de revistas. Nos reparte algunas, y las que sobran (que son un montón) las deja sobre una mesa.

—Eran de mi abuela —explica—. Además de alcahueta como marcaba la tradición, era costurera.

—Pfff. Sí que estaba chungo el mundo si se tenían que pluriemplear, ¿no? —dice Julio mientras pasa las páginas de su revista. La mueve, le da la vuelta y arquea las cejas con confusión—. ¿Es cosa mía o este traje está del revés?

Nuño niega con la cabeza.

—Era lo típico por aquí —le explica—. Antiguamente, la gran mayoría de las mujeres de Zarcilla eran alcahuetas. Por eso el pueblo se hizo tan famoso: la gente venía en busca del amor. Algunas hasta innovaban y te vendían «pociones de amor».

—Mi yaya era una de esas —dice Paula con una sonrisita—. En realidad estaban hechas de anís e hinojo, pero mi yaya tiene una labia que da gusto y se las vendía a todo el mundo.

—Es una pena, porque ahora con las aplicaciones de citas y todo eso el negocio se ha perdido —continúo yo. Le coloco a Julio la revista correctamente y señalo las páginas—. Así está recto.

Él asiente, serio, aunque no estoy muy segura de que comprenda la genialidad del diseño. Puedo entenderlo: la revista que tiene es muy antigua y de importación francesa, así que los diseños serían considerados estrambóticos incluso hoy en día. La modelo lleva un traje que parece estar del revés: el diseñador juega con las ilusiones ópticas y simula que la pernera de los pantalones le sale de los hombros.

—¡Tío, no tenía ni idea! —Julio parpadea. De todos, es quien más tarde llegó al grupo: sus padres se mudaron a Zarcilla cuando él tenía ocho años—. Ojalá tu abuela siguiera ofreciendo esos servicios. Me vendría de puta madre, la verdad.

—Tendrías que ir a visitarla al cementerio, así que…

Vic bufa y le da un ligero empujoncito con el hombro.

—¡No seas tétrico!

Pero Ángel se echa a reír y pronto nos contagia a los demás.

La conversación sigue (mi hermana le dice a Julio que su problema con las tías es que las espanta), pero yo apenas participo. Estoy… fascinada con las revistas. Muchas son antiguas y apenas ofrecen nada nuevo, pero hay otras (como la que tiene Julio) que me parecen un tesoro. Podría aprender muchísimo de ellas.

—Puedes quedártelas —me dice entonces Ángel.

Parpadeo, tan sorprendida que me cuesta encontrar las palabras.

—¿Qué? —pregunto—. ¡Pero…! ¿Sabes lo valiosas que son? No, no puedo…

—No te rayes —insiste él—. ¡Estaban en el desván cogiendo polvo! Seguro que tú les das mucho mejor uso. En mi familia nadie ha heredado la maña de mi abuela con la costura, así que…

Trato de protestar una vez más, pero Ángel se niega a dar su brazo a torcer. Al otro lado del círculo que formamos, Silvia me lanza una mirada. Sé lo que quiere decir incluso aunque no lo haga en voz alta.

«¿Ves como la única que no cree en ti eres tú?».

De verdad, ¡odio que mi hermana pequeña sea más sensata que yo!

Me esfuerzo mucho en acallar a mi conciencia durante estos días, así que llego a Nochevieja con la sensación de que no he hecho los deberes. Ni he hablado con mis padres, ni con mis amigos, y Nuño y yo parece que hemos llegado al acuerdo tácito de seguir con nuestras vidas como si no hubiera ocurrido nada entre los dos.

Después de la típica cena navideña y las uvas, el pueblo entero acaba, como siempre, de celebración en la plaza.

Cuando llego con Silvia, el resto del grupo ya está allí. Julio lleva un gorro ridículo de Año Nuevo que tiene el año mal escrito y Silvia pronto corre a meterse con él, Paula y Ángel arrastran a todo el mundo a una pista de baile improvisada, Nuño se detiene a hablar con cada vecino y Vic discute con el DJ porque este se niega a poner los temazos que ella quiere.

Mi hermana vuela hasta la barra y regresa poco después con un par de copas de vino. Y, aunque no suelo beber, doy un trago de muy buena gana. Quedan pocos días para que se acaben las vacaciones de Navidad y quiero pasármelo en grande. En fin, que no necesito el alcohol para ello, pero bebo porque me apetece. Porque me gusta el sabor dulzón del vino y porque quiero actuar sin pensar. Bailar y saltar y cantar y disfrutar del momento con mis amigos.

Así que eso hago. Me dejo llevar y simplemente… *soy*.

No la Clara de Madrid, la que guarda secretos, la que está perdida o la que se siente al borde del colapso. Con ellos, aquí en Zarcilla, es fácil olvidarse de todo. Las horas aparecen como una página en blanco llena de posibilidades. El amanecer se antoja lejano. Y me doy cuenta de que no quiero estar en ningún otro lugar, salvo ahí. Así que vuelvo a pedir otra copa de vino y mi hermana y yo nos dejamos la garganta con una canción de One Direction.

En algún punto de la noche, mis amigos y yo terminamos sentados en un círculo en una esquina de la plaza. Creo que todos estamos algo piripis, porque nos reímos de un montón de cosas que no tienen tanta gracia y todo nos da igual.

—¿Os acordáis de cuando Paula…? —empieza Vic, pero Paula niega con la cabeza.

—¡No, no se acuerdan! —espeta, y todos soltamos una de esas carcajadas tontas.

Ángel y Julio aparecen entonces cargados con todo un botín de patatas fritas y chucherías varias que nos reparten con la sonrisa de quienes se saben salvadores de la noche.

Tal vez lo sean, porque hasta que no me meto la primera patata frita en la boca no me doy cuenta del hambre que tengo.

—Mmmm… —digo—. Podría casarme con esta patata.

Julio coge una y asiente cuando se la lleva a la boca.

—Así es cómo me imagino que sabe el néctar ese que mencionaba la profesora Marciana en clase de Griego.

—Tío —dice Ángel, repentinamente serio—, se llamaba Marcia Ana Robles, no Marciana. ¡Y estudias Filología Clásica! Deberías ser más específico con el néctar y dejar de recordar con tanto fervor las clases de bachillerato.

Julio asiente.

—Es que Marciana siempre guardará un lugar muy especial en mi corazón. —Hace una pausa y observa una de las patatas con tanta intensidad que los demás guardamos silencio—. Me recuerda a esta patata.

La conversación no tiene ningún sentido, pero me echo a reír igual.

Ángel le da un gran mordisco a una tableta de chocolate y niega con la cabeza.

—Me fascina cómo funciona tu cerebro.

Julio infla el pecho con orgullo.

—Gracias. A mí también.

—Creo que no era un halago —dice Paula con una sonrisita.

—¡Efectivamente! —añade Ángel—. ¿Os acordáis de aquella noche que se quedó a dormir en mi casa y me lo encontré de madrugada zampándose el táper de albóndigas que íbamos a comernos al día siguiente? Qué susto me pegó el cabronazo. Así funcionas: existes, luego piensas.

—¡Eh! ¡Tenía hambre! ¡Todavía estoy en edad de crecimiento!

Vic bufa.

—Como nos dejes sin comida en el interraíl te juro que te mato.

—Bueno, solo nos tenemos que asegurar de atarlo a la cama —aporta Nuño—. Me imagino que ese tipo de hostales para jóvenes habrán visto cosas peores.

Un momento… ¿Interraíl? ¿De qué están hablando?

Julio se levanta.

—Me voy a llevar las patatas, por gilipollas —sentencia, pero incluso él está ocultando una sonrisa.

Ojalá yo me lo estuviera pasando tan bien como ellos.

—¿Interraíl? —pregunto entonces en voz alta, y hay un silencio tenso que nadie sabe muy bien cómo romper. Lo cual hace que mi cabeza se ponga en lo peor—. ¿Habéis organizado un interraíl… sin mí?

Mi hermana es la primera que se atreve a enfrentarse a mí.

—No, Clara —empieza, despacio—. No es así. Lo hemos estado hablando por el grupo, pero…

Vic parece visiblemente incómoda cuando me mira.

—Es que no contestabas nunca los mensajes y…

Paula se rasca la mejilla.

—Había que comprar los billetes o…

—Pero en ningún momento pensamos dejarte de lado —sigue diciendo Ángel—. Es que pensábamos que no querías venir.

Ahora quien se levanta soy yo.

—Vale, ya lo pillo.

Mi hermana me imita.

—A ver, no saques conclusiones que no son… ¡Intentamos hablar con…!

Pero no quiero escuchar nada más. ¡Me siento tan dolida…! Con ellos, pero sobre todo conmigo misma. Porque sé que tienen razón: probablemente intentaron comunicarse conmigo para que me uniera al plan, pero me he pasado semanas ignorando sus mensajes, demasiado ocupada regodeándome en mi desgracia como para prestar atención a todo lo demás. En circunstancias normales, lo del

interraíl no me habría molestado. Es tan fácil como comprarme un billete y apuntarme al plan. Sé que no es demasiado tarde, y que no lo mencionarían si no quisieran que me uniera. Pero estoy borracha, me cuesta pensar bien y esto solo confirma mis peores temores: que estos últimos meses rompí algo que jamás podrá volver a unirse.

De repente, siento que hay un abismo insalvable entre mis amigos y yo.

—Necesito tomar el aire —digo, y me alejo un par de pasos.

—Espera, voy contigo —se ofrece mi hermana, pero yo niego con la cabeza. No, quiero estar sola. Ahora mismo no soy la mejor persona del mundo. Temo decir algo de lo que me arrepienta.

—No…

Pero mi hermana no es de las que dan su brazo a torcer.

—Te acompaño y hablamos —sentencia, y yo la observo una última vez.

Clara acepta que Silvia la acompañe → Sigue en la escena 39

Clara se marcha sola → Sigue en la escena 40

39

—Vale —digo, finalmente. Por mucho que me apetezca estar sola, creo que voy demasiado piripi como para que sea buena idea.

Mi hermana asiente. Me toma de la mano y tira de mí rumbo a casa.

Al principio, caminamos en un silencio incómodo. Cuando mi hermana se enfada se encarga de que lo sepa todo el mundo: no solo porque te lo dice, sino que hasta un desconocido lo notaría en su forma de caminar o de mirarte.

—Dilo —le pido, incapaz de soportar la tensión mucho tiempo más.

Mi hermana se detiene y, al fin, suelta aire.

—Te estás comportando como una niñata.

Auch.

—Lo sé, ¡pero…!

—No puedes sentirte mal por algo que has provocado tú solita —continúa ella—. Si no miras el grupo, ¿cómo esperas enterarte de nuestros planes? ¿Pretendes que nadie haga nada si no cuenta contigo? ¿Tan importante te crees que eres?

Uf, menudo rapapolvo.

Agacho la cabeza, tan avergonzada que tengo las orejas rojas.

—Lo sé.

Mi hermana suspira.

—Entiendo que estos últimos meses no han sido fáciles —continúa, más calmada—. Pero tienes que hacer algo, Clara. No puedes seguir así.

El nudo en la garganta se hace insoportable. Asiento y sorbo por la nariz en un desesperado intento por contener el llanto.

—Lo sé.

Hay un par de segundos de silencio. Y luego Silvia me envuelve entre sus brazos.

—En fin, supongo que estas son las consecuencias de haber crecido como una niña perfecta que no ha dado nunca un solo problema: al final estos tienen que salir por algún lado. Por eso yo siempre doy la lata: para que no se me enquiste la mierda. Mejor dosificar las movidas que soltarlas todas de golpe y cuando no toca.

Ya ni siquiera me esfuerzo en disimular las lágrimas.

—Muy lista.

—Ahora que estás borracha y a lo mejor mañana no te acuerdas, ha llegado el momento de confesarte algo: creo que siempre he sido la más inteligente de las dos.

A pesar de todo, consigue sacarme una risita.

—Gracias por decirme siempre la verdad, aunque me duela.

Ella asiente, seria.

—Para eso estamos. Hoy por ti, mañana por mí. —Vuelve a tomarme de la mano—. Y ahora vamos a casa: necesitas dormir la mona. Ya verás como después de un sueñecito lo ves todo de otra forma.

Lo dudo, pero tiene razón en algo: estoy tan cansada que me dejo arrastrar por ella sin rechistar.

Sigue en la escena 52

40

—De verdad —insisto—, prefiero estar sola. Pero te aviso cuando llegue a casa, ¿vale?

Mi hermana duda, pero debe de comprender que voy en serio, porque asiente.

—Compárteme la ubicación.

Suspiro, pero obedezco. Al fin y al cabo, es lo mismo que le exigiría yo a ella.

Silvia me lanza una última mirada dubitativa hasta que, al fin, doy media vuelta y me alejo de la plaza.

Por suerte o por desgracia, no avanzo sola durante mucho tiempo, porque enseguida escucho que alguien me llama. No tengo que darme la vuelta para saber que se trata de Nuño.

—¿Te manda Silvia? —le pregunto, pero él niega con la cabeza.

—Estaba preocupado —confiesa.

No sé qué decir. No hemos hablado demasiado desde el incidente del muérdago. Al menos, nada que transcurra más allá de los límites de la amistad. Sé que tenemos una conversación pendiente: la misma que sobrevuela cada una de nuestras miradas y silencios, pero no estoy segura de que esta sea la noche más apropiada para tenerla.

Lo echo de menos. Echo de menos la normalidad que había antes entre los dos: cuando no teníamos que andar con pies de plomo y simplemente nos bastaba estar el uno cerca del otro. Ahora, donde antes había paz, solo queda incomodidad. Nuño siempre ha sido mi mejor amigo y todo era perfecto así. ¿Por qué tuve que ansiar que fuera algo más?

Lo peor de todo es que no sé cómo terminar de derribar las barricadas que levantamos este verano. Tampoco si deberíamos hacerlo.

Clara vuelve sola a casa → Sigue en la escena 41

Clara acepta la compañía de Nuño → Sigue en la escena 42

41

Tomo aire.

—Te lo agradezco, pero…

Él asiente, comprensivo.

—Solo quería asegurarme de que estás bien.

Lo observo durante unos instantes que se me hacen eternos. Podría hacerlo durante horas y jamás me cansaría. Nuño no tiene los ojos de un color que la gente pudiera considerar llamativo: son marrones, pero de una tonalidad que siempre se me ha antojado como el caramelo derretido.

Suspiro.

—¿Lo estaré?

Él me da un fuerte abrazo.

—Lo estarás —me asegura, y yo sorbo por la nariz para evitar romper a llorar.

Cuando me alejo de él, fuerzo una sonrisa.

—Feliz Año Nuevo —le digo.

—Feliz Año Nuevo, Clara —me dice él—. Descansa. ¡Y avísanos cuando llegues!

Hago un ridículo saludo militar.

—Señor, sí, señor —digo. Nuño se echa a reír y, esta vez sí, mi sonrisa se vuelve más sincera.

Me despido de él con un gesto y retomo el camino de vuelta a casa.

Sigue en la escena 52

42

Sé que he dicho que quiero estar sola, pero lo cierto es que me apetece mucho más seguir con él.

—Oye —empiezo, despacio—, ¿me acompañas a casa? Creo que he bebido mucho y…

Nuño asiente sin dudar.

Al principio, caminamos en silencio. No es incómodo, pero tampoco fácil. Es uno de esos en los que ninguno parece animarse a romper la calma del ambiente. Mi casa no está lejos de la plaza, apenas a un par de calles. Al ser la noche que es, las calles están abarrotadas. Observo a Nuño, el vaho de su aliento que a veces le empaña las gafas. A pesar del frío de la noche, siento calor en las mejillas.

—Siento haberme puesto así —le confieso, la voz apenas un susurro que le obliga a inclinarse hacia mí—. Quiero decir…, sé que nunca habríais organizado un viaje sin contar conmigo. Es solo que…

—¿Qué? —me anima él.

Tomo aire.

—Me siento mal. Porque sé que ha sido culpa mía, ¿sabes? Haber estado tan ausente. Sé que no he sido la mejor amiga durante estos últimos meses.

—Es un poco exagerado hablar de culpas, ¿no crees? —pregunta él—. Quiero decir… No has matado a nadie. Solo has leído poco el grupo.

Tuerzo el gesto.

—Ya, pero… —Me trabo con mi propia lengua y suelto un chasquido—. No estoy muy fina para tener esta conversación.

Él asiente, comprensivo.

—Vale —dice, y hace una pausa, como si le costara seguir. Al final, suspira—. Sea lo que sea que te ocurra… Puedes contárnoslo, ¿sabes? Te queremos, Clara, y todos estamos preocupados por ti,

pero no queremos presionarte. Así que, cuando estés lista, siempre estaremos ahí para escucharte.

Trago saliva en un intento de evitar romper a llorar como un bebé. Sé que la preocupación de Nuño es sincera, al igual que ahora mismo no puedo decir la verdad. Porque el miedo me paraliza. Es ridículo: ¡solo tengo que ser sincera! Decirles que odio Ingeniería, que siempre soñé con diseñar. Sé que no me juzgarán. Lo sé.

Entonces, ¿qué me frena? ¿De verdad me aterra tanto que pueda cambiar la imagen que tienen de mí?

Por suerte, la llegada a casa me libra de contestar. Tomo aire una vez más y me giro para despedirme de él. Entonces, me quedo muda, porque estamos mucho más pegados de lo que me esperaba y bajar la vista hasta sus labios me resulta inevitable. Él también lo hace: le observo tragar saliva segundos antes de volver a clavar sus ojos en los míos.

El silencio se alarga entre los dos. Largo, cargado de una electricidad estática que me eriza la piel.

Me late el corazón tan fuerte que estoy segura de que todo Zarcilla puede oírlo.

«Aléjate, Clara —me ordena una voz en mi cabeza—. No vuelvas a cometer el mismo error».

Tiene razón. Lo mejor que puedo hacer es olvidarme del beso que compartimos, no ansiar que se repita.

Clara besa a Nuño → Sigue en la escena 43

Clara no besa a Nuño → Sigue en la escena 44

43

Pero me he cansado de intentar ser racional.

Así que decido culpar al alcohol y acorto la distancia que nos separa. Cuando lo beso, es como volver a respirar después de contener el aliento. Liberador, insuficiente. Nuño me enreda las manos en el pelo y tira de mí para acercarme más a él, como si no soportara que existiera una ínfima unidad de espacio entre los dos.

Tal vez nos arrepintamos de esto cuando llegue el amanecer, o tal vez no. Por ahora, me niego a pensar en nada que no sea Nuño y el sabor de esos labios con los que he soñado tantas noches.

Sigue en la escena 52

44

No, mi vida ya es bastante complicada ahora mismo. Lo peor que puedo hacer ahora es ponerme más palos en las ruedas. Así que hago un esfuerzo enorme y doy un paso atrás.

Me cuesta un montón aguantarle la mirada, pero lo hago igual.

—Buenas noches —le digo.

Él asiente. Parece tan triste, y anhelante, como yo.

—Buenas noches, Clara.

A veces, tomar la decisión correcta duele muchísimo más que equivocarte.

Le hago un último gesto con la mano y entro en casa sin mirar atrás.

Sigue en la escena 52

45

El 1 de enero trae un año nuevo y antiguas dudas que, supongo, siempre han estado ahí. Por eso no he vuelto a hablar de Nochevieja con Nuño.

¿Y si me cargo definitivamente nuestra amistad? Si la cosa entre nosotros va a más, entonces, ¿qué? Si todo sigue como hasta ahora es probable que regrese a Madrid, y entonces ¿qué? ¿Deberíamos tener una relación a distancia? Nop, malísima idea. Además, ¿Nuño de verdad querría salir con una tonta que no sabe gestionar lo mucho que odia la carrera, como para saber gestionar las complicaciones de una relación? Desde luego que no. Porque si quisiera me habría hablado sobre la otra noche, y él tampoco lo ha hecho. Aunque sospecho que sí que se lo habrá contado a los demás, porque ahora todos nos miran raro y… ¡me va a estallar la cabeza! Yo uso la excusa de la preparación del desfile para no dejarme ver demasiado, pero en realidad estoy asustada. Me aterra sentarme con Nuño para poner las cartas sobre la mesa. Orbitamos el uno alrededor del otro como dos satélites. Cerca, pero nunca lo suficiente para colisionar.

A medida que se acerca el 6 de enero, la actividad en la asociación se vuelve frenética. Apenas paro en casa, sino que paso las horas en el ayuntamiento perfilando los últimos detalles de los disfraces.

Al principio, me viene bien estar tan ocupada. El final de las vacaciones no solo implica el desfile: también la vuelta a clase. A Madrid. A esa vida que tanto me ahoga. Pero no tengo otra alternativa, porque todavía no he hablado con mis padres y, tal y como va la cosa, empiezo a pensar que no lo haré nunca. Siempre que creo que ha llegado el momento, que por fin les diré que no valgo para estudiar Ingeniería y que tal vez debería dejar la carrera, me acabo echando atrás.

Silvia no está de acuerdo, por supuesto. No deja de insistir en que sea sincera de una vez, pero no me sale. No puedo hacerlo. Ni con mis padres, ni con mis amigos, ni con nadie. No soporto la idea de ser una fracasada. Ni de que *sepan* que lo soy.

—Por enésima vez…: ¡no eres una fracasada! —me repite mi hermana—. ¡No te entiendo! ¿Estás dispuesta a ser una desgraciada durante el resto de tu vida solo para evitar tener un par de conversaciones incómodas?

No tengo respuesta.

Por eso, coso. Porque los disfraces no me juzgan. Porque se me da bien. Porque con ellos no tengo que hablar sobre el futuro o sobre decisiones trascendentales que te cambian la vida.

No creo demasiado en los signos del zodiaco. Eso de que una constelación marque el rumbo de tu vida y tu personalidad me resulta inverosímil. Me agobia, en realidad. Porque si tu nacimiento predestina tu destino, ¿para qué molestarse? Además, eso querría decir que mi sino siempre fue estudiar Ingeniería, una carrera práctica, sensata y cómoda. Supongo que lo que no me gusta del zodiaco es dejarlo todo en manos de las estrellas. No tener el control. Lo cual, según Silvia, demuestra lo virgo que soy. Hoy por primera vez empiezo a sospechar que tiene razón.

Llevo toda la mañana tratando de meter el bajo de una túnica y no doy pie con bola. Lo coso, veo que me queda desigual, lo deshago. Me frustro, chasqueo la lengua y vuelvo a empezar. Me aparto el pelo de la cara y paso las páginas del cuaderno de bocetos que me ha acompañado desde siempre. En él no solo guardo mis diseños, sino también apuntes y notas más técnicas sobre patronaje y costura. Hacía mucho tiempo que no tenía que repasar los apuntes, pero es que hoy me siento como una principiante. ¿Cómo puedo aspirar a tener un futuro en la moda?

—¡Tengo un notición! —anuncia entonces Nuño, y todos nos detenemos, expectantes.

Lo observo con el corazón en un puño. Si existiera un premio para las dos personas más cobardes y que mejor esquivan el elefante en

la habitación, sería para nosotros, sin lugar a dudas.

—¡Venga, chiquillo! —exige la abuela de Ambrosio—. ¡Habla, que no tenemos todo el día!

Nuño no se hace de rogar.

—¡La tele vendrá a cubrir el desfile navideño!

Al principio, nadie recibe la noticia con demasiado entusiasmo. Pero un vecino dice que es la oportunidad perfecta para lucir con orgullo el encanto de Zarcilla y pronto la sala se llena de conversaciones animadas.

Yo no puedo unirme a la alegría colectiva: estoy demasiado en *shock* para hablar.

La tele. Va a venir la tele.

—¿Clara? —me pregunta entonces Nuño. No puedo evitar pegar un respingo: no me había dado cuenta de que se ha acercado a mí —. ¿Estás bien?

«No», quiero decir.

—Perfectamente —miento, con la voz demasiado aguda.

Nuño frunce el ceño.

—¿Seguro?

Asiento y dejo caer la tela. Sé que no le engaño, pero también que Nuño no es de los que presionan. Así que me levanto, recojo el cuaderno de bocetos y lo abrazo bien fuerte contra mi pecho.

—Voy a buscar un dedal —le digo. Nuño apenas tiene tiempo de abrir la boca antes de que me aleje de él y de las celebraciones.

Sigue en la escena 46

46

Me meto en la sala del ayuntamiento donde se guarda el vestuario ya terminado del desfile, lejos de las miradas de todo el mundo. Me cuesta respirar. No dejo de repetirme que soy un desastre y que no valgo para esto. No sé en qué estaba pensando cuando me apunté a colaborar con el desfile. Ahora toda mi vida es un desastre. Siento que todo lo que puedo hacer mal lo estoy haciendo mal y me frustra no ser capaz de salir del bucle.

Intento distraerme: me fijo en que el bajo de un pantalón no está bien cosido y me dispongo a arreglarlo, pero me tiemblan tanto las manos que no doy pie con bola.

—¿Clara? —pregunta una voz. No tengo que girarme para saber que se trata de Nuño, pero lo hago de todas formas—. Perdón por molestar, pero me ha dado la sensación de… ¿Estás bien?

Mi primer impulso es mentir, pero… no me sale.

Ya me he cansado de mentiras.

—No —murmuro, en su lugar. Nuño acorta la distancia que nos separa y se apoya en una mesa. Yo solo dudo un segundo antes de imitarlo—. Todo es un desastre.

—¿Por todo te refieres al desfile o a…? —Hace un gesto que señala el cuaderno de bocetos.

Me muerdo el labio inferior.

—Sí. Bueno, en parte. Esto… yo… —Hago una pausa—. Dios, ¡sé que no soy tan importante! Lo sé, ¿vale? No soy el ombligo del mundo y la mayoría de los escenarios catastrofistas solo están en mi cabeza, pero no puedo evitarlo. No dejo de pensar en que todo el mundo lo va a ver. Que la tele enfocará los disfraces y que estos se descoserán en medio del desfile. Que lo estropeo todo. Que soy un fraude y que no valgo para esto.

—¿Con «esto» te refieres a diseñar? —pregunta, y yo vuelvo a callar—. Entonces es cierto, ¿no? No es solo un *hobby.*

—Ojalá lo fuera —digo con amargura—. Pero da igual. Es imposible, de todas formas. Si algo he aprendido estos últimos días es que no sirvo, que debería centrarme en Ingeniería y *chimpún*.

—¿Hablas tú o la ansiedad?

—Ambas.

Esta vez es Nuño quien hace una pausa. Me mira y yo lo miro a él, nuestros cuerpos tan pegados que puedo ver mi rostro asustado reflejado en los cristales de sus gafas.

—¿Por qué no nos lo has contado? —pregunta él. Parece dolido, lo que me obliga a retirar el rostro—. Lo del diseño. Que esa es una de las razones por las que no funciona la Ingeniería. Que por eso has estado tan triste durante estos meses. ¿Es que no confías en nosotros?

—¡No! —me apresuro a decir—. No es eso. No. Es que… Cuanto más guardaba mis preocupaciones, más bola se me hacían. Y no quería que pensarais precisamente esto, que no confío en vosotros. No lo sé, Nuño. No quería que vuestra visión de mí cambiara.

—¿Qué visión, Clara?

—¡Yo qué sé! La de la Clara que lo tiene claro.

Nuño sonríe un poco y yo me relajo al fin.

—Me duele que no nos lo contaras. Que no me lo contaras a mí.

Tuerzo el gesto.

—Lo siento. Me daba vergüenza. Sigue dándome un poco de vergüenza, en realidad. Si ni yo misma creo en mí y en mi sueño, ¿cómo se supone que lo voy a defender ante los demás?

—¿Por qué deberías defenderlo? Nadie lo va a cuestionar. Nadie a quien le importes y que te importe —aclara al ver mi mirada—. De hecho, estoy seguro de que todos estarán de acuerdo en que es lo más lógico del mundo para ti.

Cuando Nuño habla, hace que todo parezca fácil. No, no exactamente eso, sino… posible.

De nuevo se hace el silencio entre nosotros. Siento un nudo tremendo en la garganta que me obligo a tragar cuando carraspeo y vuelvo a mirarlo.

—Me daba miedo que me vierais así —admito al final—. Que conocierais esta parte de mí. No la creativa, sino la que está aterrada. La que es tan… tan insegura y tan machacona conmigo misma.

Nuño deja el cuaderno a un lado y vuelve a mirarme.

—Somos amigos —dice él, como si a mí no se me rompiera un poco más el corazón cada vez que lo hace. Como si él no deseara que fuéramos algo más—. Y los amigos están en las buenas y en las malas.

—¿Aunque las malas sean muy malas?

—Aunque sean las peores —sentencia él—. ¿O acaso no habéis sido los primeros en apoyarme con todo lo de mi madre?

—Eso es distinto.

—No, Clara. Primero, esto no es una competición por ver quién ayuda más a quién o quién lo pasa peor. Acompañar es acompañar en cualquier circunstancia. Como apoyamos a Julio cada vez que se enamora de una tía que le rompe el corazón, o a Vic cuando se pilla por una chica y la acompañamos a la estación a coger un Alsa, o a Silvia cuando las mates se lo hacen pasar mal porque sueña con ser médica, o a Ángel con el carné de conducir, o a Paula con las leyes porque alguien tendrá que sacar a Julio de la cárcel cuando se meta en algún lío —dice, y yo suelto una carcajada inevitable—. También te apoyaremos a ti si decides dejar la carrera e intentarlo con la moda, porque somos amigos. Y los amigos siempre se apoyan.

La risa se transforma en un nudo en la garganta que me llena los ojos de lágrimas. Me obligo a parpadear para evitar derramarlas y me llevo una mano a la comisura de los ojos para secar las rebeldes que caen de todas formas.

Él me pasa una mano alrededor de los hombros y me atrae hacia su pecho en un fuerte abrazo.

Permanecemos así mucho tiempo, pero no el suficiente. Porque cuando Nuño se separa tengo que morderme el labio inferior para no pedirle que vuelva a envolverme entre sus brazos.

—Oye, ¿sabes qué? —me pregunta—. Se me ocurre algo que puede animarte. ¿Vienes conmigo?

Dudo porque, a pesar de que no hay nada que me apetezca más, ya me he mostrado demasiado vulnerable por hoy. Además, no sé exactamente en qué punto está nuestra relación o si mi corazón podrá soportar otro «somos amigos» más.

Aunque… también es verdad que me muero de pasar más tiempo con él.

Clara decide que no → Sigue en la escena 47

Clara acepta la propuesta → Sigue en la escena 48

47

Niego con la cabeza.

—Gracias, Nuño —susurro, al fin—. Por escucharme, y por hacer que lo relativice todo. Pero ahora mismo no… Creo que prefiero ir a casa.

Él asiente, comprensivo.

—Vale —dice—. Pero si alguna vez necesitas que siga relativizándote…

Sonrío de manera inevitable.

—Contaré contigo —le prometo, y él me envuelve en un fuerte abrazo que, sin embargo, se me antoja demasiado corto.

Cuando salgo de la sala y regreso a casa, lo hago mucho más tranquila.

Si no has pasado por la escena 38 → Sigue en la escena 66

Si has pasado por la escena 38 → Sigue en la escena 53

48

Nuño me guía con las manos sobre los ojos.

—Ten cuidado… Espera, ahora baja un escalón. Muy bien. ¿Lista? —pregunta, y me destapa al fin la vista.

Parpadeo para acostumbrarme a la repentina luz. No quiero decirle que, en realidad, ya me olía dónde íbamos porque le he escuchado hablar con la chica de la taquilla.

Todos los años el ayuntamiento pone a disposición de los vecinos una pequeña pista de hielo. No es la mejor, y suele estar tan llena de críos y familias que es casi imposible patinar en ella, pero se ha convertido en una especie de tradición aquí en Zarcilla. Desde que eres bien pequeño tus padres te traen y por el módico precio de cinco pavos (ahora ha subido a siete, que con esto de la inflación…) puedes disfrutar de una tarde entre patines y piruetas.

Hacía mucho tiempo que no venía. Cosas de la adolescencia, supongo: una vez empiezas a crecer, las hormonas te hacen creer que eres demasiado guay para disfrutar de algo que también les gusta a los niños.

—¿Tu idea para animarme es… dejarme en ridículo? —bromeo—. Porque sabes perfectamente que no sé patinar.

Él niega con la cabeza con una sonrisa.

—¡Venga, Clara! Será divertido.

No estoy muy segura, pero me dejo convencer de todas formas.

Nuño es el primero en calzarse los patines y meterse en la pista de hielo. Como es habitual, está llena de niños, pero cuando me mira me hace sentir como si fuéramos las dos únicas personas en la tierra.

Me tiende una mano.

—¿Vienes? —pregunta.

Solo dudo un segundo antes de aceptar. Nuño tira de mí y me guía por la pista de patinaje.

—¡No me sueltes, eh! —le advierto, y él se echa a reír—. Nuño, te lo advierto. ¡Si me sueltas te mato!

—¡Cómo! ¡Si ni siquiera podrías atraparme!

—¡Nuño!

—Te prometo que no te suelto —dice él entre risas. Decido creerle porque no me queda otra alternativa. Estamos en medio de la pista y la seguridad de las vallas me pilla demasiado lejos—. ¿Ves? No es tan horrible.

—¿Has visto a esos niños de ahí? Porque me están juzgando. Unos críos de primaria, Nuño.

—O están admirados por lo bien que mantienes el equilibrio.

—Al final, te mato.

Él vuelve a reír y esta vez yo no puedo ocultar una sonrisa.

Durante la siguiente hora Nuño intenta enseñarme a patinar sin demasiado éxito. Por mucho que lo intente, soy incapaz de mantenerme sobre los patines sin parecer un pájaro a punto de echar a volar.

Él cumple su promesa y no me suelta a menos que yo se lo pida. También tiene la consideración de no echarse a reír a pesar de que a veces se me escapan gritos de lo más ridículos.

Entonces, llega un momento en el que las risas se sustituyen por miradas. En el que el tacto se alarga y nuestras manos se buscan todavía más.

Debería alejarme antes de que volvamos a cruzar la línea. Los dos tenemos demasiado miedo y estoy cansada de este baile: cuando él avanza, yo retrocedo, y viceversa. Damos vueltas uno alrededor del otro una y otra y otra vez como en esta diminuta pista de patinaje.

Si has pasado por las escenas 37 o 43 → Sigue en la escena 49

Si has pasado por la escena 44 → Sigue en la escena 50

49

Nuño se inclina hacia mí.

—Lo siento —susurra.

Parpadeo, confusa.

—¿Por?

—Por ser un cobarde —continúa—. Por no haber repetido nuestro beso por tercera vez.

Tomo aire. No puedo dejar de observar sus labios. Me late tan fuerte el corazón que seguro que cualquiera puede oírlo. Me da la sensación de que la gente nos observa, pero no me importa. Porque Nuño está tan cerca de mí que solo tengo que alzarme un poco para poder besarlo.

Sigue en la escena 51

50

Nuño se inclina hacia mí.

—Lo siento —susurra.

Parpadeo, confusa.

—¿Por?

—Por ser un cobarde —continúa—, a pesar de que me moría de ganas de repetir el beso de este verano. Porque no he dejado de pensar en él desde entonces.

Tomo aire. No puedo dejar de observar sus labios. Me late tan fuerte el corazón que seguro que cualquiera puede oírlo. Me da la sensación de que la gente nos observa, pero no me importa. Porque Nuño está tan cerca de mí que solo tengo que alzarme un poco para poder besarlo.

Sigue en la escena 51

51

No, no puedo tomar ahora esa decisión. No cuando me siento tan vulnerable. No si eso también alimenta la parte más vulnerable de él.

—Lo siento —le digo. Me alejo de él, pero pierdo el equilibrio y Nuño hace el amago de volver a sujetarme—. No, Nuño, espera. ¿Me ayudas a llegar a la valla? Tengo que…

Él asiente y me guía hacia una zona segura. El ambiente cambia entre los dos: ya no hay ni rastro de las miradas cómplices ni de las manos que se buscan unas a otras.

—No podemos seguir así —le digo, despacio, y él asiente—. No puedo, Nuño. No podemos seguir fingiendo que no pasa nada entre nosotros, cuando claramente queremos que vuelva a pasar.

—Estoy de acuerdo. Yo… —Nuño suspira—. Lo siento, Clara. Soy un hipócrita. Llevo días dándote la lata con todo el asunto del miedo y resulta que soy yo quien deja que este me paralice.

—¿No crees que no hacemos otra cosa? —pregunto—. Dar vueltas. Si de verdad quisiéramos estar juntos… ¿no habríamos dado ya el paso? Tal vez si dudamos tanto es porque…

—Te quiero —me interrumpe él—. Siempre te he querido, Clara. Antes lo hacía como amigo, y ahora lo hago con todo mi corazón. Pero…

—Pero —asiento, despacio. No necesito que continúe, porque yo también me siento igual—. Mi vida es un desastre ahora mismo.

—Y la mía tampoco es que esté muy ordenada —admite—. Creo que… me gustaría volver a matricularme en Periodismo este septiembre.

A pesar de la situación, la noticia me alegra.

—¿De verdad? ¡Nuño, eso es genial!

—Supongo, aunque…

Aunque eso implica que se mudará a Madrid y que yo todavía sigo sin saber si regresaré a la capital.

Problemas y más problemas. Como amigos, nuestra relación es fácil. A veces ni siquiera hace falta que hablemos para entendernos. Pero no es así cuando cruzamos esa línea. Cuando tratamos de ir más allá, las palabras se enredan en la lengua, las miradas se vuelven tímidas y se rehúyen, y el riesgo es demasiado alto.

Agacho el rostro.

—No quiero perderte —murmuro.

Él busca mi mano.

—Yo tampoco.

Y eso es todo, y a la vez es nada. Nos quedamos en un *casi,* que es muchísimo peor.

Salimos de la pista de patinaje envueltos en este silencio tenso. No hay reproches, pero tampoco hacemos el amago de salvar la distancia que nos separa. Devolvemos los patines y regresamos al ayuntamiento mientras el anhelo sobrevuela cada una de nuestras miradas.

Me pregunto si a partir de ahora todo con Nuño será así, si siempre tendremos la sensación de que se nos ha escapado el tren justo frente a nuestras narices.

Me pregunto si llegará el día en que la palabra «nosotros» dejará de darnos tanto miedo.

Sigue en la escena 66

52

El 1 de enero trae un año nuevo y antiguas dudas que, supongo, siempre han estado ahí. Por eso no he vuelto a hablar de Nochevieja con Nuño.

¿Y si me cargo definitivamente nuestra amistad? Si la cosa entre nosotros va a más, entonces, ¿qué? Si todo sigue como hasta ahora es probable que regrese a Madrid, y entonces ¿qué? ¿Deberíamos tener una relación a distancia? Nop, malísima idea. Además, ¿Nuño de verdad querría salir con una tonta que no sabe gestionar lo mucho que odia la carrera, como para saber gestionar las complicaciones de una relación? Desde luego que no. Porque si quisiera me habría hablado sobre la otra noche, y él tampoco lo ha hecho. Aunque sospecho que sí que se lo habrá contado a los demás, porque ahora todos nos miran raro y… ¡me va a estallar la cabeza! Yo uso la excusa de la preparación del desfile para no dejarme ver demasiado, pero en realidad estoy asustada. Me aterra sentarme con Nuño para poner las cartas sobre la mesa. Orbitamos el uno alrededor del otro como dos satélites. Cerca, pero nunca lo suficiente para colisionar.

A medida que se acerca el 6 de enero, la actividad en la asociación se vuelve frenética. Apenas paro en casa, sino que paso las horas en el ayuntamiento perfilando los últimos detalles de los disfraces.

Al principio, me viene bien estar tan ocupada. El final de las vacaciones no solo implica el desfile: también la vuelta a clase. A Madrid. A esa vida que tanto me ahoga. Pero no tengo otra alternativa, porque todavía no he hablado con mis padres y, tal y como va la cosa, empiezo a pensar que no lo haré nunca. Siempre que creo que ha llegado el momento, que por fin les diré que no valgo para estudiar Ingeniería y que tal vez debería dejar la carrera, me acabo echando atrás.

Además, aunque en Año Nuevo hablé con mis amigos (me repitieron y juraron mil veces que jamás han querido dejarme de lado, y los creo) y les pedí perdón, las cosas siguen algo tensas entre nosotros. Sé que es culpa mía, por mostrarme tan evasiva, pero cuanto más me ahogo en esta bola de mentiras y ansiedad, más difícil me resulta salir de ella.

Cuando apenas quedan unos días para el desfile, mi ánimo es tan lúgubre que pienso que mi vida se ha acabado para siempre.

Mi hermana está de los nervios. No deja de insistir en que sea sincera de una vez, pero no me sale. No puedo hacerlo. Ni con mis padres, ni con mis amigos, ni con nadie. No soporto la idea de ser una fracasada. Ni de que *sepan* que lo soy.

—Por enésima vez… ¡no eres una fracasada! —me repite mi hermana—. ¡No te entiendo! ¿Estás dispuesta a ser una desgraciada durante el resto de tu vida solo para evitar tener un par de conversaciones incómodas?

No tengo respuesta.

Por eso, coso. Porque los disfraces no me juzgan. Porque se me da bien. Porque con ellos no tengo que hablar sobre el futuro o sobre decisiones trascendentales que te cambian la vida.

No creo demasiado en los signos del zodiaco. Eso de que una constelación marque el rumbo de tu vida y tu personalidad me resulta inverosímil. Me agobia, en realidad. Porque si tu nacimiento predestina tu destino, ¿para qué molestarse? Además, eso querría decir que mi sino siempre fue estudiar Ingeniería, una carrera práctica, sensata y cómoda. Supongo que lo que no me gusta del zodiaco es dejarlo todo en manos de las estrellas. No tener el control. Lo cual, según Silvia, demuestra lo virgo que soy. Hoy por primera vez empiezo a sospechar que tiene razón.

Llevo toda la mañana tratando de meter el bajo de una túnica y no doy pie con bola. Lo coso, veo que me queda desigual, lo deshago. Me frustro, chasqueo la lengua y vuelvo a empezar. Me aparto el pelo de la cara y paso las páginas del cuaderno de bocetos que me ha acompañado desde siempre. En él no solo guardo mis

diseños, sino también apuntes y notas más técnicas sobre patronaje y costura. Hacía mucho tiempo que no tenía que repasar los apuntes, pero es que hoy me siento como una principiante. ¡Si ni siquiera puedo coger bien un simple bajo! ¿Cómo puedo aspirar a tener un futuro en la moda?

—¡Tengo un notición! —anuncia entonces Nuño, y todos nos detenemos, expectantes.

Le observo con el corazón en un puño.

—¡Venga, chiquillo! —exige la abuela de Ambrosio—. ¡Habla, que no tenemos todo el día!

Nuño no se hace de rogar.

—¡Una cadena de televisión vendrá a cubrir el desfile navideño!

Al principio, nadie recibe la noticia con demasiado entusiasmo. Pero un vecino dice que es la oportunidad perfecta para lucir con orgullo el encanto de Zarcilla y pronto la sala se llena de conversaciones animadas.

Yo no puedo unirme a la alegría colectiva: estoy demasiado en *shock* para hablar.

La tele. Va a venir la tele. En lugar de pensar en la oportunidad que se nos presenta, solo puedo mirar las irregularidades del bajo del disfraz. Todo el mundo lo verá y se dará cuenta de lo desastre que soy. De que no valgo para esto.

—¿Clara? —me pregunta entonces Nuño. No puedo evitar pegar un respingo: no me había dado cuenta de que se ha acercado a mí —. ¿Estás bien?

«No», quiero decir.

—Perfectamente —miento, con la voz demasiado aguda.

Nuño frunce el ceño.

—¿Seguro?

Asiento y dejo caer la tela. Sé que no le engaño, pero también que Nuño no es de los que presionan. Así que me levanto, recojo el cuaderno de bocetos y lo abrazo bien fuerte contra mi pecho.

—Voy a buscar un dedal —le digo. Nuño apenas tiene tiempo de abrir la boca antes de que me aleje de él y de las celebraciones.

Clara se marcha a casa → Sigue en la escena 53

Clara se marcha a una sala colindante → Sigue en la escena 46

53

Soy incapaz de concentrarme. De repente, el ayuntamiento me agobia y siento la necesidad de huir, así que regreso a casa con la sensación de que he perdido una batalla.

A estas horas, mis padres están preparando la comida. Se sorprenden tanto al verme llegar que apagan la vitro y se limpian las manos en un trapo.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —me pregunta mi madre—. ¿Habéis terminado ya de preparar todos los disfraces?

Tuerzo el gesto y me siento a la mesa de la cocina. Su preocupación solo me hace sentir aún más culpable.

Mi padre se sienta a mi lado.

—¿Todo bien, mi niña grande?

En circunstancias normales, habría dado largas tal y como llevo haciendo todas las navidades. Pero la mirada de mis padres me desarma.

—Va a venir una cadena de televisión a cubrir el desfile.

Mis palabras no tienen el efecto esperado.

—¡Eso es genial! —dice mi madre con una sonrisa—. Más publicidad para Zarcilla.

—Y así todo el mundo podrá ver lo mucho que has trabajado con los disfraces, ¿no te parece?

Tomo aire.

—Ese es el problema.

Mi padre parpadea, confuso.

—¿No has trabajado en ellos?

—No, no es eso. Sí que lo he hecho. Es que… no sé si son lo suficientemente buenos.

Mi madre también se sienta a mi lado y me pasa un brazo alrededor del hombro.

—Ay, cariño. Los nervios que sientes son normales. Llevas unos días que no paras y es lógico que te dé esa sensación. Pero es solo eso: una sensación.

—Además —añade mi padre—, ¡no tienen que ser perfectos! El desfile es algo que hacemos los propios vecinos. El mundo no puede pretender que sea como uno de esos de la Fashion Week.

La mención de la Semana de la Moda casi me hace sonreír.

No puedo decir nada, porque un ruido nos hace dar un respingo y mirar hacia la puerta. Mi abuela Puri entra en la cocina golpeando con fuerza el suelo con el bastón.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —pregunta, confusa—. ¿Y a qué vienen esas caras tan largas? ¡No me digas que le ha pasado algo a Montse!

Montse es una de las viejecitas que ayuda en el desfile y no puede tener mejor salud. El otro día hasta la vi cargar un par de cajas.

—No, no —la tranquilizo. Mi abuela asiente y se une a nosotros—. Está mejor que nunca.

—Normal, con ese mozo tan joven que se ha echado de novio…

—¿Cómo que joven? —pregunta mi madre con un bufido—. ¡Juan Carlos tiene setenta y cinco años! Cualquiera que te oiga va a pensar que se ha ligado a uno de veinte.

—Y Montse ya ronda los ochenta y tres —dice mi abuela como si fuera obvio—. ¿Es más joven que ella o no?

Mi padre hace un gesto.

—Creo que nos estamos desviando de la conversación…

De nuevo, la mirada de todos los presentes se clava en mí.

—¿Entonces qué te pasa? —pregunta mi abuela Puri—. Si hay que golpear a algún zagal o zagala sabes que tengo muy buena puntería y controlo de lujo el bastón.

Esta vez sí sonrío.

—No te preocupes, abu —la tranquilizo—. Es por el desfile. Viene la tele a hacer un reportaje y estoy nerviosa.

—Cree que no está cosiendo bien los disfraces —aclara mi padre—. Ya le he dicho que no tiene por qué hacerlo perfecto, que no es profesional, pero…

Sin saberlo, mi padre acaba de tocar callo. Mi abuela debe de notar algo en mi expresión, porque pone los ojos en blanco.

—Pues claro que no es profesional. La pobre está ahí haciendo cosas con numeritos y mapas en lugar de estudiar Diseño de Moda, que es lo que quiere.

Se hace el silencio más absoluto en la cocina. A mí no me salen las palabras, de tan sorprendida como estoy. Mis padres, en cambio, parecen repentinamente incómodos; les cuesta retirarme la mirada, y eso solo hace que me sienta aún peor.

«Seguro que están enfadadísimos».

—¿De dónde te has sacado eso, abu? —pregunto con una tranquilidad que no siento en realidad.

Mi abuela bufa.

—¡Es evidente! ¿Acaso lo vas a negar?

No puedo, y creo que todos lo saben.

Mi madre carraspea.

—Clara, ¿es cierto eso?

Titubeo.

—Eh…

Esta vez es mi padre quien busca mi mirada.

—Si tengo que ser sincero… lo sospechábamos. —Se atusa el bigote, como si el gesto le inflara de valor—. Tu madre y yo te hemos estado observando estos días y nunca te habíamos visto tan contenta como últimamente.

—¿En serio?

—Pues claro —continúa mi madre—. Somos tus padres y te conocemos. Sabíamos que estabas triste y estábamos esperando el momento en que por fin… ¿No estás contenta en Madrid?

Trago saliva. Mi primer impulso es mentir tal y como llevo haciendo desde… desde siempre. No estoy preparada para esta

conversación. ¡No he ensayado nada! Y ahora los tres me miran y yo solo quiero salir corriendo.

—Sí —miento. Me rasco el brazo—. Quiero decir… No siempre es fácil, pero habéis invertido mucho dinero entre la uni y la residencia y…

—¡A la porra el dinero! —exclama mi abuela Puri—. Niña, ¿te gusta o no te gusta la carrera?

—No pienses en la inversión —dice mi madre—. ¿Qué tontería es esa?

—Es que… —dudo—. No sé. No termino de…

Mi padre parece muy triste cuando deja caer los hombros.

—¿Por qué no nos lo has dicho? Me siento el peor padre del mundo. ¿Cómo no me he dado cuenta de lo mal que lo estabas pasando?

—¡No! —me apresuro a aclarar—. No, no es cosa vuestra. Es que no os he dejado… No se lo he dicho a nadie. Ni siquiera a mis amigos. Y no es que sea tan horrible, de verdad. Es solo que…

—Que no te gusta —finaliza mi madre por mí, y yo asiento—. Me duele que no nos lo dijeras, Clara.

—Lo sé, ¡y lo siento mucho!

—¿De verdad piensas que somos unos padres tan frívolos como para darle prioridad al dinero antes que a tu bienestar? —continúa mi padre.

Bajo la mirada al suelo. Empiezan a arderme las mejillas.

—No —digo—. Pero no quería decepcionaros y…

Mi abuela niega con la cabeza

—¿Decepcionarnos? —repite—. Anda ya. A ver si dejamos de decir tonterías. ¿Decepcionar a quién? ¿A estos dos? —añade, y señala a mis padres con un gesto brusco.

Mi padre resopla, como si ya hubieran tratado este tema miles de veces.

—Mamá…

—Tú cállate, que bastante has hecho ya —le corta ella—. Que la niña quería coser desde que levantaba dos palmos del suelo y

vosotros empeñados en que fuera ingeniera.

No puedo evitar abrir los ojos como platos.

—Abuela…

Pero mi abuela niega con la cabeza.

—Yo fui la que le enseñé a enhebrar una aguja, ¿o no? La que le enseñó a hacer un bajo sin que pareciera un churro. La que vio cómo se pasaba horas con retales, cosiendo disfraces para ponérselos a sus muñecas. ¡Y soy la que lleva meses diciéndoos que la niña no está contenta! Pero ¿por qué deberíais escuchar a una vieja?

Mi madre suspira.

—Nunca hemos dicho que seas…

—Esta niña —sigue la abuela, y señala a mis padres con el dedo acusador. Si no fuera una situación algo… tensa, me haría gracia ver cómo se encogen un poco ante su mirada. Especialmente teniendo en cuenta que mi abuela apenas mide metro y medio— tiene más mano que muchas de las modistas que he visto yo en mi vida. Y mira que he visto, por desgracia. ¿Sabéis lo difícil que es encontrar hoy en día a una persona que entalle bien una camiseta? Tanta ropa de tiendas *fas fation* y…

—¿Dónde has aprendido esa expresión? —le pregunto, pero mi abuela me chista.

—¡Vergüenza debería daros tener a la pobre muerta de miedo por… «decepcionaros»! —Pega un bastonazo en el suelo tan fuerte que nos pone firmes a los tres—. ¡Anda ya!

Al final, no puedo evitarlo: suelto una risita nerviosa que me tapo con las manos.

—Perdón —digo—. Es que…

Mi abuela me observa.

—¿Eres feliz? En la capital —aclara. Niego con la cabeza—. ¿Y aquí? Piensa en estos últimos días. ¿Eres feliz aquí? Entre telas, cosiendo y diseñando. ¿Te gusta?

Trago saliva y tomo aire antes de contestar:

—Sí.

—¿Más que con los numeritos y esos planos raros que hacen los ingenieros?

Sonrío. No puedo creer que mi abuela sepa lo que es el *fast fashion* y no lo que hago en la carrera. Pero no me esperaba nada de lo que está ocurriendo en esta conversación, así que decido ser sincera por primera vez desde que puse un pie en Zarcilla.

—Mucho más.

—Pues ya está —responde, como si dictara sentencia—. La niña va a estudiar moda.

Hay un silencio breve. Mi padre se pasa la mano por la nuca y mi madre carraspea.

—Lo sentimos mucho, Clara —dice, finalmente.

—Sí —continúa mi padre—. Nos equivocamos. Pensamos que lo mejor para ti era estudiar una ingeniería. Que tendrías estabilidad, un buen futuro… Y en estos tiempos, anda que no es importante tener asegurado el pan bajo el brazo.

—También pensamos que así saldrías de tu zona de confort —añade mi madre—. Eres tan tímida que… No sé. Se nos ocurrió que, quizás, si te movías en una ciudad grande, tal vez… Ahora me doy cuenta de lo tonto que suena.

—No pensamos en lo más importante —continúa mi padre—. En si ibas a ser feliz.

—Y eso es culpa nuestra —remata ella—. Lo sentimos mucho, cariño.

Trago saliva para evitar romper a llorar como un bebé. Los observo a los tres, abrumada, emocionada, anonadada. Me cuesta encontrar las palabras para hablar, pero hago un intento y carraspeo.

—Yo tampoco lo he hecho bien —murmuro—. Os he ocultado lo mal que estoy en Madrid. Lo mal que me va en la carrera. Que suspendo todos los exámenes. Que no tengo amigos. Que, en realidad, siempre he soñado con estudiar diseño. Y lo siento. Lo siento un montón.

Mi padre tuerce el gesto.

—No te voy a mentir: eso es lo que más nos duele de todo —dice—. Porque siempre hemos sido una familia muy unida, Clara. Pensábamos que confiabas en nosotros.

—Confío —respondo rápido—. Solo… tenía miedo.

—¿De qué? —pregunta mi madre.

—De fallaros. A vosotros, a todo el mundo, a mí misma. Tenía miedo de dejar la carrera y de que pensarais que soy…, no sé…, una irresponsable o… o peor: una fracasada.

La abuela bufa.

—¿Irresponsable? ¿Fracasada? ¡Ay, niña! ¿Qué dices? Con la de narices que hay que tener para plantarse y decir «esto no es lo mío» cuando todo el mundo espera otra cosa de ti.

Mis padres intercambian una nueva mirada.

—Tiene razón —dice mi madre.

—La tiene —admite mi padre.

—Como siempre —añade la abuela, como si fuera obvio.

De nuevo se hace el silencio en la cocina.

Me siento más ligera de lo que me he sentido nunca, como si me acabara de quitar de encima todo el peso del mundo. Al menos hasta que escuchamos otro ruido y nos giramos de nuevo hacia la puerta.

Empalidezco cuando veo a Silvia acompañada por un Ángel y una Vic que me miran atónitos.

—Chicos… —empiezo, pero ellos niegan con la cabeza. Cuando dan media vuelta, no dudo ni un segundo en levantarme e ir tras ellos—. ¡Chicos, esperad!

Por suerte, me hacen caso. Se detienen en la entrada y me lanzan una mirada que me pone los pelos de punta.

—¿Por qué no nos lo has dicho? —pregunta Vic. Es evidente que está enfadada, lo que me choca, porque ella nunca se enfada—. ¡Somos tus amigos! ¿Por qué no nos has dicho lo desgraciada que eres en Madrid?

—¿No confías en nosotros? —sigue Ángel, que más que enfadado parece dolido—. No te entiendo, Clara. ¿Qué te pasa? No lees el

grupo y te enfadas con nosotros porque piensas que te dejamos de lado, cuando eres tú la que nos aparta.

—Lo sé, pero…

—No lo ha pasado bien —dice Silvia en un patético intento de enfriar los ánimos—. Y ya la habéis oído: estaba asustada y…

—¡De nosotros! —sigue Vic. Se le llenan los ojos de lágrimas y casi rompo a llorar yo también—. ¡Somos amigos, Clara! ¿Por qué nos hemos tenido que enterar así? Hemos venido porque estamos preocupados por ti. Nuño nos ha dicho que te has ido del ayuntamiento bastante depre y pensábamos… ¿Qué excusa ibas a ponernos?

—¡Ninguna! —les digo, pero todos sabemos que es mentira—. Dios, lo siento mucho. Es que… No quería…

—Déjalo —dice Ángel—. Lo mejor es que nos calmemos antes de decir nada de lo que podamos arrepentirnos.

Mi hermana asiente.

—Sí, yo también lo creo.

Me muerdo el labio inferior con fuerza.

—Lo siento muchísimo.

Vic se limpia las lágrimas.

—Hablamos luego —se despide, y ella y Ángel se marchan sin mirar atrás.

Mi hermana y yo nos quedamos solas. Silvia me mira con preocupación, y yo agradezco que no me lance uno de sus «te lo dije» habituales. En su lugar, acorta la distancia que nos separa y me da un fuerte abrazo.

—¿Estás bien? —me pregunta, pero luego niega con la cabeza—. No, menuda pregunta más tonta. ¿Quieres hablar?

No lo sé. Por un lado, lo último que me apetece es seguir dándole vueltas al mismo tema. Pero, por otro, sé que Silvia me ofrecerá buenos consejos...

Si Clara se va y has pasado por la escena 47 → Sigue en la escena 55

Si Clara se va y no has pasado por la escena 47 → Sigue en la escena 54

Clara se queda → Sigue en la escena 55

54

—Gracias —le digo a mi hermana—, pero ahora mismo necesito salir de aquí.

Mi hermana asiente, comprensiva.

—Vale. Pero si necesitas hablar…

—Te llamo —le prometo.

Silvia me da un último abrazo.

—Hablo yo con papá y mamá —me dice.

—Eres la mejor.

Ella hace un gesto.

—Me llamas con cualquier cosa, eh.

Asiento. Cojo las llaves de casa y un abrigo del armarito de la entrada.

—Gracias —repito, y me marcho de casa sintiéndome la persona más desgraciada del planeta.

Sigue en la escena 46

55

Mi hermana me acompaña hasta mi habitación. Sé que mis padres están preocupados por mí, pero Silvia les hace un gesto para tranquilizarlos y cierra la puerta a sus espaldas.

—¿No vas a decirme que ya me lo advertiste? —le pregunto finalmente, pero mi hermana niega con la cabeza.

—Ni siquiera yo soy tan capulla.

Hago un gesto y me dejo caer sobre la cama. Me siento la peor persona del mundo. Cada vez que recuerdo las miradas de Vic y Ángel me entran ganas de llorar. A estas alturas, creo que todo el mundo sabrá la verdad. Me da pánico mirar el móvil. ¿Y si me odian? ¿Y si deciden que no quieren seguir siendo mis amigos?

—No lo harán —me tranquiliza mi hermana cuando se lo digo. Se ha tumbado a mi lado y ambas observamos las estrellitas que tengo pegadas en el techo como si pudieran darnos todas las respuestas—. Lo sabes, ¿verdad?

—Estaban muy enfadados.

—Normal.

Me tapo la cara.

—Dios, soy un desastre. Tendría que haberte hecho caso y haberles dicho la verdad cuando llegué.

—¿De qué te sirve ahora machacarte tanto? ¿Te hace sentir mejor?

—No.

—Pues deja de ser tan dura contigo misma. ¿Te has equivocado? Sí. ¿Que ahora Ángel y los demás están enfadados? Lógico. ¿Que esto implica el fin de nuestra amistad? No seas tonta.

Dejo caer de nuevo los brazos y miro a mi hermana.

—¿De verdad lo crees?

Silvia asiente.

—De verdad de la buena.

Ojalá pudiera ver todo de una forma tan positiva como ella. Apenas nos llevamos un año, pero Silvia y yo somos como el agua y el aceite. Ahí donde ella ve oportunidades y desarrollo de personaje, yo veo la mayor tragedia del mundo mundial.

No sé qué sería de mi vida sin ella.

—¿Y ahora qué hago?

—Arreglar las cosas, evidentemente. Ahora que papá y mamá saben también la verdad, debería resultarte más fácil.

—Pero sigo teniendo miedo. ¿Y si dejar Ingeniería es la peor decisión de mi vida? Vivir del arte es… complicado, cuanto menos.

—¿Sabes lo que es difícil? Vivir con depresión. Y sin duda es lo que te dará si sigues el camino «fácil» solo porque es más seguro.

Chasqueo la lengua.

—Odio cuando tienes razón.

—Lo cual suele pasar muy a menudo.

Le doy un golpecito en el hombro.

—No te soporto.

Mi hermana suelta una ligera carcajada.

—Ya, ya. Pero bien que me buscas cuando el mundo se te cae encima.

No puedo evitar que se me escape una ligera sonrisa.

—Eso no cuenta.

—Claro que cuenta. —Silvia se gira un poco hacia mí, apoyando la cabeza en la mano—. Entonces… ¿qué vas a hacer?

Resoplo.

—Hacer lo que llevo evitando meses. Hablar, supongo. Si ellos quieren. No lo sé.

—Uf, Clara, ese es tu problema: que intentas controlarlo todo ¡y muchas veces no se puede! Ahora mismo lo único que está en tu mano es decidir qué vas a hacer tú.

Desvío la mirada hacia el techo otra vez. Las estrellitas apenas brillan con la luz que entra por la ventana. Están tan descoloridas por la edad que me pregunto por qué las sigo manteniendo ahí.

Luego recuerdo que de pequeña me encantaba quedarme dormida bajo mi techo estrellado y lo comprendo.

Ojalá la vida adulta conservara algo de la magia del mundo de los niños.

—No puedes controlar cómo se van a tomar los demás las cosas, pero sí que tengo claro que te entenderán cuando les cuentes la verdad.

—Lo sé. Es solo que… No sé ni por dónde empezar.

—Por el principio —dice Silvia, como si fuera lo más obvio del mundo.

Pongo los ojos en blanco.

—Genial, gracias —digo con ironía. Mi hermana me hace burla y ambas guardamos silencio unos segundos—. ¿Debería dejar pasar un tiempo? Esperar a que se calmen las aguas. Lo cierto es que me gustaría tener todo un poco más claro antes de… No sé. Planear algún discurso o algo. No un discurso en plan peli de Disney, sino… ¡No sé! Sabes que no se me da bien improvisar.

—A ver, no lo necesitas, pero como te conozco y sé que lo harás igualmente, te recomiendo que al menos les mandes un mensaje para que sepan que quieres hablar con ellos y que lo harás cuando estés lista.

—¿Y si no me contestan?

—Te contestarán.

—¿Y si están demasiado enfadados?

—Entonces esperarán a no estarlo —continúa—. Pero lo que no puedes hacer es desaparecer otra vez, Clara. No puedes dejarlos con la sensación de que no confías en ellos. Eso duele muchísimo más que la mentira.

Tuerzo el gesto. Una vez más, mi hermana tiene razón.

Alargo el brazo y rescato el móvil del bolsillo de mis vaqueros. Solo dudo unos instantes con los dedos sobre la pantalla. Tomo aire, abro el grupo y empiezo a escribir.

Sigue en la escena 65

56

Los siguientes días se me hacen cuesta arriba; por lo ocurrido en Nochevieja y porque se acerca el 6 de enero y la actividad en la asociación se vuelve frenética. Apenas estoy en casa, sino que paso las horas en el ayuntamiento perfilando los últimos detalles de los disfraces.

Al principio, me viene bien estar tan ocupada. El final de las vacaciones no solo implica el desfile: también la vuelta a clase. A Madrid. A esa vida que tanto me ahoga. Pero no tengo otra alternativa, porque todavía no he hablado con mis padres sobre mi futuro y, tal y como va la cosa, empiezo a pensar que no lo haré nunca. Siempre que creo que ha llegado el momento, que por fin les diré que no valgo para estudiar Ingeniería y que tal vez debería dejar la carrera, me acabo echando atrás.

Silvia no está de acuerdo, por supuesto. No deja de insistir en que sea sincera de una vez, pero no me sale. No puedo hacerlo. Ni con mis padres, ni con mis amigos, ni con nadie. No soporto la idea de ser una fracasada. Ni de que *sepan* que lo soy.

—Por enésima vez…: ¡no eres una fracasada! —me repite mi hermana—. ¡No te entiendo! ¿Estás dispuesta a ser una desgraciada durante el resto de tu vida solo para evitar tener un par de conversaciones incómodas?

No tengo respuesta.

Por eso, coso. Porque los disfraces no me juzgan. Porque se me da bien. Porque con ellos no tengo que hablar sobre el futuro o sobre decisiones trascendentales que te cambian la vida.

No creo en el zodiaco. Eso de que una constelación marque el rumbo de tu vida y tu personalidad me resulta inverosímil. Me agobia, en realidad. Porque si tu nacimiento predestina tu destino, ¿para qué molestarse? Además, eso querría decir que mi sino siempre fue estudiar Ingeniería, una carrera práctica, sensata y

cómoda. Supongo que lo que no me gusta del zodiaco es dejarlo todo en manos de las estrellas. No tener el control. Lo cual, según Silvia, demuestra lo virgo que soy. Hoy por primera vez empiezo a sospechar que tiene razón.

Llevo toda la mañana tratando de meter el bajo de una túnica y no doy pie con bola. Lo coso, veo que me queda desigual, lo deshago. Me frustro, chasqueo la lengua y vuelvo a empezar. Me aparto el pelo de la cara y paso las páginas del cuaderno de bocetos que me ha acompañado desde siempre. En él no solo guardo mis diseños, sino también apuntes y notas más técnicas sobre patronaje y costura. Hacía mucho tiempo que no tenía que repasar los apuntes, pero es que hoy me siento como una principiante. ¡Si ni siquiera puedo coger bien un simple bajo! ¿Cómo puedo aspirar a tener un futuro en la moda?

—¡Tengo un notición! —anuncia entonces Nuño, y todos nos detenemos, expectantes.

No es la primera vez que Nuño se pasa por la asociación. Siempre soñó con estudiar Periodismo, pero su madre enfermó y tuvo que posponerlo. Ese fue uno de los motivos por los que nunca fuimos más allá después de besarnos: porque yo me iba, y él se quedaba aquí. Pero lejos de rendirse, ha aprovechado este tiempo para ganar experiencia: no solo colabora con el periódico local, sino que también lleva las redes sociales de Zarcilla. Ahora que su madre está mejor, ha vuelto a pedir plaza en la universidad y, si todo va bien, empezará la carrera en septiembre. Me alegro mucho por él. Puede que lo nuestro no funcionara, pero sigue siendo uno de mis mejores amigos y una de las mejores personas que conozco.

—¡Venga, chiquillo! —exige la abuela de Ambrosio—. ¡Habla, que no tenemos todo el día!

Nuño no se hace de rogar.

—¡La tele vendrá a cubrir el desfile navideño!

Al principio, nadie recibe la noticia con demasiado entusiasmo. Pero un vecino dice que es la oportunidad perfecta para lucir con orgullo el encanto de Zarcilla y pronto la sala se llena de

conversaciones. Hasta Berta, que tiene la ropa manchada de pintura de espray, parece animada. No solemos coincidir mucho, porque ella trabaja en el patio del ayuntamiento para no intoxicarnos a todos, pero se ha debido de acercar al escuchar el ajetreo.

Yo no puedo unirme a la alegría colectiva: estoy demasiado en *shock* para hablar.

La tele. Va a venir la tele. En lugar de pensar en la oportunidad que se nos presenta, solo puedo mirar las irregularidades del bajo del disfraz. Todo el mundo lo verá y se dará cuenta de lo desastre que soy. De que no valgo para esto.

—¿Clara? —me pregunta entonces Nuño. No puedo evitar pegar un respingo: no me había dado cuenta de que se ha acercado a mí —. ¿Estás bien?

«No», quiero decir.

—Perfectamente —miento, con la voz demasiado aguda.

Nuño frunce el ceño.

—¿Seguro?

Asiento y dejo caer la tela. Sé que no le engaño, pero también que Nuño no es de los que presionan. Así que me levanto, recojo el cuaderno de bocetos y lo abrazo bien fuerte contra mi pecho.

—Voy a buscar un dedal —le digo. Nuño apenas tiene tiempo de abrir la boca antes de que me aleje de él y de las celebraciones.

Si vienes de las escenas 30 o 31 → Sigue en la escena 57

Si vienes de las escenas 33 o 34 → Sigue en la escena 60

57

Me escondo en una sala colindante, lejos de las miradas de todo el mundo.

Me cuesta respirar. No dejo de repetirme que soy un desastre y que no valgo para esto. No sé en qué estaba pensando cuando me apunté a colaborar con el desfile. ¿No lo decían en una canción de *High School Musical?* Dedícate a lo que sabes. ¡Y yo solo sé obedecer! Hacerles caso a los demás. Actuar sin pensar. Dar un paso y otro y otro más.

Abro mi libro de bocetos. Ahora todos me parecen un horror, incluso los que siempre me han gustado. Son cosa de críos; los típicos diseños con los que sueña una niña pequeña.

Me entran ganas de arrancar todas las páginas.

—¿Clara? —pregunta una voz. Pego un brinco y me giro. Jaime está parado en el umbral de la puerta—. ¿Estás bien?

Dudo unos segundos antes de contestar. Apenas hemos hablado desde lo de Nochevieja y no sé muy bien qué decirle.

—Sí —miento, pero no debo sonar muy convincente, porque Jaime arquea las cejas con preocupación.

—¿Quieres que me vaya?

Suelto aire… y niego con la cabeza. Es apenas un gesto, pero suficiente para que Jaime acorte la distancia que nos separa y se apoye en la mesa junto a mí.

Una de las cosas que más me gusta de él es que jamás ocupa el espacio de los demás. No solo conmigo, sino también con su prima. Con todos, en realidad. Jaime siempre se asegura de estar cerca, pero sin agobiarte. Lo suficiente para que sepas que está ahí.

Permanecemos en silencio unos segundos que se alargan y se alargan, hasta que finalmente Jaime agacha la vista y se fija en mi cuaderno de bocetos.

—Va en serio, ¿verdad? —pregunta, despacio—. Lo de la moda. No es solo un *hobby*. Sueñas con dedicarte a esto.

Podría mentir y negarlo, pero ya no tengo ganas.

—Es una tontería. Ni soy buena, ni tengo la fuerza suficiente como para luchar por ello.

—¿Puedo verlos? —pregunta entonces—. Los diseños. ¿Puedo verlos?

Mi primer impulso es negarme. Pero hay algo en su mirada que me hace sentir… a salvo, así que asiento y le acerco el cuaderno.

Jaime solo duda unos instantes antes de pasar las páginas. Lo hace en silencio, como si de verdad le importara, como si fuera consciente de la muestra tan grande de confianza que es este momento. Hace que me lata muy muy fuerte el corazón.

Finalmente, Jaime silva.

—Guau, Clara. Esto es… —Vuelve a pasar una página y me mira—. No sé mucho sobre moda, pero es… Son increíbles. Muy originales.

Sonrío un poco.

—Pero no son suficiente. Solo son bocetos. A la hora de la verdad… No valen nada.

Jaime hace una pausa. Mira hacia la salida y luego vuelve a clavar los ojos en mí.

—Cuando estoy triste —empieza—, el dulce me ayuda a poner las cosas en perspectiva. Conozco la receta perfecta que alegra hasta el peor de los días. ¿Te apetece probarla conmigo?

De nuevo, el corazón se me ralentiza segundos antes de latir al galope. Pum, pum, pum.

No sé qué hacer. Una parte de mí quiere seguir junto a Jaime todo el tiempo que pueda. Pero otra, la que siempre tiene miedo, me grita que es mejor dejarlo aquí y que solucione todos los problemas de mi vida antes de que sea demasiado tarde.

Clara acepta irse con Jaime → Sigue en la escena 58

Clara se queda → Sigue en la escena 59

58

No quiero quedarme sola. Y a estas alturas es inútil negar que siento algo por él. Así que asiento y Jaime me lleva hasta la casa de su abuela. Por suerte, Berta sigue en la asociación, porque tampoco sabría muy bien cómo justificar mi presencia allí. Por mucho que me guste, al final Jaime y yo solo somos amigos.

Jaime se pone un delantal y me tiende otro.

—¿Qué vamos a hacer? —le pregunto mientras me lo ato a la espalda. Como no doy pie con bola, al final es él quien tiene que ayudarme a hacer una lazada.

—Galletas de jengibre.

—¿Seguro? Tiene pinta de ser una receta complicada y no es que se me dé muy bien la repostería…

Jaime niega con una sonrisa. Saca los ingredientes y los coloca sobre la encimera.

—¡Qué va! Pásame la harina. Estás a punto de presenciar el nacimiento de las mejores galletas de la historia.

Suelto una carcajada cuando me guiña un ojo.

Pronto descubro que Jaime y yo tenemos conceptos muy distintos de la palabra «complicado». Resulta que la repostería es muy similar a la química: basta con equivocarte con una medida para echar a perder la receta. Hay que medirlo *todo*. Azúcar, huevos… Uf. Apenas hay lugar para la improvisación.

Jaime tiene más paciencia que un santo: no se enfada cuando rompo dos huevos, ni cuando la masa me queda demasiado seca y tiene que arreglarla, ¡ni siquiera cuando le lanzo un poco de harina a la cara! En su lugar, se echa a reír y me ataca de vuelta, y pronto nos vemos envueltos en una batalla improvisada en la que no hay un claro vencedor.

Al final, tardamos mogollón en terminar la masa porque tenemos que hacer varias pausas para recoger el desastre que es ahora la

cocina.

No puedo evitar torcer el gesto cuando observo nuestra creación ya colocada en la bandeja.

—Esto es un desastre —le digo mientras intento quitarme la harina de las pestañas.

Jaime se echa un trapo al hombro.

—No están tan mal.

—Esta ni siquiera parece una galleta —digo, señalando una de ellas.

—Ya verás como quedan mejor cuando se horneen.

Pongo los ojos en blanco.

—Jaime, el eterno optimista.

Él sonríe. Mete la bandeja en el horno y hace girar la rueda. En apenas unos minutos, la cocina se llena del aroma del jengibre.

Guardamos un par de instantes de silencio, ambos apoyados en la encimera frente al horno. Nuestros hombros chocan, pero ninguno de los dos hace el amago de alejarse.

Es Jaime quien rompe el silencio.

—¿Sabes que de pequeño quería ser astronauta? —me pregunta.

Sonrío con algo de incredulidad y ternura.

—¿En serio? ¿No es algo como muy típico en los niños?

—Sí. —Jaime también sonríe—. Y después quise ser cantante, bailarín, corresponsal y, poniéndonos ya más serios, en bachillerato decidí que quería ser enfermero.

—Guau.

—Pero entonces mi abuela cayó enferma y Berta y ella se vinieron a pasar unas navidades a casa. Como acababan de operarla, apenas podía hacer nada. Y no sé si la recuerdas, pero era una mujer que no podía estarse quieta ni un solo segundo. Como Berta estaba muy liada con sus cosas de arte, mi abuela me tomó a mí bajo su ala y así fue como me convertí en su pinche de cocina.

Lo miro. Jaime parece emocionado al recordar, así que busco su mano y la aprieto como si así pudiera infundirle algo de ánimo. A ninguno de los dos nos importa que estén llenas de harina.

—El caso es que… —Jaime carraspea para evitar las lágrimas—. A pesar de quemar absolutamente todos los platos, cortarme mil veces, confundir la sal con el azúcar y hacer que mi abuela propusiera pedir comida a domicilio por primera vez en su vida, cuando terminaron las vacaciones me confesó que hacía tiempo que no se lo pasaba tan bien en la cocina. Y ahí fue cuando lo supe. No solo que yo también me lo había pasado genial, sino que la cocina tenía una magia especial que no sentía en ningún otro lugar. Y bueno, que la sangre me aterre también fue decisivo a la hora de rendirme con la enfermería.

Suelto una risita.

—Bien visto.

Jaime me sonríe de vuelta.

—No siempre es fácil —continúa—. Hay días en los que quiero rendirme y buscar algo más… normal. Días en los que incluso cruzo el umbral de la escuela decidido a dejarla. Pero luego recuerdo cómo me sentí la primera vez que alguien probó una de mis recetas y sé que merece la pena. Y estoy seguro de que tú también lo sientes, Clara. Aunque sea difícil y haya días en los que no das pie con bola. O puntada sin hilo, en tu caso.

—Creo que ese es otro dicho.

Jaime sacude la cabeza. Su rostro adopta una expresión seria.

—No te rindas, Clara.

Tomo aire.

Una vez más, el corazón me va al galope.

Quiero decirle que no es lo mismo. Que al menos él se atrevió a dar el paso, pero no me salen las palabras.

Porque, en el fondo, tiene razón.

La única que me frena soy yo. Le tengo tantísimo miedo al fracaso que me estoy condenando a no intentarlo. Es como eso de las profecías autoincumplidas: me repito tanto que no valgo que, al final, acabaré teniendo razón.

Ambos permanecemos en silencio, observando el horno, los hombros aún pegados y las manos unidas. Entonces, Jaime me mira

y yo me pierdo en esos ojos que tanto me gustan. Miro la mancha con forma de pera de su mejilla y vuelvo a caer irremediablemente bajo el encanto de sus labios.

Jaime se pasa la lengua por ellos y yo abro los míos como si quisiera tomar una fuerte bocanada de aire. Él se inclina, yo cierro los ojos y…

¡Clinc!

Nos separamos de un brinco, como si el sonido del horno nos hubiera pillado en medio de una travesura.

—Las galletas —dice él, cohibido. Es raro verlo tan nervioso—. Voy a ver si…

Esto está mal. Por mucho que me guste Jaime, no puedo hacerle cargar con semejante peso. No quiero que mi vida (mis decisiones, mi felicidad) dependa tanto de él. No sería justo para ninguno de los dos.

No quiero arrastrarle a una relación que no sé si saldrá bien, porque ni siquiera estoy segura de estar lista para tener una.

—Debería irme —le digo. Me quito el delantal mientras evito su mirada—. Gracias por todo. Por las galletas y por… Bueno, por ser tú.

Sé que él me observa, pero no me atrevo a alzar el rostro. No quiero ver su expresión decepcionada.

—Clara, yo…

Dejo el delantal sobre la encimera y tomo una fuerte bocanada de aire antes de encararlo.

—Lo siento —susurro.

Y eso es todo. Me marcho de la casa sin mirar atrás.

Sigue en la escena 66

59

Niego con la cabeza. Por mucho que me guste estar con Jaime, no puedo hacerle cargar con semejante peso. No quiero que mi vida (mis decisiones, mi felicidad) dependa tanto de él. No sería justo para ninguno de los dos.

No quiero arrastrarle a una relación que no sé si saldrá bien, porque ni siquiera estoy segura de estar lista para tener una.

—Jaime —empiezo, despacio—. Gracias. Agradezco tu preocupación, que me apoyes, que te preocupes por mí, pero ahora mismo no… Necesito estar sola.

Él asiente, comprensivo.

Busca mi mano y me da un ligero apretón antes de alejarse de mí.

—Estaré por aquí siempre que me necesites.

Me obligo a sonreír.

—Gracias.

Me lanza un último vistazo.

—No sé mucho de moda —dice, y señala mi cuaderno de bocetos—, así que no te puedo decir si son buenos o no. Solo sé que te arrepentirás si los dejas olvidados. Porque son tuyos. Porque, aunque al final decidas no intentarlo, siempre te quedarán tus bocetos para recordarte lo mucho que amas el diseño.

—¿Y no te parece una tortura? El recordatorio constante de lo que pudo ser y no fue.

Jaime me lanza una mirada plagada de comprensión.

—Es una forma de verlo. O también puedes considerarlo simplemente como una pausa. Porque nunca sabes qué te deparará el futuro. No sabes si, al final, esos bocetos serán el motor que necesitas para intentarlo cuando estés preparada.

No digo nada, pero Jaime no parece necesitarlo. Me sonríe una última vez y me deja sola.

Sigue en la escena 66

60

Me escondo en una sala colindante, lejos de las miradas de todo el mundo.

Me cuesta respirar. No dejo de repetirme que soy un desastre y que no valgo para esto. No sé en qué estaba pensando cuando me apunté a colaborar con el desfile. ¿No lo decían en una canción de *High School Musical?* Dedícate a lo que sabes. ¡Y yo solo sé obedecer! Hacerles caso a los demás. Actuar sin pensar. Dar un paso y otro y otro más.

Abro mi libro de bocetos. Ahora todos me parecen un horror, incluso los que siempre me han gustado. Son cosa de críos; los típicos diseños con los que sueña una niña pequeña.

Me entran ganas de arrancar todas las páginas.

—¿Clara? —pregunta una voz, y yo doy un respingo cuando me doy cuenta de que se trata de Berta. Está parada en el umbral de la puerta, como si no se animara a dar el paso—. ¿Estás bien?

Dudo. Lo cierto es que no me apetece hablar con ella. No por lo ocurrido en Nochevieja, sino por todo lo que ha venido después. Berta lleva ignorándome desde ese día. Lo único que me dijo fue que se le había estropeado la moto y que no podría llevarme al ayuntamiento por las mañanas. Que lo sentía mucho, y eso. ¡Y nada más! Ni un solo mensaje desde entonces, ni mucho menos conversaciones durante los descansos. Es como si, de repente, hubiéramos retrocedido en el tiempo y volviésemos a estar en el instituto.

—Sí —le digo, finalmente. Espero que el tono de mi voz sea suficiente para que retroceda, pero no lo hace—. ¿Por qué me has seguido?

—Estaba preocupada —dice, y yo bufo sin poder evitarlo.

—¿De verdad? Cualquiera lo diría, después de todo…

Berta suspira.

—Vale, lo siento. Sé que no he estado muy presente durante estos días, pero…

—¡Me prometiste que lo haríamos juntas! —estallo—. Lo del desfile. Tú y yo.

Ella tuerce el gesto.

—Lo sé —dice. Hace una pausa tan larga que arqueo las cejas—. Ya te he dicho que lo siento, ¿vale? A veces no gestiono bien…

—Vale —la interrumpo. Me doy media vuelta y vuelvo a centrar la atención en el cuaderno de bocetos—. Estoy bien, así que no hace falta que te preocupes por mí. Puedes irte.

Pero no lo hace. Permanece de pie, como si esperase a que cambie de opinión. Y puede que me ablande. Puede que me entren ganas de pedirle que me acompañe y que no vuelva a dejarme sola. Puede que quiera que me dé más explicaciones, que me asegure de que todo está bien entre nosotras. Pero sigo tan dolida, me siento tan *traicionada,* que no sé qué hacer.

¿Le pido que se quede?

Clara quiere que se vaya → Sigue en la escena 61

Clara le pide que se quede → Sigue en la escena 62

61

No, no puedo hacerlo. A pesar de todo, a pesar de lo mucho que me ha acompañado y ayudado desde que regresé a Zarcilla, Berta me ha dejado muy claro estos últimos días lo que piensa de mí. Necesitamos espacio. Ella, yo. No solo por lo ocurrido en Nochevieja, sino porque no puedo seguir dependiendo de ella. No puedo dejar que sea ella la que siempre me dé el empujón que necesito.

Así que no le pido que se quede. Y Berta lo entiende, porque últimamente nos estábamos llevando tan bien que casi no hacen falta palabras entre nosotras para saber lo que pensamos.

—Bien —sentencia, finalmente. Su voz suena dolida, y tengo que morderme el labio inferior con fuerza para evitar girarme—. De todas formas… estaré por aquí por si necesitas hablar. —Hace una pausa—. Lo siento, Clara.

Y eso es todo: Berta se va sin añadir nada más. Lo sé no solo porque escuche la puerta. Es por el frío tan repentino que siento cuando me quedo sola.

Sigue en la escena 66

62

—Berta —digo, finalmente. Titubeo, y no me giro cuando dejo caer los hombros y le pido—: quédate, por favor.

No tengo que repetirlo. Berta acorta la distancia que nos separa y se apoya junto a mí en la mesa.

Ambas guardamos silencio largos instantes, hasta que ella carraspea.

—¿Puedo verlos? —pregunta—. Los diseños.

Mi primer instinto es negarme, pero entonces me digo: «¿para qué?». Total, Berta ya los ha visto casi todos. Así que le acerco el cuaderno y ella lo abre y empieza a pasar las páginas. Lo hace con pausa, como si analizara cada uno de ellos, como si los viera por primera vez y quisiera empaparse de todos los detalles.

Cada vez que pasa una nueva página, contengo la respiración. Ojalá supiera en qué está pensando. En si le decepciona que apenas haya creado nada nuevo desde que dejamos el instituto. Si se arrepentirá de haber intentado ayudarme después de ver en lo que me he convertido: un cascarón, la sombra de lo que fui. La Clara que se rindió hace tiempo.

—Son… —empieza—. Joder, Clara. Son muy buenos.

Mi corazón se salta un latido.

—¿Sí?

—Mejor de lo que recordaba. Tienes tanto talento… —Se detiene en una de las páginas y señala uno de los detalles de una falda que diseñé hace muchísimos años—. La hoja de haya verde. Aparece en otros de tus diseños. ¿Qué significa?

—Las raíces —confieso, despacio—. Me recuerdan a las hayas que crecen en los bosques que hay alrededor de Zarcilla.

Berta sonríe.

—Me encanta. Este y todos y cada uno de ellos.

No sé qué decir, y mucho menos cuando Berta, al fin, vuelve a mirarme.

Hay un par de segundos en los que eso es todo: azul sobre marrón, marrón sobre azul.

Me hace sentir tan vulnerable que esta vez soy yo quien rompe la magia. Niego con la cabeza y recupero el cuaderno.

—Es una tontería —murmuro—. Hace meses que no diseño nada que merezca la pena.

—¿Qué? ¿Y el último?

No quiero hablar de ese diseño en concreto, porque soy tan tonta que me inspiré en ella para crearlo. Por suerte, creo que no se ha dado cuenta.

—No merece la pena.

—¿El arte o ese diseño en específico? Porque no estoy de acuerdo.

—Ambos.

Pero Berta no se rinde. No es de las que lo hace, en realidad.

—¿Por qué te rendiste?

De nuevo, me quedo muda. Berta se ha acercado tanto a mí que nuestros dedos chocan. Siento una corriente de electricidad cuando enreda su meñique con el mío.

—Soy… demasiado miedosa para intentarlo —confieso, al final—. Todo me da miedo. No quiero que la gente me vea las costuras. En sentido literal y figurado, supongo. Que se den cuenta de que no merezco la pena.

—Eso es imposible.

Bufo.

—Ah, ¿sí? —pregunto, con ironía—. ¿No es lo que te ha pasado a ti? ¿No es por eso por lo que me has ignorado durante todos estos días?

—No —dice ella, sin dudar—. No es por eso.

—Pues ya me dirás —continúo. La voz me suena mucho más amarga de lo que me gustaría—. Lo siento, ¿vale? Siento muchísimo lo que te dije en Nochevieja. Estaba borracha y… Jamás en mi vida

he pensado que eres un problema. Nunca. Ni siquiera cuando nos llevábamos mal en el instituto.

—Lo sé.

—¿Entonces? ¿Por qué…?

Pero no puedo seguir, porque alguien da un par de toquecitos en la puerta y ambas pegamos un brinco sorprendido.

—¡Menos mal que os encuentro! —anuncia uno de los vecinos de la asociación—. ¿Interrumpo algo? Espero que no, porque necesitamos vuestra ayuda. Manuela y Josefa se han puesto enfermas y necesitamos que os disfracéis de pajes para recoger las cartas de los niños del pueblo. En fin, les dije que no fueran a comer al sitio ese de modernos que han abierto en Zarcilla la vieja porque había oído críticas que decían que la ensalada campera daba cagalera, pero… ¡El caso es que esto es una desgracia!

Berta y yo intercambiamos una rápida mirada.

—Es que… —empieza ella— estoy muy ocupada con las carrozas y…

—Y los disfraces —continúo yo—. Tengo que cogerle el bajo a varias túnicas que…

El vecino se limpia el sudor de la frente y cruza las manos en un gesto de súplica.

—Por favor, ¡sois nuestra única esperanza!

No sé Berta, pero yo no miento al decir que tengo mucho trabajo. Y, aunque no lo tuviera, no sé si quiero pasarme el día disfrazada de paje interactuando con niños pequeños. ¡Junto a Berta, ni más ni menos! Con lo tensas que están las cosas entre nosotras…

Pero tengo que admitir que el hombrecillo me da un poco de pena. Parece tan desesperado que le suda hasta el bigote. Uf, ¿por qué siempre me meto en estos líos?

Clara se niega → Sigue en la escena 63

Clara acepta → Sigue en la escena 64

63

Se me ocurre la excusa perfecta para salir del paso.

—Lo siento —digo, al final—. Ojalá pudiera ayudar, de verdad, pero… la abuela de Ambrosio me necesita y…

Ocurre tal y como esperaba: el recién llegado empalidece ante la sola mención de esa mujer.

—En ese caso, claro… —dice él—. Lo último que quiero es molestarla, por supuesto. Si te necesita, te necesita, evidentemente. No te preocupes. Puedo intentar… Igual si consigo que mi hijo deje de lado la *play,* tal vez…

¡Por los pelos!

Le lanzo a Berta una mirada de disculpa, recojo el cuaderno y me dirijo hacia la puerta.

—Lo siento —repito. Berta arquea una ceja, como si no pudiera creerse la suerte que tengo. Supongo que ella no puede refugiarse en la abuela de Ambrosio, porque el vecino vuelve a mirarla.

—Pero cuento contigo, ¿no?

Berta parece a punto de sacarme el dedo corazón cuando chasquea la lengua.

—Qué remedio.

El hombre parece al borde de las lágrimas cuando toma a Berta de las manos.

—¡Gracias! Dios mío, eres una santa.

—Ya, eso me temo —masculla ella, y yo sonrío un poco antes de cruzar el umbral de la puerta. Berta vuelve a mirarme y yo le susurro un «perdona» sin voz que le hace arrugar la nariz.

Sé que he escogido la opción de los cobardes, pero no me importa. No creo que sea buena idea que pasemos tanto tiempo juntas rodeadas de niños cuando la situación anda tan mal entre nosotras. Ya hablaremos en otro momento, cuando el desfile no esté

tan peligrosamente cerca y no me sienta tan dolida. A solas, a poder ser.

Ignoro la culpa que me muerde la boca del estómago y me marcho de la sala.

Sigue en la escena 66

64

Miro de nuevo al recién llegado, que vuelve a secarse el sudor del bigote, y dejo caer los hombros.

—Está bien —claudico.

El hombre suelta un suspiro con lágrimas en los ojos.

—Bendita seas —dice, y luego hay un silencio incómodo en el que los dos centramos la atención en Berta.

Ella chasquea la lengua.

—Qué remedio. No quiero ser la villana que acabe con la Navidad.

Creo sinceramente que el hombre está a punto de echarse a llorar cuando se acerca a nosotras y nos aprieta las manos como si fuéramos unas santas.

—¡Gracias! Tenéis los disfraces y el saco para guardar las cartas en el salón de plenos —dice, y eso es todo. El hombre se marcha con la sonrisa de quien ha conseguido su propósito sin importar nada más.

Bueno, todo sea por hacer felices a los niños.



La recogida de cartas empieza todo lo bien que se puede: con un puñado de críos emocionados gritando qué quieren de regalo. Los hay que piden una bici, otros una Play 5 o un móvil. Pero el que hace que Berta y yo riamos a carcajadas es el que pide que se acabe el colegio para siempre.

—¿Sabes? —le dice Berta—. Te prometo que haré llegar personalmente a Sus Majestades de Oriente tu petición.

El niño la observa con ojitos brillantes. Creo que lo entiendo, porque es imposible no mirar así a Berta. Incluso con el ridículo

disfraz de paje y la barba postiza, desprende cierta aura magnética que te atrae de manera inevitable.

Se ha tomado muy en serio su papel. Les hace reverencias a los niños, les promete guardar sus cartas como si fueran el bien más preciado del mundo, se agacha para hablar con ellos sin importarle llenar de suciedad la capa, e incluso deja que los más pequeños jueguen con ella y con la barba.

Nunca la había visto así.

—No pensé que te gustaran tanto los niños —le digo en un momento de calma. Caminamos cuesta abajo mientras cargamos el saco cada una de un asa. Está tan lleno de cartas que es demasiado pesado para hacerlo sin ayuda—. Se te dan bien.

Berta niega con la cabeza.

—Qué va. Es que los críos son muy fáciles. Basta con darles siempre la razón.

—¿Incluso si su mayor deseo es volar el cole en mil pedazos?

—Especialmente en ese caso —recalca, y yo me echo a reír.

Cuando las cosas fluyen así entre nosotras, es fácil olvidar todo lo demás. La uni, la carrera, los exámenes, Nochevieja o lo que vino después. Solo el presente, un puñado de deseos en papel, Berta y yo.

Por eso me duelen tanto estos días de silencio.

—Cuando era pequeña —sigue diciendo Berta— les pedí a mis padres un caballete por Navidad.

El ambiente se enrarece. Aprieto con más fuerza el asa del saco y la observo.

—¿Y qué pasó?

—Pues que me regalaron en su lugar una enciclopedia de esas por volúmenes —bufa ella—. ¡En pleno siglo XXI! Existiendo Wikipedia. ¿Qué clase de padres hacen eso? Los míos, claro. En fin, para que veas que nunca vieron con buenos ojos eso del arte. Creo que por eso me empeño con más fuerza aún en conseguirlo. Por joder.

Sonrío sin poder evitarlo.

—Sip, eso es algo muy tú.

Ella hace una pausa en la que ralentiza el paso.

—Supongo que por eso he aceptado hacer de paje, aunque tenga que llevar esta ridícula barba que pica y huele raro. Porque no quiero que ningún niñΩ pase como yo. Que ni siquiera era una enciclopedia sobre arte, joder.

Me detengo y dejo caer mi parte del saco, obligándola a parar a ella también y a soltar la carga.

Hay cierta electricidad estática entre nosotras que me hace hormiguear la piel.

—Lo siento —le digo—. No solo que no te regalaran el caballete que querías, sino… todo. Lo de tu abuela, lo de tus padres. Tienes razón: ningún niño debería sentirse como tú.

Berta me mira. Baja la vista hacia mis labios, pero el momento dura tan poco que creo que me lo he imaginado.

—Siempre te he tenido mucha envidia. Por eso me caías mal en el insti.

Abro los ojos con sorpresa.

—¿Envidia? —bufo con incredulidad—. ¿De mí? ¡Imposible!

—¡Lo digo en serio! —insiste ella—. Siempre has sido tan… ¡creativa! Y tenías ese grupo de amigos tan ruidoso que te apoyaba tanto, y unos padres increíbles que siempre iban a verte a todas las funciones y… No sé. Me he pasado toda la vida observándote brillar y… —De nuevo, calla—. Por eso me duele verte ahora.

Siento una punzada en el pecho.

—Yo no… —Aparto la mirada—. Siento decepcionarte.

—No es decepción. —Su voz suena seria—. Nunca me decepcionarías por tener miedo, porque todos lo tenemos. Me duele verte tan… tan poco tú. Tan apagada. Tan consumida por algo que ni siquiera te gusta, Clara. Podrías tenerlo todo si quisieras. ¿Por qué no quieres?

No sé qué decir. Tengo la boca seca, así que trago saliva en un patético intento de encontrar valor para enfrentarme a esta conversación.

—Quiero. Pero ya te lo dije. Tengo miedo.

—Es algo más. —Berta niega con la cabeza—. ¿Qué es?

—No quiero decepcionar a nadie. No quiero decepcionarme a mí misma.

—Es ego, entonces —sentencia Berta, y yo me quedo muda—. Quieres seguir siendo la Clara perfecta a ojos de todo el mundo. Por eso, aunque odies la carrera, aunque te haga la persona más desgraciada del mundo, no te atreves a dejarla. Porque es cómoda y prefieres ser una ingeniera mediocre antes que una artista del montón.

No tengo palabras, porque Berta tiene razón. En absolutamente todo. Nunca antes me había sentido tan vista, tan… comprendida. Jamás, en toda mi vida, he tenido a nadie que me diga las verdades a la cara. Que me obligue a enfrentarme a esa parte de mí que tanto odio.

—Es cierto —confieso, la voz apenas un susurro—. Todo lo que dices. Durante toda mi vida, he sido la Clara que jamás ha dado un solo problema. La inteligente. La confiable. La que siempre lo ha tenido todo claro. Es irónico, ¿no crees? Por eso te tenía envidia yo a ti. Porque siempre te ha dado igual lo que te dijeran los demás.

—No es verdad —confiesa Berta—. Solo que se me da mejor disimular.

De nuevo, ambas guardamos silencio. No sé cuánto tiempo permanecemos así, jugando al gato y al ratón, observándonos y rehuyéndonos la mirada.

Vuelve a ser Berta quien, como de costumbre, rompe la tensión.

—Yo también me siento como tú —dice—. Creo que todos los artistas lo hacemos, en mayor o menor medida. No hay nada más íntimo que el arte. Por mucho que queramos separarnos de nuestras obras, no podemos. Están hechas de nosotras y, si salen mal o si reciben alguna crítica, nos duele como si nos la hicieran a nosotras, a las partes que nos forman. Es inevitable que nos hagan sentir un poco como si estuviéramos… defectuosas. —La miro. Sospecho que le brillan los ojos tanto como a mí—. Pero si ese es el precio que

tengo que pagar para sacar de dentro todo lo que tengo, lo haré gustosa. Porque por mucho que me caiga o tropiece, por muy malas obras que crea hacer o que seguramente haga, al menos son mías. Es lo que soy y lo que siento, lo que le quiero enseñar al mundo. Es mi voz hecha grafiti. Es lo que yo elijo contar, la parte de mí que jamás podrá quitarme nadie.

Vuelve a hacerse el silencio entre nosotras. Un silencio atronador que me hace latir con fuerza el corazón. El hormigueo de mi piel se intensifica, haciéndome sentir vulnerable, expuesta. Siento un retortijón en la boca del estómago, ahí donde aletean miles y miles de mariposas.

Tomo una fuerte bocanada de aire.

—Gracias —susurro, despacio—. Por…, bueno, supongo que gracias por enfrentarte a mí.

—Es lo que siempre he hecho, ¿no? —dice con una sonrisita—. Hacerte sentir incómoda siendo la voz de la razón.

«O hacerme sentir incómoda en general», quiero decir, pero no me salen las palabras.

Porque el tipo de incomodidad que siento ahora no se parece en nada a la que sentía en el instituto. Esta es una incomodidad más bien del rollo «Dios mío, necesito besarte ya o me muero».

Soy la primera en apartar la mirada.

—Oye, creo que deberíamos volver a… —empiezo, pero ella me interrumpe.

—Siento… —Chasquea la lengua, frustrada. Se baja la barba y niega con la cabeza—. Después de lo de Nochevieja, yo…

—Lo entiendo —la interrumpo—. A ver, no me ha molado nada, pero entiendo que necesitaras espacio y…

—No, Clara. No lo entiendes —me corta. Vuelve a mirarme con una intensidad que me quita el aire—. Estoy enamorada de ti.

Al principio, creo que no la he escuchado bien.

—¿Qué?

Berta toma aire.

—Estoy enamorada de ti desde… ya ni lo recuerdo, Clara. Probablemente toda la vida. Por eso hui. Porque colapsé, y porque no soy tan valiente como crees. Porque me gustas a rabiar. Porque estoy tan… tan pillada por ti que no entiendo cómo no te has dado cuenta antes.

Parpadeo. Una, dos, tres veces. Lo hago rápido, al mismo ritmo que los latidos de mi corazón.

—Berta, yo…

Pero ella niega con la cabeza. Se agacha para recoger el saco y se lo echa a la espalda como si no pesara nada.

—No tienes que darme una respuesta ahora. Solo quería que lo supieras —dice, y eso es todo. Retoma el camino y me deja sola como si no acabara de poner todo mi mundo del revés.

Sigue en la escena 66

65

Los días previos al desfile apenas duermo por culpa de los nervios. Por la tele, por si sale todo mal, por si la fastidio, por…, bueno, por el lío tan grande en el que ando metida.

Siempre he adorado la noche de Reyes. Al igual que a los niños, me parece la noche más mágica del año. Que todo un país se ponga de acuerdo en mantener la ilusión de los más pequeños ya de por sí me parece milagroso, pero es que encima hay regalos y roscones. Ni siquiera el sabor agridulce del fin de las vacaciones ha podido amargarme nunca la fiesta. Hasta hoy.

Porque ahora el 6 de enero ha dejado de ser el día de Reyes para convertirse en el día en que Todo el Pueblo Descubre que Clara es un Fraude. Bueno, igual estoy exagerando. En realidad, lo llevo todo mejor de lo esperado. Al menos mis padres y mis amigos ya saben la verdad, que es mucho más de lo que la Clara de principios de las vacaciones tenía.

Uf, si tan solo pudiera quitarme los nervios de encima… Ya no solo por el desfile, sino por toda la movida con mis amigos. Sí, les mandé un mensaje. Y sí, sé que no están enfadados. Al menos, no tanto como antes. Pero tampoco se puede decir que hayamos solucionado nada. Les dije que necesitaba tiempo para poner en orden mi vida, y eso implica sobrevivir al desfile de hoy. Después, hablaré con ellos.

Así que ahora trato de centrarme en el disfraz que tengo frente a mí. Ambrosio ya lo lleva puesto, pero todavía le hacen falta unos últimos retoques. El tipo no deja de moverse, lo que hace que casi le clave un alfiler.

—Perdón —me dice. Parece un elfo dopado con cafeína—. Es que estoy nervioso.

Bueno, ya somos dos.

—Se nota.

—¡Viene la tele! —me dice—. ¿No te parece un motivo más que válido para estar nervioso?

Me entran ganas de clavarle la aguja en la pantorrilla (ahora a propósito), pero me contengo. En su lugar, termino el bajo y me incorporo para observarlo mejor.

—Creo que estás perfecto.

Ambrosio da una vuelta sobre sí mismo.

—¿Sí? No enseñaré el culo, ¿verdad?

—Espero que no.

Ambrosio abre la boca, pero un par de voces lo interrumpen. Se trata de mis padres, que me rodean y me llenan de abrazos y besos.

—¿Cómo llevas los nervios? —me pregunta mi madre.

—Bueno —digo—. Los llevo, que no es poco.

Mi padre asiente, comprensivo.

—Tú piensa que ya está todo hecho, mi niña grande. ¡Y estupendamente, diría yo!

Ojalá tuviera tanta fe en mí como la tienen ellos.

Desde que les conté la verdad el otro día, mis padres se han convertido en mis fans número uno. No hablan de otra cosa que no sea el desfile, mi participación o las universidades en las que puedo matricularme en septiembre. Me siento tan apoyada que todavía no me lo creo. Si le hubieran dicho esto a la Clara de principios de las vacaciones, se habría echado a reír.

Pero aquí estamos, a pesar de todo.

—¡Eh! —grita alguien. Se trata de uno de los voluntarios que se encargan de poner algo de orden entre bambalinas—. ¡Que alguien detenga a esta señora!

—¿¡Señora!? —exclama mi abuela Puri—. ¡Qué modales! Anda, tráeme una aguja.

—Pero…

Mi padre suspira, como si ya se esperara que algo así pudiera suceder. Mi madre, en cambio, contiene una carcajada.

—¿Abuela? —pregunto—. ¿Qué haces aquí?

—¡Se ha colado en la sala donde guardamos el material! —sigue diciendo el pobre chico al que mi abuela chista.

—Uf, cállate —le dice ella, y luego mira a Ambrosio—. ¿Dónde están las tijeras buenas? Porque ese elfo tiene una manga más larga que otra y me está poniendo nerviosa. Eres un desastre, niño.

—¡Pero si yo no…! —protesta Ambrosio—. ¡No he hecho nada!

—Quítate la camiseta —le ordena ella—. Clara, ven aquí, que vamos a solucionar este lío.

—Abuela, quedan menos de diez minutos…

—Suficientes —replica—. Solo necesito cinco.

Mis padres sueltan una carcajada y yo pongo los ojos en blanco y sonrío. Cualquiera le dice que no a la abuela.

¿Antes he dicho que mis padres son mis mayores fans? Porque mentía. Mi abuela es la primera de la lista, sin lugar a dudas. Si alguien siente orgullo de que por fin dé pasitos en la dirección correcta, esa es ella.

—Voy.

Sigue en la escena 67

66

Los días previos al desfile apenas duermo por culpa de los nervios. Por la tele, por si sale todo mal, por si la fastidio, por…, bueno, por el lío tan grande en el que ando metida.

Siempre he adorado la noche de Reyes. Al igual que a los niños, me parece la noche más mágica del año. Que todo un país se ponga de acuerdo en mantener la ilusión de los más pequeños ya de por sí me parece milagroso, pero es que encima hay regalos y roscones. Ni siquiera el sabor agridulce del fin de las vacaciones ha podido amargarme nunca la fiesta. Hasta hoy.

Porque ahora el 6 de enero ha dejado de ser el día de Reyes para convertirse en el día en que Todo el Pueblo Descubre que Clara es un Fraude.

Vale, quizás estoy exagerando un poco. Pero se acaban las vacaciones y no he solucionado NADA. En dos días tendré que regresar a Madrid y enfrentarme a unos exámenes finales que catearé. Tampoco siento que haya sido una buena amiga, porque estas semanas he estado más pendiente del desfile que del grupo. Por no hablar de mi vida amorosa…

Dios, ¡qué desastre!

«Luego», me prometo mientras termino de dar los últimos retoques a uno de los disfraces, ya puesto en la persona que tengo frente a mí. Se trata de Ambrosio, que esta vez hace de un elfo que parece dopado con cafeína.

—Perdón —me dice—. Es que estoy nervioso.

Bueno, ya somos dos.

—Se nota.

—¡Viene la tele! —me dice—. ¿No te parece un motivo más que válido para estar nervioso?

Me entran ganas de clavarle la aguja en la pantorrilla, pero me contengo. En su lugar, termino el bajo y me incorporo para

observarlo mejor.

—Creo que estás perfecto.

Ambrosio da una vuelta sobre sí mismo.

—¿Sí? No enseñaré el culo, ¿verdad?

—Espero que no.

Ambrosio abre la boca, pero un par de voces lo interrumpen. Se trata de mis padres, que me rodean y me llenan de abrazos y besos. Los observo, confundida. Silvia no está con ellos, así que no puedo usar mi conexión telepática de hermana mayor para que me dé una pista de qué ocurre.

—¿Qué hacéis aquí?

—No pensarías que íbamos a quedarnos en casa un día tan importante, ¿verdad? —pregunta mi padre.

Parpadeo.

—¿Qué? ¿A qué os referís con…?

Mis padres intercambian una rápida mirada. Como es habitual, mi madre es la primera en hablar.

—Clara —dice con suavidad—, llevamos observándote todas estas semanas y nunca te habíamos visto tan contenta como últimamente. Somos tus padres y te conocemos. Sabíamos que estabas triste y estábamos esperando el momento en que por fin… Sospechábamos que la vida en Madrid no te estaba resultando fácil, así que nos alegramos mucho de que te haga tanta ilusión que la gente del desfile lleve tus trajes. Siempre te ha gustado mucho coser, desde que tu abuela te enseñó a enhebrar una aguja.

Trago saliva. Me alegra que estén aquí, pero me siento mal porque no saben hasta qué punto esto es importante para mí.

Tal vez ha llegado el momento de ser honesta de una vez por todas.

—Tenéis razón —admito, despacio—. No… no estoy contenta en Madrid. No es solo la ciudad, sino… también la carrera. No me gusta Ingeniería.

Mis padres parpadean, como si les extrañase que suelte la bomba así de repente.

—¿Qué? —pregunta mi padre.

—Iba a contároslo —continúo—. Llevo todas las vacaciones dándole vueltas al asunto. A qué hacer con mi futuro, me refiero. Si volver a Madrid y fingir que no pasa nada, si dejar la carrera… Pero estar ayudando en el desfile me ha hecho darme cuenta de que no puedo seguir así. Y quería decíroslo antes, pero me daba mucha vergüenza y…

—¿Qué? —pregunta mi padre. Casi hace un puchero como el buen dramático que es—. ¿Vergüenza por qué, mi niña grande?

Bajo la mirada al suelo. Empiezan a arderme las mejillas.

—No quería decepcionaros.

—¿Decepcionarnos? —repite una voz a mi espalda—. Anda ya.

Me giro.

Mi abuela Puri se acerca a nosotros dando fuertes taconeos con el bastón. Toc, toc, toc. Parece un elefante. Desde luego, está de tan mal humor como para que los demás nos retraigamos un poco ante su repentina presencia.

—A ver si dejamos de decir tonterías. ¿Decepcionar a quién? ¿A estos dos? —añade, y señala a mis padres con un gesto brusco.

Mi padre resopla, como si ya hubieran tratado este tema miles de veces.

—Mamá…

—Tú cállate, que bastante has hecho ya —le corta ella—. Que la niña quería coser desde que levantaba dos palmos del suelo y vosotros empeñados en que fuera ingeniera.

No puedo evitar abrir los ojos como platos.

—Abuela…

Pero mi abuela niega con la cabeza.

—Yo fui la que le enseñé a enhebrar una aguja, ¿o no? La que le enseñó a hacer un bajo sin que pareciera un churro. La que vio cómo se pasaba horas con retales, cosiendo disfraces para ponérselos a sus muñecas. ¡Y soy la que lleva meses diciéndoos que la niña no está contenta! Pero ¿por qué deberíais escuchar a una vieja?

Mi madre suspira.

—Nunca hemos dicho que seas…

—Esta niña —sigue la abuela, y señala a mis padres con el dedo acusador. Si no fuera una situación algo… tensa, me haría gracia ver cómo se encogen un poco ante su mirada. Especialmente teniendo en cuenta que mi abuela apenas mide metro y medio— tiene más mano que muchas de las modistas que he visto yo en mi vida. Y mira que he visto, por desgracia. ¿Sabéis lo difícil que es encontrar hoy en día a una persona que entalle bien una camiseta? Tanta ropa de tiendas *fas fation* y…

—¿Dónde has aprendido esa expresión? —le pregunto, pero mi abuela me chista.

—¡Vergüenza debería daros tener a la pobre muerta de miedo por… «decepcionaros»! —Pega un bastonazo en el suelo tan fuerte que nos pone firmes a los tres—. ¡Anda ya!

Al final, no puedo evitarlo: suelto una risita nerviosa que me tapo con las manos.

—Perdón —digo—. Es que…

Mi abuela se gira hacia mí.

—¿Eres feliz? En la capital —aclara. Niego con la cabeza—. ¿Y aquí? Entre telas. Cosiendo, diseñando. ¿Eres feliz?

Trago saliva y tomo aire antes de contestar:

—Sí.

—¿Más que con los numeritos y esos planos raros que hacen los ingenieros?

Sonrío. No puedo creer que mi abuela sepa lo que es el *fast fashion* y no lo que hago en la carrera. Pero hoy está siendo un día plagado de sorpresas.

—Mucho más.

—Pues ya está —responde, como si dictara sentencia—. La niña va a estudiar moda.

Hay un silencio breve. Mi padre se pasa la mano por la nuca y mi madre carraspea.

—Lo sentimos mucho, Clara —dice, finalmente.

—Sí —continúa mi padre—. Nos equivocamos. Pensamos que lo mejor para ti era estudiar una ingeniería. Que tendrías estabilidad, un buen futuro… Y en estos tiempos, anda que no es importante tener asegurado el pan bajo el brazo.

—También pensamos que así saldrías de tu zona de confort —añade mi madre—. Eres tan tímida que… No sé. Se nos ocurrió que, quizás, si te movías en una ciudad grande, tal vez… Ahora me doy cuenta de lo tonto que suena.

—No pensamos en lo más importante —continúa mi padre—. En si ibas a ser feliz.

—Y eso es culpa nuestra —remata ella—. Lo sentimos mucho, cariño.

Trago saliva para evitar romper a llorar como un bebé. Los observo a todos, abrumada, emocionada, anonadada. Me cuesta encontrar las palabras para hablar, pero hago un intento y carraspeo.

—Yo tampoco lo he hecho bien —murmuro—. Os he ocultado lo mal que estoy en Madrid. Lo mal que me va en la carrera. Que suspendo todos los exámenes. Que no tengo amigos. Que, en realidad, siempre he soñado con estudiar diseño. Y lo siento. Lo siento un montón.

Mi padre tuerce el gesto.

—No te voy a mentir: eso es lo que más nos duele de todo —dice—. Porque siempre hemos sido una familia muy unida, Clara. Pensábamos que confiabas en nosotros.

—Confío —respondo rápido—. Solo… tenía miedo.

—¿De qué? —pregunta mi madre.

—De fallaros. A vosotros, a todo el mundo, a mí misma. Tenía miedo de dejar la carrera y de que pensarais que soy…, no sé…, una irresponsable o… o peor: una fracasada.

La abuela bufa.

—¿Irresponsable? ¿Fracasada? ¡Ay, niña! ¿Qué dices? Con la de narices que hay que tener para plantarse y decir «esto no es lo mío» cuando todo el mundo espera otra cosa de ti.

Mis padres intercambian una nueva mirada.

—Tiene razón —dice mi madre.

—La tiene —admite mi padre.

—Como siempre —añade la abuela, como si fuera obvio.

De nuevo, no puedo evitar reírme un poco. En parte por los nervios, y también por la incredulidad. Jo, ¿y yo tenía tanto miedo? Ahora me parece una tontería. Podría haberme ahorrado meses de sufrimiento simplemente habiendo hablado antes con mi abuela.

Mi padre me da un fuerte apretón de hombros.

—Lo único que queremos —dice— es que seas feliz.

—Y que la próxima vez nos lo cuentes antes de tener que enterarnos por… —mi madre mira alrededor— todo esto.

Una lágrima me cae por las mejillas. Mi madre la limpia con el pulgar y me sonríe con un cariño que me oprime el corazón.

—Prometido —digo.

—Más te vale —murmura la abuela. Me sorprende un poco darme cuenta de que tiene los ojos brillantes. Sobre todo teniendo en cuenta que solo la he visto llorar una vez: cuando murió su personaje favorito en *El secreto de Puente Viejo*. Pero como es habitual en ella, sorbe un poco y hace un gesto con el bastón que abarca toda la sala—. Y ahora, ¿dónde están las tijeras buenas? Porque ese elfo —señala a Ambrosio— tiene una manga más larga que otra y me está poniendo nerviosa. Eres un desastre, niño.

—¡Pero si yo no…! —protesta Ambrosio—. ¡Ni siquiera he respirado para no interrumpir este momento familiar tan especial!

—Tú calla y quítate la camiseta —le ordena ella—. Clara, ven aquí, que vamos a solucionar este lío.

—Abuela, quedan menos de diez minutos…

—Suficientes —replica—. Solo necesito cinco.

Mis padres sueltan una carcajada y yo pongo los ojos en blanco y sonrío. Cualquiera le dice que no a la abuela.

—Voy.

Si has pasado por las escenas 58, 59, 61, 63 o 64 → Sigue en la escena 68

Si has pasado por la escena 51 o 50 → Sigue en la escena 69

67

Mi abuela Puri salva la manga de Ambrosio y este echa a correr hacia el resto de los vecinos disfrazados. Quedan apenas un par de minutos para que todos recorran las calles del pueblo y no me quedan uñas que morderme. He visto las cámaras de la tele rondar por todo el recibidor del ayuntamiento, pero hasta ahora he tenido suerte y no se han acercado a mí.

Mi familia ya se ha marchado. A tan poco tiempo de empezar, cuando todo es tan caótico y la gente anda tan nerviosa, creen que es mejor esperar fuera para no molestar. Así que ahora estoy sola, caminando de un lado a otro, observando cada disfraz a lo lejos para asegurarme de que todo está perfecto. O todo lo perfecto que puede estar. No soy la única, claro. La abuela de Ambrosio se mueve entre los vecinos como si pasara revista y el resto de los ayudantes se afanan en dar los últimos retoques.

Al fondo veo a Nuño. Está hablando con uno de los cámaras y lo observa todo con una fascinación que me hace sonreír. El otro día comentó que su madre estaba respondiendo bien al tratamiento y que, probablemente, empezará por fin la carrera en septiembre. Se nota tanto que ha nacido para la comunicación que no puedo más que alegrarme por él. Le hago un gesto con el pulgar cuando nuestras miradas chocan y él me sonríe con la ilusión de un niño pequeño. El cámara le ha dejado toquetear un poco el equipo y parece que está siendo el día más feliz de su vida.

Respiro hondo. Verlo a él (a todo el mundo, en realidad) me hace recordar por qué me metí en este lío. Por qué, a pesar del miedo, no he salido corriendo todavía.

Me recuerda que hay cosas por las que merece la pena luchar.

Entonces, escucho una voz que me sobresalta.

—¡Clara! —dice mi hermana. Cuando me giro, me sorprende encontrármela rodeada de nuestros amigos—. Menos mal que

llegamos a tiempo.

Titubeo, incapaz de hilar un pensamiento coherente.

—¿Qué hacéis…? —intento, pero Vic niega con la cabeza.

—No pensarás que íbamos a dejarte de lado el día más importante de tu vida, ¿verdad?

—No, pero…

Paula suspira y se cruza de brazos.

—Por muy dolidos o enfadados que estemos, somos tus amigos, tonta del culo.

—¡Eso, eso! —aporta Julio.

Se me llenan los ojos de lágrimas de manera inevitable.

—Pero…

Por desgracia, no tengo tiempo para añadir nada más, porque la abuela de Ambrosio me pega un grito.

—¡Clara! ¡Empezamos ya!

No hay tiempo.

—Gracias por venir. Y, eh…, luego… —prometo— luego os lo cuento todo.

Salgo corriendo sin esperar ninguna respuesta.

Al principio, todo va según lo previsto: los vecinos salen del ayuntamiento en orden. Primero, los elfos, los renos y todo lo relacionado con el *lore* de Papá Noel y Laponia.

—Que se preparen los pajes de Oriente —dice la organizadora del desfile.

Y justo cuando ya pensaba que todo iba sobre ruedas… alguien me da un par de golpecitos en el hombro.

—Hay un problema con la capa de Melchor —me informa uno de los vecinos de la asociación.

—¿Qué? —pregunto, blanca del susto—. Imposible. La hemos revisado esta mañana y…

—Ven conmigo.

Obedezco. Algo alejados de los demás, la abuela de Ambrosio y varios ayudantes más discuten sobre la capa, que tiene una mancha

enorme de café imposible de ocultar.

—¡Te dije que tuvieras más cuidado! —se queja la anciana—. ¡Hoy duermes en el sofá, por imbécil! Ay, ¿por qué me casaría yo con semejante cazurro?

El hombre, que ahora descubro que es el abuelo de Ambrosio, agacha la cabeza con culpabilidad.

—Tenía sed.

—¡Había agua! —se queja otro vecino.

—¡Lo sé, pero…! Estaba tan nervioso por el desfile que apenas he dormido y… ¡Tenía sueño!

—¡O tienes sueño o sed! —continúa diciendo la abuela de Ambrosio—. ¡Las dos cosas a la vez es vicio, Vicente, te lo tengo dicho!

—Pero Presentina…

Así que ese es el nombre de la abuela de Ambrosio. Bueno, ahora entiendo por qué prefiere que nadie la llame así.

—¡Calla, calla, que igual todavía te pido el divorcio!

—¡El divorcio no!

—¿Hay algún problema? —pregunta la organizadora del desfile—. Melchor tiene que salir ya.

Me paso la mano por la cara.

Vale. Vale. No pasa nada. Solo es una capa. Una capa enorme, central, una de las partes más importantes del desfile y que ahora tiene una mancha de café del tamaño de mi futuro arruinado.

Genial.

—Se puede limpiar —digo, aunque ni yo misma me lo creo.

La abuela de Ambrosio (Presentina, al parecer) me lanza una mirada que podría taladrar hormigón.

—¿En treinta segundos? ¿Con qué? ¿Con fe?

—Podemos darle la vuelta —propone alguien.

—Es reversible —añade otro.

Todos nos giramos hacia él.

—¿Lo es? —pregunto.

Silencio.

—No, en realidad no —admite.

Perfecto.

La organizadora da una palmada.

—Chicos, necesitamos una solución ya. Melchor sale después de los pajes. No podemos retrasar esto.

Miro la capa. La mancha es oscura, fea, imposible de disimular. Dios, ¡tenía que ponerse a beber café!

Piensa.

¡¡Piensa, Clara, piensa!!

Entonces recuerdo algo.

—Espera —murmuro. Me agacho junto a una de las cajas de material. Rebusco entre retales, cintas, adornos que habíamos descartado en los últimos días, hasta que encuentro lo que necesito—. Dame eso —le digo a una de las ayudantes—. Y las tijeras. Y… ¿hay pegamento textil?

—Sí, pero…

—Dámelo.

—Clara —dice la organizadora—, no tenemos tiempo para…

—Confía en mí.

No sé de dónde saco esa seguridad, pero funciona. Nadie me discute cuando extiendo la capa sobre una mesa. No sé qué me preocupa más, si fastidiarla ahora que me está mirando todo el mundo o que Melchor salga sin ella. Se me ocurre en el último segundo que sería tan fácil como quitarles la capa a los otros dos reyes, pero…

«Concéntrate, Clara», me ordeno.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Presentina.

—Improvisar.

Coloco un retal sobre la mancha.

—Esto no estaba en el diseño —murmura alguien.

—Pues ahora sí.

Empiezo a cortar formas rápidas, irregulares. Bordes que parecen intencionados. Superpongo telas, creo capas sobre la capa. Pego, despego, arranco y rompo. Coso botones, pego purpurina e

improviso un rápido patrón mientras decenas de gotitas de sudor hacen que el flequillo se me quede pegado a la frente.

El pegamento no es lo ideal, pero sirve. ¡Funciona! Creo que aguantará toda la mañana, pero por si acaso refuerzo la tela con un par de puntadas rápidas.

—Diez segundos —avisa la organizadora.

—¡Hecho! —anuncio.

No es la capa original, pero creo que parece lo suficientemente mágica para que dé el pego.

—Póngasela —le digo a Vicente, y él obedece a toda prisa. No solo por la urgencia de mi voz, sino por la mirada envenenada que le lanza Presentina.

La tela cae suelta y no parece haber ninguna mancha, aunque las luces del ayuntamiento no son muy de fiar y nunca se sabe. La purpurina ha sido otro acierto, porque da luminosidad y atrae la atención como si se tratara de un foco.

—Listo —dice.

—Perfecto —anuncia la organizadora—. ¡Ahora sal!

Y el pobre Vicente echa a correr como si le fuera la vida en ello. Tal vez así sea. Al menos, el éxito de su matrimonio depende de lo convincente que sea su actuación.

Me acerco a la puerta del ayuntamiento y me asomo para observar las reacciones de la gente. Creo que hasta contengo la respiración cuando el sol cae directamente sobre la capa y… ¡no hay ni rastro de la mancha!

—Ha funcionado —susurro, entre incrédula y aliviada.

Presentina me da un ligero golpecito.

—No ha estado mal, niña. Incluso a pesar de ser la nieta de esa condenada Purificación.

Vaya, así que hay mal rollo entre ellas. Bueno, tiene sentido. Ambas son tan parecidas que es lógico que sus personalidades choquen. Así que sonrío. Viniendo de ella, es el mejor cumplido que cabría esperar.

—Gracias…, creo.

Entonces, Presentina suspira.

—Los hombres. La cruz de mi vida. Entre Vicente y Ambrosio… ¿Crees que podré casarlo alguna vez? —pregunta, pero no espera mi respuesta—. Qué tontería. Está claro que no. Tendré que pedirle auxilio a la Virgen del Divino Amor, a ver si hay suerte. En fin, espero que nos ayudes también el año que viene.

Esta vez, no dudo.

—Por supuesto.

Si has pasado por la escena 51 → Sigue en la escena 71

Si no has pasado por la escena 51 → Sigue en la escena 72

68

Mi abuela Puri salva la manga de Ambrosio y este echa a correr hacia el resto de los vecinos disfrazados. Quedan apenas un par de minutos para que todos recorran las calles del pueblo y no me quedan uñas que morderme. He visto las cámaras de la tele rondar por todo el recibidor del ayuntamiento, pero hasta ahora he tenido suerte y no se han acercado a mí.

Mi familia ya se ha marchado. A tan poco tiempo de empezar, cuando todo es tan caótico y la gente anda tan nerviosa, creen que es mejor esperar fuera para no molestar. Así que ahora estoy sola, caminando de un lado a otro, observando cada disfraz a lo lejos para asegurarme de que todo está perfecto. O todo lo perfecto que puede estar. No soy la única, claro. La abuela de Ambrosio se mueve entre los vecinos como si pasara revista y el resto de los ayudantes se afanan en dar los últimos retoques.

Al fondo veo a Nuño. Está hablando con uno de los cámaras y lo observa todo con una fascinación que me hace sonreír. El otro día me dijo que su madre estaba respondiendo bien al tratamiento y que, probablemente, empezará por fin la carrera en septiembre. Se nota tanto que ha nacido para la comunicación que no puedo más que alegrarme por él. Le hago un gesto con el pulgar cuando nuestras miradas se cruzan y él me sonríe con la ilusión de un niño pequeño. El cámara le ha dejado toquetear un poco el equipo y parece que está siendo el día más feliz de su vida.

Respiro hondo. Ver a Nuño (a todo el mundo, en realidad) me hace recordar por qué me metí en este lío. Por qué, a pesar del miedo, no he salido corriendo todavía.

Me recuerda que hay cosas por las que merece la pena esforzarse.

Y entonces, entre el ruido, las voces y los nervios, oigo algo distinto: risas que me resultan demasiado familiares.

Me giro justo a tiempo para verlos aparecer entre la gente, abriéndose paso a toda prisa. Pronto me veo rodeada de mis amigos, que me abrazan, me despeinan y hablan todos a la vez. Alto, muy muy alto.

Vic es la última; me abraza con tanta fuerza que casi me hace perder el equilibrio.

—¡Clara! —anuncia con una sonrisa—. ¡Hemos venido a desearte suerte! Sabemos que queda muy muy poquito tiempo, pero…

—Para ti —me dice Ángel, y me tiende un ramo de flores algo… triste—. Julio las ha birlado del jardín de Mercedes.

—¿La del bastón de oro? —pregunto, alarmada—. ¡Julio!

Mi amigo alza las manos como si fuera inocente.

—¿Qué? ¡Me dijisteis que me encargara del ramo y eso he hecho! El de Clara y el de Nuño, que me dejáis siempre todos los marronazos. ¿Qué esperabais que hiciera? ¡En invierno no florecen los capullos!

—Uf, ya te digo yo que sí. Te puedo hablar de unos cuantos —murmura Paula por lo bajo.

—He hecho lo que he podido dadas las circunstancias —sentencia Julio.

Mi hermana le pega un manotazo en el hombro.

—¿Tenías que robar las flores a la señora con más mala leche del pueblo?

—Y encima el ramo ni siquiera es bonito —continúa Vic.

Julio nos saca el dedo corazón.

—Que os jodan. El próximo desfile os encargáis vosotros de las puñeteras flores.

El corazón se me para por un segundo.

—¿Próximo desfile? —pregunto, la voz apenas un susurro.

Mis amigos me miran como si me hubiera vuelto loca.

—¿Claro? —afirma Vic—. Habrá más, ¿no? Esto se te da de muerte.

—Si yo tuviera tu maña con la costura —sigue diciendo Ángel—, me pasaría el día entero cosiendo. O no, que se me cansaría la vista.

—Y te dolería la espalda un montón —añade Paula.

—Eso también. Pero el caso es que… ¡Has nacido para esto!

No me salen las palabras.

—Yo…

—¡Clara! —grita entonces la abuela de Ambrosio—. ¡Empezamos ya!

No hay tiempo.

—Luego —prometo.

Salgo corriendo.



Al principio, todo va según lo previsto: los vecinos salen del ayuntamiento en orden. Primero, los elfos, los renos y todo lo relacionado con el *lore* de Papá Noel y Laponia.

—Que se preparen los pajes de Oriente —dice la organizadora del desfile.

Y justo cuando ya pensaba que todo iba sobre ruedas… alguien me da un par de golpecitos en el hombro.

—Hay un problema con la capa de Melchor —me informa uno de los vecinos de la asociación.

—¿Qué? —pregunto, blanca del susto—. Imposible. La hemos revisado esta mañana y…

—Ven conmigo.

Obedezco. Algo alejados de los demás, la abuela de Ambrosio y varios ayudantes más discuten sobre la capa, que tiene una mancha enorme de café imposible de ocultar.

—¡Te dije que tuvieras más cuidado! —se queja la anciana—. ¡Hoy duermes en el sofá, por imbécil! Ay, ¿por qué me casaría yo con semejante cazurro?

El hombre, que ahora descubro que es el abuelo de Ambrosio, agacha la cabeza con culpabilidad.

—Tenía sed.

—¡Había agua! —se queja otro vecino.

—¡Lo sé, pero…! Estaba tan nervioso por el desfile que apenas he dormido y… ¡Tenía sueño!

—¡O tienes sueño o sed! —continúa diciendo la abuela de Ambrosio—. ¡Las dos cosas a la vez es vicio, Vicente, te lo tengo dicho!

—Pero Presentina…

Así que ese es el nombre de la abuela de Ambrosio. Bueno, ahora entiendo por qué prefiere que nadie la llame así.

—¡Calla, calla, que igual todavía te pido el divorcio!

—¡El divorcio no!

—¿Hay algún problema? —pregunta la organizadora del desfile—. Melchor tiene que salir ya.

Me paso la mano por la cara.

Vale. Vale. No pasa nada. Solo es una capa. Una capa enorme, central, una de las partes más importantes del desfile y que ahora tiene una mancha de café del tamaño de mi futuro arruinado.

Genial.

—Se puede limpiar —digo, aunque ni yo misma me lo creo.

La abuela de Ambrosio (Presentina, al parecer) me lanza una mirada que podría taladrar hormigón.

—¿En treinta segundos? ¿Con qué? ¿Con fe?

—Podemos darle la vuelta —propone alguien.

—Es reversible —añade otro.

Todos nos giramos hacia él.

—¿Lo es? —pregunto.

Silencio.

—No, en realidad no —admite.

Perfecto.

La organizadora da una palmada.

—Chicos, necesitamos una solución ya. Melchor sale después de los pajes. No podemos retrasar esto.

Miro la capa. La mancha es oscura, fea, imposible de disimular. Dios, ¡tenía que ponerse a beber café!

Piensa.

¡¡Piensa, Clara, piensa!!

Entonces recuerdo algo.

—Espera —murmuro. Me agacho junto a una de las cajas de material. Rebusco entre retales, cintas, adornos que habíamos descartado en los últimos días, hasta que encuentro lo que necesito—. Dame eso —le digo a una de las ayudantes—. Y las tijeras. Y… ¿hay pegamento textil?

—Sí, pero…

—Dámelo.

—Clara —dice la organizadora—, no tenemos tiempo para…

—Confía en mí.

No sé de dónde saco esa seguridad, pero funciona. Nadie me discute cuando extiendo la capa sobre una mesa. No sé qué me preocupa más, si fastidiarla ahora que me está mirando todo el mundo o que Melchor salga sin ella. Se me ocurre en el último segundo que sería tan fácil como quitarles la capa a los otros dos reyes, pero…

«Concéntrate, Clara», me ordeno.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Presentina.

—Improvisar.

Coloco un retal sobre la mancha.

—Esto no estaba en el diseño —murmura alguien.

—Pues ahora sí.

Empiezo a cortar formas rápidas, irregulares. Bordes que parecen intencionados. Superpongo telas, creo capas sobre la capa. Pego, despego, arranco y rompo. Coso botones, pego purpurina e improviso un rápido patrón mientras decenas de gotitas de sudor hacen que el flequillo se me quede pegado a la frente.

El pegamento no es lo ideal, pero sirve. ¡Funciona! Creo que aguantará toda la mañana, pero por si acaso refuerzo la tela con un par de puntadas rápidas.

—Diez segundos —avisa la organizadora.

—¡Hecho! —anuncio.

No es la capa original, pero creo que parece lo suficientemente mágica para que dé el pego.

—Póngasela —le digo a Vicente, y él obedece a toda prisa. No solo por la urgencia de mi voz, sino por la mirada envenenada que le lanza Presentina.

La tela cae suelta y no parece haber ninguna mancha, aunque las luces del ayuntamiento no son muy de fiar y nunca se sabe. La purpurina ha sido otro acierto, porque da luminosidad y atrae la atención como si se tratara de un foco.

—Listo —dice.

—Perfecto —anuncia la organizadora—. ¡Ahora sal!

Y el pobre Vicente echa a correr como si le fuera la vida en ello. Tal vez así sea. Al menos, el éxito de su matrimonio depende de lo convincente que sea su actuación.

Me acerco a la puerta del ayuntamiento y me asomo para observar las reacciones de la gente. Creo que hasta contengo la respiración cuando el sol cae directamente sobre la capa y… ¡no hay ni rastro de la mancha!

—Ha funcionado —susurro, entre incrédula y aliviada.

Presentina me da un ligero golpecito.

—No ha estado mal, niña. Incluso a pesar de ser la nieta de esa condenada Purificación.

Vaya, así que hay mal rollo entre ellas. Bueno, tiene sentido; ambas son tan parecidas que es lógico que sus personalidades choquen. Así que sonrío. Viniendo de ella, es el mejor cumplido que cabría esperar.

—Gracias…, creo.

Entonces, Presentina suspira.

—Los hombres. La cruz de mi vida. Entre Vicente y Ambrosio… ¿Crees que podré casarlo alguna vez? —pregunta, pero no espera mi respuesta—. Qué tontería. Está claro que no. Tendré que pedirle auxilio a la Virgen del Divino Amor, a ver si hay suerte. En fin, espero que nos ayudes también el año que viene.

Esta vez, no dudo.

—Por supuesto.

Sigue en la escena 70

69

Mi abuela Puri salva la manga de Ambrosio y este echa a correr hacia el resto de los vecinos disfrazados. Quedan apenas un par de minutos para que todos recorran las calles del pueblo y no me quedan uñas que morderme. He visto las cámaras de la tele rondar por todo el recibidor del ayuntamiento, pero hasta ahora he tenido suerte y no se han acercado a mí.

Mi familia ya se ha marchado. A tan poco tiempo de empezar, cuando todo es tan caótico y la gente anda tan nerviosa, creen que es mejor esperar fuera para no molestar. Así que ahora estoy sola, caminando de un lado a otro, observando cada disfraz a lo lejos para asegurarme de que todo está perfecto. O todo lo perfecto que puede estar. No soy la única, claro. La abuela de Ambrosio se mueve entre los vecinos como si pasara revista y el resto de los ayudantes se afanan en dar los últimos retoques.

Al fondo veo a Nuño. Está hablando con uno de los cámaras y lo observa todo con una fascinación que me hace sonreír. Pese a todo lo que hemos vivido, aquí sigue. Si hay alguien que se lo merece todo, ese es Nuño. Se nota tanto que ha nacido para la comunicación que no puedo más que alegrarme por él. Agradezco muchísimo tenerlo a mi lado, así que me limito a hacer un gesto con el pulgar cuando nuestras miradas chocan y él me sonríe con la ilusión de un niño pequeño. El cámara le ha dejado toquetear un poco el equipo y parece que está siendo el día más feliz de su vida.

Respiro hondo. Verlo a él (a todo el mundo, en realidad) me hace recordar por qué me metí en este lío. Por qué, a pesar del miedo, no he salido corriendo todavía.

Me recuerda que hay cosas por las que merece la pena luchar.

Y entonces, entre el ruido, las voces y los nervios, oigo algo distinto: risas que me resultan demasiado familiares.

Me giro justo a tiempo para verlos aparecer entre la gente, abriéndose paso a toda prisa. Pronto me veo rodeada de mis amigos, que me abrazan, me despeinan y hablan todos a la vez. Alto, muy muy alto.

Vic es la última; me abraza con tanta fuerza que casi me hace perder el equilibrio.

—¡Clara! —anuncia con una sonrisa—. ¡Hemos venido a desearte suerte! Sabemos que queda muy muy poquito tiempo, pero…

—Para ti —me dice Ángel, y me tiende un ramo de flores algo… triste—. Julio las ha birlado del jardín de Mercedes.

—¿La del bastón de oro? —pregunto, alarmada—. ¡Julio!

Mi amigo alza las manos como si fuera inocente.

—¿Qué? ¡Me dijisteis que me encargara del ramo y eso he hecho! El de Clara y el de Nuño, que me dejáis siempre todos los marronazos. ¿Qué esperabais que hiciera? ¡En invierno no florecen los capullos!

—Uf, ya te digo yo que sí. Te puedo hablar de unos cuantos —murmura Paula por lo bajo.

—He hecho lo que he podido dadas las circunstancias —sentencia Julio.

Mi hermana le pega un manotazo en el hombro.

—¿Tenías que robar las flores a la señora con más mala leche del pueblo?

—Y encima el ramo ni siquiera es bonito —continúa Vic.

Julio nos saca el dedo corazón.

—Que os jodan. El próximo desfile os encargáis vosotros de las puñeteras flores.

El corazón se me para por un segundo.

—¿Próximo desfile? —pregunto, la voz apenas un susurro.

Mis amigos me miran como si me hubiera vuelto loca.

—¿Claro? —afirma Vic—. Habrá más, ¿no? Esto se te da de muerte.

—Si yo tuviera tu maña con la costura —sigue diciendo Ángel—, me pasaría el día entero cosiendo. O no, que se me cansaría la vista.

—Y te dolería la espalda un montón —añade Paula.

—Eso también. Pero el caso es que… ¡Has nacido para esto!

No me salen las palabras.

—Yo…

—¡Clara! —grita entonces la abuela de Ambrosio—. ¡Empezamos ya!

No hay tiempo.

—Luego —prometo—. Os lo cuento luego.

Salgo corriendo.



Al principio, todo va según lo previsto: los vecinos salen del ayuntamiento en orden. Primero, los elfos, los renos y todo lo relacionado con el *lore* de Papá Noel y Laponia.

—Que se preparen los pajes de Oriente —dice la organizadora del desfile.

Y justo cuando ya pensaba que todo iba sobre ruedas… alguien me da un par de golpecitos en el hombro.

—Hay un problema con la capa de Melchor —me informa uno de los vecinos de la asociación.

—¿Qué? —pregunto, blanca del susto—. Imposible. La hemos revisado esta mañana y…

—Ven conmigo.

Obedezco. Algo alejados de los demás, la abuela de Ambrosio y varios ayudantes más discuten sobre la capa, que tiene una mancha enorme de café imposible de ocultar.

—¡Te dije que tuvieras más cuidado! —se queja la anciana—. ¡Hoy duermes en el sofá, por imbécil! Ay, ¿por qué me casaría yo con semejante cazurro?

El hombre, que ahora descubro que es el abuelo de Ambrosio, agacha la cabeza con culpabilidad.

—Tenía sed.

—¡Había agua! —se queja otro vecino.

—¡Lo sé, pero…! Estaba tan nervioso por el desfile que apenas he dormido y… ¡Tenía sueño!

—¡O tienes sueño o sed! —continúa diciendo la abuela de Ambrosio—. ¡Las dos cosas a la vez es vicio, Vicente, te lo tengo dicho!

—Pero Presentina…

Así que ese es el nombre de la abuela de Ambrosio. Bueno, ahora entiendo por qué prefiere que nadie la llame así.

—¡Calla, calla, que igual todavía te pido el divorcio!

—¡El divorcio no!

—¿Hay algún problema? —pregunta la organizadora del desfile—. Melchor tiene que salir ya.

Me paso la mano por la cara.

Vale. Vale. No pasa nada. Solo es una capa. Una capa enorme, central, una de las partes más importantes del desfile y que ahora tiene una mancha de café del tamaño de mi futuro arruinado.

Genial.

—Se puede limpiar —digo, aunque ni yo misma me lo creo.

La abuela de Ambrosio (Presentina, al parecer) me lanza una mirada que podría taladrar hormigón.

—¿En treinta segundos? ¿Con qué? ¿Con fe?

—Podemos darle la vuelta —propone alguien.

—Es reversible —añade otro.

Todos nos giramos hacia él.

—¿Lo es? —pregunto.

Silencio.

—No, en realidad no —admite.

Perfecto.

La organizadora da una palmada.

—Chicos, necesitamos una solución ya. Melchor sale después de los pajes. No podemos retrasar esto.

Miro la capa. La mancha es oscura, fea, imposible de disimular. Dios, ¡tenía que ponerse a beber café!

Piensa.

¡¡Piensa, Clara, piensa!!

Entonces recuerdo algo.

—Espera —murmuro. Me agacho junto a una de las cajas de material. Rebusco entre retales, cintas, adornos que habíamos descartado en los últimos días, hasta que encuentro lo que necesito—. Dame eso —le digo a una de las ayudantes—. Y las tijeras. Y… ¿hay pegamento textil?

—Sí, pero…

—Dámelo.

—Clara —dice la organizadora—, no tenemos tiempo para…

—Confía en mí.

No sé de dónde saco esa seguridad, pero funciona. Nadie me discute cuando extiendo la capa sobre una mesa. No sé qué me preocupa más, si fastidiarla ahora que me está mirando todo el mundo o que Melchor salga sin ella. Se me ocurre en el último segundo que sería tan fácil como quitarles la capa a los otros dos reyes, pero…

«Concéntrate, Clara», me ordeno.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Presentina.

—Improvisar.

Coloco un retal sobre la mancha.

—Esto no estaba en el diseño —murmura alguien.

—Pues ahora sí.

Empiezo a cortar formas rápidas, irregulares. Bordes que parecen intencionados. Superpongo telas, creo capas sobre la capa. Pego, despego, arranco y rompo. Coso botones, pego purpurina e improviso un rápido patrón mientras decenas de gotitas de sudor hacen que el flequillo se me quede pegado a la frente.

El pegamento no es lo ideal, pero sirve. ¡Funciona! Creo que aguantará toda la mañana, pero por si acaso refuerzo la tela con un par de puntadas rápidas.

—Diez segundos —avisa la organizadora.

—¡Hecho! —anuncio.

No es la capa original, pero creo que parece lo suficientemente mágica para que dé el pego.

—Póngasela —le digo a Vicente, y él obedece a toda prisa. No solo por la urgencia de mi voz, sino por la mirada envenenada que le lanza Presentina.

La tela cae suelta y no parece haber ninguna mancha, aunque las luces del ayuntamiento no son muy de fiar y nunca se sabe. La purpurina ha sido otro acierto, porque da luminosidad y atrae la atención como si se tratara de un foco.

—Listo —dice.

—Perfecto —anuncia la organizadora—. ¡Ahora sal!

Y el pobre Vicente echa a correr como si le fuera la vida en ello. Tal vez así sea. Al menos, el éxito de su matrimonio depende de lo convincente que sea su actuación.

Me acerco a la puerta del ayuntamiento y me asomo para observar las reacciones de la gente. Creo que hasta contengo la respiración cuando el sol cae directamente sobre la capa y… ¡no hay ni rastro de la mancha!

—Ha funcionado —susurro, entre incrédula y aliviada.

Presentina me da un ligero golpecito.

—No ha estado mal, niña. Incluso a pesar de ser la nieta de esa condenada Purificación.

Vaya, así que hay mal rollo entre ellas. Bueno, tiene sentido. Ambas son tan parecidas que es lógico que sus personalidades choquen. Así que sonrío. Viniendo de ella, es el mejor cumplido que cabría esperar.

—Gracias…, creo.

Entonces, Presentina suspira.

—Los hombres. La cruz de mi vida. Entre Vicente y Ambrosio… ¿Crees que podré casarlo alguna vez? —pregunta, pero no espera mi respuesta—. Qué tontería. Está claro que no. Tendré que pedirle auxilio a la Virgen del Divino Amor, a ver si hay suerte. En fin, espero que nos ayudes también el año que viene.

Esta vez, no dudo.

—Por supuesto.

Sigue en la escena 73

70

La celebración posdesfile tiene lugar, como es habitual en Zarcilla de las Alcahuetas, en la plaza del pueblo.

Mis amigos son los primeros en placarme en cuanto pongo un pie fuera del ayuntamiento.

Una vez más, Vic casi me tira al suelo.

—¡Clara!

—¡HA SIDO INCREÍBLE! —me grita Julio tan cerca del oído que temo que me haya dejado sorda—. ¡Los disfraces, las carrozas de Berta! Joder, el mejor desfile de la historia.

—Cuéntanoslo todo —insiste Vic—. ¡Detalles, detalles!

Y por primera vez, lo hago. No me importa ser el centro de atención, contarles sobre mi proceso creativo, sobre todo lo que soy. Me lanzo y les hablo de los diseños, de cómo ha sido trabajar en el desfile y del incidente de la capa.

—¿En serio? —pregunta Ángel—. ¡Pero si parecía hecha así aposta!

—Hermanita —me dice Silvia. Me pasa un brazo alrededor de los hombros y me planta un sonoro beso en la mejilla—, eres increíble.

—No ha sido para tanto…

—¡Venga ya! Sin ti todo se hubiera ido a la mierda —añade Paula.

—No exageres.

—No, no. Piensa: ¿qué es Melchor sin su capa? —pregunta Julio—. Solo un viejo con vestido.

—¡Julio! —le regaña Nuño, pero ya es demasiado tarde y todos nos echamos a reír.

Los miro. Los miro a todos con tantísimo cariño que temo que me estalle el corazón.

Me niego a que mis miedos estropeen esto. Así que suspiro y me lanzo.

—Voy a dejar la carrera.

Silencio.

—¿Qué? —dice Ángel.

—Ingeniería —añado—. Lo voy a dejar. Quiero estudiar moda.

Parpadean.

—Pues… —empieza Paula.

—¡Qué guay! —salta Vic, sin dudar—. O sea, era obvio.

—Bastante —añade Ángel—. Después de lo de hoy…

—Eres buenísima —dice Paula—. Sería absurdo que no lo intentaras.

—Se te da tan bien, Clara —sigue Nuño—. En serio, creo que no eres consciente de lo muchísimo que cambias cuando coses. Es como…

—Como si hubiera nacido para esto —sentencia mi hermana—. ¿Lo veeees? ¡Te lo dije!

Noto un nudo en la garganta. Creo que esta mañana he llorado más que en toda mi vida. No me los merezco. A ellos, tanto amor, tanto apoyo, después de todo.

—Por eso he estado algo rara estos meses… —confieso—. Porque estaba muy triste en Madrid. No me gusta la carrera, y no he logrado encajar bien entre los demás estudiantes.

—Lógico —dice Julio—. Tienen pinta de ser unos pijos de mucho cuidado.

Vic le da un empujón y yo bajo la mirada y tomo aire.

—Siento no habéroslo contado antes. Es que… Lo siento —repito.

El silencio ahora es distinto. Más serio, denso. Se alarga tanto que temo haber cantado bingo demasiado pronto. Ahora mis amigos parecen dolidos, y no me extraña.

—Ya… —dice Ángel, rascándose la nuca.

—Eso no nos ha molado mucho —añade Paula, sin rodeos.

Vic asiente y pone los brazos en jarras.

—Nos podrías haber dicho algo, Clara.

Trago saliva.

—Lo sé y lo siento.

—Es que creíamos que pasabas de nosotros —dice Julio—. O que… no confiabas, no sé. Que habías encontrado otros colegas más guays en Madrid. Aspirantes a ingeniero por si fuera poco.

Uf, qué mal.

—No es eso —digo rápido—. Confío en vosotros, pero no en mí. En ser capaz de salir de semejante lío. Me daba tantísima vergüenza admitir que me había equivocado… No quería que me vierais de forma distinta.

Se miran entre ellos.

—Bueno —dice Paula al final—, definitivamente eres idiota.

—¿Gracias?

—Pero —añade segundos después— eres nuestra idiota.

Alzo la vista con sorpresa y Vic me sonríe con calidez.

—¿Cómo que verte de forma distinta? ¿Qué más da que seas ingeniera, diseñadora o lo que te dé la gana?

—Clara es Clara —sentencia Ángel—. Sigues siendo solo tú.

—Y eres de las nuestras. Y eso no lo van a cambiar un puñado de ingenieros estirados —añade Julio.

Se me escapa una risa entre lágrimas.

—¿Estamos bien?

Vic me envuelve entre sus brazos.

—Siempre.

—Pero la próxima vez —añade Paula, que se une también al abrazo—, hablas. O te pego, te lo juro.

—Sí —dice Ángel—. Iremos a Madrid y te pegaremos.

—A ti y a tus amigos ingenieros.

—¡Julio! —se queja Vic—. Vamos a ver, ¿qué tienes en contra de los ingenieros?

—Pues que han hecho desgraciada a nuestra Clara y…

—Creo que me he hecho desgraciada yo solita —digo, y él pone los ojos en blanco. Murmura algo que suena muy parecido a «malditos ingenieros» y no me cabe duda de que detrás de esa amargura se encuentra una anécdota que no nos ha contado y que le sacaremos tarde o temprano.

—¿Nos prometes que no volverás a alejarte de nosotros? —pregunta Nuño. Así que trago saliva y asiento.

—Prometido —murmuro, y unimos los dedos meñiques como cuando éramos pequeños.

Mi hermana me mira, me guiña un ojo y me da un pequeño empujoncito.

—Y ahora, a celebrarlo, que lo has petado.

Y esta vez no titubeo, porque creo que tiene razón y que me lo merezco. Así que los arrastro a todos a una nueva pista de baile improvisada.

Si has pasado por la escena 58 → Sigue en la escena 74

Si has pasado por la escena 62 → Sigue en la escena 77

71

La celebración posdesfile tiene lugar, como es habitual en Zarcilla de las Alcahuetas, en la plaza del pueblo. Encuentro a mis amigos en nuestra esquina de siempre, sentados en un círculo mientras comen patatitas y se pasan un paquete de pipas. Cuando mis amigos me ven aparecer, la conversación muere y todos clavan la vista en mí.

—¿Puedo…? —carraspeo—. ¿Puedo sentarme?

Paula es la primera en hacerme un hueco. Pone los ojos en blanco y da un par de palmaditas en el suelo.

—No seas tonta, Clara —me dice, y me pasa el brazo alrededor de los hombros cuando me dejo caer a su lado—. ¿Por qué no ibas a poder?

Siento tal alivio que casi me echo a llorar.

—¡Porque soy un desastre! —estallo—. Porque he sido una mala amiga, no he hablado con vosotros y entendería perfectamente que estuvierais enfadados y…

—Eh —me dice Julio—, echa el freno. ¡Nosotros no pensamos eso!

Parpadeo, confundida.

—¿No?

Vic niega con la cabeza.

—No estamos enfadados —empieza—. Bueno, un poco sí, ¡pero sobre todo estamos dolidos! ¿Por qué no nos has contado lo que te ocurría?

—Me daba vergüenza —admito—. No quería que sintierais pena por mí o que, al hablar con vosotros, no pudiera resistir las ganas de volver a casa, no sé. Sé que os extrañó que estudiara Ingeniería y que me mudara.

—Es que fue raro de pelotas —dice Julio—. ¡Con lo rancios que son los ingenieros!

—No todos —digo, pero él niega con la cabeza.

—Desde luego, mucho más que tú. ¡No te pega nada!

—Es lo que le dije —añade mi hermana—, pero Clara es tozuda como nadie.

Supongo que tiene razón.

—Lo sé, pero era lo más… cómodo. Mis padres parecían estar seguros y yo no quería molestar, ¡y además el diseño es muy difícil! ¿Cómo iba a pedirles que invirtieran tanto dinero en una carrera tan inestable?

—Pero es que has nacido para esto —sigue Ángel—. ¿Has visto el desfile? Lo contenta que has estado trabajando en él. Menos mal que has recapacitado y ahora vas por la senda correcta. Porque te matricularás en Diseño, ¿verdad?

—Eres buenísima —dice Paula—. Sería absurdo que no lo hicieras.

—Se te da tan bien, Clara —sigue Nuño—. En serio, creo que no eres consciente de lo muchísimo que cambias cuando coses. Es como…

—Como si hubiera nacido para esto —repite mi hermana—. ¿Lo veeees? ¡Te lo dije! Además, conoces a papá y mamá. ¿Crees que les va a importar pagarte la carrera de tus sueños? No seas tonta.

—Entonces, ¿lo intentarás? —insiste Paula—. Porque necesito a alguien que me diseñe los *outfits* que llevaré en todos los festivales a los que me he apuntado este verano.

Sonrío, aunque noto un nudo en la garganta. Mi hermana tiene razón, como siempre. Creo que hoy he llorado más que en toda mi vida. No me los merezco. A ellos, tanto amor, tanto apoyo, después de todo.

—Creo que sí —admito, despacio—. Aunque me aterre, aunque una parte de mí piense que no valgo para esto.

—Pero eso nos pasa a todos —dice Nuño, y me da un par de golpecitos en la rodilla—. Eso solo demuestra lo mucho que te importa. Si no te importara, no estarías tan asustada.

Sorbo por la nariz y aprieto su mano con cariño.

—Gracias —murmuro, y los barro a todos con la mirada—. Y lo siento. Lo siento muchísimo, chicos. Siento haber mentido y que os

enteréis de esta forma. Lo siento.

Julio tuerce el gesto.

—No te voy a mentir: ha estado feo. Nos hemos pasado meses rayadísimos pensando que pasabas de nosotros. O que… no confiabas, no sé. Que habías encontrado otros colegas más guays en Madrid. Ingenieros, por si fuera poco.

Uf, qué mal.

—¡Pero eso es imposible! Si sois los mejores.

Ángel bufa para tratar de contener una sonrisa.

—No nos hagas la pelota —bromea—. Y deja ya de machacarte, Clara. Últimamente no has tomado las mejores decisiones, no, pero ¡no pasa nada! Lo has solucionado. Has venido y has hablado con nosotros.

—Y eso es lo que importa —añade Paula.

Asiento y me limpio un par de lágrimas.

—Porque vuestra amistad me importa más que todo.

Julio suelta un «oooooh» exagerado.

—¡Nosotros también te queremos!

Se me escapa una risa entre lágrimas.

—¿Estamos bien?

Ahora es Vic quien gatea hasta mí para envolverme entre sus brazos.

—Siempre.

—Pero la próxima vez —añade Paula, que se une también al abrazo—, o nos cuentas tus problemas o te pego, te lo juro.

—Sí —dice Ángel—. Iremos a Madrid y te pegaremos.

—Me parece justo.

—A ti y a tus amigos ingenieros.

—¡Julio! —se queja Vic—. Vamos a ver, ¿qué tienes en contra de los ingenieros?

—Pues que han hecho desgraciada a nuestra Clara y…

—Creo que me he hecho desgraciada yo solita —digo, y él pone los ojos en blanco. Murmura algo que suena muy parecido a «malditos ingenieros» y no me cabe duda de que detrás de esa

amargura se encuentra una anécdota que no nos ha contado y que le sacaremos tarde o temprano.

—Entonces… —continúa Silvia—. Todo solucionado, ¿no? Pues luego me haces un bízum, que te pagué tu billete del interraíl.

Parpadeo, confusa.

—¿Qué?

—¡Clara! —exclama Vic—. No pensarías ni por un segundo que te dejaríamos de lado, ¿verdad?

—Sé que no —digo—, ¡pero no pensé que me hubierais comprado a mí también el billete!

—Por supuesto. —Silvia pone los ojos en blanco, como si fuera obvio—. Estaba de oferta. Por eso los compramos nosotros. Porque sabía que vendrías, aunque estuvieras un poco *cucú* con todo el lío de la uni.

—Además, no puedes perderte a Julio intentando hablar griego —dice Ángel.

—¡Que lo estoy estudiando en la universidad! —espeta el aludido, y, esta vez sí, todos nos echamos a reír.

Mi hermana se levanta y me tiende una mano.

—Perfecto —dice mi hermana con una sonrisa—. Y ahora, ¡a celebrar el desfile, que lo has petado!

Y esta vez no titubeo, porque creo que tiene razón y que me lo merezco. Así que acepto su mano y todos corremos a una nueva pista de baile improvisada.

¡Abre el relato final Long live!

72

La celebración posdesfile tiene lugar, como es habitual en Zarcilla de las Alcahuetas, en la plaza del pueblo.

Soy la primera en buscar a mis amigos. Los encuentro en la misma esquina que de costumbre, sentados en un círculo mientras comen patatitas y se pasan un paquete de pipas. Están todos menos Nuño, que se ha quedado hablando con la prensa. Casi que lo agradezco, porque todavía tengo algo pendiente con él y tal vez es mejor que lo hablemos a solas.

Cuando mis amigos me ven aparecer, la conversación muere y todos clavan la vista en mí.

—¿Puedo…? —carraspeo—. ¿Puedo sentarme?

Paula es la primera en hacerme un hueco. Pone los ojos en blanco y da un par de palmaditas en el suelo.

—No seas tonta, Clara —me dice, y me pasa el brazo alrededor de los hombros cuando me dejo caer a su lado—. ¿Por qué no íbamos a dejarte?

Siento tal alivio que casi me echo a llorar.

—¡Porque soy un desastre! —estallo—. Porque he sido una mala amiga, no he hablado con vosotros y entendería perfectamente que estuvierais enfadados y…

—Eh —me dice Julio—, echa el freno. ¡Nosotros no pensamos eso!

Parpadeo, confundida.

—¿No?

Vic niega con la cabeza.

—No estamos enfadados —empieza—. Bueno, un poco sí, ¡pero sobre todo estamos dolidos! ¿Por qué no nos has contado lo que te ocurría?

—Me daba vergüenza —admito—. No quería que sintierais pena por mí o que, al hablar con vosotros, no pudiera resistir las ganas de

volver a casa, no sé. Sé que os extrañó que estudiara Ingeniería y que me mudara.

—Es que fue raro de pelotas —dice Julio—. ¡Con lo rancios que son los ingenieros!

—No todos —digo, pero él niega con la cabeza.

—Desde luego, mucho más que tú. ¡No te pega nada!

—Es lo que le dije —añade mi hermana—, pero Clara es tozuda como nadie.

Supongo que tiene razón.

—Lo sé, pero era lo más… cómodo. Mis padres parecían seguros y yo no quería molestar, ¡y además el diseño es tan difícil! ¿Cómo iba a pedirles que invirtieran tanto dinero en una carrera tan volátil e impredecible?

—Pero es que has nacido para esto —sigue Ángel—. ¿Has visto el desfile? ¿Lo contenta que has estado trabajando en él? Menos mal que has recapacitado y ahora vas por la senda correcta. Porque te matricularás en Diseño, ¿verdad?

—Eres buenísima —dice Paula—. Sería absurdo que no lo hicieras.

—¿Lo veeees? —dice mi hermana—. ¡Te lo dije! Además, conoces a papá y mamá. ¿Crees que les va a importar pagarte la carrera de tus sueños? No seas tonta.

—Entonces, ¿lo intentarás? —insiste Paula—. Porque necesito a alguien que me diseñe los vestidos que llevaré en todos los festivales a los que me he apuntado este verano.

Sonrío, aunque noto un nudo en la garganta. Mi hermana tiene razón, como siempre. Creo que hoy he llorado más que en toda mi vida. No me los merezco. A ellos, tanto amor, tanto apoyo, después de todo.

—Creo que sí —admito, despacio—. Aunque me aterre, aunque una parte de mí piense que no valgo para esto.

—¡Lógico! —dice Julio—. A todos nos da vértigo algo.

—Especialmente cuando nos importa tanto —añade mi hermana.

—Gracias —murmuro, y los barro a todos con la mirada—. Y lo siento. Lo siento muchísimo, chicos. Siento haber mentido y que os

enteréis de esta forma. Lo siento.

Julio tuerce el gesto.

—No te voy a mentir: ha estado feo. Nos hemos pasado meses rayadísimos pensando que pasabas de nosotros. O que… no confiabas, no sé. Que habías encontrado otros colegas más guays en Madrid. Ingenieros, por si fuera poco.

Uf, qué mal.

—¡Pero eso es imposible! Si sois los mejores.

Ángel bufa para tratar de contener una sonrisa.

—No nos hagas la pelota —bromea—. Y deja ya de machacarte, Clara. Últimamente no has tomado las mejores decisiones, no, pero ¡no pasa nada! Lo has solucionado. Has venido y has hablado con nosotros.

—Y eso es lo que importa —añade Paula.

Asiento y me limpio un par de lágrimas.

—Porque vuestra amistad me importa más que todo.

Julio suelta un «oooooh» exagerado.

—¡Nosotros también te queremos!

Se me escapa una risa entre lágrimas.

—¿Estamos bien?

Ahora es Vic quien gatea hasta mí para envolverme entre sus brazos.

—Siempre.

—Pero la próxima vez —añade Paula, que se une también al abrazo—, hablas. O te pego, te lo juro.

—Sí —dice Ángel—. Iremos a Madrid y te pegaremos.

—Me parece justo.

—A ti y a tus amigos ingenieros.

—¡Julio! —se queja Vic—. Vamos a ver, ¿qué tienes en contra de los ingenieros?

—Pues que han hecho desgraciada a nuestra Clara y…

—Creo que me he hecho desgraciada yo solita —digo, y él pone los ojos en blanco. Murmura algo que suena muy parecido a «malditos ingenieros» y no me cabe duda de que detrás de esa

amargura se encuentra una anécdota que no nos ha contado y que le sacaremos tarde o temprano.

—Entonces… —continúa Silvia—. Todo solucionado, ¿no? Pues luego me haces un bízum, que te pagué tu billete del interraíl.

Parpadeo, confusa.

—¿Qué?

—¡Clara! —exclama Vic—. No pensarías ni por un segundo que te dejaríamos de lado, ¿verdad?

—Sé que no —digo—, ¡pero no pensé que me hubierais comprado a mí también el billete!

—Por supuesto. —Silvia pone los ojos en blanco, como si fuera obvio—. Estaba de oferta. Por eso los compramos nosotros. Porque sabía que vendrías, aunque estuvieras un poco *cucú* con todo el lío de la uni.

—Además, no puedes perderte a Julio intentando hablar griego —dice Ángel.

—¡Que lo estoy estudiando en la universidad! —espeta el aludido y, esta vez sí, todos nos echamos a reír.

Mi hermana se levanta y me tiende una mano.

—Perfecto —dice mi hermana con una sonrisa—. Y ahora, ¡a celebrar el desfile, que lo has petado!

Y esta vez no titubeo, porque creo que tiene razón y que me lo merezco. Así que acepto su mano y todos corremos a una nueva pista de baile improvisada.

Sigue en la escena 80

73

La celebración posdesfile tiene lugar, como es habitual en Zarcilla de las Alcahuetas, en la plaza del pueblo.

Mis amigos son los primeros en placarme en cuanto pongo un pie fuera del ayuntamiento. Son todos menos Nuño, que se ha quedado hablando con la prensa.

Una vez más, Vic casi me tira al suelo.

—¡Clara!

—¡HA SIDO INCREÍBLE! —me grita Julio tan cerca del oído que temo que me haya dejado sorda—. El mejor desfile de la historia.

—Cuéntanoslo todo —insiste Vic—. ¡Detalles, detalles!

Y por primera vez, lo hago. No me importa ser el centro de atención, contarles sobre mi proceso creativo, sobre todo lo que soy. Me lanzo y les hablo de los diseños, de cómo ha sido trabajar en el desfile y del incidente de la capa.

—¿En serio? —pregunta Ángel—. ¡Pero si parecía hecha así aposta!

—Hermanita —me dice Silvia. Me pasa un brazo alrededor de los hombros y me planta un sonoro beso en la mejilla—, eres increíble.

—No ha sido para tanto…

—¡Venga ya! Sin ti todo se hubiera ido a la mierda —añade Paula.

—No exageres.

—No, no. Piensa: ¿qué es Melchor sin su capa? —pregunta Julio—. Solo un viejo con vestido.

—Pero mira que eres bestia —dice Silvia, pero ya es demasiado tarde y todos nos echamos a reír.

Los miro. Los miro a todos con tantísimo cariño que temo que me estalle el corazón.

Me niego a que mis miedos estropeen esto. Así que suspiro y me lanzo.

—Voy a dejar la carrera.

Silencio.

—¿Qué? —dice Ángel.

—Ingeniería —añado—. Lo voy a dejar. Quiero estudiar moda.

Parpadean.

—Pues… —empieza Paula.

—¡Qué guay! —salta Vic, sin dudar—. O sea, era obvio.

—Bastante —añade Ángel—. Después de lo de hoy…

—Eres buenísima —dice Paula—. Sería absurdo que no lo intentaras.

—Se te da tan bien, Clara —sigue Nuño—. En serio, creo que no eres consciente de lo muchísimo que cambias cuando coses. Es como…

—Como si hubiera nacido para esto —sentencia mi hermana—. ¿Lo veeees? ¡Te lo dije!

Noto un nudo en la garganta. Creo que esta mañana he llorado más que en toda mi vida. No me los merezco. A ellos, tanto amor, tanto apoyo, después de todo.

—Por eso he estado algo rara estos meses… —confieso—. Porque era… miserable en Madrid. No me gusta la carrera, y no he logrado encajar bien entre los demás ingenieros.

—Lógico —dice Julio—. Tienen pinta de ser unos pijos de mucho cuidado.

Vic le da un empujón y yo bajo la mirada y tomo aire.

—Siento no haberlo dicho antes. Es que… Lo siento —repito.

El silencio ahora es distinto.

Más serio, denso. Se alarga tanto que temo haber cantado bingo demasiado pronto. Ahora mis amigos parecen dolidos y no me extraña.

—Ya… —dice Ángel, rascándose la nuca.

—Eso no nos ha molado mucho —añade Paula, sin rodeos.

Vic asiente y pone los brazos en jarras.

—Nos podrías haber dicho algo, Clara.

Trago saliva.

—Lo sé y lo siento.

—Es que hemos pensado que pasabas de nosotros —dice Julio—. O que… no confiabas, no sé. Que habías encontrado otros colegas más guays en Madrid. Ingenieros, por si fuera poco.

Uf, qué mal.

—No es eso —digo rápido—. Confío en vosotros, pero no en mí. En ser capaz de salir de semejante lío. Me daba tantísima vergüenza admitir que me había equivocado… No quería que me vierais de forma distinta.

Se miran entre ellos.

—Bueno —dice Paula al final—, definitivamente eres idiota.

—¿Gracias?

—Pero —añade segundos después— eres nuestra idiota.

Alzo la vista con sorpresa y Vic me sonríe con calidez.

—¿Cómo que verte de forma distinta? ¿Qué más da que seas ingeniera, diseñadora o lo que te dé la gana?

—Clara es Clara —sentencia Ángel—. Sigues siendo solo tú.

—Y eres de las nuestras. Y eso no lo van a cambiar un puñado de ingenieros estirados —añade Julio.

Se me escapa una risa entre lágrimas.

—¿Estamos bien?

Vic me envuelve entre sus brazos.

—Siempre.

—Pero la próxima vez —añade Paula, que se une también al abrazo—, hablas. O te pego, te lo juro.

—Sí —dice Ángel—. Iremos a Madrid y te pegaremos.

—A ti y a tus amigos ingenieros.

—¡Julio! —se queja Vic—. Vamos a ver, ¿qué tienes en contra de los ingenieros?

—Pues que han hecho desgraciada a nuestra Clara y…

—Creo que me he hecho desgraciada yo solita —digo, y él pone los ojos en blanco. Murmura algo que suena muy parecido a «malditos ingenieros» y no me cabe duda de que detrás de esa amargura se encuentra una anécdota que no nos ha contado y que le sacaremos tarde o temprano.

—Entonces… —continúa Silvia—. ¿Todo solucionado?

—Eso creo.

Al menos, lo que tiene que ver con mi futuro académico. Lo de Nuño ya es otro tema…

—Perfecto —dice mi hermana con una sonrisa—. Y ahora, a celebrarlo, que lo has petado.

Y esta vez no titubeo, porque creo que tiene razón y que me lo merezco. Así que los arrastro a todos a una nueva pista de baile improvisada.

Sigue en la escena 80

74

La fiesta se alarga hasta bien entrado el mediodía. Después de tanto baile, me duelen los pies una barbaridad, así que me alejo para descansar y echo un vistazo a mi alrededor. No he visto a Jaime en toda la mañana y me siento… rara. Ansiosa. Lo echo de menos. Después de lo del otro día, he intentado molestarle lo menos posible. Siento que no es justo para él estar mareándolo con mi indecisión. Pero ahora… Hoy me siento más valiente que nunca, así que miro la hora en el móvil y me acerco a la carpa en la que tiene lugar el concurso de roscones.

El olor a canela y a dulce es tan intenso que se me hace la boca agua. Paseo por las mesas, observando todos y cada uno de ellos. Queda muy poquito para que los jueces den su veredicto y que el resto de los vecinos nos acerquemos a probarlos, como es tradición.

¿Cuál será el de Jaime? ¿El de ahí? No, no me encaja con él. ¿Y ese? No, no creo. ¿Y dónde está él? ¿Por qué no…?

Me detengo frente a uno de los dulces. No me hace falta leer la papelina con su nombre para saber que se trata del roscón de Jaime. Y lo sé no solo porque me pegue, sino porque Jaime ha adornado la masa con los mismos colores predominantes que uso yo en mis diseños. Rojo, azul, tierra, ocre. Haga lo que haga, siempre intento que mis patrones tengan esa combinación, porque me gusta y me recuerda a los colores de Zarcilla.

Me recuerdan a mi casa, a mi hogar.

Me muerdo el labio inferior en un patético intento de retener las lágrimas y me giro. ¿Dónde está? ¿Por qué no hay ni rastro de él? ¿Dónde…? Lo busco entre la multitud. Pregunto a un par de vecinos que no saben darme una respuesta y salgo de la carpa.

—¿Clara? —pregunta Nuño—. ¿Qué ocurre?

—¿Sabes dónde está Jaime? —le pregunto, y él niega con la cabeza, confundido.

—Llevo sin verlo desde el desfile.

—¿Ha estado en el desfile?

Él asiente.

—En primera fila.

Mierda, mierda. ¿De verdad quiero dejar así las cosas?

—¿Y Berta? —digo entonces—. ¿Dónde está Berta? Seguro que ella sabe…

—La última vez que la vi estaba hablando con una vecina de la asociación cerca del ayuntamiento

—¡Gracias! —le digo. Le doy un rápido apretón en el brazo y echo a correr.

Por suerte, Berta sigue ahí. Tiene las manos manchadas de pintura y parece estar hablando sobre las carrozas del desfile, porque las señala con orgullo.

—¡Berta! —le digo. Ella me mira y arquea las cejas, como si supiera que esto iba a llegar en un momento u otro—. ¿Dónde está Jaime?

Berta se disculpa con la vecina de la asociación y me aleja un poco para hablar con más tranquilidad. Duda, y a mí me entran ganas de zarandearla.

—Uhm… —empieza. Se rasca la mejilla y suspira—. Se ha ido.

—¿Qué?

—Ha pillado el autobús justo después del desfile —continúa, despacio—. Regresa a Madrid porque hay un comprador interesado en la casa y quiere hablar con sus padres para… Bueno, para cerrarlo todo lo antes posible.

De repente, la fiesta deja de parecerme divertida. El suelo se inclina, como si quisiera tragarme, y durante unos segundos espero haber escuchado mal. Pero sé que no, a juzgar por la mirada que me dirige Berta.

—No puedo creer que… —intento, y reculo—. ¿Se ha ido sin despedirse?

Berta suspira.

—Mira, mi primo me ha dicho que no te diga nada, pero a la mierda —dice, y su rostro adquiere una seriedad que me pone los pelos de punta—. A Jaime le molas, Clara. Le molas un huevo. Está coladito por ti, pero piensa que no es correspondido. Y, si te soy sincera, yo tampoco lo tengo claro. Porque es evidente que estos días habéis compartido algo muy profundo juntos, pero…

—Jaime me gusta —la interrumpo.

Ella hace una pausa.

—Lo sé, pero —continúa— ¿va a durar? Perdona que sea así de directa, pero… creo que tienes demasiado lío como para centrarte al mil por mil en una relación. ¿O me equivoco? —continúa, y yo bajo la cabeza. No, por desgracia no se equivoca. Mi vida ahora es un caos, y más que lo será ahora que he decidido que estudiaré moda. Todavía no sé si volveré a Madrid o qué haré cuando acaben las vacaciones—. ¿Estás segura de que quieres algo con él? Una relación. Porque mi primo no es de los que están a medias, ¿sabes? Y no quiero que le hagas daño. Y ya está agobiado porque piensa que te ha agobiado a ti.

—Él no… —intento—. Él nunca…

—Tienes que decidirte, Clara. ¿Estás segura de que quieres estar con él o prefieres dejarlo todo en un bonito recuerdo? Porque si es así, si de verdad te gusta tanto como dices, te acerco con la moto a la estación de autobuses.

—¿Todavía estoy a tiempo? —pregunto, esperanzada.

Berta hace un gesto.

—No lo sé, pero podemos intentarlo.

Me muerdo el labio inferior. El corazón me late tan fuerte que temo que esté a punto de darme un paro cardíaco. Berta tiene razón. En todo. En lo mucho que me gusta Jaime, pero también en querer protegerlo. Porque no lo sé. Si de verdad me gustara tanto, si de verdad estuviera tan dispuesta a estar con él, ¿por qué dudaría? Debería haber corrido ya rumbo a la estación.

¿Lo quiero? Sé que me gusta, pero… ¿Me gusta lo suficiente como para lanzarme a la piscina? ¿Quiero intentar una relación seria

con él?

Clara va detrás de Jaime → Sigue en la escena 75
Clara decide que mejor que no → Sigue en la escena 76

75

Cuando tuve que tomar la decisión de matricularme en la universidad, escogí la carrera que me pareció más segura, no la que realmente quería, y me he arrepentido desde entonces. Dejé que el miedo venciera, que tomara las riendas de mi vida.

No quiero que me pase lo mismo con Jaime. No quiero volver a quedarme con las ganas de saber lo que podría haber sido. Quiero que *sea*.

—Llévame a la estación —le pido a Berta.

Ella me mira.

—¿Estás segura?

—¡Sí, sí! —le digo—. Date prisa, por favor.

Berta asiente. Me hace un gesto para que la siga y ambas corremos hacia la moto mientras ella busca las llaves en la chaqueta. Apenas me paro a admirar el vehículo, aunque me parece que es la moto más Berta del mundo, llena de pegatinas y grafitis. La dueña me tiende un casco que me abrocho de manera apresurada. Ella también se coloca uno, se sienta y me deja espacio para que monte detrás de ella, y sin mediar palabra alguna arranca.

Solo espero que no sea demasiado tarde.



La estación de autobuses de Zarcilla está mucho más vacía que la última vez que estuve aquí.

Berta para la moto justo en la entrada y yo me apeo y me quito el casco.

—Gracias por traerme —le digo.

Ella me lanza una larga mirada.

—No le rompas el corazón.

Asiento, decidida.

—No lo haré.

Entonces, Berta me sonríe. Acepta el casco que le tiendo y hace un gesto.

—¡Corre! Ve tras él.

No tiene que repetírmelo dos veces. Me lanzo y entro en la estación. Por suerte, no es muy amplia: la típica de un pueblo grande y turístico. Una sola planta con un recinto cerrado que tiene una cafetería y varias dársenas. Me detengo frente a la pantalla de información con el corazón en un puño. Busco entre todas las direcciones y… ¡El autobús de Jaime sale en dos minutos!

Suelto un rápido suspiro de alivio antes de volver a echar a correr rumbo a las dársenas. Agradezco profundamente que Jaime sea tan alto, porque no me cuesta nada reconocerlo entre la multitud.

—¡Jaime!

Él me mira con tanta sorpresa que resulta hasta cómico: abre la boca y los ojos como un pez.

—¿Clara?

Me acerco a él y le hago un gesto para que espere mientras recupero el aliento. Jo, ¿desde cuándo estoy en tan baja forma física? Debería apuntarme al gimnasio

—¿Eres… tonto? —tomo aire—. ¿Cómo se te ocurre irte sin despedirte?

Él parece incómodo cuando encoge uno de los hombros.

—Ya, lo siento, es que no quería montar un numerito.

Me incorporo y pongo los brazos en jarras.

—Uf, sí que eres tontísimo —le digo, y él suelta un «auch» que casi me hace sonreír—. ¿Qué numerito? Te has ido antes de que pueda decirte que me gustas mucho.

Ahora es su turno de perder el habla.

—¿Qué?

—Que me gustas. Y que siento muchísimo haberte confundido con mi… ¿confusión? Es que… ¡no han sido meses fáciles! Lo último que esperaba era reencontrarme contigo y sentir lo que siento y…

—Dudo. Esta tiene que ser la peor confesión de amor de la historia—. El caso es que me gustas y siento haberme dado cuenta tan tarde. A ver, que ya lo sabía de antes, pero no ha sido hasta que he visto tu roscón que me he dado cuenta de que estoy dispuesta a todo para estar contigo.

—¿Lo has visto? —pregunta él con timidez.

—Era… perfecto —susurro, emocionada—. Y de verdad que espero que haya quedado el primero, porque si no, voy a ir al ayuntamiento a gritarles cuatro cosas a los jueces y…

Enmudezco cuando Jaime busca una de mis manos.

—Siento haberme ido sin decirte nada. Es solo que… Tú también me gustas mucho, Clara. Y no quería presionarte. Tenía pensado mandarte un mensaje cuando llegara a casa para explicarte por qué tenía que irme, porque si lo hacía en persona corría el riesgo de querer besarte otra vez y…

—Puedes hacerlo —le digo—. Besarme, si todavía quieres.

Jaime se inclina hacia mí con una sonrisa.

—Quiero. Claro que quiero.

Y me besa. O lo beso yo a él, no importa. Me incorporo sobre los talones y le atraigo hacia mí y lo beso. Y a este beso le sigue un segundo, y un tercero. Y miles y miles de besos más.

Durante unos segundos dejan de existir la estación y los autobuses, toda la gente de nuestro alrededor. Solo estamos él y yo. Y, cuando nos separamos, no puedo evitar echarme a reír.

Porque aquí estamos, pese a todo.

—¡Eh, parejita! —interrumpe una voz. Se trata del conductor del bus, que nos mira como si ya hubiera sido testigo de esta escena mil veces—. ¿Vas a subir o no?

Jaime duda. Observa el bus y luego vuelve a clavar la atención en mí.

—Creo que no —dice, y me hace latir con fuerza el corazón—. Me quedo. Al menos, durante unos días más.

El hombre masculla un taco y se sube al vehículo, y nosotros nos miramos y volvemos a reír. Es una risa tonta, pero de las que

burbujean por todo el cuerpo.

—Buena elección —le digo con una sonrisa—. Tenemos que volver a recoger tu premio.

—Mucha confianza tienes tú en ese roscón…

—¡Por supuesto! —Ahora soy yo quien busca su mano—. Vamos, estoy deseando probarlo.

Esta vez, cuando tiro de él, lo hago con la convicción de que no soltaré su mano tan fácilmente.

¡Abre el relato final Everything has changed!

76

Berta tiene razón. No puedo lanzarme sin saber si realmente estoy al cien por cien lista para tener una relación, por mucho que Jaime me guste. Además, si él se ha marchado, ¿quién soy yo para echar por tierra su decisión? Jaime tiene sus motivos y no me queda más remedio que respetarlos, por mucho que me duela.

—Gracias por decírmelo —le digo a Berta, que me lanza una mirada triste—. ¿Crees que… crees que podré hablar con él luego? Mandarle un mensaje. No quiero que todo se quede así. Me gustaría cerrar lo nuestro. Tú eres su prima y lo conoces mejor que nadie.

Berta asiente.

—Sí, creo que sí. —Hace una pausa—. ¿Clara? Le gustas mucho. Y no me cabe duda de que él también a ti. Pero a veces los tiempos no coinciden. Eso no significa que no haya nada. Solo que… no es ahora. Quién sabe en un futuro…

Decido creerla.

Me despido de ella y me alejo sintiéndome la persona más triste del mundo. Sin embargo, sé que es lo correcto. Que Jaime se merece que apueste por lo nuestro con total convicción y no a medias.

Acabo de decidir que voy a dejar la carrera y a empezar de cero. Que, por fin, voy a apostar por algo que me da muchísimo miedo. Sé que lo inteligente es centrarme en eso primero.

—¿Clara? —me pregunta mi hermana cuando me acerco a ella.

Niego con la cabeza y, cuando rompo a llorar, Silvia me envuelve entre sus brazos.

—Shhhh —me dice. Me acaricia la cabeza y me acuna—. Saldrá bien. Sea lo que sea, saldrá bien.

Lo sé. Una parte de mí lo sabe, aunque ahora me cueste verlo. Por eso, decido tomarme esta despedida como una pausa, un punto y aparte, y no el punto final de mi historia con Jaime. En esta

ocasión, decido apostar por mí, por reconstruir los pedacitos que he ido perdiendo a lo largo de estos meses.

Y después… ¿quién sabe? Si algo he aprendido estas navidades, es a improvisar.

¡Abre el relato final This is me trying!

77

La fiesta se alarga hasta bien entrado el mediodía. Después de tanto baile, me duelen los pies una barbaridad, así que me alejo para descansar y miro a mi alrededor. No he visto a Berta desde que empezó la celebración y la echo de menos.

Se me ocurre que puede estar en el *parking* del ayuntamiento para revisar las carrozas, así que regreso sobre mis pasos con la esperanza de encontrarla. Pero allí no hay nadie.

La desilusión me hace morderme el labio inferior. Al menos, las carrozas sí que están, así que hay algo de ella aquí. Reconozco perfectamente aquellas en las que ha trabajado: son las que tienen los diseños más originales y coloridos. Viendo su estilo personal (Berta siempre me ha parecido una mezcla entre *punkie* y esas *groupies* que acompañaban a los grupos *grunge* en los noventa), nadie pensaría que le gustaran tanto los colores.

Me acerco a uno de los vehículos y paso los dedos por la carrocería. Hay algo mágico en sus trazos. Sabría que son suyos incluso aunque nadie me lo dijera. Sabría que ella ha trabajado en ellos aunque no la hubiera visto aquí plantada día tras día desde que me apunté al desfile.

Me fijo entonces en un detalle que he pasado por alto: una hoja de haya de color verde. Es chiquitita, pero sé que Berta la ha puesto ahí para mí.

El dolor en el pecho se intensifica. La echo de menos con una intensidad casi física.

Recuerdo la última vez que hablamos, todas las cosas que nos dijimos, pero sobre todo lo que no dije.

Que ella también me gusta. Me gusta *a rabiar.*

«¿Por qué he perdido tanto tiempo?».

Doy media vuelta y echo a correr de vuelta a la plaza. Me giro, en busca de la melena larga y castaña de Berta. Siempre la lleva

despeinada y solo ahora me doy cuenta de que llevo tantísimo tiempo queriendo enterrar los dedos entre esos cabellos que me dan ganas de gritar. Quiero gritarle a todo el mundo lo mucho que me gusta. Quiero encontrarla. Quiero…

—¿Clara? —pregunta mi hermana—. ¿Dónde te habías metido?

Me acerco a mis amigos con tal cara de susto que creo que se lo contagio.

—¿Quién se ha muerto? —pregunta Julio, tenso—. ¿El viejo del quiosco?

—Pero si ese estiró la pata hace como dos veranos —le dice Ángel.

—Chicos, Clara… —intenta Nuño, sin éxito.

—¿¡Cómo?! —exclama Julio—. ¿Por qué a mí nadie me ha informado antes de semejante acontecimiento?

Paula le da un capote en la nuca.

—Pero si fuimos hasta al tanatorio, calamar.

—Clara parece necesitar… —sigue Nuño.

—Te quedaste sopa en una de las butacas de la sala —añade Vic.

Julio se queda pensativo durante unos segundos.

—Ah, ya.

—¡A ver! —exclama Silvia—. ¿Podemos centrarnos? A mi hermana está a punto de darle una embolia. Respira, Clara.

Sí, esa es una buenísima idea.

—¿Dónde está Berta?

Mis amigos intercambian una mirada que no me gusta nada. Silvia es la primera en aclararse la garganta.

—Pues… —empieza mi hermana mientras se rasca la mejilla como siempre hace cuando quiere decirme algo que no me va a gustar— creo que se ha ido por…

—¿Qué? —la interrumpo—. ¿Por qué me miráis así? ¿Qué pasa? —Centro mi atención en Vic, alarmada—. Perdona. Dios, otra vez vuelvo a ser mala amiga. Tendría que haberlo hablado antes contigo porque…

—¡Que Berta no me mola! —insiste mi amiga, aunque luego suaviza la voz—. Pero es evidente que a ti sí.

No lo niego. Me centro entonces en Nuño, que me lanza una mirada comprensiva. Si no hay ningún problema por parte de los dos…, ¿qué ocurre? ¿Qué me he perdido?

Paula bufa.

—Nos parece genial —aclara—. Berta es buena tía y nos cae muy bien. Pero… ¿estás segura?

—¿Segura de qué?

—De que quieres intentarlo con ella —aclara Silvia—. Clara, te conozco mejor que nadie en este mundo y hace mucho tiempo que no te veo tan ilusionada como con Berta, pero… Uf, es que es complicado esto.

—¿A qué te refie…?

—A que ella vive aquí —sigue Vic, comprensiva—. Estudia cerca de aquí, y tú tienes claro que estudiarás Diseño. ¡Lo que nos parece genial! Pero… ¿crees que puedes meterte en una relación a distancia? No es por hacerte, pero mira lo mucho que te ha costado hablar con nosotros en cuanto te has visto abrumada por la situación. Sé que a Berta no le importará esperarte, al igual que no nos ha importado a nosotros estos meses, pero… Seguro que a ti sí. Que te sentirás mal. Te comerás la cabeza y…

—Y no sé si estás lista para una relación —sentencia mi hermana, mucho más directa—. Es algo que tienes que pensar bien antes de lanzarte.

El bullicio de la plaza sigue a nuestro alrededor, como si nada. Risas, charlas y música. Pero dentro de nuestro pequeño círculo todo se ha quedado en pausa.

Vuelvo a mirar a Nuño.

—Contigo me lo pensé demasiado. Y la cagué. No quiero que vuelva a pasar.

Él niega con la cabeza.

—No la cagaste. Ni tú, ni yo. Solo que… no era nuestro momento.

¿Y si tampoco es el mío con el de Berta? Ay, mis amigos tienen razón. ¡No sé qué hacer! No puedo lanzarme a la piscina sin tenerlo claro, solo por el impulso que he sentido al ver la hoja de haya. No quiero dejarme llevar y que sean las tripas quienes tomen esta decisión.

El silencio vuelve, pero esta vez es más denso. Porque todos saben las dudas que me taladran la cabeza. Por eso están aquí. Por eso me miran así. Por eso los quiero tanto: porque son tan buenos amigos como para no darme siempre la razón. Sé que no me están frenando por fastidiar. Es porque tienen miedo de que salga herida y de que pueda hacerle también daño a Berta, aunque sea sin querer. No es solo la distancia. Es todo lo demás: es evidente que ambas estamos pasando por muchos cambios ahora mismo.

¿Correr detrás de ella como si estuviéramos en una comedia romántica de Netflix es lo más sensato para las dos?

Clara va detrás de Berta → Sigue en la escena 78

Clara decide que mejor que no → Sigue en la escena 79

78

A veces lo más sensato es seguir el tirón de tripas. Y este me dice que corra a por Berta.

—Me lanzo —les digo a mis amigos, y Silvia sonríe.

—¡A por ella!

Echo a correr como si mi vida dependiera de ello. En fin, supongo que un poco así es, porque mi futuro con Berta depende de que la encuentre y le diga lo muchísimo que me gusta. Y que me acepte, y que esté dispuesta a intentarlo a pesar de la distancia, y…

Veo a Jaime junto a un montón de viejecitas en la zona del concurso de roscones. Derrapo un poco cuando me detengo frente a él, lo que hace que un par de señoras me miren como si me hubiera vuelto loca.

Tal vez así sea.

—¡Pero bueno! —exclama una de ellas.

—¡Perdón, perdón! —me disculpo, pero clavo la mirada en el chico—. ¿Sabes dónde está Berta?

Jaime sonríe.

—¡Por fin! Os ha costado, ¿eh? —me dice, pero no con mala intención—. La última vez que la vi estaba recogiendo los espráis en el ayuntamiento.

—¡Gracias! —digo, y vuelvo a echar a correr.

Para cuando llego al ayuntamiento, tengo flato, el flequillo pegado a la frente y me cuesta tanto respirar que tengo que apoyarme en la puerta para tomar algo de aire.

Nuevo propósito de Año Nuevo: hacer algo más de ejercicio. El suficiente para que no me cueste un pulmón ir en busca del amor de mi vida.

Bueno, tal vez amor de mi vida sea excesivo, pero… «¡Céntrate, Clara!», me dice una voz. Vale, sí. Berta.

Afortunadamente para mí y mis pulmones, Jaime tiene razón: Berta está en el recibidor del ayuntamiento guardando un montón de botes de pintura en un maletín. Sin embargo, se queda congelada cuando me ve aparecer.

—¿Clara? —pregunta. Se incorpora y mira a todas partes como si estuviera en una cámara oculta. Ninguna de las dos hace el amago de acortar la distancia que nos separa—. ¿Qué haces aquí?

—¿Por qué la hoja de haya? —le pregunto.

—Por ti —dice, sin dudar un segundo—. Porque siempre has sido mi inspiración.

Mi corazón se salta un latido.

Por fin doy un paso hacia ella.

—Voy a dejar la carrera —le digo mientras doy otro paso—. Ya lo he hablado con mis padres: empezaré Diseño en septiembre. Mientras tanto, no sé qué hacer. No sé si volveré a Madrid, o si me quedaré en Zarcilla hasta entonces. Es la primera vez en toda mi vida que no tengo nada planeado.

Esta vez es Berta quien se acerca a mí.

—Menudo vértigo. Me alegro por ti.

Sonrío sin poder evitarlo.

—Supongo que lo que quiero decir es que ahora mismo mi vida está patas arriba y todo es un desastre. Todo, menos tú. De una u otra forma, eres lo único que siempre he tenido claro, Berta. —Hago una pausa. Me cuesta mucho concentrarme ahora que la tengo delante, todo pecas y sonrisa emocionada—. Así que, si estás dispuesta a intentarlo, yo…

Berta suspira.

—¡No puedes volver a echarme a mí la pelota! —se queja—. ¿Qué es eso de «si estoy dispuesta»? Yo ya me declaré.

—¡Yo acabo de declararme ahora mismo!

—Pues no te he escuchado decir…

—Me gustas —la interrumpo—. Me gustas muchísimo. Probablemente desde hace más tiempo del que creo. ¿Contenta?

Ella asiente.

—Muchísimo —dice, y tira de mí para besarme.

Y puede que no sea el mejor beso del mundo. Puede que me pille por sorpresa, que estemos nerviosas y emocionadas, que lo hayamos esperado durante muchísimo tiempo, que nos riamos entre dientes, que las manos se muevan con torpeza y que nuestros cuerpos se busquen como quien tantea la temperatura del agua en una piscina, pero es… perfecto. Porque es nuestro.

—No va a ser fácil —le digo, las manos aún enredadas entre las hebras de su pelo—. Si vuelvo a Madrid estaremos a distancia y no sé si…

—Bueno, yo ni siquiera sé dónde voy a vivir la semana que viene, que esto de encontrar un alquiler asequible últimamente está bastante jodido. Pero sí sé que quiero estar contigo, pase lo que pase. A distancia o no. No me importa.

No puedo evitar soltar una carcajada.

—Pase lo que pase —repito, y hablo en serio.

Berta vuelve a sonreír.

—Y ahora… ¿Crees que podemos mejorar el beso de antes? Que ya era perfecto, pero ya sabes lo que dicen en el arte: la práctica hace al maestro.

Yo asiento sin dudar.

—Por supuesto.

Y volvemos a besarnos. Una y otra y otra vez. Nos besamos en medio de este recibidor vacío que me hace sentir como si fuéramos las últimas personas vivas sobre la faz de la tierra.

Es la mejor sensación del mundo.

¡Abre el relato final Gorgeous!

79

Observo a mis amigos, el corazón latiéndome con fuerza dentro del pecho. Y sé que he tomado una decisión. Lo sé, porque se me llenan los ojos de lágrimas y Silvia hace un puchero antes de envolverme entre sus brazos.

—Shhhh —me dice, pasándome la mano por la espalda—. Está bien, Clara. No pasa nada. No pasa nada.

Pero sí pasa y precisamente por eso no puedo ir detrás de Berta.

Porque si corro ahora, sé exactamente desde dónde lo haría. Desde el miedo. Desde las ganas de agarrarme a algo que no se mueva mientras todo lo demás se tambalea. Desde esta necesidad urgente de que algo (alguien) me confirme que voy a estar bien.

Y eso no es justo.

Ni para ella, ni para mí.

Me gustaría que fuera más fácil. Que bastara con sentir mucho para que todo encajara. Que el amor fuera suficiente, pero sé que no lo es. Lo *sé*. Berta no puede ser lo único claro en medio de mi caos. No puede ser el punto al que volver cuando todo lo demás falla. No puede cargar con ese peso.

No quiero quererla así.

Prefiero tenerla en mi vida antes que arriesgarme a perderla, a que volvamos atrás en el tiempo, a intentarlo y fallar y a volver a observarnos con indiferencia.

Así que me aferro aún con más fuerza al abrazo de mi hermana y lloro. Y, cuando mis amigos se unen a nosotras con palabras de ánimo y algún que otro chiste malo, sorbo por la nariz y les aseguro que estaré bien.

Porque lo estaré. Algún día, tal vez, cuando todo encaje, cuando sepa dónde estoy y hacia dónde voy…, quizá entonces pueda correr detrás de ella sin dudarlo ni un segundo.

¡Abre el relato final This is me trying!

80

La fiesta se alarga hasta bien entrado el mediodía. Después de tanto baile, me duelen los pies una barbaridad, así que me alejo para descansar y miro a mi alrededor. Apenas he visto a Nuño desde que empezó la celebración. Apenas nos hemos visto estos últimos días, en realidad. No solo porque ambos necesitábamos estar concentrados en el desfile, sino por lo ocurrido.

Lo echo de menos con una intensidad casi física.

Me alejo de la marabunta en busca de mis amigos. Los he perdido de vista y ahora no los veo, a pesar de que Julio baila como si le estuviera dando una crisis y se le ve desde la estratosfera.

Hago visera con la mano y me incorporo sobre los talones… solo para tomar aire de golpe cuando reconozco a Nuño. Está hablando con la prensa, aunque no delante de las cámaras, sino más bien… como si fuera uno más. Tal y como lo ha hecho durante el desfile, con esa sonrisa brillante y la ilusión de quien sueña con estar al otro lado.

Ahora que lo he aclarado todo con mis padres, yo también volveré a Madrid. Hasta entonces, me quedaré en Zarcilla. Y decida lo que decida Nuño sobre la universidad, es probable que él también se quede en el pueblo.

Es mucho más de lo que teníamos en agosto. El momento perfecto para lanzarse a la piscina… o no.

—¡Clara! —dice una voz. Pego un brinco cuando mi hermana me alcanza y me da un golpecito en el brazo—. Por fin te encuentro. ¿Dónde te habías…? —Silvia sigue la dirección de mi mirada y abre la boca con comprensión—. Uff. En fin, ya sabes mi opinión: los dos sois un grano en el culo y no entiendo cómo sois capaces de dejar pasar esta oportunidad cuando os gustáis tanto. ¿Sabéis la suerte que tenéis? ¡Estáis enamorados de vuestro mejor amigo! ¿Cuántas posibilidades hay?

—Ese es el problema… —Dejo caer los hombros con aire derrotado—. Nuño es mi mejor amigo.

—Y seguirá siéndolo, aunque ahora le des besitos. ¿Es por eso? ¿Te da vergüenza besarlo?

Enrojezco de manera inevitable.

—¡No es por eso! —resoplo—. ¿Y si sale mal? Dejará de ser mi amigo para siempre.

—¿De verdad crees que algo así ocurrirá? No que salga mal. Somos crías, Clara. La vida da muchas vueltas y nunca sabes dónde estarás mañana. Me refiero a que ¿en serio crees que una amistad como la vuestra se estropeará solo porque lo intentéis y no salga bien? Se trata de Nuño.

Suena ridículo cuando lo dice ella. Sé que Nuño no es de esos, y que yo tampoco permitiría que nuestra amistad terminara de una forma tan tonta. Pero…

—Tengo miedo.

—Si sigues dejando que el miedo decida tu vida puede que vivas mucho, porque no correrás ningún riesgo y supongo que eso será bueno para el corazón. Y sí, será una vida muy larga, pero plagada de arrepentimientos.

Me muerdo el labio inferior. ¿Puede haber algo peor que el hecho de que tu hermana pequeña te dé semejante lección de vida?

—Nuño me ha dejado muy claro lo que piensa —añado en un patético intento de ganar tiempo para tomar una decisión—. Él tampoco está dispuesto a arriesgarse.

Silvia pone los ojos en blanco.

—No me digas —ironiza—. ¿El chico cuya madre está enferma no quiere arriesgarse a perder a la segunda mujer más importante de su vida? No me lo explico.

—¡Oye! —Le doy un manotazo en el brazo—. ¿Quieres dejar de ser tan sabia? ¡Me estás dejando en ridículo!

—¡No me eches la culpa, que eso lo haces muy bien tú solita! —Silvia se cruza de brazos—. Clara, quiero a Nuño como si fuera mi hermano, pero tienes que asumir que ahora mismo no está para

correr muchos riesgos. Si de verdad quieres darle una oportunidad a lo vuestro, tendrás que lanzarte tú. Ahora bien: tienes que hacerlo siendo muy muy consciente de lo que hay. Si ahora mismo crees que es mejor no dar el paso, también es válido.

—¿Pero no me acabas de decir que…?

—¡No todo es blanco o negro! Entiendo muy bien que estés asustada. Yo también lo estaría. Y, precisamente como os quiero tanto a los dos, lo único que pretendo es que no os rompáis el corazón el uno al otro. Si no estás segura de poder gestionar la relación con él (aunque sea de momento), entendería perfectamente que dieras un paso atrás.

No respondo, porque mi hermana tiene razón. Otra vez. Uf, no sé yo si podré acostumbrarme alguna vez a que Silvia (¡la misma Silvia a la que he tenido que cubrir más de una vez por las locuras que comete!) sea la voz de la razón.

Vuelvo a observar a Nuño. Le miro dar un par de golpecitos a uno de los micrófonos que le tiende una periodista. Miro su sonrisa y se me encoge el corazón.

Estoy enamoradísima de él.

Sea como sea, sé que Nuño seguirá en mi vida. Pero ha llegado el momento de decidir cómo quiero que forme parte, si como mi mejor amigo o como mi mejor amigo al que también le doy besitos.

Clara decide intentarlo con Nuño → Sigue en la escena 81

Clara decide que mejor que no → Sigue en la escena 82

81

—Lo quiero —le digo a mi hermana—. No solo como amigo.

Silvia asiente.

—Pues ve a por él —me dice con una sonrisa, y yo no me lo pienso más: recorro la distancia que nos separa y me acerco a Nuño.

Al principio no se da cuenta de que estoy detrás de él, así que me permito observar y escucharlo más de cerca. Entonces, se me para el corazón.

—…increíble —le comenta Nuño a la periodista—. En Zarcilla tenemos mucha artesanía. El desfile se lleva a cabo gracias a la participación de vecinos de todas las edades, entre ellos, una amiga mía. A Clara la enseñó a coser su abuela y representa lo mejor de la tradición alcahuetense con la ilusión de las nuevas generaciones. Verla tan involucrada a ella con el desfile fue lo que me animó a ponerme en contacto con vosotros. Siempre me he sentido orgulloso de ella, pero estos últimos días siento que…

Trago saliva, emocionada. Creo que hasta se me escapa algún ruidito, porque Nuño enmudece y se gira. Enrojece cuando me ve.

—¡Clara! —dice. Se sube la montura por el puente de la nariz—. H-hola. ¿Desde hace cuánto tiempo…?

—El suficiente —le interrumpo. Me pongo de puntillas y lo beso.

Me da un poco de corte, sobre todo porque no es uno de esos besos de película (apenas dura unos segundos), sino que es torpe y nervioso, y ahora la periodista nos observa con una sonrisita que parece decir «¡ay, divina juventud!».

—Perdón —murmuro, tan roja como lo está él—. Es que… Eh… ¿Podemos…? Supongo que deberíamos…

—¡Por supuesto! —dice la mujer—. Os dejo solos. Aunque no lo parezca, yo también fui una joven enamorada en su día. Bueno, creo que fui *demasiado* joven enamorada, porque me casé cuatro veces. Pero nunca se debe dejar de buscar el amor, ¿sabéis?

Nuño balbucea algo sin sentido y yo enrojezco aún más, si cabe. La mujer suelta una carcajada mientras se aleja, y a mí se me viene el fugaz pensamiento de que así es como me imagino en el futuro a Silvia: la típica mujer irreverente y segura de sí misma, divorcios incluidos.

Y luego ya no puedo pensar en nada más porque Nuño me está mirando y se me acelera el corazón.

Tomo aire.

—Siento haberte besado así, tan de sopetón, es que…

Pero Nuño no me deja continuar, porque ahora es él quien tira de mí para besarme.

No es un beso como el anterior. Es tímido, sí, y también hay nervios, pero no tiene nada de fugaz. Nuño me aferra con fuerza y yo enredo las manos en su pelo. Es el beso que siempre nos hemos querido dar: el más sincero de todos, uno que sabe que puede tomarse las cosas con calma, porque habrá muchos más después.

—Guau —murmuro contra sus labios—. Eso sí que ha sido…

—¿Valiente? —pregunta él.

—Un poco menos que yo, que al final soy quien ha dado el primer paso, pero… —empiezo. Él se echa a reír y sonrío. No me suelta, aunque yo tampoco hago el amago de alejarme—. Ya es oficial: quiero estudiar Diseño de Moda. Solicitaré plaza para empezar en septiembre. En la Politécnica tienen el grado, y como ya he cursado Ingeniería allí, tal vez tenga más posibilidades. En fin, que ya se lo he contado a los demás. ¡Todo está solucionado!

Nuño abre los ojos con sorpresa.

—¿En serio?

—¡Sí! Hasta entonces supongo que me quedaré en Zarcilla, que tengo mucho que aprender, y qué mejores maestras que mi abuela o Presentina.

—¿Quién?

—La abuela de Ambrosio.

—Qué nombre más…

—Lo sé.

Nuño hace una pausa. Sus dedos me hacen cosquillas en la parte baja de la espalda.

—Quiero estar contigo —dice, finalmente—. Siempre serás mi mejor amiga, pero no puedo soportar que seas solo eso. Ya no, así que, si tú quieres…

Finjo indignarme.

—¿El beso anterior no te lo ha dejado claro?

Nuño exagera un suspiro.

—Como buen futuro periodista, tengo que asegurarme de que la información es veraz al cien por cien, ¿sabes?

Sonrío.

—Futuro periodista, ¿eh? ¿Lo tuyo también es oficial? ¿Te matricularás en Madrid?

Nuño asiente.

—¿Dónde, si no? Sabes que uno de mis sueños siempre ha sido estudiar en la misma facultad en la que se grabó *Tesis*.

La sonrisa se convierte en una carcajada.

—Perfecto, señor futuro periodista. Entonces, si te parece bien, permíteme que *verifique* la información —le digo, y me pongo de nuevo de puntillas para besarlo.

Por desgracia, los arrumacos se acaban antes de lo esperado, porque de repente nos envuelve una ola de aplausos y silbidos que nos obliga a separarnos. No necesito girarme para saber que se trata de nuestros amigos.

—¡Vivan los novios! —grita Julio.

—¡Un aplauso a esa pareja que está enamorada! —corea Silvia.

Nuño me agarra de la mano, a pesar de estar rojo como un tomate.

—Sois unos aguafiestas —mascullo, pero no puedo dejar de sonreír y mi queja no tiene demasiada validez.

Y es que por fin siento que todo fluye, que estoy dando pasitos en el camino correcto. No solo con Nuño, con mi carrera o con mis padres. Por fin estoy más cerca de ser la Clara que siempre quise

ser. La Clara diseñadora, la que pelea por lo que quiere, la que, a pesar del miedo, no deja de intentarlo.

En parte es gracias a las personas que me rodean. Sin mis amigos, sin mi familia, sin la red de apoyo tan fuerte que me brindan, ¿quién sabe cómo habrían terminado estas vacaciones? Si ellos no me hubieran guiado en cada una de mis decisiones, es probable que hubiera vuelto a dejar escapar el tren. Habría regresado a Madrid y habría seguido siendo desgraciada. Habría acabado la carrera, o tal vez esta habría acabado conmigo. Me habría convertido en una especie de zombi que vaga por la vida, siempre ansiando algo más pero demasiado aterrorizada para perseguirlo.

Pero ya está: se acabó el tener miedo a la página en blanco. A partir de ahora comienza un nuevo capítulo en mi vida. Y, por primera vez, estoy deseando escribirlo.

¡Abre el relato final! Ruin the friendship!

82

—Lo quiero —susurro, despacio—. Lo quiero muchísimo, Silvia. Y precisamente por eso no…

Niego con la cabeza y, cuando rompo a llorar, Silvia me envuelve entre sus brazos.

No puedo hacernos esto. Por mucho que lo quiera, sé que ahora no es el momento, al igual que lo supo la Clara de este verano. Solo que en esta ocasión no es el miedo a estropear nuestra amistad lo que me frena, sino la certeza de que así será si lo fuerzo sin estar segura. Él va a empezar a estudiar, yo también lo haré. Mi vida es un caos, la suya también. No tenemos nada claro, salvo el amor que sentimos, y eso no siempre es suficiente. Me encantaría, pero no lo es.

—Shhhh —me dice. Me acaricia la cabeza y me acuna—. Saldremos adelante, Clara.

Lo sé. Una parte de mí lo sabe, aunque ahora me cueste verlo. Nuño y yo seguiremos siendo amigos. Seguimos estando en la vida del otro, solo que, por ahora, lo haremos como más lo necesitamos. En medio del mar en tormenta que es ahora nuestra vida, necesitamos más que nunca seguir siendo el mejor amigo del otro. Y en el futuro, cuando llegue la calma, cuando el oleaje no nos arrastre ni nos haga zozobrar… ¿Quién sabe?

Nuño seguirá siendo Nuño pase lo que pase. Y Silvia tiene razón: si algo tengo claro es que siempre formaremos parte de la vida del otro. De la forma que sea.

¡Abre el relato final! This is me trying!

Agradecimientos

Cuando mi agente me llamó para proponerme esta locura al principio dudé de si sería capaz de hacerlo o no. A pesar de ser la loca de las navidades (no pienso rendirme con el árbol… Sí, os estoy mirando a vosotros, Timón y Pumba), nunca me había planteado escribir una novela navideña. Sentía que no había llegado el momento, o la historia adecuada que contar, hasta que mi editorial me habló de esta locura y, tras mucho pensarlo, al final me embarqué sin saber muy bien qué esperar. Así que, como siempre, me gustaría empezar dando las gracias a Íñigo, mi agente, y a Marta, mi editora, por confiar siempre en mí hasta para las ideas más descabelladas. Gracias, por supuestísimo, a Cinthya por su INCREÍBLE trabajazo con las ilustraciones. Todavía estoy que no me lo creo. ¿Habéis visto lo bonitas que son? Me mueroooo. ¡Trabajar mano a mano con ella sí que ha sido un regalo navideño!

No os voy a mentir: esta ha sido la novela MÁS DIFÍCIL a la que me he tenido que enfrentar. No por la historia en sí, sino por el proceso de escritura. No solo por la escritura a contrarreloj, sino porque no es un secreto para nadie que soy the brujulest escribiendo, y para esta novela he tenido que cambiar por completo mi forma de trabajar. Fueron semanas de mucho estrés, de creer que no podría ni empezar, de largas horas en un Burger King perdido de la mano de dios junto a ingentes cantidades de (riquísimas) patatas fritas bañadas en lágrimas de desesperación. Pero al final lo conseguí. O, para ser totalmente honesta, lo conseguimos.

Sin la inestimable ayuda de mi madre, Alba y Dani jamás habría podido terminarla. Gracias por escucharme, por sentaros junto a mí para organizar el árbol de decisiones, por transcribir las ideas en documentos llenos de memes, por animarme cuando pensaba rendirme (que, para ser sincera, han sido MUCHAS VECES). Siempre digo que vuestro apoyo lo es todo para mí, pero en este caso creo

que bien podrían estar vuestros nombres como coautores de la novela. Gracias también a Raquel, por escuchar mis lloros y mis lamentos, por las videollamadas plagadas de quejas incoherentes y por no ayudarme a caer en la desesperación en este mundillo literario. Gracias, como siempre, a Sara y Mari Carmen por venir a todas las firmas y charletas y por vuestro apoyo y cariño incondicionales.


Ruin the
friendship

Nuño le da un par de golpecitos al micrófono.

—¿Estás lista? —me pregunta, y a mí no me queda más remedio que asentir.

—Supongo.

Él me hace una señal y…

—¡Acción!

—Tío, que no eres director de cine —bromea Julio.

Nuño resopla.

—¡Que estoy grabando! —se queja.

Paula pone los ojos en blanco.

—Sí, sí, perdón.

Mi novio toma aire y vuelve a hacerme un gesto. A pesar del ruido que hay a nuestro alrededor, su cara permanece seria. Es increíble lo rápido que se transforma cuando se trata de su carrera: el Nuño tímido da paso a todo un futuro profesional que me recuerda que tengo que concentrarme. Según él, a mí me ocurre lo mismo cuando estoy en medio de algún proyecto.

—¿Cuándo decidiste que querías dedicarte a la costura? —pregunta, y yo me tomo un par de segundos antes de responder.

—Sé que suena a tópico, pero… desde siempre —empiezo, y le cuento todo. Desde las primeras lecciones de costura con mi abuela, pasando por el momento clave para mí que fue el belén viviente del año pasado.

Nuño asiente: me ayuda cuando me trabo y me invita a seguir con una sonrisa.

—Tiene que resultarte emocionante volver a trabajar en el belén viviente un año más.

—Muchísimo, aunque esta vez es distinto. El año pasado mi aportación fue… in extremis, por así decirlo. Pero este año he trabajado con la asociación desde el principio, aunque fuera a distancia, así que me siento más orgullosa de mi trabajo.

Es cierto. En fin, una parte de mí sigue sintiéndose muy chiquitita. Pero no puedo negar lo mucho que me emociona ver a algunos de

los vecinos de Zarcilla lucir disfraces diseñados por mí. Hace que me dé cuenta de lo mucho que he avanzado este año, a pesar de todo.

La entrevista continúa. Y tal vez es porque mis amigos me hacen gestos de ánimo todo el rato, o porque Nuño es muy buen entrevistador, pero al final se me olvidan los nervios y me resulta fácil hablar sobre cómo es mi proceso creativo, las dudas que todavía me muerden la boca del estómago o qué es lo que aspiro conseguir.

Veinte minutos después, Nuño vuelve a hacerme un gesto.

—¡Terminada! —me dice.

Mis amigos aplauden como si Nuño y yo hubiésemos hecho la entrevista de nuestra vida. Lo cual, al menos por mi parte, no es el caso. ¡Me he equivocado por lo menos mil veces! Me sorprendería mucho que alguien pudiera rescatar algo para su asignatura.

—¿Está todo bien? —pregunto, y mi novio alza el pulgar con una sonrisa.

—Perfecto. ¡Gracias, Clara!

«Si él lo dice…».

Acorto la distancia que nos separa y me dejo envolver en un fuerte abrazo.

—Estaba muy nerviosa —confieso.

Él me da un besito en la punta de la nariz.

—Lo sé y por eso te agradezco tanto que accedieras a ayudarme con este trabajo.

Lo haría mil veces más. No solo porque Nuño también me haya ayudado a mí en innumerables ocasiones (he perdido la cuenta de la cantidad de noches que nos hemos quedado despiertos cortando telas), sino porque se trata de él.

Cuando me mira con esos ojitos de cervatillo me resulta casi imposible negarle nada.

—Uf —dice una voz. No tengo que girarme para saber que se trata de mi hermana—. ¿Podéis ser más empalagosos?

—¡No somos empalagosos! —me quejo.

—No mucho —aclara Nuño, y le doy un ligero golpecito en el pecho.

—¿Tú de parte de quién estás?

—Como buen periodista que es —sigue mi hermana—, ¡está de parte de la verdad! No hacéis más que tontear.

Ahora soy yo quien pone los ojos en blanco.

Silvia es una mentirosa, porque Nuño y yo no tonteamos. Al menos, no de forma consciente. Desde luego, no somos esa clase de pareja empalagosa que no puede mantener las manos quietas. Solo… nos queremos, y demostramos nuestro amor de manera íntima y dosificada, sí.

En fin, que mi hermana es una alérgica al amor y la persona más exagerada que conozco.

—Ay —suspira Julio con exageración—. Qué bonito es el amor y qué rápido el olvido. O algo así.

Ángel contiene una carcajada.

—¿Y a ti qué te ha dado?

—Déjalo —dice Vic—. Está depre porque la compañera de clase de Nuño le dio calabazas.

—Solo se conocían del fin de semana que Julio vino a visitarnos —dice Nuño—. ¿A quién se le ocurre aparecer por sorpresa en la uni un miércoles cualquiera para entregarle un anillo de compromiso?

—¡No era un anillo de compromiso! —se queja Julio—. ¡Era un anillo de no compromiso!

—La acojonaste, tío —dice mi hermana.

Julio hace un puchero.

—Ya no hay lugar para los románticos.

—¿Lo ves? —le digo a mi hermana—. Julio sí que es empalagoso. No te ofendas.

—¡Sí me ofendo! —grita él, y todos nos echamos a reír.

Me parece casi poético que, un año después, estemos otra vez aquí, en el belén viviente, aunque las circunstancias sean muy distintas. Por fin estudio lo que siempre quise, Nuño y yo estamos a punto de cumplir un año (¡un año entero!) y yo no estoy al borde

del ataque de nervios (a veces sí, pero como todos los universitarios que lidian con el caos de la carrera y Madrid). Estamos a punto de acabar nuestro primer cuatri en la uni, él de Periodismo, yo de Diseño de Moda, y hace ya seis meses que le dieron el alta a su madre; esta es, sin duda, la mejor noticia de todas. No nos vemos tanto como nos gustaría, ya que, a pesar de vivir en la misma ciudad, ambos estamos muy ocupados; pero nos las apañamos para que funcione. Tampoco tengo miedo de mostrarme tal y como soy delante de mis amigos: los malos rollos han quedado atrás y me siento más libre y feliz que nunca.

Si le dijeran a la Clara de hace un año lo distintas que serían estas navidades, se habría echado a llorar. Pero si hoy estamos aquí ahora es gracias a ella, que se atrevió a dar los pasos necesarios para construir la vida que siempre soñamos.

Le estoy muy agradecida.

Un año más, recorremos las calles de Zarcilla para disfrutar del belén viviente. Nuño y yo caminamos de la mano, mi hermana saluda a todo el mundo (al parecer, ni su mudanza a Madrid para estudiar Medicina le ha quitado ni un ápice de popularidad), Julio le echa un ojo a una de las chicas que hacen de pastorcillas, Vic y Paula intentan impedir que se lance, mientras Ángel lo graba todo con una sonrisa. Pero no somos los únicos que estamos pasando un buen tiempo: al otro lado de la plaza, Ambrosio va del brazo con una chica, Presentina parece más feliz y tranquila que nunca (por lo que se comenta, es ella quien se ha encargado de emparejar al buen chaval) y Vicente vuelve a hacer de Melchor una vez más. Lleva la capa que arreglé el año pasado, y me hace una ligera reverencia a modo de saludo.

Enrojezco, pero Nuño me aprieta aún con más fuerza la mano.

—Estoy muy orgullosa de ti —me dice.

Parpadeo, sorprendida.

—¿Por qué?

—Por no rendirte, Clara. Sin ti, es probable que no estuviéramos aquí.

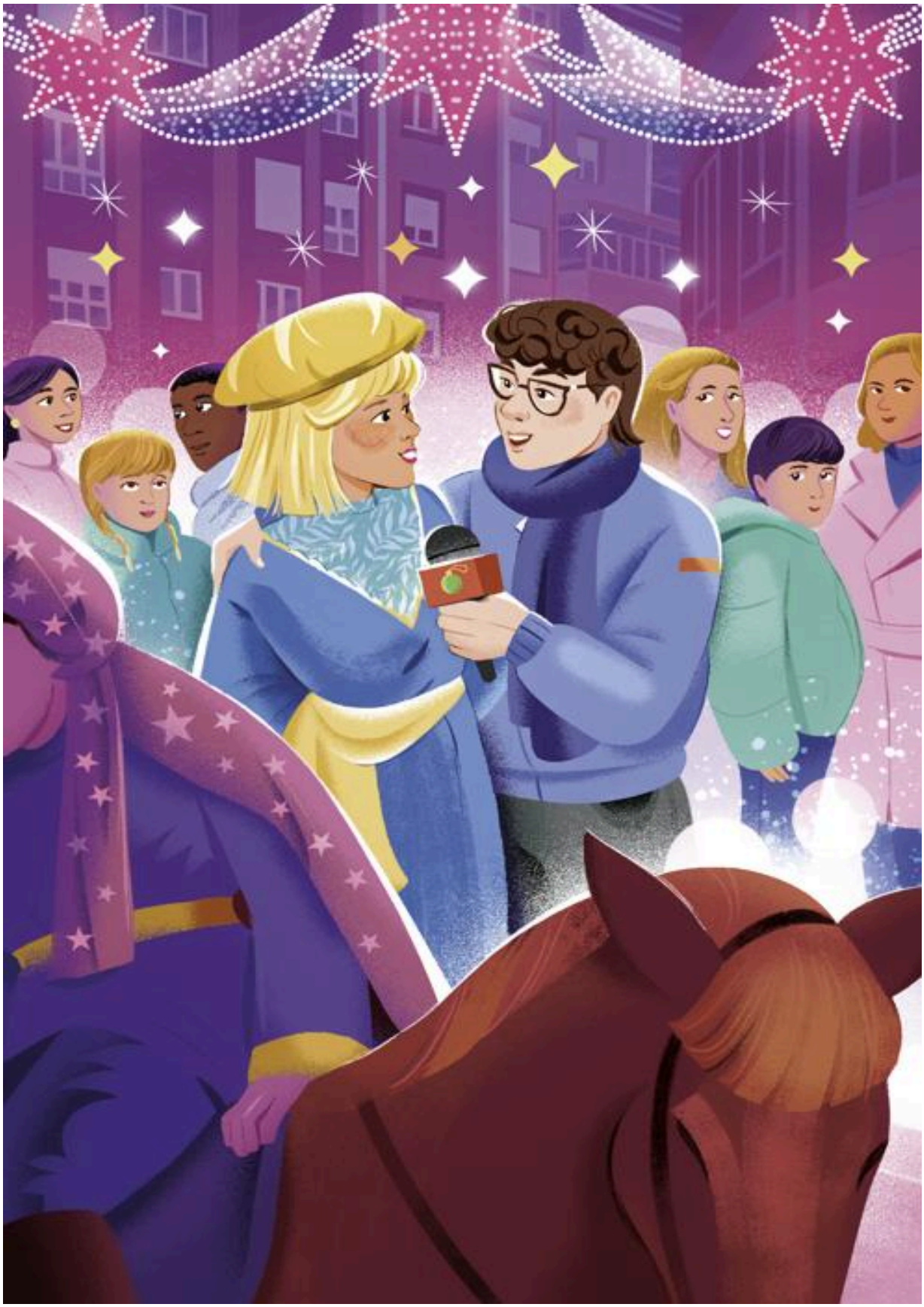
Sonrío, enternecida. Luego, le doy un ligero empujoncito con el hombro.

—Desde luego, si tiene que ser por ti, todavía estaríamos dándole vueltas a lo nuestro sin atrevernos a dar el paso.

Ahora es él quien enrojece. Me pide perdón por ser tan indeciso y, al final, ambos terminamos riendo a carcajadas.

Me quedo un momento observando a todos a mi alrededor: a mis amigos, el belén, las risas y el caos que son ahora las calles de Zarcilla. Y no puedo evitar volver a sentirme afortunada. No solo por lo que he conseguido, sino por lo que está por venir.

Siento que, por fin, todo encaja.




This is
me trying

Mi hermana me hace un gesto para que me dé prisa.

—¡Venga, Clara! —me apremia—. ¡Que llegamos tarde!

—¿Y de quién es la culpa? ¡Has sido tú quien se ha dormido!

Pero como siempre ocurre cuando la conversación no le conviene, Silvia me ignora. Así que chasqueo la lengua y la persigo por Atocha como si me hubiera robado algo.

Por suerte, pasamos el control de seguridad justo a tiempo. Nos detenemos frente a la pantalla con la información de los trenes en un patético intento de recuperar el aliento.

—Uff, por los pelos —me dice, y yo a punto estoy de pegarle un bolsazo con mi bolsa de tela.

—¡Tendrás morro! ¿Quién es la que ha pospuesto la alarma diez veces?

Mi hermana hace un gesto.

—Bien está lo que bien acaba.

Esta vez no me resisto y le doy un empujón que casi le hace perder el equilibrio.

El tren que nos llevará de vuelta a casa sale en menos de diez minutos, así que tomamos aire una vez más y corremos rumbo al andén. Ahora que la vuelta a Zarcilla está tan cerca, no puedo evitar que los nervios me muerdan con fuerza la boca del estómago.

En Madrid ha sido fácil olvidarme de todo. No solo porque la carrera me tiene muy ocupada (en enero tengo que presentar mi primera colección como trabajo final en una asignatura y llevo semanas sin apenas dormir nada), sino porque con Silvia también en la capital no hay lugar para el aburrimiento. Mi hermana es de esa clase de personas que siempre tiene un plan y te arrastra a él quieras o no. La verdad, no sé de dónde saca tanto tiempo, porque Medicina no tiene pinta de ser una carrera precisamente fácil.

En el fondo le estoy muy agradecida. Sin ella ni el apoyo de mis amigos (aunque fuera a distancia), no sé yo si habría llegado de una pieza hasta diciembre.

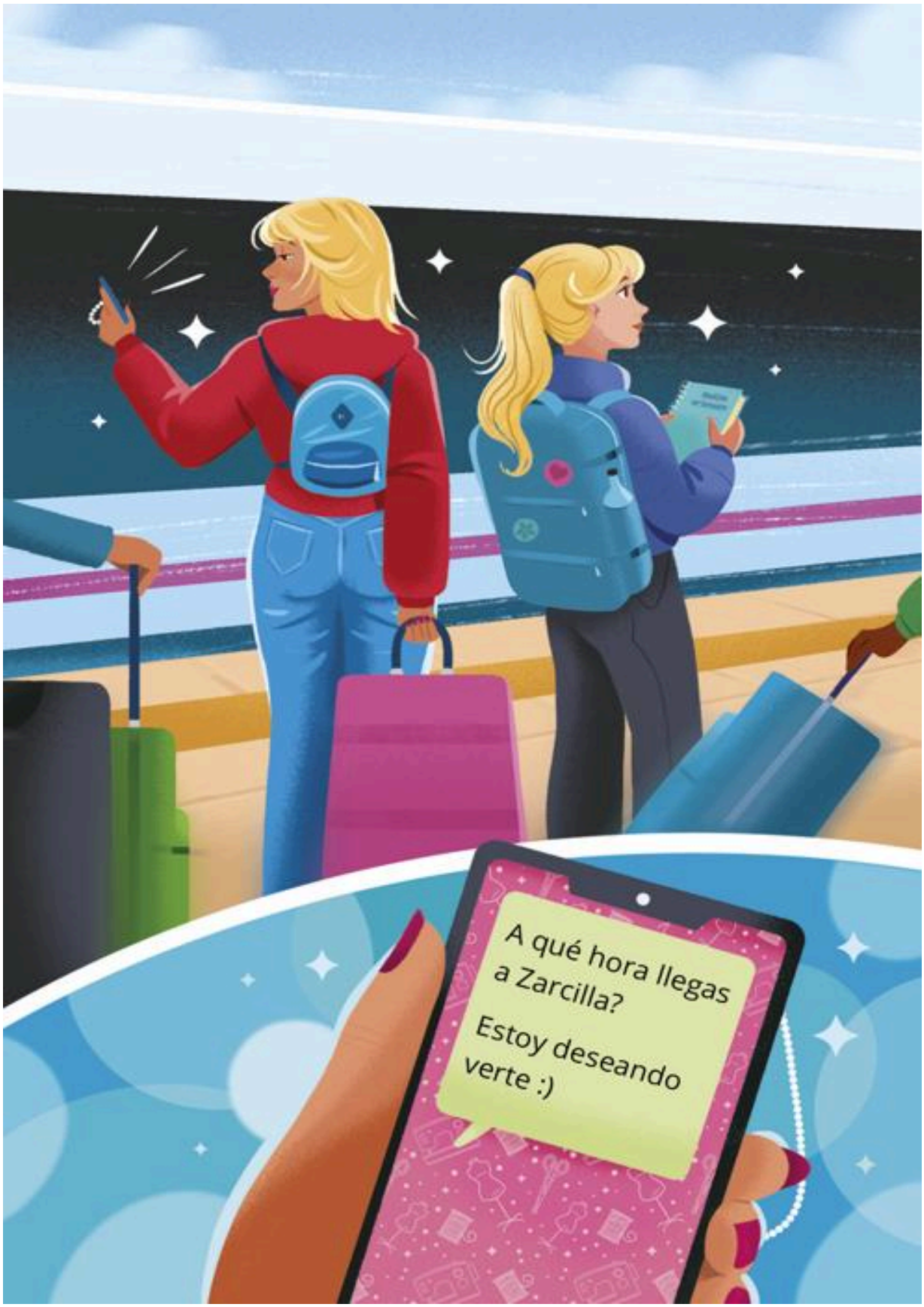
Ha pasado todo un año desde que decidí ser honesta conmigo misma. Un año en el que todo ha cambiado mucho, pero no lo han hecho mis sentimientos. Un año en el que no he dejado de darle vueltas a las navidades pasadas, a las decisiones que tomé y a las que pude haber tomado. Un año en el que he crecido, he sido más valiente que nunca y me he esforzado cada día para ser la Clara que siempre quise ser.

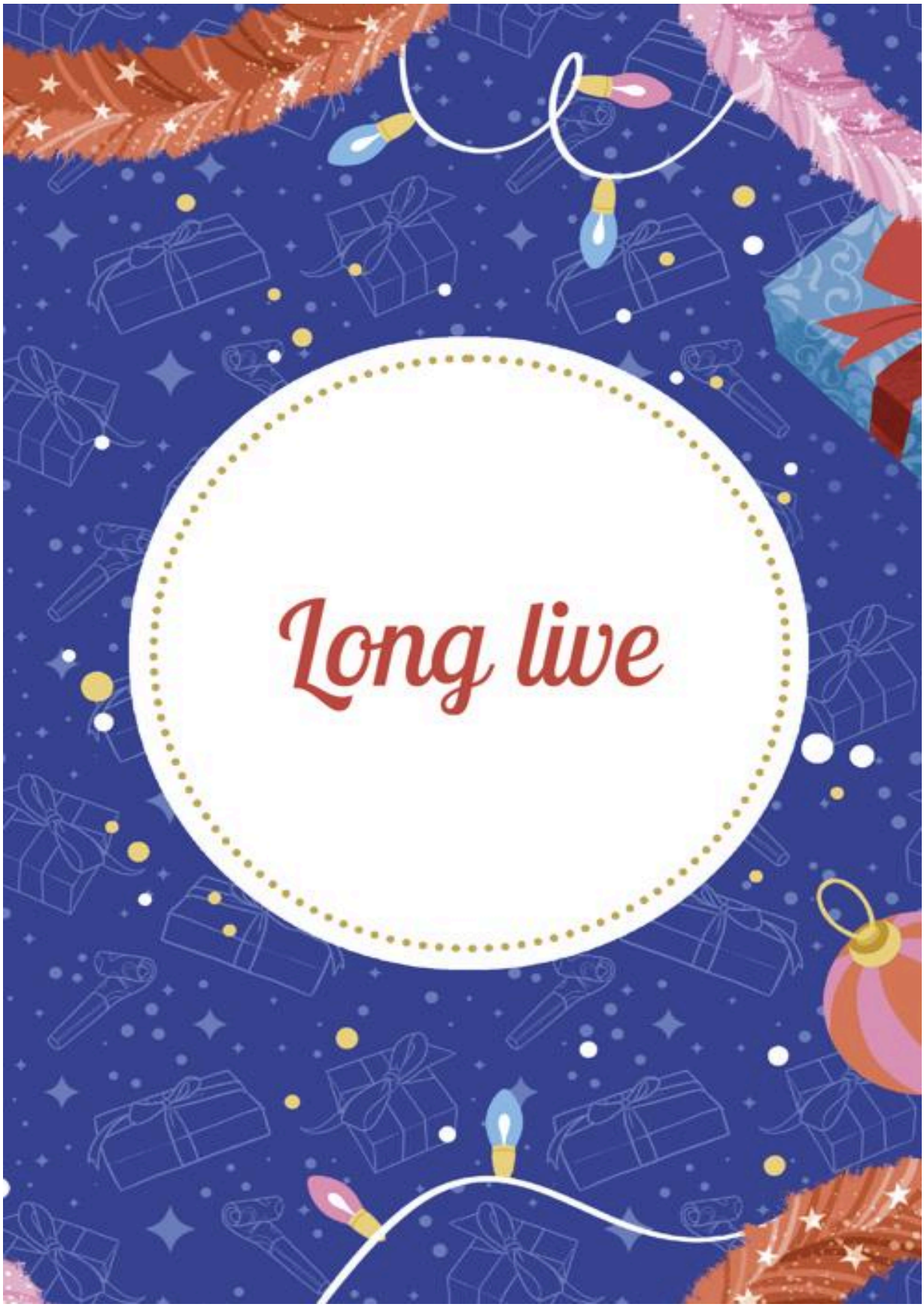
Ahora regreso a Zarcilla de las Alcahuetas con las cosas muchísimo más claras. Si algo he aprendido, es que a veces es necesario dar un paso atrás para seguir avanzando hacia delante. Me he reconciliado conmigo misma y con el miedo: acepto que está ahí, que siempre formará parte de mi vida (¡y de la de todo el mundo!), pero no pienso dejar que vuelva a paralizarme nunca más. Porque si algo tengo claro, es que por fin estoy dispuesta a dar el paso y lanzarme a la piscina.

Por eso, cuando rescato el móvil del bolsillo de mi sudadera no me tiembla el pulso. Tampoco cuando abro WhatsApp y leo el mensaje.

A pesar de todo, hemos mantenido el contacto durante un año entero. Ahora por fin estamos a punto de reencontrarnos en el punto en el que comenzó todo.

Y no puedo estar más emocionada.


A qué hora llegas a Zarcilla?
Estoy deseando verte :)


Long live

El tren traquetea de forma tan monótona que no puedo evitar bostezar. A mi lado, Silvia ronca con la cabeza apoyada en una sudadera que hace de almohada improvisada. Detrás de mí, Julio y Ángel discuten por ver quién de los dos es más pringado (va ganando Julio por goleada).

Nuño contiene una carcajada.

—¿Se cansarán alguna vez? —me pregunta. Está sentado en el asiento de al lado. Solo nos separa un pasillo, así que podemos hablar sin gritar y molestar a los demás (que es algo que Julio y Ángel no pueden decir)—. Yo creo que no.

—Igual si se duermen… —comienzo a decir, pero Julio pega un grito y debe de lanzarse sobre Ángel, porque este le da una patada al asiento de mi hermana y todo se lía. Silvia abre los ojos y se gira echa un basilisco.

—¿¡Sois idiotas?! —grita y sé, sin verlos, que ambos han empalidecido—. Como vuelva a escuchar vuestras voces os juro que os tiro del puto tren.

—Perdón —murmura Julio.

—Lo sentimos mucho.

Nuño y yo contenemos una carcajada.

Mi hermana les lanza una última mirada de advertencia y vuelve a acomodarse en el asiento. Por suerte o por desgracia, Silvia tiene el increíble don de quedarse dormida en cualquier parte y pocos segundos después vuelve a roncar.

—Increíble —masculla entonces Vic, que está sentada junto a Nuño—. Es que no falla. Es cerrar los ojos y ¡chas!

Paula, sentada en el asiento de delante, la chista.

—Calla, calla. No vaya a ser que se despierte.

—Tendríamos que haberla dejado en Grecia —murmura Julio—. Aunque igual la confunden con una hidra…

—Te he oído —dice mi hermana sin abrir los ojos.

Julio suelta un gemido lastimero.

—¡Perdón!

—Me cago en la puta —masculla Ángel—, ¡pero si estaba roncando! ¿Tiene oído supersónico o qué?

Esta vez contener la carcajada es imposible. Incluso mi hermana sonríe un poco.

Por fin, se hace la calma. El traqueteo del tren hace poco por disipar la modorra que se ha instalado en el ambiente. Si todo va bien llegaremos a Milán a las cuatro de la tarde y no puedo estar más emocionada. Mañana iremos al Palazzo Morando y pienso aprovechar para sacar todas las fotos del mundo mundial.

Me planteo echarme una siestecita para llegar fresca, pero en su lugar rescato el móvil del bolsillo de los vaqueros y abro la galería. Apenas nos queda una semana para acabar el viaje, pero ya tengo clarísimo que siempre recordaré este verano como uno de los mejores de mi vida. No solo por los países que hemos visitado o los que nos quedan por ver, sino por ellos. Por mis amigos. Por todo lo que hemos vivido juntos durante estos días.

Paso las fotos de la galería sin poder dejar de sonreír. En una de ellas aparece Julio durmiendo con un bigote pintado (cortesía de Ángel y Silvia). En otras, Paula y Vic se ajustan mejor una boina delante de la Torre Eiffel o mi hermana y yo imitamos la postura de las cariátides del Erecteion mientras Ángel se tropieza con una piedra y besa el suelo. Una de mis favoritas (incluso a pesar de salir algo borrosa) es un selfi del grupo frente a la torre inclinada de Pisa.

Hay muchísimas. Decenas y decenas de recuerdos que me acompañarán para siempre.

Echo un vistazo a mi alrededor. Vic duerme con la cabeza apoyada en el hombro de Nuño, que parece hacer un gran esfuerzo para no rendirse al sueño y lee un artículo en el móvil. Ángel y Julio parecen haberse calmado, porque puedo escuchar también sus ronquidos. Paula graba el camino a través de la ventana, y me guiña un ojo cuando nuestras miradas se cruzan.

Los quiero muchísimo. A todos y cada uno de ellos. Me siento tan afortunada por tenerlos en mi vida. ¡Y pensar que casi casi los perdí por no atreverme a ser sincera! Bueno, estoy exagerando, porque en

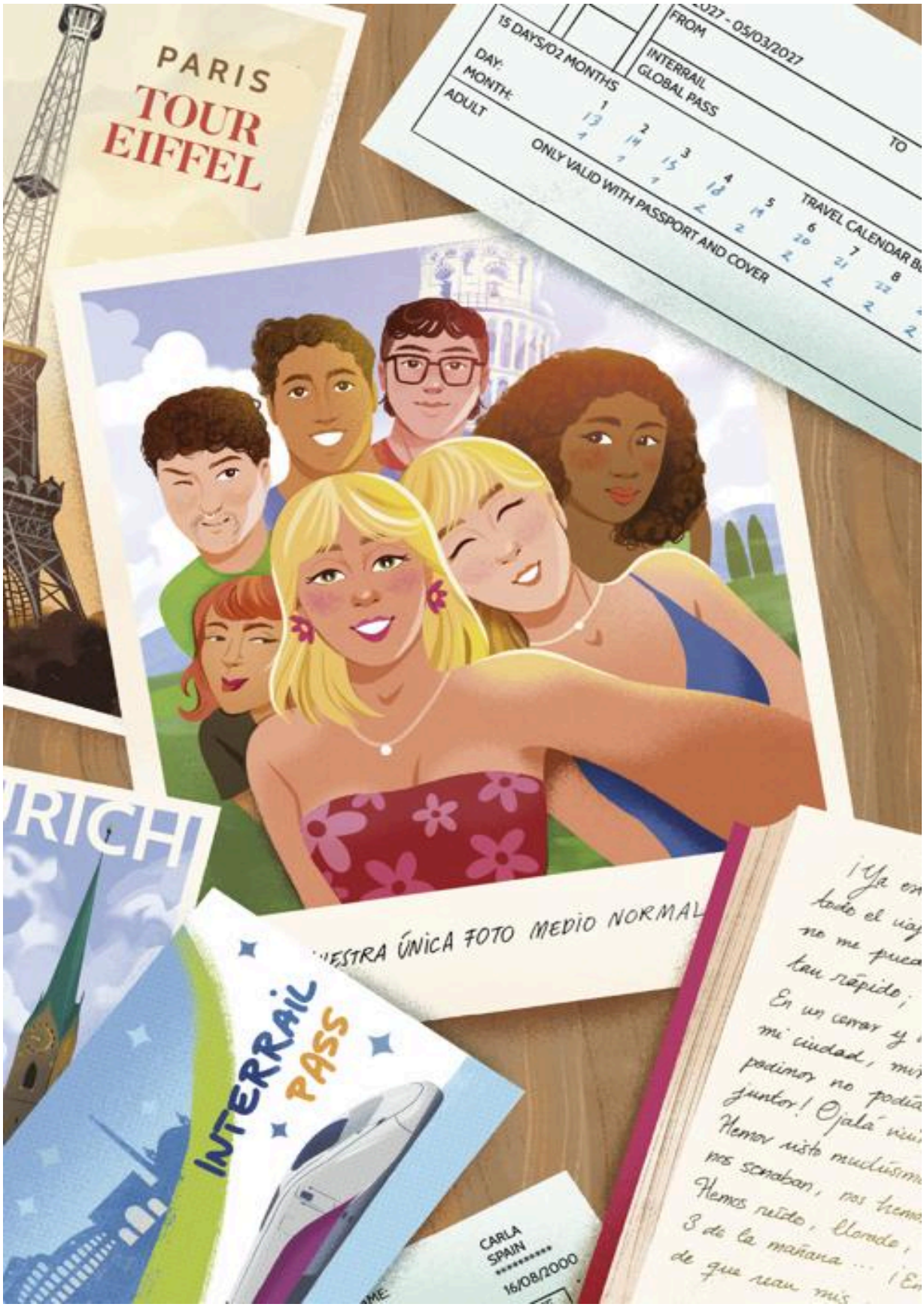
realidad no fue para tanto. Pero podría haberlo sido. Si hubiese dejado que el miedo venciera, tal vez ahora no estaría aquí. No tendría la galería llena de recuerdos. No esperaría septiembre con una mezcla entre emoción y nervios. No me sentiría tan a gusto en mi propia piel.

Pero lo hice. Me atreví a dar el paso, a pesar de todo. Y, gracias a ello, estoy aquí, con ellos. Y seguiré estándolo, porque no pienso desaparecer nunca más.

Uf, ¡anda que no la he cagado a lo largo de este viaje! Pero no importa, porque mis errores también son míos. Y he aprendido un montón de cada uno de ellos. No los cambiaría por nada del mundo, porque me han convertido en la Clara que soy hoy. Y me muero de ganas de descubrir en qué Clara me convertiré mañana.

Si algo he aprendido estos últimos meses es que equivocarse no siempre es malo. A veces hace falta estar donde no quieres para empezar a pelear por lo que de verdad deseas. Puede que no salga, puede que vuelvas a cagarla (¡probablemente vuelvas a cagarla!), pero da igual. Porque si eres sincero contigo mismo, al final, merecerá la pena.

Equivocarte de parada puede ser el principio del viaje más emocionante de tu vida.


PARIS
TOUR EIFFEL
15 DAYS/02 MONTHS
DAY:
MONTH:
ADULT
ONLY VALID WITH PASSPORT AND COVER
FROM
INTERRAIL GLOBAL PASS
TO
TRAVEL CALENDAR
INTERRAIL PASS
CARLA
SPAIN
16/08/2000


Everything
has changed

La cocina huele a azúcar tostado y a nervios.

Jaime lleva diez minutos mirando los ingredientes sin animarse del todo a actuar. Con la manga de la chaquetilla arremangada y una mancha de harina en la mejilla (junto a esa pera que tanto me gusta), parece exactamente lo que es: alguien a punto de dar el paso más importante de su vida.

—Saldrá bien —le digo, apoyada en la encimera.

Él levanta la vista y hace un puchero.

—No puede salir solo bien. Tiene que salir… perfecto.

—Saldrá perfecto. Perfectísimamente perfecto.

Él suspira. Se inclina hacia mí y yo le doy un rápido abrazo.

—Es el postre, Clara —continúa—. El que hará que recursos humanos decida si me voy o me quedo. ¿Y si no les gusta? ¿Y si me paso con el azúcar o…?

—Les encantará. Además, es imposible que te pases con el azúcar con esa báscula tan profesional que te compraste el verano pasado. ¿O acaso no recuerdas que pudo pesar a la perfección aquel mosquito que se posó sobre ella? Lo tienes todo calculado al dedillo.

Jaime tuerce el gesto y, al fin, se separa de mí y se inclina sobre los ingredientes.

—Vale, voy a ello —dice, y yo me aparto un poco para dejarle trabajar.

Solo hace un par de días desde que Jaime se ha graduado con honores de la Escuela de Cocina, en la especialización de Repostería. Mañana tiene la prueba que determinará su futuro como repostero en prácticas en una de las mejores pastelerías de Madrid y está muy muy nervioso, pero a mí no me cabe la menor duda de que lo hará genial. Y no solo porque sea su novia (y tenga el privilegio de comerme toooodos los dulces que prepara), sino porque sé lo mucho que se ha esforzado. Noches sin dormir mejorando recetas, largas horas de estudio. ¡Incluso se matriculó en un cursillo de verano de química! Es imposible que lo dejen escapar. Vamos, serían tontos si lo hicieran.

Le observo mezclar los ingredientes con la misma precisión que de costumbre. Siempre que se concentra, se muerde la lengua y frunce el ceño como si estuviera algo enfadado.

Me fijo entonces en los tintes que ha seleccionado para decorar el pastel y sonrío, enternecida.

—Los colores de Zarcilla —susurro, y él alza la visa y me sonríe de vuelta.

—Y los de tus diseños. ¿Cómo vas con el desfile, por cierto?

Esta vez quien resopla soy yo.

Jaime no es el único que está a un pasito de cumplir su sueño. Tal y como dijo mi abuela, me matriculé en Diseño de Moda en septiembre y el próximo enero tengo mi primer desfile. ¡Mi primer desfile! ¡Con mis propios diseños! En fin, no es un desfile como tal, porque es el trabajo final de una asignatura, ¡pero me acojona igual! Evidentemente, estoy de los nervios. Y, como siempre, Jaime no para de repetirme que lo haré genial.

—Bien, creo —le digo, aunque la voz me sale algo dudosa—. Solo son dos trajes.

—Después de la caña que te ha metido Presentina, creo que impresionar a los profesores será… coser y cantar.

Suelto una risita tonta.

—¿Tenías que hacer el chiste?

Jaime sonríe y se acerca a mí.

—Admito que no ha sido el mejor, pero ha funcionado.

Busco su mano y entrelazo nuestros dedos sobre la encimera. No me importa mancharme de harina: ya estoy acostumbrada.

—Tengo ganas de volver a verla después de todo lo que he aprendido. Ya sabes: Zarcilla de las Alcahuetas es mi inspiración —continúo—. Y no me cabe duda de que estas navidades serán muy diferentes a las anteriores.

Jaime asiente.

—Sí —dice con una sonrisa—. Serán mejores.

Lo miro, y me doy cuenta de que tiene razón. Porque ya no tengo dudas, ni miedos. A ver, sí, como todo el mundo, pero ya no me

aterra tanto el futuro. Ahora vivo el día a día, con él, con mis amigos, aunque sigamos manteniendo la distancia. Con mi hermana, que también ha empezado la carrera en Madrid y vivimos juntas.

Por fin siento que todo está en su lugar.

Sigo llegando tarde a clase algunos días. Hay momentos en los que dudo de ciertos diseños. Días en los que me pregunto si estaré a la altura.

Pero ya nada de eso me paraliza.

Jaime se inclina y me besa, y yo se lo devuelvo. Y ya no solo me mancho de harina las manos, sino la cara entera. Pero no me importa: lo atraigo más hacia mí y él me enreda los dedos en el pelo.

Sin embargo, antes de que la situación pueda ir a más, le doy un ligero empujoncito con la cadera.

—Ahora a trabajar, que ese pastel no se va a hacer solo.

Jaime hace un ridículo saludo militar que me saca otra carcajada.

—Señora, sí, señora —dice, y se pone manos a la… masa.

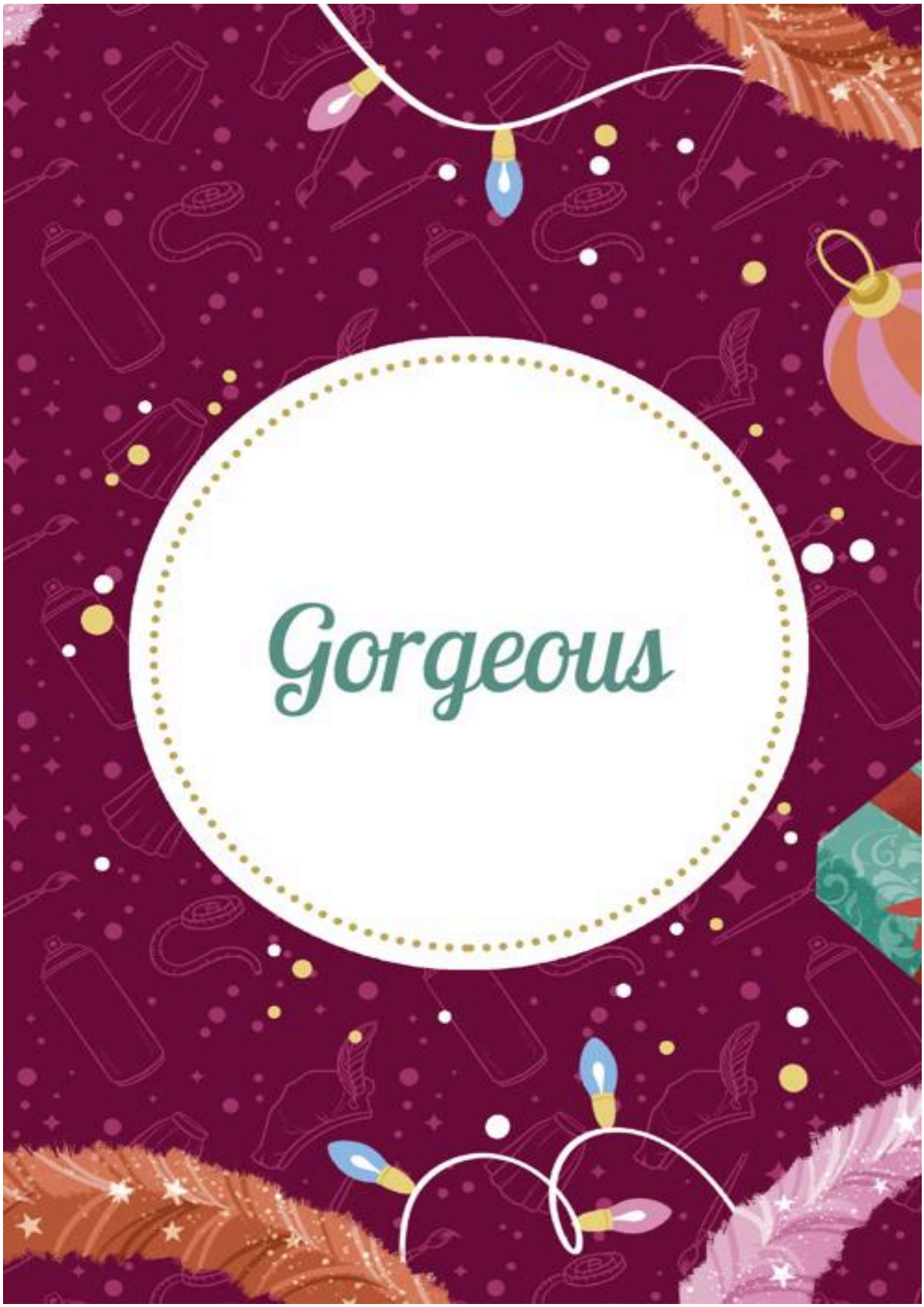
¡Vale! Él no es el único que hace chistes malos. Pero supongo que es lo normal: ya llevamos casi un año juntos. ¡Y lo que nos queda! Porque no pienso perderme ni uno solo de los pasos que dé. Y estoy segura de que él también estará en primera fila cuando yo presente mis diseños.

Al fin y al cabo, ambos hemos peleado mucho por estar aquí.

Lo observo con una sonrisa de tonta enamorada. Gracias a todo lo que hemos vivido (gracias a la Clara que se atrevió a dar el paso), por fin entiendo que la vida no se trata de tenerlo todo claro, ni de hacerlo perfecto, ni de no equivocarse nunca. A veces es suficiente con atreverse a elegir; atreverse a dar el primer paso en la dirección correcta, de construir poco a poco una vida que se sienta propia.

Y, sobre todo, de no dejar que el miedo decida por nosotros.




Gorgeous

Observo a Berta casi sin respirar. Pequeñas gotitas de sudor me empapan la frente, lo que me obliga a llevar el flequillo atado en una ridícula y diminuta coleta.

—¿Quieres parpadear? Saldrá bien —me dice, como si no tuviera entre manos el trabajo de todo un trimestre.

No dudo de ella. Sé que lo hará genial. La he visto improvisar murales con una maestría que envidiarían hasta los más experimentados. Sus trazos son rectos y firmes, los colores están escogidos al milímetro. El problema es mi autoestima, por supuesto. Puede que haya hecho muchos avances, pero una parte de mí no puede evitar preocuparse por si mi idea es un desastre que ni siquiera la magia de Berta puede arreglar.

Berta termina una línea y se aparta para observar el resultado.

—Ya está.

—¿Ya está? —pregunto, y me acerco a la tela con más ansiedad de la que me gustaría.

El apartamento de Berta es diminuto. Los aerosoles huelen tan fuerte que tenemos todas las ventanas abiertas a pesar del frío de finales de diciembre con la esperanza de que se disipe el olor a pintura.

No ocurre, claro, porque llevamos toda la mañana liadas con los últimos detalles de los vestidos que tendré que presentar en enero como trabajo final de una de mis asignaturas. Además, el que mejor trabajo haga ganará puntos extra en la asignatura, así que no es solo un trabajo final, sino todo un concurso. El primero de mi vida.

A la hora de decidir el tema del desfile, no dudé en llamar a Berta para pedirle ayuda. Quería fusionar lo tradicional con lo moderno, y en eso ella es una experta. Siempre lo ha sido, en realidad, aunque a la Clara adolescente le molestara tanto admitirlo. Claro que si la Clara adolescente nos viera ahora, seguro que pensaría que me he vuelto loca. No se creería ni de coña que Berta y yo llevamos casi un año saliendo juntas.

No ha sido fácil. En enero, Berta hizo las maletas y se mudó a Salamanca para estar más cerca de la uni. Yo me quedé en Zarcilla para poner en orden mi vida, pero nos veíamos casi cada finde. Fue relativamente sencillo acostumbrarnos a esa realidad, porque siempre había un próximo fin de semana. Siempre había un «nos vemos en unos días» que lo hacía todo más llevadero.

Luego llegó el verano y, después, el inicio de la carrera y la vuelta a Madrid. Y ahí fue cuando de verdad entendí lo que significaba la distancia. Cuando lo entendimos ambas, en realidad. Ya no estábamos a cincuenta minutos de distancia. Ya no era un «pasamos juntas los findes». Llegaron los trabajos, la vuelta a la rutina, las llamadas que no siempre eran suficientes y la sensación de que todo se nos hacía cuesta arriba. Hubo momentos en los que pensé que no podríamos.

Pero aquí estamos. Juntas, esforzándonos cada día para que todo funcione.

Las vacaciones empezaron ayer, así que en cuanto terminé mi última clase pillé un tren rumbo a Salamanca para pasar algo de tiempo con ella a solas antes de regresar a Zarcilla de las Alcahuetas para pasar las navidades con mi familia.

Es Berta quien ha insistido en dejar acabados los vestidos del desfile para poder disfrutar de unas semanas de descanso.

Vuelvo a observar el vestido con una emoción que me obliga a tragar saliva. Es mío, pero también de ella.

—Es perfecto —susurro, y Berta sonríe con orgullo.

—Lo sé. Vas a ganar ese concurso con la gorra.

La miro. Ojalá tuviera tanta fe en mí como la tiene ella.

—No, Berta, es perfecto. Dios, eres perfecta.

Ella me pasa la mano alrededor de la cintura y se inclina hacia mí.

—Mm… sigue diciéndome lo perfecta que soy —susurra, tan cerca de mi oreja que me pone los pelos de punta. Me hace cosquillas con la nariz y no puedo evitar soltar una carcajada, pero no me aparto de sus brazos.

—Uff, a veces sigues cayéndome fatal.

—Ya, ya. Y tú sigues sacándome de mis casillas.

La encaro con fingida indignación y le aprieto las mejillas con una de mis manos.

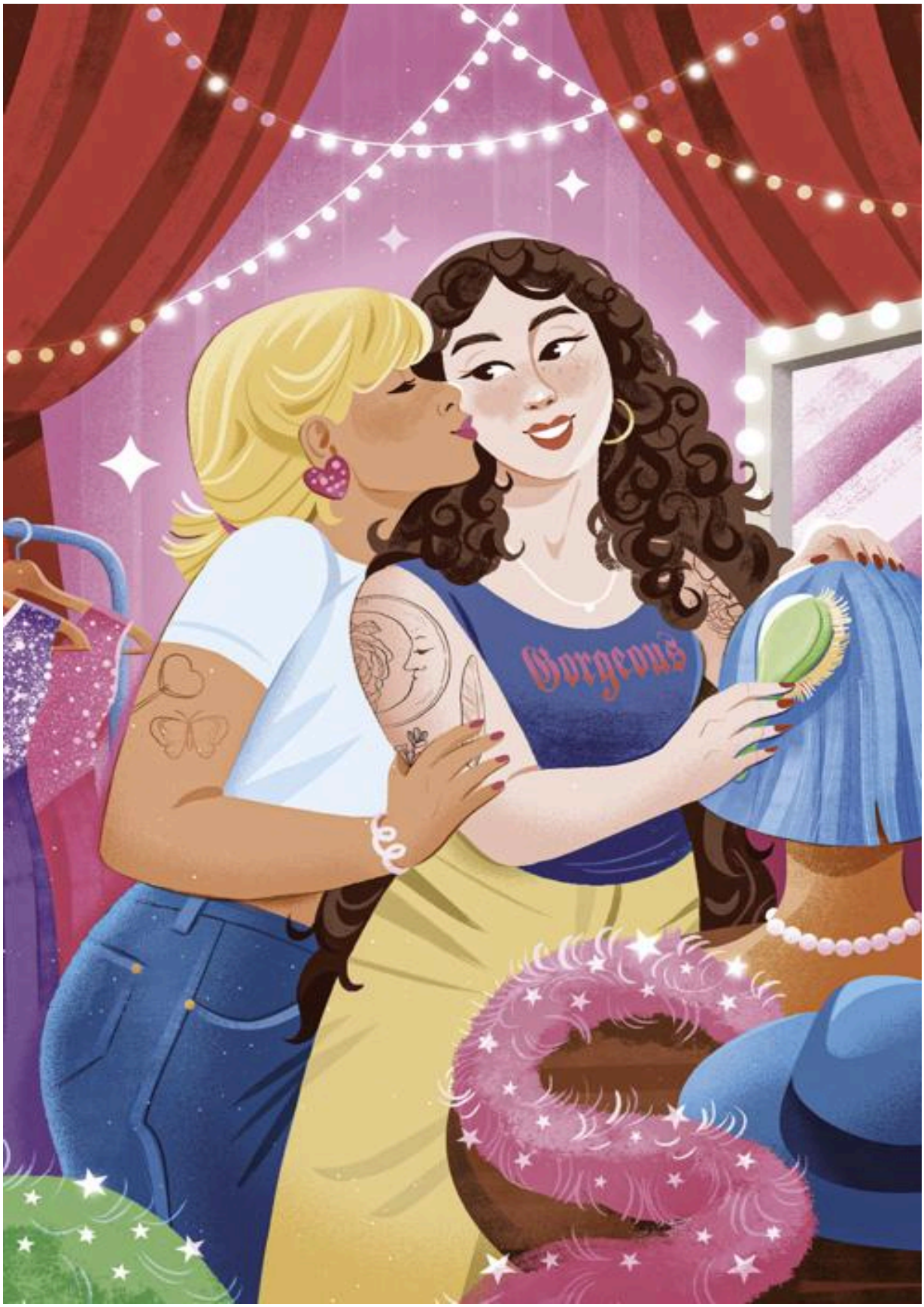
—Eres… —empiezo, pero no puedo resistir mucho tiempo más antes de besarla— la persona… —otro beso— más mentirosa… —uno más— y desesperante… —un tercero— del mundo.

Berta se echa a reír.

—Cierto. Y ahora déjame que te bese como Dios manda.

Y eso hace. Me acerca a ella y me besa como si fuera la primera y última vez que lo hace. Y, cuando se aparta, soy yo quien vuelve a inclinarse para besarla de nuevo, porque nunca tenemos suficiente. Da igual la distancia y que a veces sea complicado. Porque quiero a Berta a rabiar.

Con ella, cada segundo merece la pena.


Gorgeous

Edición en formato digital: noviembre de 2026

© Del texto: Michelle Durán, 2026
Publicado por mediación de Ute Körner Literary Agent (www.uklitag.com)
Todos los derechos reservados.
© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2026
C/ Valentín Beato, 21, 28037 Madrid
www.fandombooks.es

ISBN ebook: 978-84-19831-90-3

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Índice

Todas las navidades posibles

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

76

77

78

79

80

81

82

Agradecimientos

Ruin the friendship

This is me trying

Long live

Everything has changed

Gorgeous

Créditos